EL ÚLTIMO EDÉN

José Gómez Muñoz

Aneluz

Relato infantil juvenil

Textos, fotos, portada y maquetación:

INDICE

Aneluz, sierra honda y verdor
donde los arroyos limpios
y las praderas de sol,
se funden con los vientos finos
y se hacen nobles caminos
por donde la luz es color.
Aneluz, es como el resplandor
de sueños que se hacen ríos.

La profecía

Una vez, hace ya mucho tiempo un hombre vivía solo en una grandiosa cueva que se encontraba en los barrancos más profundos de la hermosa Sierra. Y como este hombre, desde que nació hasta que ya murió muy viejo, siempre había vivido en esta cueva y en los barrancos y cumbres de estas sierras, no había nadie en todo el mundo que conociera mejor que él los caminos, los nombres, las montañas y arroyos de todos estos lares.

Era tan amante de la tierra que se pasaba los días y parte de las noches, andando por las sendas, saludando, comiendo y durmiendo con otras personas que, como él, vivían en cuevas, chozos o cortijos de piedras. Subía a las montañas más escarpadas y exploraba todos los ríos de este gran territorio. Y todo esto lo hacía porque era consciente de que para amar una cosa con todos los sentidos, primero hay que conocerla a fondo. Y también decía que:

- El noventa por ciento de las cosas que se sueñan, desean y esperan, nunca se materializan sino que para siempre quedan en la región del espíritu. Pero ahí, si se les alimentan y cuidan, pueden dar un fruto mucho mejor que los frutos de las cosas materiales. Y además, pueden que hasta

queden para siempre eternas.

Esto se decía y por eso él amaba profundamente a la tierra donde había nacido y vivía. En los ratos que le quedaban libres labraba las tierras que había roturado cerca de su cueva, daba careo a su rebaño de ovejas, cabras y cerdos y luego cortaba leña para la lumbre que encendía en los días fríos de invierno y recogía piñas secas y otros frutos como madroños, bellotas, nueces, higos y peras.

De vez en cuando pescaba en el río truchas grandes, pero no por deporte o entretenerse sino para comer, que las asaba en las ascuas de la lumbre y se las comía sazonadas con algunas ramas de tomillo y algo de sal que recogía en los viejos y salados manantiales del Valle paraíso. Más adelante hablaremos mucho de este valle, cómo era, dónde estaba y porque se llamaba así. Por aquellos tiempos todos los ríos de estas sierras estaban poblados de nutrias. Cuando se iba por las corrientes de los arroyos y ríos claros que surcan las montañas de estas sierras, se sentaba junto a los charcos azules y allí se hacía amigo de estos animales. También de las águilas reales, de las cabras monteses y hasta de los lobos, porque entonces todavía aullaban los lobos por los bosques de estas sierras. Hubo un tiempo en que los osos también pululaban libremente por las riscas y madroñeras de las sierras donde él tenía su cueva. En estos parajes todavía quedan muchos nombres que hacen relación tanto a lobos como a osos y eso es señal de que estos animales, en un tiempo lejano, vivieron por aquí. La Cuesta del Oso, el collado del Lobo y así,

muchos más.

Este hombre casi los llegó a conocer porque una de las muchas cualidades que tenía era que por él, como se suele decir, no pasaba el tiempo. No envejecía con la rapidez y estragos con que envejecen las personas normales. Nadie sabía los años que tenía ni él tan poco, pero pasaban de varios cientos y quizá más. Y esta realidad, muchos decían que se debía a la comida sana, agua limpia, viento puro, entre otras cosas, que el hombre de la cueva disfrutaba. Yo ahora mismo no sé nada más que lo que acabo de contar, pero como desde que conocí esta historia ando intrigado e inquieto, prometo que voy a investigar, hasta donde me sea posible, este asunto y otros. También la cueva, los caminos y la sierra entera para que se sepan muchas cosas que el tiempo tiene sepultadas y son muchos más que interesantes.

Todo lo que descubra lo iré poniendo aquí para que otros tengan la oportunidad de saberlo. Creo que merece la pena. Prometo cumplir lo prometido porque a mí me interesa mucho. Puede ser que de aquí saquemos una información realmente interesante y bonita. Porque también soy partidario de buscar en la historia popular y sencilla de los rincones pequeños y de las personas que nunca fueron importantes por nada. Por los caminos de estas sierras y las personas se puede uno encontrar verdaderas joyas que son mucho más interesantes, para cimentar la historia de la humanidad, que las hazañas de los grandes personajes, guerreros, escritores u otra clase de

artistas. En las bibliotecas y archivos se guardan documentos que casi nunca cuentan la verdadera realidad de aquellos tiempos. Fueron manipulados como tantas cosas entre los humanos más cultos y eso no es bueno.

Un día este hombre, llegó al pueblo blanco a la orilla de un río por donde corría agua que tenía color chocolate recién hecho. Allí se encontró con otros hombres y estos le preguntaron:
- Vamos a ver, tú que eres tan listo ¿a que no sabes cuándo fueron por primera vez las montañas y arroyos de todos estos montes?
Y el hombre de la cueva les dijo que:
- Pues lo que yo sé es que unos dicen y piensa una cosa y otros piensan y dicen, otra. Unos escriben libros donde ponen fechas y nombres y afirman que así fue todo, al principio.
Y los hombres del pueblo blanco les dijeron:
- Eso ya lo sabemos nosotros, pero lo que ahora nos interesa es que tú nos digas lo que sabes. ¿Cómo fueron las cosas al principio y cuándo?

El hombre de la cueva en las profundidades más profundas de la sierra volvió a hablar y dijo:
- La sierra se formó cuando se formó y además, quedó bien hecha porque Dios fue guiando esta obra tan bonita.
Y al oír esto los hombres del pueblo dijeron:
- Bueno, puede valer tu respuesta porque con ella nos dices que no quieres comprometerte. Las cosas no están muy claras y lo mejor es creer en lo que se ve y lo demás, dejarlo a la imaginación de cada uno. Pero ¿a que no sabes cuándo vinieron los primeros habitantes a estas sierras?

Y el sabio hombre de la cueva más misteriosa y escondida de la tierra otra vez habló y les dijo:

- Sé yo que lo han escrito en muchos libros y que a los primeros que por aquí vinieron, los llamaron hornilleros. ¿Quién estuvo allí para verlo y afirmarlo con la certeza con que ahora algunos nos quieren hacer creer? ¿Fueron las cosas así fiel y verdaderamente?

Y los hombres del pueblo contestaron:

- Eres tú el que tienes que saberlo. Nosotros somos los que preguntamos. Pero eso de los hornilleros ¿fue o no así?

- ¿Quién puede creer que lo que se escribe es exactamente igual a la realidad? Los que vinieron al principio sólo se preocuparon de vivir y los que hemos venido después, vivimos como podemos y si intentamos adivinar algo de aquel principio, lo hacemos también como podemos. Si algo descubrimos nunca podrá ser tal como en un principio fue. Lo que sí es cierto que esta sierra, hace mucho tiempo, se llenó de gente que al principio vivió en cuevas y chozos. Luego construyeron casas y guardaron manadas de ovejas. Y así, con el paso del tiempo, fueron las cosas corriendo y las personas aumentando siempre con sus luchas y sueños. Labraban la tierra, recogían cosechas, amasaban tortas de harina sobre las piedras y se calentaban con la leña de los bosques. Pero antes de seguir quiero que sepáis para qué he venido yo hoy hasta vuestro pueblo.

Y los hombres le preguntaron:

- ¿Y qué asunto es ese?
- Se comenta al final y tiene que ver con lo que me estabais preguntando, pero al principio, viene por caminos nuevos.
- ¡Ea! Pues te escuchamos ¿Qué es lo que tú nos quieres anunciar hoy al venir por este pueblo nuestro?

Y el hombre de la cueva habló y dijo:
- Quiero deciros que se acerca el tiempo en que se cumplirá la profecía.
Y al pronunciar estas palabras, los hombres del pueblo lo miraron algo extrañados.
- ¿Qué profecía? Porque desde hace un tiempo para acá muchas personas dicen que son profetas y que no tardará mucho en ocurrir esto o aquello. Hoy muchos son profetas y los que no, todo su afán lo ponen en ser salvadores de los otros. ¿Qué profecía nos traes tú hoy?
- La que está escrita desde el comienzo de estas sierras.
- ¿Y en ella se habla de lo que antes te hemos preguntado?
- Se habla de eso y de otras muchas cosas que hasta hoy nadie conoce por aquí.
- Pero habla ya y anúncianos el mensaje de esa misteriosa profecía.
- Ahora mismo hablo y os expongo con toda claridad el tema.

Y el hombre de la cueva habló y dijo que en este pueblo blanco, no dentro de mucho tiempo, nacería una niña que sería el asombro de la sierra entera. Le pondrían por nombre Aneluz y al poco de nacer ella, el padre moriría. Pero eso no iba a

importar mucho porque esta niña venía predestinada para una misión muy especial que se iría cumpliendo según ella fuera creciendo. Al oír esta noticia los hombres del pueblo preguntaron:
- ¿Y de qué familia de este pueblo nacerá esa niña?
Esto lo preguntaban porque se daban cuenta que la profecía que el hombre de la cueva les estaba anunciando, no se parecía a ninguna de las muchas que hasta ese día habían oído. Les interesó mucho lo que les estaban anunciando.
- Eso ¿de qué familia nacerá y cuándo?
- ¿Y también dinos por qué tiene que llamarse de ese modo?
- ¿Y qué misión será la suya?
- ¿Por qué tiene que ser una niña y no un niño?

En este cerro de preguntas el hombre se quedó enterrado. Pero él ya lo había previsto. Sabía que cuando se anuncian cosas como estas, poca gente se lo cree. Supo mantenerse en el lugar que le correspondía y como el motivo de su visita hoy por aquí era el anuncio de la profecía y ésta ya estaba proclamada, se limitó a responder sólo a la última pregunta:
- ¿Por qué tiene que ser una niña?
Y él respondió:
- ¿Y por qué tiene que ser un niño?
Y ellos le dijeron:
- Porque en todas las historias de héroes, cuentos de hadas, grandes guerras y demás, los protagonistas siempre han sido hombres.
- ¿Y por qué ha sido así siempre?
- Eso ya no lo sabemos, pero así fue aunque si lo analizamos se ve que una niña no conviene que

sea protagonista de grandes aventuras.
- ¿Por qué no?
- Pues porque una niña ¿cómo va a luchar, si llegara el caso, con dragones de lengua de fuego, con gigantes guerreros o con fantasmas tremendos? ¿Se puede, una niña, convertir en salvadoras de la humanidad entera?

Y al oír esto el hombre se plantó y pronunció un largo discurso en defensa de la protagonista que acababa de anunciar. Durante mucho rato se puso a defender esto y aquello, no por cursilerías u otros tópicos sino por sinceros convencimientos.
Luego continuó preguntando:
- Decidme vosotros ¿Qué es más importante o tiene más valor y belleza a los ojos de Dios, una gigantesca montaña con su sólida base rocosa o una diminuta florecilla nacida en el valle más oculto?
A esta elemental, pero rotunda pregunta, los hombres del pueblo no supieron responder. Durante un rato se quedaron mirándose unos a otros y como el hombre de la cueva notó que no tenía las cosas muy claras, dio media vuelta y salió del pueblo. Por el largo camino que atraviesa el valle de los olivos, más o menos siguiendo la orilla del río, se perdía hacia las profundas sierras.

Los hombres del pueblo, cuando ya se dieron cuenta que aquel extraño personajes se alejaba de ellos sin decirles ni quién era ni cómo se llamaba, le dijeron:
- Si nos ha anunciado la profecía dinos quién eres tú para que se lo digamos a los vecinos. De lo contrario ¿cómo nos van a creernos?

- ¿Tenemos que hablar en tu nombre o callar?
- Eso ¿dónde vives y de dónde vienes?
- ¿Se lo podemos contar a los que viven en este pueblo o guardamos silencio?
- Ya se nota por tu aspecto que eres algo raro, pero ¿de dónde has salido tú y por qué conoces estas sierras?
- Nunca oímos hablar de ti. ¿De dónde has sacado la ciencia que demuestras tener? ¿Eres acaso un impostor?
Pero el hombre de la cueva no se volvió para atrás. Siguió caminando por la senda de regreso a su profunda sierra y ni siquiera les hizo caso. Crecía él que ninguna de aquellas preguntas que le hacían tenían que ser contestadas en aquel momento porque hasta carecían de importancia.

Recordó la vez que lo llamaron *Embaucador*, engañar a alguien aprovechándose de su ingenuidad. *Intruso*, que se ha introducido en un sitio sin derecho. *Farsante*, engañosos, fingido, inexacto, mentiroso, enredador. *Hipócrita*, fingimiento y apariencia de cualidades, ideas o sentimientos que no se tienen con el fin de obtener algún provecho, astuto, aprovechado, malicioso. *Sinvergüenza*, descarado. *Pícaro*, persona que cometen actos ilegales o atentan contra la moral. *Perverso*, maligno, sumamente malo, corrompido. *Maldad*, calidad de malo, acción mala y dañina. *Deleznable*, despreciable. *Ladrón*, que roba. *Indigno*, deshonesto, ruin, vergonzoso. *Expoliador*, robar, explotar, chantajear, atropellar, despojar con injusticia o violencia. Todo esto lo llamaron aquella vez y fue sólo porque en su cariño a la sierra y creyendo en

la bondad de otros, cayó en la trampa y lo pescaron. Le tenían envidia y lo pescaron para quitarlo de en medio. También lo habían llamado “perro”, en el sentido de vago o que no quiere trabajar, huraño, soñador, romántico y muchas más cosas y estas fueron porque, en la medida que pudo, este hombre nunca se sometió a las normal y orden establecido por los demás humanos de Planeta Tierra. Siempre había querido ser libre y jugarse su destino y existencia entre él y Dios, sin que nadie le sujetara nunca ni le obligara a nada.

Pero antes de alejarse por completo, al pasar por la curva del río, se encontró con la que en el pueblo, todo el mundo conocían como a la hermana Griselda. Era ella la abuela más buena del mundo y también la que más años tenía en toda la Sierra. Y a pesar de ello su salud era como la del roble más sano y fuerte. Estaba allí, labrando su huerto y al verla, el hombre se paró. Durante largo rato estuvo charlando con ella, nadie sabe de qué asunto o problema. Por lo menos hasta ahora mismo, nadie sabe de qué asunto hablaron el hombre de la cueva y la hermana Griselda. Pero hablaron mucho y al parecer, cosas muy importantes. Según vaya pasando el tiempo y avance el relato de esta historia, puede que nos vayamos enterando.

Y eso: que cuando ya caía la tarde el hombre de la cueva se perdió en su soledad y misterio hacia la profunda Sierra. Poco después se hizo de noche y en la alameda espesa que, por el lado de arriba del pueblo y en el barranco, jugaba

con el viento, cantó el cárabo. Esa ave rapaz y nocturna que vive en la espesura de los bosques de estas sierras. A esta ave rapaz, es muy difícil verla, pero canta cuando menos se le espera y muchos serranos, en lugar de llamarla por su nombre, le dicen "calvo". ¿Por qué será esto así? El día que lo averigüe prometo también ponerlo aquí para que se sepa. Algunos dicen que cuando se le oye cantar a este ave es porque va a ocurrir algo extraño. Como una desgracia o algo parecido. Otros dicen que eso es pura tontería.

Pero yo quería decir que el hecho de que este día y, poco después que se hiciera de noche, cantara el cárabo, no significaba nada. Lo mismo puede cantar una perdiz al amanecer o una alondra a media mañana por entre las sementeras de centeno que todavía se crían por los Campos de Hernán Pelea. Pero muchas personas de este pueblo y otros de la sierra, cuando oyen cantar un cárabo, se alarman. Así que ya lo he dicho: por la alameda cantó el cárabo y me limito sólo a dar información de los hechos.

Cuando nació la niña

Los hombres del pueblo, durante un rato y luego a lo largo de algunos días más, se recomían por dentro y murmuraban y contaban esto y lo otro. Que si aquel hombre estaba loco, que si cuándo nacería la niña, que si lo de la profecía era algo absurdo, que si por qué tenía que llamarse así, por qué esto y lo otro y lo demás allá. Como pasa siempre en la vida allí donde hay un grupo de seres humanos. Y todavía más si ocurre un hecho

excepcional.

Pero al poco tiempo, sólo un par de meses, en el pueblo, los alrededores y otros pueblos más de la grandiosa Sierra, dio comienzo la campaña de la aceituna. Y como todo el mundo se echó a varear olivos y a recoger aceituna de los ruedos, pronto olvidaron al hombre de la cueva y más se olvidaron de las cosas que había dicho. ¿Quién le iba a dar importancia a un hombre desconocido que ni siquiera tenía nombre? ¿Quién se iba a preocupar por aquello de la profecía, la niña, la montaña gigante, la florecilla del valle de la sierra y cosas así? ¡Pues no tenían ellos asuntos serios de verdad en sus vidas, de qué preocuparse, como para perder el tiempo en pensar en la desconocida niña, el hombre de la cueva, la profecía y todo este misterio sin sentido! Porque esto es lo que suele pasar: en los pueblos y ciudades del mundo, todos tienen muchas cosas que hacer cada día. Todos tienen muchos problemas y muchos asuntos personales que resolver. Los otros asuntos así como lo de esta aun desconocida niña y cosas similares, son tonterías. Pero así ha sido la humanidad desde que comenzó a ser humanidad y así puede que siga siendo hasta que un día se acabe.

El caso es que como en el pueblo blanco, por aquellas fechas, estaba todo el mundo en la aceituna y los que no, trabajando en los huertos o por los campos con algún hato de ovejas, nadie se enteró de nada cuando llegó el momento. Una noche fría de invierno gris, en una casa sencilla de la parte más antigua del pueblo y donde corría

una fuente con tres caños de agua clara, nacía una niña. Hecho normal porque en todos los pueblos y ciudades del mundo, en aquellos tiempos más que ahora, nacían niños y niñas. Ahora ya no nacen en las casas sino en los hospitales que son lugares muy cómodos para todo el mundo. Pero antes, en aquellos tiempos, los niños nacían en sus propias casas y punto. En las sierras que pronto empezaremos a recorrer, en los cortijos, aldeas y pueblos, así tal como he dicho, ocurrían estas cosas. Los niños nacían y casi nadie le daba importancia porque este hecho tenía que ser así. Otra cosa era la natural alegría que en cada una de estas casas había cada vez que nacía un niño o una niña. Más alegría que en ningún otro rincón del mundo y además, de la realmente buena y sana.

Pues la niña nació aquella noche y sólo estaban presentes la madre, su padre y la abuelita Griselda. Se alegraron porque todo fue bien y al día siguiente se lo dijeron a los vecinos. Estos los felicitaron, le ofrecieron regalos como una gallina, una docena de huevos, algunas nueces secas y poco más. Los vecinos, por aquel entonces, no estaban para regalar mucho. Y por otro lado, así era la vida normal de las sencillas personas de estas amplísimas sierras.

Vivían ellos de su duro trabajo por el campo que casi siempre consistía en cultivar trocicos de tierra pegado a los cauces de los arroyos o ríos, en criar hatos de ovejas más o menos grandes, en sembrar sementeras de trigo, cebada o centeno que luego segaban, trillaban, aventaban y molían

en los molinos y poco cosa más. Sus economías, la de aquellos buenos y auténticos serranos, en pocas ocasiones eran mayor de lo que se ha dicho. En todo caso y con bastante frecuencia, la economía resultaba mucho más precaria de lo que se ha dejado escrito. En estos tiempos, por los días en que se escriben estas letras, algunas cosas han cambiado mucho. Otras, no tanto, pero en su conjunto, son muy diferentes.

Y cuando nació, la niña lloró como todos los recién nacidos del mundo. La abuelita calentó en la lumbre un pobre pañal, la lavó, la envolvió en la tela y luego la acostó en la cuna que el padre le había hecho. Era de madera de troncos de pinos secos crecidos en la Sierra y por eso, hasta olía a incienso. La abuela la miró fija, con una mirada que tenía su origen en lo más hondo del alma y luego siguió mirándola durante un rato más. Después se dirigió a la madre de la niña y le dijo:
- Hija mía, tú eres bienaventurada. Y te lo digo porque has traído a este mundo una niña preciosa. Ella realizará cosas buenas para esta tierra y todos nosotros y la recordarán generaciones y generaciones.

La madre de la niña se quedó mirando a la abuela y no dijo nada. Quería comprender algo porque en su corazón, una débil voz, le susurraba cierta realidad futura, pero muy inconcreta. Miró a su recién nacida niña y miró a la abuela ya sentada frente a la ventana que se abre hacia el río. Cuando nadie lo esperaba la abuela habló otra vez y dijo:
- Su nombre será Aneluz.

Se hizo el silencio en la estancia y a lo largo de toda aquella noche siguió lloviendo por el campo, siguió soplando el leve pero frío viento que entraba valle arriba y a otro día, las mujeres y los hombres, otra vez se fueron a las aceitunas. Era un año que había llovido mucho y por eso la cosecha venía buena. Los olivos habían cargado bien y esto era bueno para todo el mundo. Sobre todo, para los aceituneros porque así podrían dar más jornales y ganar algún dinero extra. Las aceitunas, como decían y siguen diciendo en el pueblo blanco, siempre aportan buenos beneficios a las humildes familias que no tienen otra cosa. Normalmente, en la Sierra, siempre se ha tenido bastante escasez, porque aunque son lugares de grandiosos paisajes y muchos arroyos de aguas purísimas, el dinero brilló por su ausencia y más, en las humildes familias de cortijos y aldeas.

El bautizo de la niña fue unos días más tarde. De la casa sencilla casi al comienzo de la calle empinada, salieron los padres y recorrieron toda la calle. Al llegar a la plazoleta, en un rincón y haciendo esquina, entraron a la iglesia. Un precioso edificio ya bastante viejo donde, en los días de fiesta, un grupo de jóvenes cantaba canciones de misa. En este recinto nadie esperaba. Sólo el cura que dijo las oraciones correspondientes, celebrando todo lo que era necesario, bautizó a la niña y en el libro de registro dejó escrito: “Nombre: Aneluz tal y tal, en la fecha tal y tal, de la parroquia del pueblo blanco junto al río color chocolate”.

Los padres, regresaron subiendo por la calle y al llegar a la casa entraron. Justo en estos momentos el reloj de la torre de la iglesia dio la hora. Once de la mañana de un día cualquiera que tenía el cielo algo nublado y hasta hacía bastante frío. Lo demás, ni siquiera tiene importancia. El río pasaba por su mismo cauce sin dejar de correr y por las calles del pueblo, como no era ni fiesta ni nada parecido, no había casi nadie. Todo el mundo andaba ocupado en sus tareas.

Canción de cuna

Tú duérmete
lucerico mío
que yo cuidaré
de tu tierno nido
y cuando estés soñando
yo te cantaré
la canción del río
y la espuma blanca,
lucerico mío.

Esta fue la primera canción de cuna que la abuela Griselda cantó a la niña que acababa de nacer. Luego le cantó otra y otra mientras la mecía en la cuna de madera seca de pino con olor a espliego, le arrulló más de cien preciosas canciones que sólo ella sabía. Y como la abuela quería tanto a la niña, junto a la ventana que miraba al río, le puso la cuna.

- Para que vayas aprendiendo la música de la corriente cuando por las noches salta y se aleja. Para que vaya oliendo el perfume del campo.

Le decía aunque ésta no pudiera todavía entender ni hablar. Y luego añadía:

- Y te lo digo porque de las corrientes de los ríos, de las flores de los prados, de las nubes que cubren las montañas, de los bosques y cantos de pájaros, tú tendrás que aprender la mejor ciencia de la vida. La que te llenará el corazón de gozo, en las tardes solitarias y nadie nunca ni nada te podrá dar por ninguna otra parte ni camino. Tendrás que aprender también el juego de las nubes blancas.

Y cuando en las noches claras salía la luna y brillaban las estrellas en el cielo, ella la seguía meciendo y en lugar de cantarle canciones de flores amarillas que juegan con el viento y de ruiseñores que hacen sus nidos entre las zarzas, le narraba cuentos sencillos con personajes brillantes que nunca se enfadan.

Al principio, cuando todavía la niña era pequeña, como ni podía hablar ni preguntar, sólo miraba embelesada, a las estrellas que titilaban en el cielo y cuando la abuela menos se lo esperaba, se quedaba dormida y ya toda se hacía sueño. Esto fue sólo al principio, siendo todavía una enanilla. Pero como todos los niños del mundo, ella fue creciendo y cuando ya tenía cuatro años, la abuela todavía seguía cantándole canciones de cuna y le narraba cuentos de estrellas que duermen junto a la luna. Y como ya hablaba algo, cuando la abuela le decía:

- Ahora te voy a contar otro cuento que también fue verdad. Porque era un niño un poco más grande que tú que un día se fue a vivir al mundo de esas estrellas que alumbran allá en el cielo. Desde entonces, como aquello le gustó mucho y era feliz, ya no volvió. Dicen que vive entre las ramas de un árbol gigante desde donde se ve toda

la tierra. En las noches de estrellas brillantes, él se asoma por entre las ramas de aquel árbol y mira sin parar a esta tierra nuestra. ¿Sabes tú lo que vio un día?

Y la niña escuchaba entretenida y, aunque ya hemos dicho que sabía hablar un poco, todavía no le preguntaba. Por eso no pudo saber qué había escondido tras la respuesta que la abuela le hizo.

Hasta que un día, cuando estaba para cumplir los siete años, la abuela se la llevó con ella al huerto de la curva del río. Se puso ella a regar las habichuelas y como los caballones eran largos, le pidió a la niña que vigilara.

- Cuando el agua llegue al final, me llamas y me lo dices.

Le dijo la abuela a lo que la niña respondió:

- Lo que tú digas, abuela.

Y al poco, cuando el agua que corría por la reguera, empapó a fondo la tierra suelta y empezó a rebosar por el final del caballón para irse al río, la niña dijo:

- ¡Abuela, que ya está lleno!

Y ésta cortó la acequia con su azada grande de hierro y la volcó a otro caballón.

Luego le dijo a la nieta que fuera aprendiendo los nombres de las cosas que ella le iba diciendo:

- Esto se llama tajear, que es preparar la tierra para sembrarla según se quiera o pidan las necesidades, se preparan los caballones, con los surcos que es por donde corre el agua cuando se riega, aquello es un tablar, esto son las madres, a lo que tenemos aquí se le llama eras y luego la acequia, la boca de la reguera... como ya estamos con la primavera muy avanzada, pues se ha

sembrado casi todos los productos de la huerta.
La niña decía que sí, a casi todo lo que le iba diciendo la abuela y aunque de algunas cosas era verdad que se enteraba, otras no las comprendía mucho y enseguida las olvidaba.

Ya al medio día, calentó mucho el sol y empezaron a cantar las chicharras. Entre los pinos y matorrales de estas sierras, hay muchas chicharras que, cuando el sol del verano quema, cantan como unas desesperadas. Como si estuvieran locas y quisieran apagar al sol cantando todas a la vez y con mucha fuerza. Pero no lo apagan sino que el sol caliente y calienta y, tanto ruido de chicharras con el sol quemando, a veces molesta. Pero a los serranos, los que son de estas tierras y están acostumbrados a las durezas y otras realidades, no les cansa tanto sino que incluso les gusta. Dicen ellos que esto es el sabor auténtico de la verdadera sierra. Que lo demás, y ellos saben bien qué cosa es lo demás, son merengues. Ni chica ni limoná. Vamos, que son cosas neutras o exportadas de otros sitios y por eso, ni chica ni limoná.

Pues decía que las chicharras, todas a la vez, hicieron sonar sus violines y trompetas porque el verano estaba encima. Abuela y nieta regaron los tomates, los pimientos, las habichuelas y a la sombra del álamo viejo, se sentaron a tomar el fresco. Quizá fuera por lo bonito que estaba el día, a pesar del sudor corriéndole por la frente, del barro manchado arrugas de la cara y carnes morenas o del bosque de álamos que en las mismas aguas del río se mecían rumorosos según

los acariciaba el viento, el caso es que la noble abuela, se sentía dichosa por dentro.
Miró a la niña y como la encontraba tan guapa, le dijo:
- Princesas delicadas habrá en el mundo

y rosas finas darán los rosales,
pero tú hija mía,
más que todas ellas juntas,
eres y vales.

La niña sólo le dijo que tenía los pies manchados de barro y que la piel blanca de sus manos, con el agüilla de los tomates, se le había puesto verde y pegajosa. La abuela no hizo eco a estas palabras porque ella sabía que muchas cosas, entre las personas de la sierra, tienen que ser como son. Luego dejó que pasara un rato y como para sí seguía pensando que ya estaba llegando el momento, miró otra vez a la nieta y le dijo:
- Cuando seas mayor...
Y ya no siguió hablando.

Entonces la nieta le preguntó:
- Y el río ¿quién lo hizo, abuela?
Y la abuela le respondió:
- El río siempre bajó de las montañas.
Y la niña:
- Pero a las montañas ¿quién las hizo?
- Pues a las montañas, las modeló Dios.
- ¿Y la lluvia, los bosques, los arroyos, las flores, los pájaros...?
- Todo salió de la mano de Dios.
- ¿Quién es Dios, Abuela? ¿Tiene la cara como la

tuya y cuando habla susurra como lo haces tú?
- Un día lo conocerás.
- ¿Dónde vive Dios, abuela? ¿Quizá en una cueva muy grande que hay en lo más lejano de las montañas y donde sólo crecen bosques y mucha hierba verde?
- Un día lo conocerás.
Es lo que siempre le decía la abuela.

Y así la niña preguntó y preguntó hasta que la abuela dijo:
- Cuando seas mayor, hija mía...
Y otra vez se quedó con las palabras bailándole en la punta de la lengua. Pero ahora la nieta se llenó de curiosidad y preguntó:
- ¿Qué pasará cuando sea mayor?
- Cuando seas mayor... bueno, luego otro día te lo explico porque ahora lo que te interesa es que cuando seas un poco más grande...

Y habló la abuela y le dijo que los habitantes de la sierra, que los cortijos, pueblos y aldeas, que los rebaños de ovejas, los olivares, los pinares y luego los arroyos de aguas limpias y las nubes con la lluvia, la nieve y el sol por las montañas, en las praderas y los valles... Le dijo también que el hombre de la cueva oscura en las profundidades de la Sierra, la cueva misma, el huerto que él había labrado a lo largo de su larga vida, los caminos que recorría, las ovejas que guardaba y el misterio que dentro de la cueva escondía... y al final del todo, cuando ya el sol calentaba de verdad y las chicharras hacían sonar todos los instrumentos de su desafinada orquesta, le dijo:
- Todas las cosas que tú quieres saber y todas las

preguntas que tienes en tu mente, sólo él te las podrá responder con el acierto y claridad que éstas son.
Y la niña preguntó:
- Pero entonces abuela ¿por qué no, un día de estos, me llevas a esa cueva y me lo presentas?
Y la abuela:
- Es que... si yo pudiera, hija mía, pero...
Y otra vez más se quedó con las palabras a punto de caérseles desde la lengua, pero se arrepintieron y se fueron a dormir por entre las sábanas blancas del silencio. Sin embargo, todavía dijo:
- Luego esta noche, cuando por la ventana que mira al río, estamos asomadas contemplando las estrellas, te contaré el secreto que debes saber.
- Pues como tú quieras, abuela.
Dijo la niña.

Y justo ahora, en una de las ramas del álamo que les consolaba con la frescura de su sombra, se paró una oropéndola. Una ave migratoria, algo menor que una tórtola que se viste con un precioso traje de plumas amarillas. Hace su nido en las horquillas de las ramas, de lanas, pasto y raíces secas y lo cuelga. Vive esta ave por toda la península y en la época del frío, emigra. Pues allí cerca de ellas, se posó esta ave tan bonita y prescindiendo del calor, el monótono run, run de las chicharras y la corriente del río, se puso ella a desgranar sus armoniosas melodías. Como si fuera una flauta mágica que suena sólo con el roce del viento, pero mucho más dulce y sonoro que la más delicada flauta inventada y tocada por los humanos. Nieta y abuela escuchan sorprendidas y, movida por la belleza de tan finas notas vibrando

en el viento, la abuela dice:
- Son las cosas de la naturaleza que, ya irás comprobando, sorprenden y llenan de gozo cuando ni se le ha pedido ni te lo esperas. Pero también puede que ocurra lo contrario.
Y la niña pregunta:
- ¿Y qué es lo contrario, abuela?
Y la abuela contesta:
- Bueno, quería decir que este canto delicado de la oropéndola, es como una canción de cuna que alguien viene a cantarte a ti aunque ahora mismo no estés durmiendo.
- Pero y lo contrario ¿qué es abuela?
Tampoco respondió ella a esta pregunta porque justo ahora se volvía a llenar el día del aflautado canto de esta ave color oro. De aquí el nombre de oropéndola.

Y está la abuela mirando para el lado en que corre el río, con sus sentidos puestos en las melodías que el pájaro desgrana, cuando al ver a las ovejas acarradas en la sombra de los álamos, los que pegan a la carretera que va por el otro lado, recuerda. Unos años atrás, muchos en verdad, pero como si hubiera sido ayer según lo que ella siente, era niña y guardaba ovejas justo en el nacimiento del río Segura.
- ¿Y te acuerdas de eso todavía?
Le pregunta la nieta, cuando la abuela terminó de hacer una breve referencia a los días aquellos.
- Como si lo estuviera viendo ahora mismo.
- ¿Y qué hacías?
- Con diez años ya me pasaba el día por el campo guardando los carneros. Sola todo el tiempo por las hoyas del cerro de Mariaznar y al caer las

tardes, regresaba a la tiná para amamantar a los borregos. Allí siguen mi precioso cortijo blanco junto a las aguas limpias del río Segura recién nacido. Tú todavía no lo has visto, pero el día que por allí vayas, te convencerás que como aquel chiquitico paraíso, no hay otro en ningún lugar de la tierra. Un día, estando yo jugando en las aguas de aquel río limpio, pasó un hombre por allí y tanto le gustó mi juego que me hizo una poesía y me la regaló.

- ¿Te la sabes?

- Me la sé de memoria porque me gustó mucho. Aquel hombre se ve que tenía un gran corazón y muchos sentimientos para las cosas. La poesía dice así:

En su rincón de la hierba verde
entre el tiempo y las nubes blancas
se le ve sentado en la tarde
y bien florido en su alma
le destaca aquel momento
cuando la hermana jugaba.

Era agosto y pasaba el río
llevando sus limpias aguas
y él estaba entre los álamos
con su noble tierra amada
cuando vio que la niña hermosa
por la senda plateada
se viene desde el cortijo
y como mariposa o hada
se pone a jugar con la corriente
cual libélula que danza
y mientras juega sonríe
con el agua que le canta.

En su rincón de la hierba verde
entre el tiempo y las nubes blancas
tiene florecido en su pecho
aquel momento esmeralda
de la tarde con su oro,
del río y la bella hermana
y el perfume que exhaló
mientras soñaba y jugaba
aquel juego tan divino
que aun brilla como el alba.

Cuando la abuela terminó de recordar el poema que ha quedado escrito la nieta, algo extrañada, guardó silencio un rato corto y luego dijo:
- Y abuela...
Y ella preguntó:
- ¿Qué?

La niña ya no siguió. Sentía que tenía que preguntar algo muy concreto y espacioso en todas las direcciones, pero claro, a su edad, pues como todos los niños del mundo: se sabe algo, se quiere mucho, se intuye bastante y se ignora casi todo. Y más que nada, los caminos por donde hay que entrarle a las cosas. Sin embargo, la abuela y para su corazón, se dijo que, en otro momento y cuando la ocasión fuera propicia, tendría que hablarle a ella del bonito rincón de Fuente Segura, las limpias aguas del río que allí nace, los rebaños de ovejas, los cortijos y los vecinos también con sus pobreticas huertas por la Fuente de las Guijas y por la Veguilla. Y sobre todo, tendría que hablarle a la nieta, como lo hacen todas las

abuelas del mundo, de su padre, de la madre, de los hermanos y el resto de la familia y todo cuanto hizo, soñó y esperó cuando ella era niña, joven, mayor y cuando ya por fin se casó.

Preguntó la niña:
- ¿Abuela?
Y ella le dijo:
- ¿Qué?
- Y del hombre que te regaló esa poesía ¿qué sabes ahora?
Guardó silencio la abuela y al rato respondió:
- Era un hombre bueno que llevaba en su corazón mucho amor por estas sierras. Era un hombre bueno que estaba muy solo y por eso tenía mucha tristeza en su alma. Pasó por allí aquel día, me vio jugando en el río y le debió gustar tanto aquel juego mío y el agua clara, que me vio como si yo hubiera sido un hada, una libélula, una mariposa sin alas. Y para eternizar ese momento lo hizo poema y me lo regaló. Ha pasado el tiempo, mucho tiempo y ni él olvidó aquella escena ni yo tampoco.
- Pero abuela...
Y ya no dijo ni preguntó más aquel día la niña.

Y algo después, ya se va poniendo el sol. Por el camino de tierra que desde el huerto y la curva del río, sube y se acerca al pueblo, regresan las dos. En estos momentos también por otras veredas que vienen desde los olivares, las laderas y los valles, regresan otras personas. Muchos de ellos, subidos en sus burros blancos, otras andando y con sus zapatos llenos de polvo y pasto y algunos, aunque vienen cansados y están

agotados, cantan canciones que les sale del corazón. Canciones que poca gente conoce porque son sólo de ellos y, creo yo que, aunque algún día se recojan en libros bonitos y profundos, no será igual. Mientras cantan, sueñan sueños que también tienen un sello especial porque no pertenecen a esa gran masa de sueños que sueña todo el mundo. También son punto y aparte. En los pueblos de estas sierras las cosas son así y por eso, al caer las tardes, del campo y de los montes, regresan muchos y llenan las calles de cagajones de burros blancos y de olor a alpechín. Pero ellos dicen que eso no importa porque es olor a cielo y a tierra regada con sudor y amor.

Muerte del padre

Aquella tarde tan bonita y en el fondo, plácida y limpia, mucho más de lo que yo he sido capaz de contar aquí, algo muy grande se rompió para siempre en el pueblo blanco que se mira en las aguas del río. Algo que hasta ese momento y hora, parecía había estado en su sitio concreto, pero dejó de estarlo. Como la abuela había dicho unos momentos antes a la nieta:

- La naturaleza, cuando menos se le espera y quieres, sorprende con lo contrario.

- ¿Y qué es lo contrario?

Preguntó la nieta.

Pues lo contrario, al llegar al pueblo lo iba a descubrí, más rotundamente la abuela que la pequeñaja.

Iban ellas entrando por las primeras casas del pueblo, justo por donde el camino se convierte

en pista de tierra y unos metros más adelante, ya es carretera asfaltada, cuando se cruzan con varios vecinos. Saludan a la abuela y saludan a la niña, con el cariño y actitud cercana que a estas personas siempre les caracteriza.
- ¡Con la nieta dando un paseo!
Exclama el hombre que cava la tierra justo donde crecen los almendros y corre la acequia. La que recoge el agua del arroyo que baja desde el cerro de la buitreras, justo en el barranco donde los álamos se apiñan y crece el fresno del tronco retorcido.
- No señor, que venimos de huerto.
Le aclara la abuela. Y el hombre que trabaja al caer la tarde:
- ¡Ay que ver que cría más encantadora le ha regalado el cielo!
- Y cariñosa y obediente que es ella. Así que bendito sea el cielo por regalo tan bello que nos da sin merecerlo y que nos siga dando Dios salud, fuerzas y acierto para verla crecer y quererla.
Dice otra vez la abuela.

Y como ahora mismo ya está viendo ella que algo más arriba, donde la calle termina de remontar, tuerce un poco para la izquierda, llega a la plaza menor y ya baja para la casa de la niña, hay muchas personas que se amontonan en corrillos y entre ellos charlan, pregunta:
- ¿Es que ha empeorado la hermana Alfonsa?
Esto lo preguntaba porque en la casa del rincón, la que roza con la acequia y tiene en su puerta un ciruelo, vivía la hermana Alfonsa. Otra abuela así como la abuela, pero que tenía muchos más años y por eso, desde hacía unos meses, se encontraba

ya casi sin fuerzas. Enferma de tanto como había vivido, encorvada por el peso del tiempo, sin apetito de casi nada de las cosas que presta esta vida de la tierra y realmente sin fuerzas en sus manos y piernas.

- Pues creo que no es eso exactamente, pero como ando por aquí apañando estas tierras, no le puedo decir con certeza.

Le contestó el hombre que preparaba las tierras de sus huertecico.

Y claro que sabía lo que en esta parte del pueblo estaba ocurriendo esta tarde. Lo sabía y bien sabido, pero como no quería creerlo ¿cómo se lo iba a decir a la abuela y así de pronto? Además, venía con su nieta y esto todavía era más violento.

- Pero ocurre algo ¿verdad?

- Siga usted subiendo y ahora cuando llegue pregunte, porque como yo también estoy un poco sordo...

Apretó la manita de la nieta y siguió remontando por la inclinada calle casi carretera e iba ya a la altura de los tres almendros cuando la niña se encontró con tres amigas.

- ¿Juegas?

Le preguntan ellas al verla.

- ¿Me quedo, abuela y juego con mis amigas?

Pregunta la nieta.

Y la abuela le dice que sí porque en este justo instante, se le acercan tres vecinas que conoce bien. La saludan y a continuación le dicen:

- Déjala que se vaya a jugar con las amigas mientras nosotras hablamos de un asunto que

debes conocer. Por eso te estábamos esperando. Suelta a la niña de sus manos y mientras esta comienza a jugar con sus amigas, las vecinas que han salido al encuentro, hablan y le dicen:
- Ha sido un desgraciado accidente.
- ¿Pues qué ha pasado?
- Se trata del padre de Aneluz. Dos vecinos se lo han encontrado esta mañana cerca del río y sin vida y ahora mismo lo tienen de cuerpo presente en la casa de tu hija. Era un hombre bueno, pero se lo han encontrado sin vida.
- ¿Qué el padre de la niña ha muerto?
- Alguien te lo tenía que decir y como somos tus amigas...

Al saber lo ocurrido la abuela se queda con la mente en blanco. Como si una mano invisible en un santí amen, hubiera llegado y con una goma de borrar le hubiera borrado toda la realidad pasada, la presente y la futura. Mira a las vecinas, mira a la nieta y balbuceando torpemente, quiere preguntar cómo cuándo y por qué, pero antes de que lo consiga, las vecinas le dicen:
- Ya habrá tiempo, hija mía. Ahora te acompañamos a tu casa de arriba y luego venimos a por la cría. Déjala que juegue con sus amigas que también tendrá tiempo de saberlo. Nos quedamos contigo esta noche y después mañana, pues a ser valiente y que Dios vaya dando fuerzas para sobrellevar la herida.

Siguen por la calle subiendo y al llegar donde se abre la plazoleta, que es donde corre la fuente de los tres caños, en lugar de tirarse para la derecha, la calle donde hasta hoy viven madre,

abuela y nieta, se van por la izquierda. Es esta la calle donde la abuela todavía conserva la vieja, pero bella casa que heredó de los que ya también murieron. Llegan, entran, las vecinas la rodean y mientras termina de caer la tarde, le dan compañía y como pueden la consuelan. Y un poco antes de que la noche cubra con su manto al pueblo blanco, a los olivos y a los álamos que se apiñan por los barrancos, con sus amigas, la niña llega y nada más encontrarse con la abuela le pregunta:

- ¿Tú has odio y visto eso, abuela?

- ¿Qué es eso?

- Por la calle y en la puerta de casa hay mucha gente. ¿Quieren algo?

Y la abuela le dice que luego se lo explicará porque ahora, es el momento de la cena y de acostarse porque ya tiene sueño. Hoy ha sido un día muy completo.

- Y cuando te estés durmiendo, como todas las noches, te cantaré la canción de los álamos por el río y el viento.

Y la nieta:

- Pero abuela ¿qué coro es ese que he oído?

Y la abuela mirándola fija:

- ¿Qué coro es, hija mía?

- Es que al pasar por la fuente he sentido una música muy bonita que salía como del agua que corría y al mirar, me di cuenta que venía del viento, la he oído por las casas de arriba y también por el lado del cerro y por los álamos del barranco donde nace la acequia. ¿Qué coro es, abuela, que cantan tan bonito?

Y la abuela le dice que puede que sea el

coro de los ruiseñores por entre las zarzas o el de las mariposas que vuelan al llegar la noche o el de las ardillas que saltan por las ramas de los pinos del cerro de las buitreras.
- Pero no sé exactamente qué coro será ese que tú has oído cantar.
- Es que abuela, sonaba tan fino y tenía tanta luz en las notas que atravesaban el viento que hasta me han dado ganas de irme con ellos y cantar sus melodías.
- Pues mañana, en cuanto salga el sol y los olivos se llenen otra vez de esencia, vamos a ir al barranco de los álamos e investigamos a ver qué o quienes cantan por ahí y tan bellamente. ¿Te parece?
Le pregunta la abuela. Dice la niña que vale y unos minutos después se acaba por fin la tarde.

Al otro día fue el entierro en el sencillo cementerio que arriba, sobre el cerro y por la parte alta del pueblo, se encuentra. Doblaron las campanas, lloró la abuela y la madre de la niña, lloraron algunos vecinos, pero la niña, como todavía estaba durmiendo en la sencilla, vieja y hermosa casa de la abuela, no lloró. Cuando despertó vio que aun seguía rodeada de las vecinas y al mirar por la ventana, notó que el sol ya estaba casi en mitad del cielo. Preguntó por la abuela y al enterarse que vendría pronto, otra vez preguntó:
- ¿Qué ha pasado hoy?
Y las vecinas le dijeron:
- ¿Pues qué ha pasado hoy?
Y la niña dijo:
- Lo pregunto porque o lo he soñado o con mis

ojos he visto que esta mañana el sol no ha salido por el mismo sitio de siempre.
- ¿Y cómo es eso?
Preguntan extrañadas las vecinas.
- Pues que el sol, en lugar de asomar por detrás del alto cerro del castillo, se ha levantado hoy por detrás del cerro de las buitreras y ahora mismo va por un camino y dirección que no es el que lleva todos los días.
- Pues nosotras no sabemos por qué ni cómo habrá sido eso. Espera un poco y en cuanto venga la abuela se lo decimos a ver qué dice ella.

La abuela volvió unas horas más tarde, pero no sabía nada del sol ni del coro de voces vaporosas que habían cantado junto a la fuente de los caños blancos. Y ya está: aquella mañana y en los días que siguieron hubo mucho más porque la gente del pueblo comentó y comentó la muerte del padre así tan de repente, el árbol y la soga donde se lo encontraron. Pero el pueblo blanco siguió en su mismo aparente silencio dormido, el río siguió corriendo, el sol brillando y saliendo por donde tenía que hacerlo, el viento pasando por las calles y la gente, en sus importantes cosas de cada día por el campo y los huertos y entre ellos, respetándose y dándose cariño.
- No suceden las cosas por suceder.
Decían algunos.
- Pero así fue siempre y así seguirá siendo hasta que el mundo deje de ser mundo.
Decían otros y después callaban.

El secreto

Ya hemos dicho que cuando volvió la abuela del cementerio entró a la casa, besó a la niña, les dio las gracias a las vecinas y salió a la calle. Bajó por ella y al pasar por la fuente de los caños del agua clara, le dijo a la nieta que esta mañana la madre no estaba en su casa.

- ¿Por qué no, abuelita?

- Se ha ido a la casa de su hermana, tu tía, a ese pueblo de los olivares de la loma y no vendrá en unos días. Me dijo anoche que está cansada y necesita un poco de reposo.

Y luego guardó silencio. Como seguían bajando por la calle y en unos metros más iban a llegar a la casa donde de verdad nació la niña, otra vez la abuela le dijo:

- Pero tú no te preocupes porque hoy va a ser un día tan bello que yo creo no olvidarás nunca.

- ¿Qué va a pasar hoy, abuela?

- Espera un poco y verás.

Le dijo y, como para ir preparando el ambiente, le siguió diciendo:

- Ahora, en cuanto lleguemos a la casa y nos sentemos en la ventana que mira al río, te voy a contar el secreto que tanto deseas saber.

- ¿Por fin hoy, abuela?

- Por fin hoy.

Y la niña le volvió a preguntar:

- ¿Es lo del rebaño de ovejas cuando tú eras niña y jugabas con ellas junto al río blanco de la profunda sierra?

- Puede que eso de las ovejas y el tesoro escondido en la profunda cueva que, en las faldas del cerro de Mariaznar, se abre por encima del nacimiento del río bello, lo dejemos para otro día. Porque aquello, las praderas de hierba fina junto a

las aguas limpias del Segura niño, los huertos, los álamos, las casas aplastadas de las tres pequeñas aldeas y otra vez los rebaños de ovejas recién esquilada y detrás de ellas los borregos, aquello hija mía, qué bello cuando yo era niña y con padre y madre por esos campos, el rocío, la nieve y el crujiente hielo. Pero aquello, otro día y con la calma que requiere para ir desgranando uno por uno los hechos igual que se desgranan los granos de las granadas. Y te lo digo así porque es grande en verdad y además como por allí yo corrí tanto y jugué tantos juegos, pues...

Llegan a la casa donde la niña nació aquella noche de invierno gris y frío. La humilde, viejecica y recogida casa en el plácido rincón del pueblo y al comienzo de la calle que baja para la iglesia. Abre la puerta, entran dentro, se acerca la abuela para la ventana que mira al río cuando justo ahora, desde la calle, la llaman.

- Hermanan Griselda ¿se puede entrar?
- Pasa que la puerta está abierta.

Y a la estancia llegan dos personas. El y ella.

- Como la hemos visto llegar, no queremos irnos sin despedirla.

Se le queda mirando la abuela y al preguntarles:

- ¿Es que otra vez vais a ir a ver a la nena?

Obtiene por respuesta:

- Pero ahora ya nos vamos para siempre. La nena encontró trabajo y como alquiló un piso y no hace nada más que pedirnos que nos vayamos con ella porque allí se vive mejor, pues hemos decidido irnos del todo.

La nena de la vecina y vecino que fueron a

despedirse de la abuela se había marchado, como tantos en estas Sierras, a Valencia en busca de trabajo. Bueno, siguiendo la historia brevemente, fue de la siguiente manera: la nena es una expresión serrana que se usa cuando se refiere a una muchacha y si es muchacho, los mayores también dicen el nene, pero lo más corriente es el zagal o la zagala. La cría o el crío lo usan muchos, pero los que más, son las personas mayores porque los jóvenes de ahora, pues se conforman con muchacho o muchacha.

He aclarado esto porque la nena de la vecina, también nació en el pueblo como tantos y cuando ya tuvo la edad, durante un tiempo fue al colegio. No terminó ni siquiera graduado escolar porque de muy joven ella tuvo que trabajar en las aceitunas, los huertos y otros oficios sin futuro y cuando quiso acordar, se le pasó el tiempo y entonces se puso a soñar como tantos. Y lo que quería era escaparse de estas sierras a irse a Valencia, Barcelona, Tarragona o Murcia para trabajar en los hoteles o lo que fuera. Y la nena, un día se enamoró de un muchacho oriundo de un pueblo cercano y antes de que los dos tuvieran suficiente edad, se casaron. Los dos se fueron a Valencia buscando trabajo y allí encontraron cosas para ir tirando. Pero pasó el tiempo y como lo de quedarse en estas sierra a ella no le atraía mucho, pues volvía, pero siempre decía que allí, qué maravilla de vida. Pasó más tiempo y como los padres se hicieron viejos, pues tiró de ellos y aunque no querían como no han querido tantos, un día, decidieron irse para siempre.

Pero ellos, personas buenas donde las haya y amantes de sus tierras, costumbres y cosas sencillas, no querían marcharse sin despedir a la abuela.

- Pues que volváis pronto.

Le dice la abuela.

- Sabe Dios si podremos volver alguna vez porque te digo la verdad, a mí esto de irme de la tierra no me gusta nada, pero como uno ya no está para apañarse solo, qué podemos hacer.

- Si ya la nena tiene trabajo y casa, pues...

Y la vecina:

- Que cuides de tu nieta y cuando vuelva tu hija, ya sabes.

- Y vosotros que tengáis suerte.

Y al oír la abuela lo de "que cuides de tu nieta", miró a la niña y como sintió un temblor, en su corazón y mudamente, se dijo: "Que tú, vida y esperanza del alma mía, no te vayas nunca de estas sierras. Que nadie te meta a ti en la cabeza la idea de que la vida de por ahí fuera, es mejor que la nuestra aunque se gane más dinero, se puedan comprar pisos, coches y neveras. Que tú, reina mía y mariposa de las praderas donde las flores no están contaminadas y las aguas corren puras, no te vayas nunca de estas sierras, porque aunque sean ciertas algunas de las excelencias que refieren los que se fueron, en el fondo del alma se pierde más que se gana y por eso se abre el vacío que nadie ni nada podrá llenar nunca. La pérdida de la tierra, la identidad y la fina belleza de estas sierras nuestras, nunca se rellena y aunque allí se viva mejor y, de vez en cuando se vuelva de vacaciones o de turismo, lo perdido,

perdido queda para siempre y frente a ello, ya se es extraño. Que tú, hija mía, nunca te arranques de estas tierras nuestras”.

Poco después, por la calle que baja desde la fuente de los tres caños y pasa por delante de la iglesia, descendieron ellos con sus maletas en las manos. Torcieron en la esquina, se vinieron para el lado derecho y ante la mirada de los otros vecinos, cogieron el autobús y se marcharon del pueblo para siempre, según ellos crían. Todavía en la puerta de la casa de la niña Aneluz, la abuela mira y frente, a sólo unos metros, bien cerrada, la vivienda de los que acaban de irse. De la reja de la ventana cuelga un letrero donde se puede leer: “Se vende”. Y también la abuela ahora piensa que quizá dentro de no muchos días vengan por aquí unos extranjeros y la compren como ya han comprado tantas por tantas aldeas y pueblos de estas sierras. O quizá no sean extranjeros sino algún vecino de los pueblos de la loma de los olivos o algo más abajo. Y como ya ha pasado también con tantas otras viviendas bonitas en estas sierras, la arreglen para convertirla en casa rural. Quitarán este letrero y pondrán otro que diga: “Casa rural, se alquila”. Y luego vendrán los turistas, quizá también gente sencilla o extranjeros, y se asombrarán de la sencillez de las casas en este pueblo. Se asombrarán de las aguas del río color chocolate, de los olivares cubriendo las laderas de las montañas y del aire tan puro que se respira por aquí. Lo típico y tópico de siempre. Estos pensamientos pasó por la mente de la abuela y no se sintió bien. Y pensó que a lo mejor sería bueno hablarlo con la niña para que supiera

alguna realidad más de la vida.

En la casa, la abuela frente a la nieta y sintiéndose algo más sola y con la calle también más triste, porque eso es lo que sucede cada vez que un serrano se arranca de la tierra para irse a buscar trabajo o fortuna, se aproximó a la ventana.
- Acércate hija mía.
Le pide a la niña.
- Aquí estoy abuela.
- Cuándo terminemos de mirar al río y por mi parte de contarte el secreto que te he prometido, te voy a llevar a dar un paseo por el pueblo ¿quieres?
- Sí que quiero abuela. ¿Vas a enseñarme algo concreto y bonito?
- Sí, quiero explicarte algunas de las cosas del silencio, la luz y el perfume de este pueblo nuestro. ¿Sabías tú que no hay otro pueblo más bello en el mundo?
- No lo sabía, abuela, pero si tú lo dices, será así. Las cosas que tú me enseñas siempre me gustan a mí.

Y a partir de este instante, la abuela se esforzó en que la nieta descubriera y sintiera, en los latidos de su corazón, al pueblo que desde la ventana se veía. Tres calles largas que bajan, una plazoleta por donde juegan niños y con sus cuatro árboles verdes, tejados de las casas apiñadas entre sí y desde ellos elevándose las chimeneas por las cuales, en los días grises del invierno, manan los chorros de humo, el río y su playa mitad de arena y mitad artificial y sobre todo, la singular belleza que de este cuadro mana, captan y gustan

no los ojos que la observan sino el alma que la besa y quiere. Al otro lado del río, la otra mitad del pueblo subiendo por la ladera como si quisiera remontar a lo más alto del cerro, las calles empinadas, las casas blancas, las escaleras y abajo, donde se abre el puente, la carretera del asfalto negro. Pero sobre todo, el río aplastado entre las dos mitades del pueblo y el agua en su lento, bello y eterno camino hacia el fin de la vida. Porque esto es lo que la abuela experimentaba cada vez que contemplaba el río. Un chorro de vida clara que, semejante a la vida de los humanos, pasa y con ella se lleva a la vida misma. Yo mismo pienso, como pensaba ella, que un río serrano, cuando se escapa de la sierra y penetra en otros terrenos, pierde para siempre el encanto que tenía cuando era río serrano.

Desde esta realidad es desde donde la abuela quiere llevar a la nieta de paseo por el pueblo.
- Pero antes guisaré para ti una rica comida y si vienen tus amigas, te dejaré que juegues con ellas ¿quieres?
- Quiero, abuela.

- Pues ahora mira por esta ventana
y fíjate en el río,
la corriente que callada avanza,
los álamos que esbeltos se mueven
y los gorriones que por entre las ramas cantan.
- Ya estoy mirando abuela.
- Pues es el momento.

Y la abuela se puso a contarle cosas y más

cosas del hombre de la cueva oscura en la profunda Sierra. Algunas se las contaba por tercer y quinta vez, pero otras, hoy eran frescas y aunque para la abuela resultaban interesantes y hasta emocionantes y por eso se puso a llorar y todo. La niña, al poco de estar mirando al río, ya se sentía cansada. Algo aburrida y un poco, pues, distraída porque ella, tenía su corazón donde, por esta edad, lo tienen todos los niños del mundo. Pero de pronto dijo la abuela:

- Y ahora, hija mía, presta mucha atención.
- ¿Qué pasa ahora abuela?
- Te voy a decir cómo se llama ese hombre de la cueva que ya conoces sin haber visto todavía, pero antes de pronunciar su nombre quiero que me prometas que no se lo vas a decir a nadie.
- ¿Por qué se lo voy a decir a la gente? Si tú me dices que es sólo para mí, nadie más se enterará excepto mamá.
- Ella tampoco lo sabe, pero ya veremos, cuando vuelva, de qué modo se lo decimos entre las dos ¿Vale?
- Sí que vale. ¿Cómo se llama ese hombre abuela?
- Su nombre es Niotán. Que quiere decir **el que ama a la sierra**.

Y la niña se quedó mirando a la abuela como diciendo para sí: “¡Qué nombre tan raro!” Pensaba esto no porque fuera raro, sino porque era un nombre que nunca lo había oído puesto en las personas. Por eso preguntó:

- Abuela, ¿hay más personas por esta sierra que se llaman así?

Y la abuela:

- Ni una sola persona ni en este pueblo nuestro tampoco.
- Pero entonces...
- Es igual, hija mía, tú recuérdalo siempre. Su nombre es Niotán y suena a valiente, rotundo, amante de su sierra desde lo más profundo y firme en sus convicciones hasta que la muerte los separe de ella. Porque tenía que decirte que él, nunca jamás hizo daño a nadie ni tampoco deseó el mal para nadie aunque a él sí le dieron muchos palos.
- ¿Quién le pegó, abuela?
- Eso no toca ahora, pero prometo que en otro momento, te lo cuento.
- ¿Pues qué toca a continuación?
- Ahora viene el gran secreto. Porque esto del nombre era porque tiene que ser así para que las cosas queden bien cimentadas.
- Pues vale, abuela. Vamos al secreto.

Y la abuela siguió diciendo que Niotán, el hombre de la gran cueva oscura en lo más profundo de la Sierra, era listo, inteligente y sabía, además, expresar con belleza los sentimientos que en su corazón llevaba, los sueños que soñaba y la delicadeza de las plantas que por la sierra amaba.
- Pero vamos a lo que importa, hija mía. Este hombre, como aprendió a escribir y ya te contaré de qué modo y dónde, a lo largo de sus días fue recogiendo historias, datos, nombres, sentimientos, hechos, leyendas y más acontecimientos y todo lo tiene guardado en un gordísimo libro que esconde en un lugar oculto y secreto de esta profunda sierra suya.
- ¿Lo guarda en la cueva?

- Eso ya no te lo puedo decir. Lo único que, a partir de ahora para delante puedes saber y tienes que saber, es que él me dijo que ese libro, el más gordo y bello que nunca se ha escrito de las tierras que nos pertenecen, está escondido. Nadie sabe dónde y por eso, quien lo encuentre, encontrará un tesoro para él mismo y para la humanidad entera.
- ¿Tan importante es ese libro?
- Más de lo que se puede decir. Sólo cuando se descubra y las personas lo tengan en sus manos, se sabrá bien.
- ¿Y quién podrá encontrar ese tesoro de libro, si es que se puede saber si existe algún hechizo, clave o camino para llegar a él?
- Ningún hechizo ni clave ni camino existe para llegar a él. Sólo hay que encontrarlo sin que se sepa cómo y por el único placer de encontrarlo para legar a la humanidad el mejor de todos los tesoros nunca visto por aquí.

La niña, se quedó muda durante un instante mirando al río. Se acordó de su madre y luego se acordó de su padre. Después se acordó de las amigas y pensó que dentro de un rato vendrían a por ella para jugar en la calle y cerca de la fuente de los tres caños blancos. Miró para uno de los rincones de la habitación de la abuela y al ver el baúl, preguntó:
- Me dijiste un día que me ibas a enseñar lo que guardas en ese baúl. ¿Cuándo será? Y te lo pregunto porque tengo ganas de saberlo.
- Cuando llegue su momento, hija mía. Son cosas de mucho valor que tú ahora no comprendes mucho, pero cuando llegue el momento abriré ese baúl y verás lo que guardo dentro. Lo verás y lo

conocerás conmigo para que tu corazón se llene de la dicha que debe llenarse.

Otra vez la niña se quedó muda durante unos segundos. El mueble que le intrigaba y desde hacía mucho tiempo quería abrir, era un baúl de madera de pino, ya algo carcomida que, cerrado con un candado, la abuela tenía en uno de los rincones de su habitación. Allí guardaba ella lo que sí creía también era un gran tesoro y que nadie conocía excepto la abuela. Y claro que tenía pesando abrirlo un día y mostrarle su contenido a la niña. Creía ella que aquel contenido tan importante estaba destinado exclusivamente para su nieta y por eso lo guardaba con tanto amor y esmero. Había pasado un rato y cuando pareció que ya la niña no iba a preguntar más, se volvió para la abuela y habló diciendo:
- ¿En el libro de Niotán se habla de tesoros?
- De muchos tesoros. Algunos son de monedas de oro y joyas preciosas. Los nombres de los sitios donde se encuentran escondidos estos tesoros, también están escritos. Algunos yo lo sé.
- ¿Caen por aquí cerca?
- Unos sí y otros, no aunque todos se encuentran dentro de la sierra. Un lugar es Peña Amusgo, otro el Picacho de Monteagudo, el Castellón de los Toros, Solana de Padilla, la Cueva de Puerto Lézar, el nacimiento del río Segura, Cueva del Ermitaño y así hasta llenar páginas y páginas. Cada cortijo serrano escondido en el más oculto valle, cada trocico de huelga, cada tiná, cada cueva, cada aldea y pueblo, tiene o tuvo su tesoro escondido y la mayoría de la época de los moros y mucho antes.

- ¿Son monedas de oro, joyas y perlas brillantes?
- algunos tesoros sí son esto pero otros, no. Sin embargo, quiero que sepas que los tesoros más valiosos nunca son ni joyas ni perlas ni dinero.
- ¿Qué son, abuela?
- La lluvia, la florecillas de las praderas, la verde hierba, el aire limpio, la corriente de un arroyuelo, los bosques, las nubes… Las cosas pequeñas que cada día nos rodean y de las cuales hay muchas en nuestra sierra. Lo más valioso nunca lo busques ni en las cosas grandes o fantásticas ni en las asombrosas cascadas o montañas gigantes sino en los trinos de los pajarillos, en las gotas del rocío o en el color rojo de las cerezas.
- Pero abuela…
Y las dos guardaron silencio.

Después de esto y, pasado un rato, la abuela creyó conveniente hablarle a la niña de dos cosas más para que, en el futuro no lejano, los hechos fueran por el camino que convenía que fueran. Por eso siguió hablando y dijo:
- Lo que sí conviene que sepas es lo siguiente: una vez que tú ya eres la única portadora de este secreto, te sientes obligada a buscar y encontrar ese libro y luego a darlo a conocer a la humanidad entera. Pero atención porque dos cosas son muy importantes en el camino hacia la consecución: no contar a nadie que existe este libro ni preguntar a nadie nada que pueda servirte para llegar a descubrirlo. ¿Entiendes, hija mía?
La niña dijo a la abuela que un poco sí, pero que en este momento ya tenía mucha hambre.

Entonces la abuela se puso y preparó unas

patatas, crillas que es como siempre ella las había llamado en su querido rinconcito de Fuente Segura, fritas con un huevo también frito en puro aceite de oliva. Los huevos eran de las gallinas que ella tenía en el corral, las patatas de las que había criado en el huerto del río, regadas con agua limpia de la acequia que baja desde las buitreras y abonadas con basura, estiércol de oveja. En Fuente Segura y otros muchos lugares de esta sierra, al estiércol que producen las ovejas, cagarrutas, los serranos siempre le han llamado basura. Lo digo para que no se confunda con esa otra basura que tanto producen y conocen los pueblos y ciudades modernas. El aceite con el que frió las patatas y los huevos era del mejor de todos. El que había dando las aceitunas recogidas en los olivos de estas sierras. Puro aceite de oliva y fresco porque pertenecía a la cosecha pasada.

La abuela también partió unos tomates bien maduros, recogidos del huerto del río que aliñó con el mismo aceite que ya hemos dicho, junto con unos trocicos de pepinos y pimientos verdes criados en el huerto del río. Y cuando ya, esta rica y sana comida, estuvo preparada, las dos se sentaron en la mesa y se pusieron a comer. Mientras daban cuenta de tan apetitoso manjar, la niña preguntó:

- ¿Cuándo volverá mi madre, abuela?

- Dentro de unos días.

Dijo la abuela sin saber ella que las cosas no iban a ser así exactamente. Siguieron comiendo sin parar de hablar de otras muchas cosas.

La tarde

Después de la comida la niña se durmió un rato. La siesta serrana que tanto reconforta y sobre todo en los días calurosos. Cuando ya caía la tarde vinieron sus amigas y en la puerta de la casa, por debajo de la fuente de los tres caños, se pusieron a jugar. Al escondite, a la comba y a la rayuela, como casi todas las niñas del mundo. Tuvieron que suspender el juego varias veces porque los coches no dejaban de pasar por la calle. Esto no le sucedió nunca a la abuela en aquel amado rincón suyo de Fuente Segura. Cuando ella se criaba, era niña con la edad que ahora tenía la nieta, ni siquiera un coche se veía por aquel nada solitario paraíso. También esta tarde en el pueblo blanco junto al río, la niña y sus amigas tuvieron que suspender sus juegos cada vez que alguna niña o niño se unía a los que ya jugaban. Así hasta que la abuela despertó de su siesta. Subió por la calle, echó de comer a las gallinas y a los conejos y luego dijo a la nieta:

- Vamos a dar un paseo por el pueblo, ahora que ya no hace tanto calor.

Cierran la puerta de la casa y abuela y nieta caminan despacio calle abajo. Ella no había dicho a la niña que iban a entrar a la iglesia a pasar por su puerta para rezar un rato. No se lo había dicho, pero este era uno de los objetivos dentro del paseo. El otro, era acercarse hasta la curva del río, donde hay un vado de arena y se forma una playa pequeña. Dos objetivos o deseos más tenía ella dentro de su corazón que aquella misma tarde, pretendía hacer realidad. El primero era que cuando ya estuvieran sentadas o tomando el

fresco bajo la sombra de los álamos del río, iba de nuevo a charlar un ratico con su nieta. ¿Qué cosa quería decirle? ¿Qué cosa necesitaba la nieta oír aquella tarde que, al mismo tiempo que le hiciera feliz y le llenara el corazón de esas fantasías tiernas de las que todos los niños del mundo necesitan alimentarse, también fuera de interés de Aneluz?

Pues ellas dos, llegaron a la plazoleta que hay a la entrada de la iglesia. La abuela miró y como la puerta estaba abierta, tirando con amor de la mano de la nieta, entró. Ni siquiera reparó en la madera vieja del viejo portón que cierra y abre el paso al recinto de la iglesia. Madera que según algunos, se decía en el pueblo, venía de los gruesos y blancos pinos que muchos años antes habían cortado en muchos puntos de estas anchas sierras. De los bosques que rodeaban a las aldeas de Pontones y nacimiento del río Segura, también. Pero aquel hecho histórico, importantísimo aunque ahora ya lejano ¿qué le podía importar aquella tarde a la abuela? Tampoco ella reparó en la descolorida fachada de piedra que esta iglesia conserva todavía. Piedra con tonos ocres que se desmorona con sólo tocarla y que la abuela tampoco sabía quién la había puesto allí ni cuándo.

Pero antes de entrar al reducido espacio de la bonita iglesia del pueblo blanco, sí se apercibió del vuelo de las golondrinas surcando el aire de la tarde. Como suele ocurrir en casi todas las plazas que hay a la entrada de muchas iglesias del mundo. Trazaban círculos ellas en vuelos rasos y

los vencejos emitían sus característicos chillidos. En los agujeros de las piedras que dan cuerpo a las paredes de la iglesia, los vencejos tenían su nido. Y en el campanario de una sola campana, de barro y raíces recogidas en el río, las golondrinas habían fabricado los suyos. Como en todos los campanarios e iglesias del mundo y más, en las recogidas iglesias de los pueblos de esta sierra. Todas las torres de estas iglesias sin cigüeñas, adorno que sí tienen muchas otras torres e iglesias del mundo, pero por aquí no.

En las iglesias de los pueblos de esta sierra, casi nunca se han visto cigüeñas y el fenómeno tiene su explicación. Se asientan estos pueblos en terrenos de climas fríos. De alta montaña, muchos de ellos y por eso las nieves se presentan no sólo en los meses de invierno sino en abril y hasta en mayo. Más adelante tendremos ocasión de descubrirlo y quedar metidos en la nieve hasta la cintura. Y claro, con estos fríos ¿cómo van a venir por aquí las cigüeñas para hacer sus nidos en las torres de las iglesias? Se morirían de frío y lo mismo les pasaría a sus polluelos. He dicho esto no para concluir en que las iglesias de los pueblos de la sierra carezcan de belleza. La tienen y en cantidad, pero la suya propia y, como tantas otras cosas, con sello único. Estas iglesias no tendrán sus cigüeñas, pero tienen golondrinas, vencejos, autillos, lechuzas, mochuelos y hasta palomas y otras aves bellas. También tienen campanas que suenan con tañidos alegres y que hacen contraste con los ocres viejos de las piedras añejas de las torres.

Pero en fin, vamos a lo nuestro: la abuela con la nieta entraron a la iglesia y como era por la tarde y sábado, no es que hubiera misa sino que un grupo de jóvenes, con sus guitarras, tocaban y cantaban. Los saludó ella y la nieta también porque muchos de estos jóvenes eran amigos suyos. Se mueven hacia los primeros bancos, los que están más próximos a altar y en uno, pintado en marrón oscuro y también de vieja madera, se sientan. Miran para el sagrario, sin hablar, sólo desde su corazón, quiso decir ella: "Ya me vez aquí, Dios mío y dueño de todo. Estoy triste y tengo preocupación. Las cosas que han ocurrido estos días y pueden ocurrir en los días que están por venir, son duras y duelen. Pero como en tus manos estoy y estamos todos, ha lo que puedas para que vayamos saliendo adelante. Sólo te pido salud y fuerzas". Y en estos momentos, los jóvenes del coro, hacen sonar sus guitarras y acto seguido cantan la siguiente canción:

QUÉDATE JUNTO A NOSOTROS
QUE LA TARDE ESTA CAYENDO,
PUES SIN TI A NUESTRO LADO
NADA HAY JUSTO,
NADA HAY BUENO.

Caminamos solos por
nuestro camino
cuando vemos a la vera
un peregrino,
nuestros ojos
ciegos de tanto penar
se nos llenan de vida,
se nos llenan de paz.

Buen amigo
quédate a nuestro lado,
pues el día ya sin luz
se ha quedado,
con nosotros quédate
para cenar
y comparte mi mesa
y comparte mi pan.

Abuela y nieta han quedado mudas mientras los jóvenes han ido desgranando las dulces notas de su canto. Y no se sabe si fue quizá por la emoción que esta canción despertó en el corazoncico de la niña por la amistad que con los jóvenes de este grupo tenía, el caso es que ella, miró a la abuela y así, sentadas tal como estaban, le preguntó:

- ¿Me dejas que me vaya con ellos?
- ¿Qué vas hacer tú con ellos?
- El otro día me dijeron que si quería meterme en el coro. Les dije que sí y desde entonces estoy deseando unirme a ellos y cantar las cosas que cantan.

Y la abuela, durante unos segundos guardó silencio. Luego la cogió de la mano. Dejan el banco donde se han sentando e invita a la nieta para salir cuando de pronto, como un susurro amoroso y dulce, dentro del alma oye como una voz que, en un eco casi imperceptible, le dice: “Te he escuchado y te digo que estoy contigo porque te quiero. Tienes la vida rodeada de cosas de la tierra, como tantos, y es natural que al irlas perdiendo, te duelan. No lo entiendes, pero tiene que ser así para que al llegar el día definitivo, sigas existiendo tras la muerte que no es muerte”. Y la

abuela, sin saber cómo y sin que el sonido de sus palabras fuera perceptible, dijo: “¡Gracias!”. Y ahora otra vez la nieta le pregunta:
- ¿Qué me responde de lo que te he dicho?
- Vamos a saludarlos.
Le dice la abuela. Se acercan a los jóvenes y al instante, una de las muchachas, de pelo rubio, cara redonda y nariz respingona, saluda a la niña, le ofrece un cuaderno con las pastas color azul claro y le dice:
- Hoy ya hemos terminado el ensayo, pero si quieres te llevas a tu casa este libro. En él están escritas todas las canciones que cantamos en esta iglesia. En tus ratos libres y con la ayuda de tu abuela, puedes irlas repasando. Así te las aprendes para que te cueste menos trabajo cantarlas luego. ¿Quieres?
- Sí que quiero.
Respondió la niña y los despide porque ya la abuela va saliendo del recinto.
- Seguro que vendré al próximo ensayo.
Les dice mientras se retira.

Al pasar por el umbral de la puerta que da entrada a esta iglesia bonita del también bonito pueblo blanco, la nieta le pregunta:
- ¿Qué les has dicho al Señor?
Y la abuela:
- Le he pedido que me dé su mano.
- ¿Cómo da la mano Dios?
Y la abuela le dice que, aunque no se vea con los ojos de la cara, Dios da su mano a todo aquel que se lo pide.
- Abuela ¿cómo es la mano del Señor?
- Así como la mía agarrada a la tuya, pero que

transmite otra cosquilla y otro calor.
- Pues a mí me gustaría que Dios me diera su mano. Si tú se lo dices ¿Él lo hará?
Y la abuela le dice que sí. Que lo hará para llevarla de paseo por la orilla del río y sentarse con ella a la sombra de los álamos y también, para ayudarle a coger las patatas del huerto.
- Pero abuela...

Lo que le preocupaba a la abuela era de qué modo iba a decir a su nieta que su padre ya no estaba y que nunca más volvería. ¿Cómo le decía que había muerto y de aquella manera? La niña era pequeña y comprendía que esta realidad le iba a doler mucho. Según tenía oído le dejaría una secuela que ya nunca podría curar. Y una criatura como esta no merecía un golpe tan duro aunque la niña no fuera capaz de comprender un hecho tan grande. Se decía que en cuanto tuviera ocasión tenía que hablar con su hija, la madre de la niña para ver de qué modo, a partir de ahora, enfrentaban a la vida. Porque tampoco tenía ella claro que mantener a la niña en la ignorancia o distraerle con esto o aquello, fuera lo mejor. No estaba segura que esto fuera lo mejor, pero esta tarde, esto era lo que pretendía. No haciendo caso ni siquiera del dolor que ella misma tenía dentro.

Y a partir de este momento y, mientras caminaban por la solitaria calle de su bonito pueblo al caer la tarde, la niña siguió preguntando que si Dios estaba en la corriente del río que pasa, que si estaba en las hojas de los olivos cuando el viento las mece y estás bailan y bailan sin parar todo el día, que si estaba con los hombres que todos los

días recorrían los caminos montados en sus burros para ir al campo, que si estaba en la alegría de los niños cuando estos juegan en las calles del pueblo al fresco de la tarde que cae, que si estaba allí, aquí, más allá y más acá y en la nubes, en el viento y hasta en los vuelos de las mariposas que recorren la orilla del río. Y la abuela, como tantas y tantas abuelas del mundo, le decía que sí. Que Dios era grande, dueño, bello, sabio y así hasta no parar de contar una vida entera. Y al final la nieta dijo:

- ¡Pues sí es grande Dios, abuela!

Se produce un breve silencio mientras siguen avanzando por la calle. Y tampoco se sabe por qué sueño, pensamiento u otro hecho interno en la mente de la niña, pero el caso es que de pronto ella le pregunta a la abuela:

- ¿Y este Dios tiene algo que ver con aquello que me contaste el otro día?

- ¿Qué te conté?

- Lo de la hermana de Fuente Segura que salía a los caminos en busca de pobres cuando las nevadas eran grandes. ¿No te acuerdas?

Y la abuela le dice a la nieta que sí, que se acuerda.

- ¿Y por qué hacía aquello la muchacha?

Y entonces la abuela habla y le dice:

- La muchacha aquella era hija de un pastor que vivía en la misma aldea de Fuente Segura. Mi bonita aldea a la que un día te llevaré para que la conozcas. Y tenía aquella muchacha unos doce o trece años. Era buena y cariñosa como todas las personas de esa tierra mía. Por eso y quizá porque la madre así se lo había enseñado, en cuanto

llegaba el invierno y aparecían las nevadas, al caer las tardes, salía de su casa y se iba por donde pasan los caminos. Se quedaba allí quieta pasando frío y mirando para un lado y otro esperando ver asomar alguna persona que fuera a otro pueblo, cortijo o simplemente regresara de los campos. En cuanto lo veía venir con su borriquillo, porque muchas de aquellas personas tenían su borriquillo, se le acercaba, lo saludaba y le decía:
- En la casa mía, que es tu casa, madre tiene preparado un plato de sopa calentica, tiene la lumbre encendida y junto al fuego, también preparadas las cabeceras. Así que si quieres aliviarte un poco y quitarte el frío y el hambre, pues vente conmigo.

Y casi siempre, aquellas personas muertas de frío, agotados del camino y sin fuerza por el hambre, se iban con la hermana aquella. Entraban a la casa, se tomaban su sopa, se calentaban en la lumbre y por la noche, dormían junto al fuego liado en el calor de las cabeceras. Y al día siguiente se despedía y se iba. Pero la niña, otra vez al caer la tarde de ese mismo día, se iba a los caminos a buscar más pobres muertos de frío y hambre. Así se pasaba ella todo el invierno. Mientras duraban las nieves y los hielos brillaban en las corrientes de los arroyos. Cuando los demás vecinos y vecinas de la aldea de Fuente Segura le preguntábamos por qué hacía aquello, ella siempre respondía:
- Yo me pongo en el lugar de esta pobre gente que, sin culpa ninguna por su parte, se mueren de frío mientras van por estos caminos. Al caer la noche y con la nieve amontonada por los barrancos y las laderas, si no les ofrecemos casa,

comida y cama, se pueden morir en cualquier recodo o cañada.

- Pero tus padres también son pobres. Con las cuatro ovejas que tienen y un poco de huerto, no podéis repartir tanto. Os quedareis vosotros también sin comida y os moriréis un invierno de estos.

Y aquella niña siempre respondía lo que su madre le tenía dicho:

- Hay que ponerse en el lugar de ellos. Porque nosotros, al menos esta noche tenemos casa, lumbre y un platico de sopa calentica, pero ellos ¿qué tienen los pobres?

Y al llegar a este punto del relato, la abuela guardó silencio. Fue interrumpida por la nieta que otra vez le pregunta:

- Abuela, ¿tan grandes eran las nevadas en aquella aldea tuya?

- Las primeras nieves Caían antes de Navidad y había años que hasta final de mayo, todavía seguía nevando. Pero las nevadas grandes se daban en los meses centrales del invierno. Hasta dos metros de nieve se acumulaban por aquellas terreras y caminos. La pobre gente que iba de un lado para otro, porque entonces no había coches, tardaban días enteros en llegar. Donde les cogiera la noche, allí se tenían que parapetar contra una piedra, en alguna covacha o en alguna casa de gente buena que, como aquella hermana de Fuente Segura, les socorría a cambio de nada. La única paga que ella decía esperaba era que Dios le siguiera dando salud y fuerzas para seguir socorriendo a más personas cada día.

- Abuela ¿y se daba el caso que murieran algunas

personas por los caminos entre la nieve?
- Se daba el caso, hija mía. A mí me lo han contado mis abuelos. Decían ellos que algunos invierno, especialmente fríos y de nevadas grandes, las personas morían en los caminos o en las montañas. Congelados por el frío y desfallecidos por el hambre. La vida para las personas, en otros tiempos y en estas montañas, era muy dura.
- Pero abuela…

La madre y el paseo

Y van ellas dos surcando la calle hermosa del bonito pueblo que se duerme a orilla del río color chocolate, cuando es invierno o descargan las nubes y espejo de luz, en cualquier otro tiempo, cuando tuercen para la derecha. Es la curva cerrada que en forma de recodo se recoge en el rincón antes de la puerta de la iglesia y ya da paso a la carretera asfaltada. La que desde el valle de los olivos asciende hacia el corazón de la sierra y el pico Yelmo. Pues pisan ellas la carretera y van a cruzar a la otra acera cuando justo ahí mismo y en la marquesina de plástico y cristal que los de la Junta de Andalucía por aquí pusieron, ven al autobús que se para. Mira la niña y al instante exclama:
- ¡Abuela, mi madre!
Mira la abuela y la ve. La madre de la niña, la hija de la abuela, baja del autobús porque regresa.

Y regresa, según luego dijo ella cuando ya, sobre el mismo puente del río, le pregunta la abuela, porque:

- En el pueblo de la loma de los olivos ¿qué iba a hacer yo estos días teniendo mi dolor en esta casa nuestra y en esta niña pequeña?
Y la abuela la anima y dice:
- Pues sí, hija mía ¿qué ibas a hacer tú allí tan lejos en un trance como este? Y además, la gente, la niña, la familia... has vuelto y has hecho bien.
Y la niña, como esta tarde, a pesar de la realidad que aflige a los mayores y de la vida con sus revueltas y más revueltas, tiene lleno el corazón de alegría y ahora se sienta feliz, pregunta a la madre por el padre. Esta le dice que siga en su paseo con la abuela y que luego, cuando ya la tarde caiga del todo y regresen a la casa, le contará un bonito secreto y le descubrirá una agradable sorpresa que guarda para ella.
- Pues mamá, dame un beso y hasta luego.
Responde gozosa la niña al tiempo que ya vuelve a coger la mano de la abuela y tira de ella para que siga llevándosela de paseo.

Para donde el río traza la curva airosa, la que parece una media luna florecida por los muchos rosales silvestres, las muchas zarzas y los muchos álamos, ellas se dirigen. Al otro lado del cauce, se recoge el huerto y en este mismo lado y más arriba, corre la acequia justo ya por donde avanza la carretera y más arriba, corona el cerro de las buitreras. Al este lado, al izquierdo, algo al levante y mirando al pico Yelmo, se encuentra la piscina del pueblo. Por detrás, los olivos y arriba, coronando, el recio monte de este cerro de olivos no muy robustos porque la tierra es colorada y bastante agria, las ásperas floraciones de rocas. Unas paredes rocosas que sobresalían en lo más

alto y también por la cara que mira al río y que en verano, sólo mirarlas, contagian desolación. Tan pobre es esa tierra y tan secas las rocas que coronan que ahí sólo crecen unas pocas matas de esparto, rodalillos de maticas de tomillo, hierbas muy bastas, retamas y poco más. Y por este lado, otra cumbre de otro cerro y la atalaya de uno de los viejos castillos perdidos y ahora abandonados por estas tierras. Pegado al río, sube la carretera que arreglaron no hace mucho y que, recorriendo el valle, por el norte del castillo grande, va de pueblo en pueblo para así dar vida y salida a las personas que en ellos habitan.

Y van ellas dos recorriendo la distancia que hay entre las últimas casas del pueblo hasta la curva del río, cuando la niña le recuerda a la abuela:

- ¿Y aquella canción que tú decías?

Y la abuela:

- ¿La de los pueblos blancos en las laderas de los montes y entre los olivos?

- Esa misma, abuela. ¿Por qué no me la cantas ahora que el sol de la tarde reluce sobre los tejados de esos pueblos?

Y la abuela le responde que como es por la tarde y está cansada, se encuentra sin ganas, pero lo que de verdad le pasaba es lo que ya, tú lector amigo y yo, sabemos. Mas, como ella sí quería mucho a su nieta, comiéndose su pena y para sí, se dijo que aunque no tuviera ganas, debía cantar la canción que la niña le estaba pidiendo. “Al fin y al cabo, una nieta como la mía ¿no es el mayor tesoro del mundo?” Se volvió a decir para sus adentros. Y bien que ella tenía razón.

Tengo que decir que la canción de los pueblos, que es como la abuela la llamaba, era creación también de ella y había nacido de la forma más curiosa. Hacía varios años, estaba ella una tarde en su huerto del río. Era plena primavera y de pronto, se nubló el cielo. Toda la gran Sierra de Segura se quedó bañada por un tono oscuro y algo frío y al poco, estallaron los truenos. Se abrieron las nubes y comenzó a llover a cántaros. Una lluvia fría y recia que duró más de una hora.

Se llenaron los arroyos, saltaron por las laderas, salieron las cascadas y al poco, el río color chocolate, bajó repleto. Lleno hasta el mismo borde y con su corriente teñida de color ocre. Chocolate recién hecho que manchaba del mismo color a las florecillas, juncos y tarayes que por aquellos días ya crecían en las riveras. Por unas horas y mientras descargaba la tormenta, los ruiseñores dejaron de cantar, pero en cuanto las nubes se abrieron y paró la lluvia, otra vez volvieron a cantar los alegres ruiseñores.

La abuela, bajo un olivo grande y como pudo, allí en su huerto, se refugió porque como todo fue tan rápido, no le dio tiempo irse al pueblo. Ni siquiera lo intentó porque enseguida se dio cuenta ella que era mejor quedarse allí y empaparse todo lo que fuera necesario hasta que la tormenta pasara. Aguantó la lluvia que le empapó por completo, cosa que a ella no le importaba mucho porque a lo largo de su vida y desde pequeña, la lluvia la había empapado muchas veces. También la nieve la había

embadurnado otras tantas y el rocío y el hielo, no digamos. Trabados en sus pelos morenos y en los dedos de las manos los llevaba ella cada vez que recorría los campos de su aldea de Fuente Segura. Cuando ya paró la nube, salió del olivo y como pudo, se puso a recorrer la senda para regresar al pueblo. La tierra se había puesto tan chorreando que era imposible hacer ninguna labor en el huerto.

Pero ella, según ya regresaba y con el cielo ahora casi limpio de nubes, al subir por la cuesta, se paró a descansar. Echó una mirada para el río, al huerto en su misma orilla y de paso, se fue con su vista por las laderas y cerros de la amplia Sierra de Segura. Y ella se encontró con la sorpresa más grande de su vida. El sol había salido y por un roto de las nubes, se escapaban. Limpio iluminaba las casas blancas y recién lavadas de los pueblos de la sierra. Y como la lluvia todavía relucía por los tejados y en los bosques que rodeaban a los pueblos, el espectáculo era grandioso. La visión más bonita que nunca había visto ella. La gozó en silencio y como su amor por la sierra y los pueblos era tan grande, del corazón le brotó lo que después llamó canción de los pueblos.

Pero aquella tarde, aquí no terminó todo. Porque estaba ella embelesada mirando la belleza que manaba de los pueblos que se aplastan por las laderas de esta ancha sierra suya, cuando al volver la cabeza para seguir por su camino, se encontró de lleno con el pueblo blanco que se duerme junto al río color chocolate. Desde la curva del camino por donde regresaba lo tenía a

unos quinientos metros y como la curva se elevaba sobre la ladera, se le veía casi por completo. Chorreando desde ambas laderas hacia el corazón del río y recostado sobre la tierra roja de las laderas de estos cerros. Una tierra áspera y con el tono naranja fuerte que cuando se moja parece chocolate o pura sangre que acaba de brotar de la herida. De este terreno es de donde las aguas del río recogen el color que luego se llevan corriente abajo hasta los rincones más alejados de estas sierras. Por toda Andalucía y hasta al mismo mar que rodea a Andalucía por la parte del poniente.

Pues iba diciendo que ella, al mirar y descubrir al pueblo blanco allí tan cerquita y tan recién lavado por la lluvia de la nube, se quedó sin respiración. Sin respiración por lo asombrada ya que descubrió que este pueblo, le parecía el más bello de cuantos pueblos los humanos hayan creado nunca. Allí, descolgándose de las laderas que a su vez estaban pobladas de olivos, derramándose en la misma orilla del río naranja y las casas escalonadas como si estuvieran jugando a pilla, pilla, el pueblo le parecía delicadamente bonito. Nunca antes lo había advertido con la claridad y rotundidad que esta tarde lo descubría. Se dijo que estaba contenta de vivir en este precioso pueblo y luego se dijo que en cuanto pudiera, de la forma que fuera, tenía que contar el descubrimiento que acababa de gozar. Y recordó ella, en aquel momento, que de su madre, más de una vez había oído: “Los pueblos son casas y calles y personas que van por estas calles y viven en estas casas. Y los pueblos son bonitos porque

así lo deciden las personas que en ellos han nacido y porque el corazón de estas personas siempre se enamora de su pueblo. Pero los pueblos son anónimos y casi todos iguales mientras que alguien, algún artista o persona de la condición que sea, no les dé brillo y lo saque de este anonimato. Los pueblos permanecen mudos y son unos iguales a otros hasta que en uno de ellos, ocurre lo diferente y, por ello, traspasa la barrera de la vulgar para entrar a la región de lo eterno”

Esta otra tarde de paseo por el río con su nieta, llegan las dos a la piedra redonda que hay a la derecha de la carretera según se sube para la torre vieja del castillo abandonado. La que es un gran peñasco y casi siempre está rodeada de grama. Y como la niña esta tarde, cosa que tenía que haber dicho antes, pero lo digo ahora, estrenaba unos zapatos de deporte que la abuela le había comprado una semana antes, a ésta se le desataron los cordones.
- Espera abuela.
Pidió ella y se sienta en la piedra. Encoge su pierna y se prepara para atarse los cordones de sus flamantes zapatos de deporte. Vio la abuela que este era un buen momento allí y de pie y, mientras dejaba que la nieta se echara su nudo en los cordones de los zapatos, le empezó a cantar la siguiente canción:

Los pueblos blancos
de mi sierra amada,
relucen callados
con el sol y el agua

que las nubes grises
traen y derraman.
Son los pueblos blancos
de mi sierra dorada,
como mariposas
que vuelan y se paran
entre los olivos
y las cumbres largas.
Toman el sol
frente a las mañanas
y relucen tanto
que parecen plata.

La niña escuchaba y con sus dedos blancos, luchaba y luchaba en un deseo loco de atarse los cordones de sus zapatas. Ella, al igual que tantos niños a esta edad, no sabía por qué agujero meter el cordón derecho ni por qué otro meter el cordón izquierdo. Y daba vueltas y más vueltas con sus dedos blancos por los zapatos, los pies, los cordones y otra vez los zapatos sin acertar. Miraba a la abuela y como ésta la esperaba a ella, no tenía prisa y consciente la dejaba en su tarea. Y es que la abuela, en parte quería comprobar si la nieta acertaba a resolver aquel problema y en parte, al descubrirla allí, sentada en su piedra con el sol de la tarde pintándole de rosa la cara, la veía tan guapa que le parecía el más bonito de todos los sueños. "Un minuto más quiero gozarla en este juego de hada", se decía en su corazón. Y dejaba que pasara el tiempo y que ella siguiera intentando anudar los cordones de sus zapatos. Hasta que de pronto, la niña mirando a la abuela, le dijo:

- No sé, abuela.
Y la abuela se puso de rodillas delante de la nieta y comenzó a sujetarle los cordones de sus zapatos nuevos. Y estando en este gozo y juego, de repente pregunta la niña:
- ¿Qué es lo que le pasa a mi madre?
Y la abuela:
- ¿Por qué me haces esa pregunta?
- Es que abuela...

Otro de los propósitos que la abuela aquella tarde llevaba en su corazón era que, en cuanto estuvieran sentadas a la sombra de los álamos y en la orilla del río, le contaría a su nieta un cuento. Uno de los mil bonitos cuentos que ella conocía desde que era niña y que tanto le habían gustado. Y otro deseo más de esta abuela para con su nieta, era hablarle de su aldea de Fuente Segura. La niña todavía no conocía aquel paraíso, pero la abuela, como tantos y tantos días por aquellos caminos había corrido, no podía olvidarlo de ninguna manera. Pero lo que más deseaba la abuela aquella tarde, era quedarse por allí, en la orilla del río y mientras la noche comenzaba a derramarse por la ancha sierra, dejar que la nieta fuera sintiendo lo que ella tantas veces ya había gustado en su vida. Un secreto, un bonito y delicado secreto que ella tenía descubierto entre el fino silencio de las horas nocturnas y el misterioso brillo de las estrellas por el cielo, pero que no se podía transmitir de ningún modo. Sólo palpándolo con las fibras del alma, como ella lo había palpado tantas veces, se podía descubrir, gustar y conocer, aquel tan delicado secreto. Y claro que esto tenía relación con lo que, de los pueblos, su madre le

repetía sin parar: “Los pueblos son y, antes los ojos de los que vienen de fueran, no muestran ni tienen más uno que el otro hasta que en uno cualquiera, y puede ser en el más humilde, ocurre lo peculiar. Lo que hace que a partir de ese momento y para siempre, el pueblo sea diferenciado de los demás”.

No habían llegado todavía a la orilla del río, por donde los álamos se apiñan verdes y se pasan todo el día temblando en la dirección del viento cuando la niña le vuelve a preguntar:

- ¿Y lo del pastor, abuela?

Se quedó ella como pensando y dos segundo más tarde le pregunta:

- ¿De qué pastor me hablas?

- Del vecino nuestro.

El vecino que la niña mencionaba había sido pastor toda su vida y ahora que ya estaba viejo, vivía solo en la misma parte del pueblo que la niña, la abuela y la madre. Pero no era vecino por completo. Sólo lo era de barrio porque ni siquiera vivía en la misma calle. Él tenía una humilde casica una calle más arriba y en un recodo solitario.

- Pues hija mía ¿qué le pasa a nuestro vecino?

- Lo que quiero es preguntarte si tú lo conociste de joven.

- Claro que lo conocí. Nació, se crió y vivió en la misma aldea de Fuente Segura. Hasta jugamos juntos cuando éramos pequeños así que fíjate si no lo voy a conocer.

- Pero abuela ¿por qué se vino a vivir a este pueblo?

Y entonces la abuela le dijo que:
- Ese vecino nuestro fue uno de los muchos pastores de aquella bonita aldea mía. Toda su vida se la pasó guardando ovejas. Por la orilla de aquel río claro, por las llanuras ásperas y quebradas de los Campos y por los cerros que rodean a los dos Pontones, el de Arriba y el de Abajo. Cuando llegaba el invierno, como casi todos los pastores de las tierras altas de Santiago de la Espada, se bajaba con sus ovejas a las tierras de Sierra Morena. Como allí nieva tanto, es imposible o por lo menos muy duro, aguantar un invierno de nieves y con el ganado encerrado en la tiná y echándole pienso todos los días. Cuando el hombre se ponía de verea con los animales casi siempre se iba por esos lugares que se llaman Hoya Morena, Hornos el Viejo, el Carrascal, Cañada Morales y las Cumbres de Beas hasta el Cornicabral. Pero algunos años, fuera porque le me venía mejor o fuera porque invernaba con sus ovejas por las partes altas de Sierra Morena, el caso es que al regresar y al volver de verea, pasaba por este pueblo blanco.

Al hombre se le metió en la cabeza que este pueblo blanco era lo más bonico que nunca había visto en su vida. Y a sus compañeros siempre les decía:
- Cuando menos lo esperéis, vendo las ovejas y me voy a vivir a ese pueblo blanco.
- ¡Pero hombre!
Le decían sus compañeros.
- Es que tengo yo el gusto de irme a vivir a ese pueblo blanco.
Le respondía él.

Y así lo hizo. Su sueño un día se le convirtió en realidad. Al pasar por aquí cuando un año regresaba de la invernada hacia las tierras altas de Fuente Segura y Santiago de la Espada, se encontró con un marchante. Le vendió todos los borregos que ya los tenía criados y muy gordos y de paso, también le vendió todo el rebaño de ovejas.

- ¡Pero hombre!

Le decía el marchante. Y él le respondía:

- Ya lo tengo decidido.

Y desde aquel día y aquí mismo se quedó sin ovejas. Compró el hombre una casucha en la calle alta y desde entonces ahí lo tienes viviendo. Pero como al hombre les gustaban las tierras y por allí arriba tenía algunos piazos, los vendió y aquí, junto al río y pegado a nuestro huerto, el hombre se compró un terreno. Eso tú ya lo conoces y por eso sabes que, además, de huerta tiene algunos olivicos, álamos, almendros, cerezos, manzanos y hasta un precioso peral. ¿Era esto lo que tú querías saber de ese vecino nuestro?

- Esto era abuela, pero también quería saber más cosas.

Y va la abuela a preguntarle por esas cosas que ella quería saber cuando ya acaban de llegar al rincón que vienen buscando.

Así que se apartan para la orilla del río. Justo donde los álamos se espesan y, cada vez que se mueve el viento, bailan y bailan al son de la música que desgranan las hojas verdes. Buscaron ellas un buen rodalico no bajo la sombra de los árboles, porque con la tarde casi en su final, la sombra no hacía mucha falta, sino en la hierba y lo

más cerca posible de la corriente del río. Las aguas de este río serrano, pasaban esta tarde, como recogidas en sí mismas, limpias como no se le habían visto desde hacía mucho tiempo y misteriosas. Dibujando olas transparentes que al romperse contra las piedras, quedaban convertidas en burbujas de espuma destrozada. Y por el aire perfumado de la tarde, desde la parte alta del río, aparece una bandada de abejarucos. Trazan dibujos preciosos con sus alas y mientras suben y bajan como si se estuvieran meciendo en la fina brisa de la tarde, lanzan sus gorgojeos. Unos trinos no muy agudos, pero si corticos que parecen como si les sirvieran de aviso o señales.
- ¿Tú lo sabes, abuela?
Le pregunta la nieta. A lo que la abuela responde:
- De estas preciosas aves de colores yo sé poco. Sé que en cuanto llegan los fríos, se van de estas tierras a otros países más cálidos. Y sé que hacen sus nidos en las torrenteras de los arroyos, perforando un agujero en la tierra y que se alimentan de hormigas, insectos, avispas y abejas. Por eso le llaman abejarucos. Los colores de sus plumas son tan bonitos como los de las oropéndolas, los arrendajos o el martín pescador.

Ya hemos dicho que estaba bien entrado el verano aunque lo que más estaba, era la primavera terminada. Por estas fechas es cuando los días tienen más horas de luz, a la nueve de la tarde todavía alumbra el sol por algunos picos de estas montañas y también por estas fechas es cuando las huertas, a orillas de ríos y arroyos de estas sierras, muestran su mayor esplendor. Las patatas están florecidas, nacidas y bien grandes

andan ya las habillas, las matas de calabaza muestran sus flores anaranjadas, el maíz ya se estira vigoroso y verde, los cerezos, los más tardíos y de tierras más húmedas, todavía se engalanan con sus perlas carmesíes, se doblan los albaricoques, relucen las higueras con sus hijos bien gordicos y las que son brevales, se preparan para dar sus primeros frutos y a los almendros se les dobla sus ramas más finas con las almendras ya casi hechas. Por estas fechas, en las riveras de los ríos de estas sierras y más por este valle de Segura, las huertas presentan su mejor aspecto. Una primavera dentro de la otra primavera que, hasta que llegan los meses del otoño, se mantiene fresca y llena de verdor.

Por eso aquella tarde, por la orilla del río color chocolate, cantaban las ranas. No una ni dos ni tres sino casi un ciento y por toda la fresquita rivera del río. Allí mismo, para abajo hasta las mismas casas del pueblo y para arriba, casi hasta las laderas y bosques del majestuoso Yelmo. Y cantaban ellas subidas en lo alto de las piedras, escondidas por entre la hierba, sujetas en las ramas que la corriente había arrastrado y con la cabeza a asomada por entre las algas verdes de algún charco remansado y aislado. Al acercarse las dos al borde de las aguas, muchas de estas ranas se asustaron y se zambulleron en la corriente. Otras también saltaron, pero en lugar de tirarse a las aguas, se fueron por la hierba y el pasto y otras, siguieron tan panchas con su croar monótono y viejo. Y al sentir y ver el espectáculo, la abuela le dijo a la nieta que aquello era una de las cosas más sencillas y bellas que pueden gozar

los humanos por esta tierra.
- ¿Y qué cosas son esas, abuela?
Le pregunta la niña.

Se iba a preparar ella para decirle a la nieta que estas cosas son, pues el rocío trabado en las hojas de la hierba al salir el sol en las templadas mañanas de las primaveras, el agua clara que salta y se aleja hermosa por los arroyos, los romeros florecidos en los primeros días de enero y todavía la nieve cubriendo las crestas de las montañas, las nubes formando vellones sobre el intenso cielo azul y así, una lista tan larga que en una vida entera no hay tiempo para contarla. Se estaba preparando la abuela para sacar estas cosas de su corazón y contárselas a la nieta y otras muchas que ella había vivido por su aldea de Fuente Segura, cuando de pronto, las dos se asustaron.

Un poco más arriba de donde se habían parado, estaba el rodalico de huerta del pastor vecino. El que vendió las ovejas junto con los borregos y se vino a vivir al pueblo blanco. Y allí cerca, todavía había más huertas. Y como era por la tarde, los dueños de algunas de estas huertas habían venido a regarlas, a quitarle las malas hierbas, a sembrar algún producto tardío o simplemente a darle una vuelta. Porque como dice el refrán: el ojo del amo engorda al caballo. Todo el que por estas sierras tiene una huertecica junto a los arroyos o por las riveras de los ríos, en cuanto dispone de un ratillo libre, se va a ella aunque sólo sea para darle una vuelta, estar allí y ver si han crecido mucho o poco las patatas, los

ajos o los tomates. También para observar si los bichos, cabras monteses, jabalíes, turones o ciervos, han entrado y se han comido las plantas o los árboles.

Pues por allí, había unos pocos perros y al sentirlas a ellas o quizá a olerlas, arrancaron a ladrar escandalosamente. Y es que, bajo un cerezo joven que todavía estaba cargado de redondas y rojas cerezas, el amo de algunos de aquellos perros había dejado la barja, la chaqueta y algunas cosillas más. Los animales, al darle el olor de las que acababan de llegar, pues pensarían ellos que venían a robar cerezas o a llevarse las pertenencias de sus amos. Al oír los ladridos de los perros primeros, los otros, los que estaban un poco más arriba y un poco más abajo, también se animaron y en sólo tres minutos, la orilla del río y por entre las huertas, se convirtió en una descontrolada algarabía.

Recordó la abuela que este fenómeno ocurría muchas veces tanto en el pueblo blanco como en su bonita aldea de Fuente Segura. Allí arriba más que aquí abajo porque en los tiempos que ella fue niña, en cada casa, en cada familia y con cada pastor por los campos, había e iba un par de perros o tres. Principalmente perros ovejeros y mastines que fueron y son los más útiles para los serranos y, desde siempre, en estas sierras.

Y ya que estamos con este tema, quiero yo ahora hacer aquí un breve paréntesis. Lo necesito para aclarar o contar esto de los perros amigos sinceros de los pastores por los Campos de

Hernán Pelea. No son estos perros ni se comportan como los que en el mundo moderno de ahora, hay en las casas y pisos de las ciudades y pueblos grandes. Los de estos campos siempre están al aire libre y por las noches, haga fría o calor, duermen fuera de las casas. Detrás de cualquier piedra o acurrucados en unas matas o rincón. Nunca son ni cogidos por sus amos ni acariciados y mucho menos besados o duchados y peinados. Se las apañan ellos como pueden y también comen lo que pillan o los resto de la comida que sobra en la casa.

Los perros y también los gatos que dan compañía y ayudan a muchas de las personas que vivieron y viven en estas sierras, son animales nobles donde los haya. Bonicos ellos como los primeros y fuertes y sanos como Dios manda. Aguantan el frío en las noches de nieve e hielo y soportan el hambre, porque de mimando y sobre alimentados, nada.

- Como toda la vida de Dios han estado los cortijos y campos de estas tierras nuestras.

Decía la abuela una vez y otra cuando era oportuno y se hablaba del tema. Y cuando a la abuela le preguntaban por las cosas modernas de ahora, perros, gatos y otros animales dentro de las casas, ella siempre respondía:

- Será porque las personas de ahora son más cultas y ellos ven que esto debe ser así, pero los perros, gatos y otros bichos, por aquí siempre ha sido como ya se ha dicho. Lo que Dios manda es que estén en su libertad pasando frío, sed, y calor y comiendo lo que se presente. Lo contrario, los perros en las casas y lamiendo caras y manos,

será cosa moderna de estos tiempos y de las personas que tienen estudios.

Pues al sentir ellas los espesos ladridos de los perros, como tenían sus pensamientos e ilusión ocupados en las ranas y las riveras del río, se asustaron. Dejaron a un lado el plan que iban a realizar y se pusieron a mirar paras las huertas más próximas. Las que les quedaban por el lado del Yelmo y un poco hacia el lado por donde sale el sol. Miraron ellas con el deseo de averiguar qué era lo que por allí ocurría y al ver a los perros, llamaron a su amigo el pastor. Este contestó un poco más arriba y por entre los árboles de la huerta.

- ¡Tuba, callaros ya!

Gritó ordenando a los perros que desistieran de sus escándalos. Por unos segundos estos dejaron de ladrar sin parar en su empeño de no recibir con agrado a las que llegaban. Pero éstas, en lugar de pararse en la primera orilla del río que habían elegido un poco antes, siguieron andando y al poco ya estaban pisando las tierras de la huerta de su amigo el pastor.

Antes de acercarse y saludarlo más relajadamente, la abuela comprobó que en las otras huertas que había entre los álamos, por donde el río llegaba, jugaban varios niños. Tres de ellos, amigos de la nieta y uno, vecino cercano. Y había advertido ella que por donde jugaban los niños, cinco o seis perros se movían con el rabo alzado y las orejas tiesas. También observó la abuela que el cerezo donde su amigo tenía la barja colgada, estaba cargadito de cerezas ya

todas bien rojas. El granado estaba florecido y sus preciosas flores rojas sangre, temblaban graciosas en las puntas de las ramas y entre un espeso bosque de hojas verdes. El albaricoque también mostraba su abundante cosecha igual que todos los almendros y el redondo manzano.

Al aproximarse la abuela, volvió a saludar con el saludo del encuentro amistoso y el viejo pastor le responde:

- ¿Qué tal van las cosas?

Pregunta él sin referirse a nada concreto sino como abriendo una puerta al diálogo.

- Con la nieta dando un paseo para que salga un ratico de la casa y le dé el sol de la tarde.

Miró él a la nieta y le dijo:

- Si te gustan las cerezas coge de ese árbol las que quieras.

Y luego le dijo a la abuela:

- Nunca vi yo por estas sierras una chiquilla tan bonica como esta tuya. Y te lo digo porque esa nariz respingona, ese pelo de oro nuevo, esos ojos negros y su cara redondica, le regalan una belleza que no es corriente por estas sierras. Tu nieta, para ti, será un ángel, como tanto repites una vez y otra, pero para muchos de los vecinos de este pueblo, es una muñeca.

La abuela calla. Y la niña, como las cerezas se le colaban por los ojos, con su rojo brillante y su fina piel suave, se fue para el árbol. Al verla los otros niños, se vinieron con ella y allí se pusieron a coger y comer cerezas al tiempo que contaban aventuras y reían como persiguiendo la caricia que le regala el beso de la clara tarde.

Y pasó un rato. No mucho. Quince minutos o así. Todavía la abuela estaba charlando con el pastor y éste ahora le decía:
- ¿Te acuerdas de aquellos cerezos que, cuando niños nosotros, crecían en la aldea de las Espumaredas?
Y la abuela:
- ¡Madre mía que si me acuerdo! ¡No he cogido yo de allí cerezas! Y luego, ya que estábamos en Fuente Segura, no he ido yo allí veces montada en la burra blanca a por estas cerezas.
- Ea, como echaron a los vecinos de allí, pues cuando se fueron, abandonados y sin dueños se quedaron los cerezos, los granados, las nogueras, las parras y los manzanos.
- ¡Qué lástima de aquella aldea tan bonica ella y lo que sufrió la pobre gente cuando de allí salieron!
Y el Pastor viejo:
- Lo mismo que ocurrió en las Canalejas, los Centenares y las Huelgas.

Y en la tarde que va cayendo sobre las blancas casas del bonito pueblo junto al río color chocolate, la abuela siente la añoranza y sin que su amigo el pastor se lo pida, se arranca ella y dice:
- Me acuerdo yo ahora de una amiga mía que nació en las Canalejas que derribaron. Sus padres también nacieron allí. En aquel ahora desapareció paraíso, se criaron todos. Fueron cinco hermanos. Dos hombres murieron ya y quedan dos varones y mi amiga. Y así, con problemas de penar mucho.
- Pero lo que a mí me han dicho es que las Canalejas eran muy bonitas. Háblame de ellas si

es que todavía recuerdas algo.

- ¿Recordar? ¡Madre mía del alma! Aquello tenía su iglesia, su cementerio que está todavía, su fuente de aguas limpias, sus tierras para sembrar tomates, sus viejos nogales, sus grandes hatos de ganado... en fin: aquello era un paraíso que nos rompieron para siempre. La iglesia no la derribaron, pero todo lo demás, sí. La casa donde ella vivió, era bonita. Muy bonita era aquella aldea de pocos vecinos, pero casi todos nacidos y con raíces en las altas tierras de las cumbres nevadas.
- ¿Por qué no hacemos una cosa?
- ¿Qué quieres que hagamos?
- Desde la casa de tu amiga, trazamos un recorrido y desde este rincón tan lejos y después de tanto tiempo y aunque sea sólo con el pensamiento y para alimentar los recuerdos, nos vamos por entre aquellas callejuelas hoy ya rotas. ¿Te acordarás?
- ¿No me voy a acordar? Es que vivo, sueño y hasta muero en aquel rincón aunque ahora esté en este otro.

Donde vivía ella le decíamos las Casas de Abajo. Así había un arroyo y tenías que colarlo y se llegaban a las Casas de En medio. Ya tenemos dos aldeas. Luego estaban las Casas de Arriba y aunque parezca sencillo, con estos nombres nos apañábamos nosotros. En las casas de arriba era donde vivía el correo y donde estaba la iglesia. Recorriendo de casa en casa, puede que me acuerde los nombres de los que en ellas vivían. Salgo de la casa de mi amiga y como decíamos antes, la tía fulana y el tío mengano. Decíamos esa frase así y de eso modo te lo voy a contar. Primero

el tío Francisco que era un matrimonio sin hijos. Antonino, Juliana, el tío Rogelio y la tía Sebera que estos sí tenían hijos. Que nosotros así hablábamos. Luego el tío Perico y la tía Antonia. Tenía seis hijos: Francisco, Manolo, Manuela, Rafaela, Elisa y Antonio.

También vivía allí una prima hermana mía: Fortunata, Pedro y cuatro hijos: Isabel, Francisca, Atilano y Eladio. ¡Madre mía, un montón! ¿Cómo sabré yo de todo eso? Pero claro, si casi he nacido en las Canalejas. Seguimos con la tía Lorenza y el tío Venancio. Tuvieron tres hijos que se llamaban Mercedes, Gonzalo y Ramón. Por la parte esta de acá, la tía Antonia, el tío Estefanía con sus hijos Alejandra, Francisca, Estefanía, Eugenia, Magdalena y Virginia. Esto todo una familia. Aquí por arriba la tía Ramona y el tío Juan y sus dos hijas, Isabel y Teodora. Seguimos con el tío Feliciano, la tía Antonia y cuatro hijas: Marcela, Juana, Pastora y Concepción.

A lo que se dedicaba cada uno de ellos era a la poquilla tierra que tenían. Con animaluchos, ovejas, cabras y así. Para buscarse la vida mal buscada. Allí vivía también el tío Cazagrillos, motes de aquellos que ponían. La mujer que era María de la Cruz, con hijos también: Lucía, Rosario, Pepa y Paco. Al otro lado del royo, le decíamos la “Bolea”. Había vecinos a los dos lados y en medio estaba la bolea. Ahora ya cuelo el royo a las casas de en medio porque aquí no me he dejado ningún vecino. Pues el tío Benito, la tía Pastora con los hijos Adolfina y Gonzala. Ahora voy allí para allá, para los Triperos. Esto era un

mote. Pero ya metían toda la familia. No los mentaban por su nombre. El se llamaba José María y ya los hijos, no se le mentaban por su nombre, nada más que los Triperos.

Para ir de una aldea a otra se decía así: el Zurrión para ir a las Casas de Arriba. La Hoyica, eso otro nombre para ir a la hoyica aquella detrás de la escuela. Los sitios donde cada uno tenía sus huertos, tenían sus nombres también. El Juncalillo, las Erillas, aquellas nogueras viejas que cortaron. Aquello era todo las Canalejas, pero lo que resulta es que aquí a lo mejor había un grupo de diez casas y en la de en medio, a lo mejor lo había de veinte y ya en el último, otras veinte o veinticinco, pero que era todo unido.

La fuente que tiene, que aquello es una maravilla, de siempre ha sido la Fuente de las Canalejas. En la aldea de abajo, estaba el Chorrete. Era una fuente que había allí donde íbamos a por agua. En la misma fuente teníamos nuestras pilas y una losicas que tenían unas rayas para “traspuñar” los trapos y allí lavábamos. A la noguera se le decía la Noguera de la tía Gabina, una noguera que hay en la aldea de abajo. ¡Aquello un montón de huertos! La Puente, Los Poyallatos, el Collao de los Aguaciles, las Perchas. Todo eso era de las Canalejas.

Hay un montón de aldeas por aquellos barrancos. Los Centenares, el Poyo de la Higuera, el Miravete, la Tiná de tío Silvestre, las Huelgas, los Praos, yendo para Poyo Salío, la Fuente de los Berros, yendo para la cañá. Ya desde Las

Canalejas a los Centenares se gastaba pues unos veinte minutos. Los Centenares están, conforme estamos aquí, Canalejas se queda un poco más bajas y los Centenares en lo alto, pero al volcar. Si vamos desde Coto Ríos para allá lo primero que se encuentra son Canalejas.

Para de hablar la abuela porque por sus ojos ruedan unas lágrimas y en estos momentos, el pastor le dice:
- A ellos lo echaron igual que esta tarde el sol cae, pero los arroyos siguen corriendo y por entre las madroñeras, el rocío temblando. La presencia de lo que es eterno se adivina tanto que casi se palpa y de ahí que se toque también la otra realidad humana. Ya sabemos que aquello fue una lucha silenciosa contra los pequeños y que un día será patente y el dolor de los que han aguantado firmes en la sincera realidad que también será patente, un día, para gloria de ellos y el Dios de la verdad suprema.

Aquella tarde se puso el sol. Nieta y abuela regresan a su casa, en la calle vieja y empinada donde corre la fuente de los tres caños y cuando ya terminan de cenar, la niña se acuesta. Como otros tantos días la abuela la besa y al rozarle la cara con sus labios, para su corazón se dijo: “¿Qué será de ti, alma mía, dentro de unos días?”. Nadie se enteró de estas palabras y poco después, todos dormían en la casa de Aneluz. También dormía el pueblo y casi todos sus vecinos, tenían sus vidas concentradas en las cuatro cosas, problemas gordos, que en todas las familias y personas del mundo, siempre hay. Por eso pocos

prestaban mucha atención ni a la niña de la casa en la calle empinada ni a la abuela ni a la madre. Tampoco las tenían olvidadas, pero nada más. Como sucede en casi todos los pueblos y ciudades de la tierra. Así amaneció otro día, llegó otra noche, siguió corriendo el tiempo y Aneluz no dejaba de crecer.

Cumpleaños pequeño

Cumplió diez años y se puede decir que todo iba bien, excepto que en el pueblo blanco, lo único importante que pasaba es que todo seguía siendo igual que antes. Los niños jugaban por las calles, las personas mayores iban al trabajo de los olivos, las madres lavaban la ropa y charlaban en las esquinas cuando se encontraban con las vecinas, el cielo se cubría de nubes al caer las tardes y luego llovía y hasta nevaba cuando era invierno y hacía mucho frío y los gorriones revoloteaban sin parar todo el día. Y la niña cumplió diez años, sin que sucediera nada importante sino lo que ya hemos dicho. También volvían al pueblo algunos que se habían ido de estas tierras buscando trabajo y otros que, decían, venían de turismo.

Una semana antes había nevado mucho sobre las altas cumbres de la Sierra de Segura. Por el Yelmo, la Cumbre, los Campos de Hernán Pelea y todos esos grandiosos paraísos que sólo los pastores conocen bien. Por el pueblo blanco del río color chocolate sólo habían caído tres copos y medio. Por eso en cuanto salió el sol se derritieron. Sin embargo, por arriba, el pueblo de Santiago de la Espada, Pontones, Fuente Segura y

otras aldeas bonitas que parecen dormir un sueño eterno entre los bosques espesos, la nieve duró casi veinte días.

Diez días después de la gran nevada y una semana antes del cumpleaños de Aneluz, sus amigos se presentaron en la casa.
- Hoy tenemos que subir al Yelmo. Pronto va a ser mi cumpleaños y quiero, para ese día, contar a mis amigas que he estado en lo más alto de la cumbre más alta de estas sierras mías.
Dijo la niña. A lo que los amigos respondieron:
- Pues hoy nos vamos al Yelmo.
Y a las dos y media de la tarde llegaban al otro pueblo blanco que se derrama por la llanura donde crecen olivos y sementeras relucientes. Siguieron y no tardaron en remonta hasta lo más alto del pueblo de la roca. El que mira al sol de la tarde y es tan bello que parece un reflejo de luna que se hubiera parado a descansar cobre la roca de la ladera. Desde este pueblo que se mira en las azules aguas del gran pantano del Tranco, subieron y llegaron hasta lo más alto. Al punto que por aquí todo el mundo conoce con el nombre de la Cumbre y es donde la carretera tuerce para irse al nacimiento del río Segura y para el río Madera.

Sin embargo, cuando llegaron al pueblo de la roca grande, se pararon. El muchacho regordete de pelo moreno dijo:
- Asomémonos al gran balcón y contemplemos el valle que cubrieron las aguas del pantano.
Al oír la propuesta estuvieron conformes todos los miembros del grupo. Pero antes de seguir, el autor de este escrito, tiene que aclarar que el pueblo de

Hornos, que así es como le llaman al puñado de casas blancas que los niños estaban visitando, se encuentra en lo más alto de un monte casi redondo. Tiene un castillo viejo y por la parte de atrás, en la muralla y casas de este pueblo, hay un balcón que cuelga en el vacío. Abajo, en lo que fue una gran vega en otros tiempos, se extiende el Pantano del Tranco que se alimenta del río Guadalquivir y otros arroyos largos que caen desde las sierras de Segura. Desde este balcón se ve medio mundo y en ese medio mundo, están los rincones más bonicos de este parque natural. Se ve un buen trozo de la cuenca del río Guadalquivir, la del río Hornos, algo de la del río Trujala y muchas cumbres con montes espesos y nombres preciosos.

Así que al asomarse los niños exclamaron:
- ¡Oh qué bonito!
Y agarrados a los hierros de la baranda que sujeta para que las personas no se caigan al vacío, siguieron mirando. Y están ellos en sus juegos cuando de pronto, la niña amiga, siente un beso en su cara. Una caricia suave con sabor a dulce. Y ella se vuelve a los amigos y le pregunta:
- ¿Quién me ha besado?
Sus amigos dijeron:
- De nosotros nadie ha sido.
- Pues yo he sentido la caricia de un beso pequeño.
Y de pronto una voz resuena y dice:
- He sido yo.
- ¿Quién eres tú?
- Soy el viento de la tarde.
- ¿Y por qué me has besado?

- Para felicitarte. Pronto será tu cumpleaños y quería ser el primero en darte mi cariño. ¿Te has enfadado?

Y Aneluz dijo que no se había enfadado, pero que como le había cogido así tan de sorpresa, pues se había asustado algo. Y en estos momentos otra voz algo más clara, dice:
- Qué el primero en felicitar a la niña he sido yo.
Era el sol que estaba a media altura en el cielo y brillaba limpio sobre las aguas del pantano.
- En cuanto se asomó al gran balcón yo acaricié su carita con mis rayos de oro. He sido el primero en felicitarla.
Volvió a decir el sol pidiendo que se le reconociera que había sido el primero. Y ahora otra voz un poco temblona, dice:
- Pues el primero he sido yo.
Era el frío que bajaba desde las cumbres blancas de Yelmo y venía agarrado a la cola del viento.
- Tú no has sido el primero.
Le increpó el sol.
- Pues tú tampoco.
Gritó el viento.
- Entonces ¿quién ha sido el primero?
Preguntó el frío.
- Que lo diga ella.
Propuso el sol.
- Eso es, que lo diga la niña que va a cumplir años.
Seguía pidiendo el viento.
- Sí, sí. Que ella diga quién le ha felicitado primero.

Y ella, la que estaba a punto de cumplir años y se iba por la sierra con sus amigos para

celebrarlo, se puso la mano en la frente como si intentara recordar. Mira hacia la gran masa de aguas azules y luego pregunta:
- ¿Tengo que decirlo?
- Tienes que decirlo para que así se aclaren las cosas. No es lo mismo ser el primero que el segundo, el tercero o el último.
Y la niña dijo:
- Pues para mí es lo mismo. La intención que hay en el corazón es lo que vale, creo yo.
Y dijo el sol:
- Vale la intención y es igual ser el primero o el último, pero en este caso, las cosas son distintas. Dinos tú quién ha sido el primero en felicitarte.
Para dejarlos satisfechos ella habló y dijo:
- Voy a decirlo, pero aquí no.
- ¿Dónde entonces?
Sigue preguntando nervioso el sol que brilla en el cielo.
- Allá arriba. En la cumbre del Yelmo. En presencia de la nieve.
A lo que el viento contestó sin perder un segundo:
- Te esperamos en ese lugar dentro de media hora.
Y sin aguardar más salió soplando ladera arriba chocando contra los árboles, doblándolos y gritando:
- ¡Paso, paso, tengo prisa porque ahora sí quiero ser el primero en esperar sobre la cumbre!

Tal como se había dicho media hora más tarde Aneluz llegaba a donde se amontonaba la nieve blanca y en compañía de sus amigos. Y allí mismo, sobre la hierba, el sol, por entre las copas de los pinos, el viento y recostado en la nieve

reluciente, el frío, estaban los tres luchadores. Al llegar el grupo se dirigieron a la niña y le dijeron:
- Venga habla que estamos impacientes. ¿Quién ha sido el primero en felicitarte en este día de tu cumpleaños?
El viento se mecía complacido en la copa de un gran pino laricio. Sobre las alturas de la Cumbre, crecen los pinos más bellos y altos del mundo. La niña se sienta sobre una roca y acariciando a la nieve le dice:
- Lo que yo necesito deciros es que a los tres os quiero por igual.
Y el sol enfadado:
- Eso no vale.
Acarició al sol que jugaba enfadado por la piel de su cara y con amistad le dijo:
- Tú sol, llenas mis campos cada día con tu luz y das vidas a las plantas.
Al oír esto celoso el viento preguntó:
- ¿Y yo qué?
- Tú viento renuevas de oxígeno cada hora estas montañas y siempre traes y llevas a las nubes en tus brazos.

Y claro, como la nieve estaba allí mismo y en ella se escondía el frío, se enfadó un poco y dijo al sol que calentara fuerte para derretirse pronto y así irse de estas sierras para siempre.
- Porque no hay derecho. Siempre tengo que ser el último como si yo no sirviera para nada.
La niña volvió a acariciar otra vez a la blanca nieve y con cariño le dijo:
- Te he dejado la última para decirte lo mejor. Tú nieve, cuna del frío, además de tu hermosura blanca sobre los montes para que estos celebren

el invierno, también sé que te haces agua y te vas por los manantiales y los arroyos para dar de beber a las ovejas de las montañas y regar las huertas de los pueblos. ¿Te parece poco?
Y la nieve dijo:
- Poco no es, pero...

La niña le cortó la voz diciendo:
- Por lo que ya he dicho podéis comprender que a los tres os quiero mucho. Por parejo y exactamente igual. Así que no es importante que uno u otro me haya felicitado el primero. Siempre los tres estáis con migo y formáis parte de mis juegos. Sin vosotros estas tierras mías, sus grandes montañas, sus profundos ríos, los bosques, pastores y labradores de huertas y olivos ¿qué harían? Ninguno de ellos tendrían vida y yo, si no tuviera al sol, al viento y al frío ¿cómo podría jugar? Así que ya lo sabéis: formáis parte importante de mis juegos y esto vale más que todo lo otro. ¿Estáis de acuerdo?
El viento cayó, la nieve se hizo la distraída y el sol, se ocultó tras una gran nube blanca. Una de esas nubes algodonosas que muchas veces se pasean por el cielo azul que arropa a las Sierras de Segura. Y como ninguno quiso hablar, Aneluz pregunto de nuevo:
- ¿Estáis de acuerdo o no?
Y ahora el viento dijo:
- Por mi parte sí estoy de acuerdo.
- Yo también me conformo, pero...
Dijo el sol asomándose un poquito por el borde la nube que se tornó dorada al quemarse con los rayos de luz.
- Pues yo también digo que sí, aunque también

tengo que aclarar que el juego no era así.
Funfurruñó por fin el frío.

Una ardilla que por allí cerca saltaba de una rama a otra y de vez en cuando se paraba para escuchar y curiosear lo que por el rincón pasaba, se sentó sobre una piña y mirando a la niña, se dirigió al viento, a la nieve y al sol diciendo:
- Pero es que sois tontos. Ella os ha dicho que a los tres os quiere por igual. ¿No estáis descubriendo que es buena y por eso quiere jugar con vosotros?
- Bueno, pues siendo así.
Dijeron los tres a la vez ya algo conformados. La niña les volvió a decir:
- Pues ahora os invito a jugar conmigo. Es la mejor manera de celebrar mi cumpleaños. ¿Queréis?
Y los tres a coro dijeron:
- De acuerdo, juguemos contigo.

Y en cuanto se pusieron a jugar, la niña dijo:
- Para que la tarde sea más divertida y nuestro juego más emocionante ¿queréis que os cante una canción que un día me enseñó mi abuela?
Y los tres elementos:
- Pues cántala para que así no olvidemos nunca este encuentro.
Y mientras reía, saltaban y corrían por aquella llanura llena de hierba verde y bañada de luz por los cálidos rayos del sol, Aneluz cantó la siguiente canción:

Sol que prestas tu calor
a la tierra que da la vida,
gracias por besar a la flor

y perfumarla de color
en las mañanas fresquitas.
Y tú viento, gran señor
que tanto andas con prisa,
gracias por ser portador
de esencias de margaritas.
Y a ti frío que no eres menor
aunque seas el que más tiritas,
gracias por ser en la nieve amor
y en el hielo blanca sonrisa
y gracias viento, frío y sol
por venir a jugar conmigo
en esta tarde bonita.

Y Aneluz con sus amigos estuvo toda la tarde allí, sobre la cumbre del monte Yelmo, jugando y riendo en compañía de sus amigos. De este modo celebró ella sus diez cumpleaños. Un cumpleaños pequeño, pero bonito y en compañía de los amigos más importantes del mundo.

Cuando se hizo de noche regresaron al pueblo blanco junto al río color chocolate. Y cuando estuvo en su casa le contó a la madre y también a la abuela todo lo que a lo largo del día había vivido y hecho. Al rato se durmió y cuando amaneció al otro día, en cuanto estuvo al lado de la abuela, le preguntó:
- ¿Tú conoces todos los rincones de estas sierras nuestras?
La abuela la miró algo extrañada por la pregunta así tan repente y al rato le contesta diciendo:
- La sierra es muy grande. Conozco yo muchos parajes, fuentes, ríos y montañas. Pero la sierra es tan grande que una vida entera andando por

ella no sería suficiente para conocerla bien.
- ¿Entonces la sierra es como ese collado que yo sé?
- ¿Cómo es el collado que tú sabes?
Y la niña le dice:

- Mira abuela, yo lo he visto y es como redondico, de tierra llana y en ella crece mucha hierba. Por su centro pasa una senda que se pierde en la espesura del bosque y eso es lo que más me intriga.
- ¿El bosque?
- No, la senda. ¿Tú sabes a dónde lleva?
- Es que no sé dónde está ese collado que me dices.
- Se encuentra por encima del valle grande, en mitad de una ladera y como te decía, es tan bonito que yo creo que aquello es una puerta a otro rincón de la sierra que nadie ha visto nunca.
- ¿Por qué lo sabes?
- Es que al pasar por allí e irse con la vereda que vuelca para el barranco es tan bonito que hasta entra alegría. Como si la sierra entera fuera una llanura donde conviven las plantas, los ríos, los bosques y las nubes. ¿No es así la sierra, abuela?

Y la abuela le dice que en algunas cosas sí es la sierra muy parecida a lo que ella cuenta. Pero en otras cosas y lugares, ni se parece.
- Pero es verdad que tiene mucha belleza y hasta transmite la alegría que tú dices, aunque también depende.
- ¿De qué depende?
- De los ojos con que se le mire y el corazón que dentro se lleve. Un corazón limpio y amante de

Dios ve en la sierra muchas más cosas que aquellas personas violentas, llenas de soberbia y autosuficientes. ¿Lo entiendes, hija mía?

- Lo que yo te digo abuela es que aquel collado creo yo que es una puerta que lleva a sitios que nadie conoce todavía.

Y ahora la abuela guarda silencio. Sabe que Aneluz está creciendo, entrando al mundo de las cosas y la luz y por eso todavía le queda mucho que aprender y conocer. Esto tiene que ser así como siempre lo fue en todas las personas de la tierra. Pero ella hoy, se queda un poco inquieta. Las preguntas y respuestas que la niña le ha hecho ¿de dónde las ha sacado y por qué las conoces?

Las nubes negras

Otro día, Aneluz y sus primos, se fueron por el bosque. Era invierno y hacía mucho frío. El cielo estaba lleno de grandes nubes negras.

- Subamos a las cumbres y llamemos a las nubes para que vengan y rieguen los campos.

Propuso la niña y así comenzó la aventura de las nubes negras. Hacía mucho tiempo que no llovía como lo había hecho en otras épocas y por esto, muchas encinas, muchas sementeras y muchos manantiales, se estaban secando. También se habían secado ya muchos olivos y aceite, es una de mejores riquezas de estas sierras. Además, en los pueblos y aldeas de la comarca donde había nacido y vivía Aneluz los grifos de las casas ya no corrían y las personas se abastecían de camiones cisternas que repartían agua por las calles y botellas que compraban en las tiendas.

Desde lo alto del monte dieron grandes voces.
- Nubes, venid, queremos jugar con vosotras.
- Nos da miedo.
Contestaron las nubes.
- ¿Por qué?
Le preguntaron los niños.
- Porque vosotros sois hijos de los humanos y ellos siempre nos tratan mal. Nos asfixian con sus humos, nos ensucian con sus desechos y nos impregnan de sus malos olores. Por eso estamos enfadadas con ellos. No queremos regar sus campos porque son malos con nosotras.
- Pero no temáis, nosotros somos buenos. Venid y juguemos y luego haremos un pacto.

Sopló el viento. Avanzaron las nubes y al poco estuvieron junto a la niña y sus compañeros.
- Bajad y jugad con ellos.
Les decía el viento a las nubes empujándolas.
- No queremos. Nos da miedo. Ellos también van a reírse de nosotras.
Y se fueron volando por lo más alto de las cumbres. Aneluz subió aun más alto y desde una roca extendió su mano y las acarició al tiempo que le cantaba la canción que le había enseñado su abuela.

Nubes de algodón mullido
que voláis por mis anchas sierras
como vuelan las mariposas
al llegar la primavera,
venid y regad los campos
y empapad a fondo la tierra

para que los pueblos vivan
y sean buenas las cosechas.

- ¡Ay que gustico!
Exclamaron las nubes y entonces empezaron a deshacerse en pequeñas goticas de agua.
- ¡Gracias, muchas gracias!
Dijo un pequeño pino que estaba medio seco.
- ¡Gracias, gracias!
Dijeron también varias matitas de hierba que se marchitaban junto al arroyuelo.
- ¡Mil millones de gracias!
Van proclamando uno tras otro todas las madroñeras del bosque.
- ¡Ay que gustico!
Seguían diciendo las nubes cada vez que sentían la manita de la niña acariciando su panza blanca y oían la melodiosa canción del algodón mullido.

Poco después el viento se fue. Se hace de noche y sobre los campos las goticas de lluvia siguen cayendo. Pasa todo el otoño. Al llegar la Navidad los olivos dan sus cosechas. Una buenísima cosecha de aceitunas gordas como ciruelas que a su vez dan un aceite tan rico que, al comérselo untado en rebanadas de pan tostadas en la lumbre, sabían a gloria bendita.

Y al llegar la primavera, la niña con sus amigos, vuelven al bosque.
- Mirad que verdes están todas las praderas.
Y los amigos les contestan:
- Es verdad, nunca antes vimos tan verdes las laderas de estas sierras. Y fijaos cómo relucen de verdes las sementeras y los huertos que hay junto

a los ríos, los pueblos y los cortijos.
- Gracias a ti, niña buena.
Exclama de pronto un viejo pino.
- ¿Por qué gracias a mí?
Pregunta ella.
- Cuando tú te fuiste, aquel día las nubes se quedaron y nos dijeron que tu caricia fue para ellas la mejor prueba de amor que habían recibido nunca de los humanos. En honor a ti decidieron quedarse para siempre y morir en estos campos a fin de que la hierba, los árboles y las flores, crezcamos llenos de vida para que tú nos puedas gozar y seas feliz.
- ¿Volverán más?
- Dijeron que volverán todos los años cargadas de aguas limpias y copos tiernos para regarnos a nosotros y para que tú tengas muchos arroyuelos donde poder jugar, beber y lavar tu cara y manos.

Y lo que dijeron las nubes sigue siendo verdad. En aquellos lugares del mundo, donde las montañas son tan bonitas y los bosques se espesan hermosos, las nubes vuelven todos los años. Durante muchos días se detienen sobre los montes de la Sierras de Segura y con amor, allí dejan caer sus tiernas gotas cristalinas.
- Para ti niña que fuiste tan amiga nuestra.
Dicen y así cada año los pinos están más verdes, son más abundantes los prados y se llenan de flores y más flores las riveras de los arroyos.
- Para ti porque tú siempre fuiste la más buena con nosotras. Para que tengas los campos más bonicos y los arroyos más claros que nunca nadie soñó en esta tierra.

Y esto, hoy todo el mundo lo puede comprobar. Por las montañas y campos de la Sierra de Segura los pinos son grandes como castillos, verdes como espejos de esmeraldas y las praderas parecen mares pintados con la sangre de estas misma esmeraldas. Pastan por allí los rebaños de ovejas y retozan los corderos mientras el sol las acaricia y los arroyos, llevan el agua más limpia que nunca se ha podido ver en este planeta.

Aquel día, cuando los niños regresaron al pueblo blanco del río color chocolate, durante un rato más todavía se quedaron en la casa de Aneluz. La abuela los invitó a comer. Siempre tenía ella estos detalles con cualquier persona que llegara a su casa porque era una virtud que lo había aprendido de pequeña. En su casa, siendo ella todavía niña, cualquier persona que llegara, era recibida como al mejor de los amigos, como a uno más de la familia. Y esta costumbre de siempre ha sido moneda corriente en las sierras donde ella vino a nacer y lo sigue siendo. Las personas se tratan entre sí como si fueran hermanos de verdad. Los niños se sentían agasajados y felices por todos aquellos detalles que la abuela tenía con ellos y por eso, después de compartir los manjares que la abuela le había preparado, todos juntos se fueron con ella al corral de las gallinas y le echaron de comer. En los pueblos de la sierra, todavía muchas personas tienen gallinas en sus patios o corrales. Son los animales que siempre tuvieron los serranos en sus cortijos porque de este modo, les era fácil tener huevos frescos en las casas. La leche la obtenían de las cabras, la carne de los corderos y las frutas

y hortalizas de los huertos, el pan del trigo que ellos sembraban y molían en los molinos y el pescado, pues casi nunca comían porque a la sierra en muy contadas ocasiones llegaba pescado. En aquellos tiempos, porque ahora las cosas son diferentes. Las personas que pueden, aunque ahora vivan en pueblos como la abuela, todavía siguen con el cariño a sus gallinas y huertos.

Pues cuando los amigos de Aneluz se fueron, antes de acostarse ésta, le preguntó a su abuela:

- Y el río que corre por allí ¿de dónde viene?

Miró la abuela a la niña porque le había cogido de sorpresa la pregunta y a su vez le pregunta a ella:

- ¿A qué río te refieres?

- Abuela, cuando la senda baja un poco del collado y cruza la llanura que te decía se topa con un río. Hay allí una bonita cerrada por donde el agua salta y luego el río se pierde por lo hondo del gran barranco.

- Pero hija mía, en estas sierras nuestras hay muchos ríos.

- Como el río que yo te digo no hay otro. ¿De dónde viene?

- Todos los ríos vienen de las montañas que es donde caen las lluvias que luego manan por las fuentes. De estas fuentes se van formando los arroyos que al juntarse, ya son ríos. Y claro, los ríos que surcan estas sierras van y vienen por donde pueden porque saltan por despeñaderos, cruzan llanuras, se hunden en barrancos y hasta se remansan en azules y grandes charcos.

La niña guardó silencio, mirando con sus ojos como a algo concreto que sólo ella estuviera viendo y mientras dejaba que la abuela estuviera un rato más allí a su lado, en espera de que el sueño llegara, dijo otra vez:

- Pero abuela, ese río es muy bonito. Canta como si fuera una gran orquesta con muchos instrumentos, tiene tonos más brillantes que los rayos del sol y juega como si entre sus aguas llevara toda la alegría que en el mundo hay.

- Es que así son las cosas que Dios ha dejado echas por estas sierras. Un día te pediré que me lleves contigo a ese río que conoces y cuando yo lo vea quizá pueda decirte cómo se llama, de dónde viene y a dónde va.

- Pero abuela...

Y la niña se durmió.

El pino verde

Al salir el sol, el pino verde saludó a sus compañeros.

- ¡Buenos días queridos amigos!

- Buenos días.

Le contestan todos los árboles que crecen junto al arroyo.

- Quiero anunciaros que hoy estoy muy contento.

Les dice el pino verde.

- ¿Es que te ha salido una nueva piña?

Le preguntas los demás árboles.

- No, no es eso. A los pinos nunca nos salen nuevas piñas por estas fechas. Estoy contento porque ya estamos en Navidad.

- ¡Tú eres tonto! Tampoco los pinos celebramos la Navidad. En todo caso lo único que nos puede

pasar es que algún señor de la ciudad venga por aquí y nos corte para ponernos de adorno en su casa.
- Por esto es por lo que estoy contento. He oído decir que a mí me van a cortar.
- ¿Y por eso estás contento?
- Es que a mí no me va a cortar un señor de la ciudad.
- ¿Quién te cortará entonces?
- Va a venir por aquí una niña que dicen es amiga de todos los pinos, los robles y los bosques de estas sierras.
- Pues qué suerte tienes tú.
- ¿Cómo se llama?
- Me han dicho que su nombre es Aneluz, que significa Ciudad Nueva. Y también la Nueva Ciudad que se abre al final del valle por el lado en que se pone el sol. La que como un sueño de luz explota desde el corazón de las montañas cuando estas se abren y, como una flor gigante, se muestra resplandeciente de belleza. ¿La conocéis vosotros?
- Nosotros no, pero sí hemos oído hablar mucho de ella.
- Pues yo, como va a venir a verme, estoy contento.

Y en estos momentos, por la carretera que va desde el valle hacia las altas montañas, sube un coche blanco. Se para en una curva y de él bajan dos muchachos. Uno es alto y rubio y el otro algo más regordete y moreno.
- Nosotros vamos a escalar el cerro ese que tenemos enfrente.
Dice el muchacho alto y sin más se ponen en

marcha subiendo por la pendiente. La niña pequeña dice:
- Yo mientras tanto voy a buscar un bonito pino para el árbol de Navidad.
Se mueve para el arroyo y de pronto oye voces:
- ¡Niña rubia, niña rubia!
- ¿Quién me llama?
- Soy yo, el pino verde del arroyo.
- ¿Qué te pasa?
- Ven, acércate a mí, tócame con tus manos, acaríciame y luego llévame contigo a tu casa.
- ¿Quieres que te corte?
- Sí. Dolerá un poco, pero ya lo he aceptado.
- ¿Por qué quieres que te lleve a mi casa?
- En los bosques de estas Sierras de Segura, todo el mundo te conocemos. Dicen que eres buena y por eso te queremos mucho. Hoy tengo el gusto de premiarte con el sacrificio de mi vida por ti.
- ¿Y los otros niños y niñas de los pueblos y ciudades?
- Esos hombres y niños nunca nos dieron cariño ni nos cuidaron. Sólo vienen por aquí para hacernos daño. Tú nos has amado y respetado desde siempre. Por eso ahora no me importa morir por ti.
Y la niña pregunta:
- ¿Quieres que te cante una canción que me enseñó mi abuela?
Y le dice el pino:
- Sí, por favor. Mientras me cortas, para que me duela menos, cántame esa canción tuya.

Aneluz se acercó al pino y mientras lo iba cortando le cantó la siguiente canción:

Pino verde de los campos

que alegras mi bella sierra
y eres bandera ligera
donde el viento se hace canto,
gracias por ser primavera
por las cumbres y barrancos
y en lo alto de las peñas,
pino hermoso de los campos
que alegras mi bella sierra.

Y lo cortó con mucho cuidado. Luego se lo llevó a su casa. Lo puso junto a la televisión, lo adorna y por la noche cuando ya está todo el mundo durmiendo el pino la llama y le dice:

- Quiero contarte una cosa para que tú se lo digas a los otros niños que conoces.

- ¿Qué es?

- Dile a todos ellos que pueden tener pinos en sus casas en Navidad, pero que primero cada uno de ellos debe amar a los bosques, mimar a los árboles, cuidarlos y respetarlos. Si hacen esto a nosotros los pinos no nos importa, en estas fechas, morir por ellos. ¿Se lo dirás?

Y Aneluz contestó:

- Se lo diré.

Cuando al otro día por la mañana salió el sol, el cielo se presentaba cubierto de nubes entre negras y blancas. Como si de un momento a otro se pusiera a llover y, en lo más alto de las cumbres, a nevar. Corría el viento y era frío y aunque el sol alumbraba llenando de alegría los paisajes que rodean al pueblo blanco del río color chocolate, las personas tiritaban de tanto frío como hacía. Por eso al ir por las calles, al encontrarse, al llegar a las casas y saludarse, yendo por los

caminos hacia los olivares o en las tiendas mientras compraban alimentos u otras cosas, casi todos exclamaban:
- ¡Qué frío hace!
Y se restregaban las manos o se encogían de hombros como si con estos gestos acentuaran más el frío que hacía.
- ¡Es que no es normal!
Repetían también aunque ellos sabían que sí era normal que en estas tierras y por estas épocas del año hiciera el frío que estaba haciendo.

En su casa, aquella mañana, la madre bordaba encargos de las vecinas para ganar algún dinero y la abuela estaba allí junto a ellas al calor del brasero. Y aquella mañana, en aquel rincón junto a la abuela y la madre, Aneluz dijo:
- Pero cuando la senda baja del collado, antes de llegar al río y al charco azul, al frente se ve un monte muy alto. Un cerro casi redondo por arriba, con las laderas muy inclinadas por donde se apiñan los cortados rocosos y luego ya termina en el llano que decía. A la izquierda de este llano y en lo hondo es por donde corre el río. Pero lo más bonito del monte que estoy diciendo son las nubes. Las nieblas se paran en la mitad de la ladera y luego suben hasta forma como la visera de una gorra que va de un monte a otro monte. Cuando sale el sol y le da a estas nubes, aquel cerro con su ladera, sus cortados rocosos y sus bosques, es bonito de verdad. ¿Sabes tú, abuela, cómo se llama ese monte?
- Será el Yelmo.
- Ni se parece siquiera al Yelmo, porque hasta es mucho más grande.

Y la abuela le responde que montes como el que ella describe hay muchos en la sierra. La niña guarda silencio y al rato expone:

- Y el río, por el lado de abajo de la llanura y donde el charco azul se remansa, es tan misterioso que parece un sueño. Sentí yo, abuela, como si allí mismo, una persona querida y buena, estuviera durmiendo y con su cuerpo ocupara todo el río. Desde la curva grande y la cerrada, la vega, el charco azul y se alargaba hasta las fuentes donde nace el río. ¿Tú sabes quién es?

- No lo sé, hija mía, porque no lo he visto.

- Pues yo sí vi que cuando pasó un tiempo, como que se levantara de su sueño y de espaldas a mí, por eso no puede verle la cara, se fue para el charco. Se paró en su orilla y luego se sentó en el peñasco. Dejó que le colgarán los pies y como con la punta de los dedos rozaba el agua, allí se quedó todo el rato jugando y mirando al azul charco y a la corriente del río. ¿De verdad no sabes quién es?

Y la abuela repitió que no lo sabía.

Pero en estos momentos se acordó de algo. Se levantó de la silla donde en la mesa de camilla estaba sentada, entró a su habitación, de su mesita de noche cogió una pequeña carpeta azul que estaba llena de hojas de libretas escritas y de ella tomó una. Se volvió otra vez para la estancia y cuando ya estuvo de nuevo junto a la nieta, leyó lo que sigue:

Se le ve, en la mañana fresquita
del mes de marzo que pasa,
sentado en la hermosa orilla

del río de las dulces aguas.

Juega con sus pies en el líquido
que en el charco se remansa
y mientras juega y casi reza
mira y goza la abundancia
de la luz sobre la hierba
en las montañas hermanas
de donde el río cristalino
viene saltando en cascadas
y a la vez que trae la vida
alegra a la vida que mana
por riveras y laderas
y canta canciones doradas
que alimentan al corazón
y sanan de herida el alma.

Se le ve, en la mañana fresquita
como dueño y esencia clara
del valle y el río que corre
y se le ve como si le amara
la pura brisa del paisaje,
el viento que está y no pasa,
la luz del sol y los bosques
y la presencia inmaculada
de Dios, Creador del mundo
que con él juega en el agua.

El castillo solitario

Y va Aneluz a preguntarle a su abuela para que le aclare aquello que acababa de leer cuando en estos momentos, a su casa, llegan el grupo de amigos. La saludan y después de estar allí un ratico juntos dicen:

- Hoy es nuestra cuarta excursión por las montañas de estas grandes sierras ¿Adónde iremos?
La pregunta el muchacho alto y rubio.
- Al castillo solitario.
Responde Aneluz enseguida.
- Sí, vamos al castillo.
Afirma el muchacho regordete de pelo moreno.
Y sin más, a las tres de la tarde suben al coche blanco, enfilan por el río carretera arriba, atraviesan el pueblo blanco que se duerme entre los olivos de la ladera y hora y media más tarde llegan al castillo.

¡Qué bonito está hoy el castillo con su niebla de algodón y las matas de hierba nacidas en la tierra de la puerta! ¡Qué bonitas están las pequeñas gotas de agua trabadas en las rocas y qué bonito todo el amplio paisaje del valle de los olivos! A los pueblos se les ven aplastados tras los cerros y el río corre valiente rajando la tierra. Al frente, se alza grandioso el gigante pico del Yelmo y por sus laderas, chorrean los espesos bosques de pinos. ¡Qué bonito se le ve hoy desde aquí y coronado por tres nube blancas de algodón mullido que juegan con el viento y el azul del cielo.
- Mirad, está abierta la puerta. Entremos y lo exploramos.
Propone la niña.
- Si, qué bien que lo haya dejado abierto. Entremos y descubramos los misterios que encierra.
Gritan los dos muchachos al tiempo que ya corren saltando por las rocas que hay por la puerta del castillo.

La niña va la última. Al pasar por el gran portón de madera, la entrada principal del viejo castillo, oye una voz que le saluda:
- ¡Hola niña!
- ¿Quién me habla?
Pregunta ella algo sorprendida.
- Soy yo, el alma del castillo solitario.
- ¿De qué me conoces tú?
- Todos los que por aquí llegan a verme, desde hace mucho tiempo me hablan de ti. También me cuentan cosas las nubes, el viento, la lluvia, las ardillas que saltan por los pinos. Todos te conoces y todos te quieren por estos cerros. Yo te estaba esperando.
- ¿Para qué me esperabas?
- Tenía muchas ganas de conocerte y además, también quería contarte un secreto. Pero ahora, pasa. Pasa y ve mi patio, mis columnas, mis escaleras todas de piedra y mis fuertotes torreones. Yo también soy tan importante y bello como los paisajes de la sierra que tanto recorres. ¿Qué te parecen mis muros, mis arcos, mis galerías?
- Son bonico, ricos y además muy robustos, pero me da miedo tanta oscuridad.
- Yo te quiero. No te dañaré porque no hay ningún fantasma escondido por aquí.

Y Aneluz, valiente avanza, cruza el patio, recorre las galerías, observa los paisajes que desde el cerro se abre hacia el valle, se recrea en las casas blancas del pueblo de la cumbre aplastado contra las rocas y todo lo encuentra tan bonito que exclama:

- Eres un afortunado.
- No tanto como tú crees.
- ¿Es que tienes miedo de estar aquí tan lejos y tan solo?
- Miedo no porque me paso los días jugando con el viento que no para de rozar mis paredes, las nubes que me cubren cuando menos lo espero y las estrellas que en el cielo brillan por las noches. Tengo muchos amigos y además, la luna que me ilumina con sus rayos de luz naranja cuando por las noches aparece por lo alto de las cumbres. Tengo muchos amigos. Fíjate que vista tan grandiosa se ve desde mi pedestal rocoso. Se ve todo el valle y se oyen todos los ríos. Pero desde luego, sí es verdad que estoy algo triste.
- ¿Por qué?
- Tú no vienes nunca a jugar conmigo y esto me duele.
- No seas tonto. Yo a ti te quiero como quiero a todas las cosas bellas que hay en esta sierra mía. Si te pones alegre te prometo que esta noche voy a pensar en ti.
- ¿De verdad?
- Te doy mi palabra. Y además, para que compruebes que no te miento, ahora mismo te voy a cantar una canción que me enseñó mi abuela ¿quieres?
Y el alma del castillo, llena de alegría:
- Sí, por favor. Cántame una canción dedicada sólo a mí para que así te recuerde siempre. Luego yo te contaré algo que desde hace mucho tiempo me preocupa.
Y la niña le dice:
- Pues allá va, verás que bonica.

Castillo de rocas duras
que tienes tu pedestal
donde la lluvia es más pura
y el rocío es más cristal,
suerte grande es la tuya
porque el viento al pasar
te abraza por la cintura
y te besa sin parar
como te besa la luna,
el sol y la niebla al rodar,
tras las tormentas oscuras,
desde el valle del olivar.
Castillo de rocas duras
¡qué noble es tu majestad!

Y en estos momentos, el castillo solitario que se alza donde las nubes tienen su nido, río con una carcajada tan grande que retumbó por todo el valle.

- Ahora te toca a ti contarme esa preocupación que tienes.

Le dijo la niña. Y el castillo habló diciendo:

- No debería contarlo porque yo sé que otras veces me criticaron, pero como tú ya eres mi amiga, te lo voy a decir. Y el problema que no es tal, es que desde hace un tiempo oigo decir que dentro de mis paredes van a montar no sé qué exposición o muestrario y eso me tiene preocupado.

- ¿Por qué?

- Es que con tanto como he oído, me han herido y tengo sufrido, nunca se sabe qué cosa será o pasará con esto o aquello. Todos dicen, proponen y hasta prometen y luego... pero en fin, mejor me callo porque como dice el refrán: luego to se sabe y yo, tengo experiencia. Pero tenía que contárselo

a alguien y ya te lo he contado a ti.
- Pues tú tranquilo, castillo bonito que aquí estoy yo para echarte una mano en lo que sea necesario.

Al poco la niña lo despide y cuando ya bajaba por las frías escaleras de piedra oyó otra vez a la voz del alma del castillo que le dice:
- No olvides que has prometido ser mi amiga.
- No lo olvidaré.
- Pues entonces, vuelve. Tengo que contarte un gran secreto y cuando estemos jugando con las nieblas que me ciñen por la cintura, como tú dices, también te hablaré de las historias que tengo escondidas por los rincones de mis habitaciones. Entre las piedras que forman mis muros hay muchos tesoros durmiendo que a ti y a nadie más, quiero mostrar.
- Te prometo que volveré.

Algo más tarde, el coche que los había llevado a la cumbre de solitario castillo, descendía del cerro. Los tres reían contentos y comentaban entre sí:
- En cuanto podamos tenemos que volver y oír las historias que este castillo tiene escondidas entres las piedras de sus muros.
Y ella dijo:
- Si que tenemos que volver. Creo que sus historias serán las más fabulosas y bellas que nunca nadie haya oído.

La fuente de los caños blancos

Pasaron algunos días. El invierno había

tocado su fin y aunque la primavera estaba ya acampada por los campos que rodea al bello pueblo blanco del gran valle del río color chocolate, no era una primavera seria. Hacía frío por las noches, se nublaba mucho durante el día, nevaba de cuando en cuando sobre las cumbres del Yelmo y por el valle, llovía. Las golondrinas ya habían vuelto, los cernícalos revoloteaban por entre los tejados de las viejas casas y la torre de la iglesia buscando lugar para hacer su nido, los almendros ya tenían sus nuevas hojas y hasta las nuevas almendras y los cerezos, los que había florecido más temprano, tenían algunas cerezas en sus ramas. Los otros, los más tardíos, los fríos de la primavera rara, les estaba helando tanto las flores como las cerezas recién brotadas y las nuevas hojas. En los olivos todavía no habían brotado las florecillas diminuta que luego se convierten en aceitunas. Por las mañanas, todas las mañanas y al atardecer, al cruzar el aire por encima de los tejados del pueblo, los cernícalos emitían sus característicos graznidos y ellos creaba en el ambiente una cierta explosión de vida a pesar de los fríos primaverales. Aneluz acudía todos los días a su colegio, al final del pueblo, junto al río y en la parte llana y cuando regresaba al medio día, la abuela le tenía preparada la comida.

Aquella noche Aneluz se acostó un poco más temprano que de costumbre.

- Buenas noches.

Dijo a su madre. La madre le dio un beso en la frente, arropó su cuerpo con la manta para que no tuviera frío porque era invierno y después apagó la luz.

- Hasta mañana hija.
Le dijo y allí la dejó en su cama.

La niña no se durmió enseguida a diferencia de otras noches que sí se quedaba dormida en cuanto caía en la cama. ¿Qué le pasaba esta noche? Ella no lo sabía, pero sí en su corazón algo le inquietaba. Era la fuente de los caños blancos. La que hay un poco más arriba de su casa, en la esquina de la calle y al comienzo de la otra calle. La fuente de la Luz es como la llamaban todos los que vivían en estas sierras.

Cuando ya oscureció y terminó de jugar con sus amigas se pasó por la fuente. Todos los días pasaba por allí y hasta le gustaba pisar el agua que desde el caño se derramaba y corría por la ladera. Todos los días en su chorro bebía ella muchas veces y todos los días, desde que sabía andar, cerca de la fuente jugaba hasta caer rendida. Así que la fuente de la Luz era para ella como una de sus mejores amigas. Como si desde siempre hubiera estado al lado de su cuna cantándole la hermosa canción del agua.

Canción del agua:
vestida de azul
vengo de las nubes
y de la pura luz
del sol, por las cumbres,
me hago diamante
que brilla y reluce
en los manantiales
que en los bosques surgen
y en los charcos claro

que de mí presumen.

Vestida de blanco
y en copos de dulce,
vengo desde el viento
y las blancas nubes
y soy el agua pura
que da vida y perfume.

Esta canción se la cantaba su abuelita en las tardes en que el cielo se ponía oscuro y caía la lluvia sin parar. Y como la canción es tan bonita y a la niña le gustaba tanto, su abuela también se la cantaba por las mañanas cuando iban al huerto de los tomates y la hierba estaba empapada de rocío. Cuando hacía mucho frío y el rocío se convertía en escarcha que en forma de cristales relucía bajo los olivos, la abuela le cantaba otra canción, también bonita, que más adelante pondré para que ni se pierda ni se olvide.

Ella conocía bien la música clara del agua limpia. Conocía la frescura suave del líquido cristal y conocía todos los secretos, las alegrías, las penas y las ilusiones del chorrillo que bajaba desde las más altas sierras y venía a morir cerca de su casa. Pero ¿qué le pasaba hoy a la fuente? Al terminar la tarde Aneluz sorbió de su líquido blanco y bebió antes de irse a su casa. Justo en este momento ella notó que a la fuente le pasaba algo. Y por eso le preguntó:
- ¿Por qué estás triste?
Y la fuente le respondió:
- Me siento vieja y sola.
- Yo vengo todos los días a beber a tu caño y a

jugar por aquí cerca. Todos los días me ves y te doy mi cariño. ¿Cómo puedes sentirte tan sola?
- Eres la única que me acompaña. Los demás, poco a poco cada día me abandonan.
- Eso no es verdad. Yo veo que también la vecina de enfrente y la otra, vienen a coger agua de tu caño.
- Sin embargo, estoy sola y sé que puedo morir cualquier día de estos.
- No entiendo lo que me dices ¿Me lo puedes explicar?

Y la fuente de la Luz, le dijo:
- Tú sabes que hoy ya todos los vecinos tienen grifos en sus casas. Ya no es como antes que todos tenían que venir a mí para coger agua. Cada día me visita menos personas. Cada día me desangro horas y horas aquí, en silencio y sola y nadie viene a mí. Sé que esto puede acabar con mi vida. Hasta he oído decir que como ya no sirvo para nada pueden derribarme cualquier día de estos. "¿Para qué la queremos estorbando ahí en la calle y sin utilidad ninguna?" Dicen unos y otros. ¿Comprendes lo que te digo?
Y Aneluz le respondió:
- Ahora sí lo entiendo mejor. Pero de todos modos pienso que esto se puede arreglar.
- ¿Cómo?
- No lo sé, pero si hablo con las personas del ayuntamiento, con los vecinos, con los más viejos, quizá lo entienda y te ayuden.
- Sí, quizá tú puedas, pero yo no estoy segura.
- Déjalo en mis manos ya verás como hay arreglo.

Y después de estas palabras Aneluz se

despidió de la fuente de la Luz. Se va a su casa, cena y luego se mete en la cama. Está preocupada y piensa en el problema. ¿Habrá solución? ¿Lo entenderá la gente? ¿Le ayudará el alcalde? Y se dice que en cuanto se levante al día siguiente va a ir a verlo y después comenzará a hablar con los vecinos.

"Mi fuente, mi bonita fuente con su caño blanco de rocío de las montañas, no debe morir ni estar triste". Se dice y pasado un rato se queda dormida. Al amanecer la abuela se vino, como tantas veces, con ella y sentándose en la cama se puso a contarle historias a la vez que respondía a las preguntas que la niña le hacía. A las que podía, porque en unos de aquellos momentos en que la abuela le escuchaba, la niña dijo:

- Por la derecha del collado, según se sigue la senda hacia donde el sol sale, se alza la ladera que mira a la llanura de este collado y a la gran curva del río. Y por la ladera esa, todavía un poco antes de la cumbre, va otra vereda estrecha. También lleva dirección al sol de la mañana y mientras avanza es como un balcón al hondo barranco del río, a la gran curva, al collado y al charco azul. Más a lo lejos y en horizontes que se borran con tonos blancos, se pierden grandes cerros repletos de olivos. Entre ellos y la gran curva del río, pasa el Guadalquivir, hundido en un valle neblinoso, verde y tupido de olivos.

Pues por la senda que es balcón y queda remontada y paralela a la del collado, yo lo vi avanzar. La nieve cubría a la tierra y a la hierba.

Pero no estaba nublado sino que lucía el sol. Iba descalzo pisando la nieve y lo que más me llamaba la atención es que no sentía frío. Caminaba pisando la nieve y no sentía frío ni le dolían los pies. Un poco más arriba había un rebaño de cabras blancas comiendo por entre el monte y un poco más abajo, donde en la llanura brota la fuente, había otras pocas cabras también comiendo monte.

Se asomó al precipicio que hay donde la senda se presenta al barranco del río y ante sí tenía la gran panorámica. Un grandioso barranco que es por donde nace el río, con sus espesos bosques, sus tremendos acantilados, las fuentes manando bajo las peñas y los arroyuelos saltando por las piedras y la tierra. Y para sí se dijo: “Ahora saltaré desde esta roca, me agarraré a las ramas de aquel árbol y cuando por fin esté ya sobre el llano donde mana la fuente, beberé agua en ella y luego recogeré las cabras y me las traeré con estas de la cumbre”. Y al decir esto se presintió como si en lo alto de la cumbre, todo lo estuvieran preparando para celebrar un banquete o algo así. ¿Reconoces el rincón, abuela y el que andaba por él?

Le pregunta Aneluz al terminar de contar su relato. A lo que la abuela dice:
- Ya te dije, mi niña querida, que la sierra es muy grande.
Y se levanta de la cama donde está sentada. Se acerca a su mesita de noche, coge la carpeta azul, saca una hoja y le lee a la niña:

Pisando la nieve y descalzo
se le vio ir por la vereda
que es balcón sobre el barranco
y no sentía frío ninguno
aunque todo estaba blanco
de nieve blanca y de agua
que era hielo y puro barro.

- Pastor de la gran montaña
que ni sientes el cansancio
ni el hambre ni el dolor
mientras vives y vas llegando
¿adónde vas por los paisajes
agrestes y congelados?
- Voy a donde vosotros
prohibido tenéis el paso
y por más que transcurra el tiempo
jamás viereis ese palacio
y menos entrareis a él
porque estáis en el otro bando.

Pisando la nieve y su frío
se le ve caminando despacio
con el alma puesta en la fuente
que mana por el barranco
y el corazón puesto en el banquete
que entre las nubes y en lo alto
parece que en estos momentos
un rey le está preparando

El pez de orejas grandes

Se presenta la madre en la habitación y dice que es la hora del desayuno.
- Café con leche y tostadas con aceite de oliva, es

lo que hay.
- Pues es un desayuno que a mí me gusta mucho, mamá.
Le responde al tiempo que se agarra a su cuello y la besa. Las tres desayunan juntas mientras, por los cristales de la ventana que mira al río, contemplan a la mañana. El cielo está azul, con sólo unas nubes blancas en forma de rebaños de borregos y por el aire, revolotean las golondrinas. En unas de las casas, en la esquina del tejado, ya han construido un nido de barro. De vez en cuando las golondrinas se paran en el nido y en él depositan otro poquito más de barro o una raíz seca recogida en las riveras del río. A pesar de todo, ya es primavera.

Al caer la tarde aquel día, Aneluz se reúne con sus amigos en el puente que hay sobre el río de aguas chocolate. Es el que sirve de unión con las otras partes del pueblo. La Piedra, la parte nueva y el Pedrusco, la parte vieja. Ella vive en el centro de la parte vieja.

Hoy todos ellos y también el del coche blanco, habían quedado para bajar al otro pueblo. El pequeño y que también se levanta pegado a las aguas chocolate del río tortuoso. A la hora fijada todos se juntaron, subieron al coche y en diez minutos ya estaban entrando por las primeras casas del otro pueblo. Hoy el día era espléndido. El cielo aparecía limpio de nubes, los montes verdes y transparentes y el sol lucía calentando los campos y llenando de luz todos los bosques.

- ¡Mirad que pez!

Exclama la niña al ver el gran pez que hay a la entrada del puente. Es un pez de ladrillos con una gran cola y orejas largas, largas.
- ¡Qué grande y qué bonito!
Afirma el muchacho regordete de pelo moreno.
- Parece de verdad. Fíjate qué orejas tan grandes, qué cola tan larga y qué boca tan enorme.
Sigue expresando Aneluz.
- Es el pez más grande que he visto en mi vida.
Confirma ahora el muchacho de pelo rubio.

Aneluz se pone frente a él, mete su mano en la boca del pez, lo mira despacio, lo acaricia rozando con sus dedos todo el lomo y luego se vuelve para el grupo de sus amigos y les confiesa:
- Me ha dicho que nos subamos sobre sus espaldas. Es un pez volador. Si le cantamos una canción que yo sé arrancará a vuelo y nos paseará por encima de toda la gran Sierra de Segura y Cazorla.
- ¿De verdad te ha dicho eso?
Pregunta el muchacho regordete de pelo moreno lleno de curiosidad e inquieto ya por la ilusión de volar atravesando el viento hasta subir a lo más alto de los montes de Segura. El autor quiere aquí decir que las cosas que más deseaban los niños hacer realidad, era volar por encima de las fabulosas sierras de Segura y Cazorla. Entre ellos se decían que si hubieran nacido pájaros en lugar de niños, lo primero que en su vida habrían hecho, hubiera sido trazar un largo vuelo por encima de estas sierras y a lo largo y ancho de todas ellas. Pensaban que de este modo podrían ver los arroyos, montañas y llanuras que hay en la sierra y lo que más les iba a gustar era precisamente las

crestas de las grandes cumbres. Creían ellos que de ningún otro modo nadie podría nunca conocer los misterios y bellezas de estas montañas gigantescas.
- ¿No te lo crees?
Pregunta la niña desafiando a los compañeros.
- Yo sí, vamos a intentarlo.
Les responden ellos.
- Pero sólo volará si cantamos una canción que yo sé.
- ¿La canción que te enseñó la abuela la tarde que jugaba contigo cuando estuviste mala?
- Esa misma. Como es una canción de notas brillantes y de letra bonita, le va a gustar mucho.
Y los amigos dijeron:
- Pues de acuerdo. Nosotros nos sentamos delante sobre su lomo. Te agarras a las aletas y cantas.

Y dicho y hecho. Se suben sobre el lomo del gran pez y la niña, la última, canta la siguiente canción:

Pececico de los montes
de larguruchas orejas
vuela, vuela por los bosques
y crucemos las praderas.
Tú no pares pececico
hasta que yo diga "tierra".
Ahora arranca ya con tu vuelo,
no prolongues más la espera.

Y todos cierran los ojos. Se agarran fuertes unos a otros y aprietan sus pies contra la barriga del pez para no caerse.
- ¿Volamos ya?

Pregunta el muchacho regordete de pelo moreno.
- Si, ya volamos.
Responde el muchacho alto de pelo rubio que era el piloto oficial.
- Pues yo no siento ni el viento ni la caricia de los árboles.
- Es porque vamos muy altos y aquí ni hay viento ni árboles. Sólo sol y estrellas.
Aclara el muchacho alto de pelo rubio.
- ¿Podemos abrir los ojos?
Pregunta el muchacho regordete de pelo moreno.
- No se pueden abrir los ojos. Está prohibido. Hay que tenerlos cerrados. Si los abres se deshace el vuelo, nos caeremos en los bosques y nos perderemos.
Contesta Aneluz.
- Bueno, tú mandas. Los abriremos cuando nos lo digas.

Y pasa un rato. Se aprietan entre sí. Gozan del viento que ahora ya sí les hace cosquillas en la cara hasta que de pronto la niña dice:
- ¡Atención! Vamos a aterrizar. Agarraros fuerte, entramos en picado, tomamos tierra, ya aterrizamos, podéis abrir los ojos.
Y en estos momentos todos respiran, abren los ojos y exclaman:
- ¡Qué viaje más espléndido!
- ¡Qué agustico y qué bello era todo!
- Yo se lo voy a contar a mis amigos y al maestro. En el pueblo nadie sabe que este pez de ladrillos y cemento, vuela.
Aneluz escucha y al final dice:
- Es verdad todo lo que estáis diciendo, pero mientras íbamos volando, el pez de las orejas

grandes, me ha contado un secreto.
- ¿Qué ha sido?
- Me ha dicho que se encuentra triste y está enfadado con las personas de este pueblo.
- ¿Y por qué?

Y Aneluz dijo a los amigos:
- Según él, hace mucho tiempo, en la corriente de este río color chocolate había muchos peces que atravesando las aguas subían y bajaban por los charcos y corrientes. Ahora todo el mundo echa porquerías al cauce, todo el mundo tira líquidos y basura y esto hace que hasta el río huela mal, que los peces se mueran y que los árboles se sequen. Este pez volador está triste porque los hombres han sido malos hasta en esto: después de matar a todos los peces del río cogen y aquí, construyen un pez de ladrillos y cemento y les ponen unas orejas que parecen las de un payaso de circo. Ya está cansado de tanta burla y tanto desprecio. ¡Pobre pez este con lo bonito que es!
- Pero no debemos preocuparnos porque nosotros lo podemos arreglar.
Expone el muchacho regordete de pelo moreno.
- Sí, podemos hablar con todos los habitantes de estos pueblos y pedirles que limpien el río y cuiden de sus plantas y peces.
Sigue aclarando el muchacho alto de pelo rubio a lo que los otros responde:
- Pues eso es una buena idea.

Poco después, el grupo de niños, suben en el coche de su amigo y regresan a su pueblo blanco en la orilla del río color chocolate. Cayó la noche enseguida y como tantas veces, cantó el

cárabo. Cantó un autillo por los álamos del río, varios mochuelos por entre los olivos de las laderas que suben desde el pueblo hacia los cerros que le rodean y también se oyó el graznido de alguna lechuza. Antes de que la niña se durmiera se oyó también el aullido de un perro y como ella nunca había oído los aullidos de los lobos preguntó a su abuela:

- ¿Es que algún lobo se ha perdido, abuela?

- Todos los lobos de estas sierras se perdieron hace mucho tiempo.

- ¿Viste tú alguno cuando eras pequeña?

- Yo no llegué a conocerlos. Los lobos ya hace mucho que dejaron de vivir en estas montañas. Pero hubo una época en que sí pateaban mucho todos los montes de estas sierras nuestras. Mis abuelos me contaron a mí muchas historias de aquellos tiempos.

- ¿Pero ellos llegaron a conocerlos?

- Tampoco ellos los vieron porque ya te decía que los lobos hace mucho que desaparecieron de estas sierras.

- ¿Entonces?

- Lo que quería decirte es que, según me dijeron, el último lobo en estas sierras se vio por unos poyos muy lejanos que tú aun no conoces. Fue al final de una primavera y cuando muchos pastores creían que ya estaban extinguidos.

- ¿Te contaron cómo ocurrió aquel momento?

- Pues me dijeron que a uno de aquellos pastores un día se le perdieron unas cuantas ovejas. Se fue por las montañas a buscarlas, ya que creía que por allí se le habían perdido y se tropezó con lo que no esperaba. Al remontar un puntal por donde los

bujes crecían espesos, sintió unos graznidos extraños. Se paró, buscó una roca alta, subió por ella procurando no meter mucho ruido y cuando estuvo en lo más elevado descubrió algo muy curioso.
- ¿Qué fue?
- Pues una loba con sus cachorros. Los sacaba de una cueva al borde de un despeñadero y se los llevaba. Por una veredilla llena de hierba se los iba llevando al otro lado de la cumbre. De uno en uno y en la boca, se los iba llevando dando viajes sin parar. Y claro, mientras transportaba un lobezno los otros se quedaban solos y chillaban con unos graznidos muy peculiares.
- ¡Qué curioso fue aquello!
- Sí que lo fue
- ¿Y qué hizo aquel pastor?

- Allí en la peña estuvo un buen rato observando el fenómeno aquel y cuando ya la loba había transportado a todos sus cachorros al otro lado de la montaña, se vino para el valle donde tenía su casa. Encontró a las ovejas que buscaba y cuando llegó a su cortijo contó lo que había visto. Aquella misma tarde salieron en busca de aquella manada de lobos. No lo encontraron, pero a mí me dijeron que desde aquel día nadie más ha visto un lobo por estas sierras.
- ¿Fue entonces el último lobo de estas montañas?
- Si no fue el último al menos yo no tengo noticia de otros más. Así que aquello de la mamá loba recogiendo a sus cachorros hacia las cumbres altas, quedó por aquí, como una imagen curiosa. La estampa de los últimos lobos de estas sierras.

El lago redondo

Aunque ya había llegado la primavera todavía parecía invierno, durante algunos días nevó mucho y también hizo mucho frío. Ya hacía bastantes semanas que los amigos de Aneluz no venían a jugar con ella. Por eso, cuando se pasó un poco el invierno que estaba fuera de su tiempo, se prepararon para acercarse hasta el pueblo blanco del río color chocolate. Todos tenían ganas de ir al pueblo blanco de la orilla del río. Querían ver a la niña y jugar con ella. Estaba enferma y aunque sabían que ya había mejorado pensaban ellos que la visita les iba a gustar mucho. Por eso todos los días al salir el sol miraban al cielo para ver qué tiempo hacía. Y la verdad es que el tiempo no mejoraba mucho. Casi todos los días amanecía nublado, lluvioso, con frío. Este año, decían los entendidos, era el más frío del siglo.

Sin embargo, por fin el sábado veintiséis de abril amaneció casi raso.

- Hoy será el día. No hace frío y parece seguro que luego más tarde las nubes se vayan y salga el sol. Hoy nos vamos al pueblo blanco de la orilla del río chocolate.

Dijo el muchacho regordete de pelos morenos. Le hicieron caso y a la siete de la mañana salieron del pueblo que se esconde entre los olivos. Cuando pasaban por el pueblo más alto del mundo, el que siempre anda perdido por entre las nubes y más en los días de invierno, la niebla cubría toda la carretera. Es este un lugar donde siempre hay mucha niebla.

- Será sólo por este cerro. Ya veréis luego como

se acaba la niebla y el día se abre.
Dijo el muchacho regordete de pelo moreno.
Y a continuación preguntó:
- ¿Creéis vosotros que hoy podremos encontrar la cueva oscura del hombre misterioso?
- Buscarla la vamos a buscar. Por dónde hoy vamos a ir no hemos ido nunca. A lo mejor tenemos la suerte y la vemos. ¿Os imagináis la sorpresa que le daríamos a la niña?

Pero cuando pasaron la fuente que mana mucha agua y comenzaron subir, de pronto, por la cuenca arriba del río color chocolate, ven que avanza una inmensa nube negra.
- Hasta da miedo verla. Viene derecha a la sierra de Segura y lo primero que se va a llevar por delante es al pueblo blanco de la orilla del río.
Dijo el muchacho regordete de pelos morenos.
- Párate un poco para que veamos su avance
Pidió el otro muchacho, el mayor de todos los amigos de Aneluz.

Y se pararon junto al carril de tierra. En tres minutos, la nube negra que subía por la cuenca del río chocolate, se les puso encima. Se llenó de oscuridad todo el campo y comenzó a llover casi torrencialmente. Sobre los cristales del coche y sobre el asfalto negro de la carretera las gruesas gotas crujían empujadas por el viento fuerte y frío.
- Se pasará. Yo creo que esto es una tormenta pequeña que se ha escapado por el río, pero que no durará más de media hora.
Seguía diciendo el muchacho mayor.

En el otro pueblo que se recoge por el

barranco de los montes altos, se pararon a comprar pan y luego acordaron irse por el carril forestal que va atravesando las cumbres por las partes más altas.

- Tardaremos un poco más, pero este rincón de la sierra aun no lo conocemos. He oído decir que por ahí se esconde un lago redondo que tiene las aguas color de los bosques.

Volvió a decir el muchacho mayor. Y esto lo decía porque cada vez que ellos organizaban una excursión por la sierra, tenían que hacer algún nuevo descubrimiento. Un arroyo, un árbol, una roca, una flor o un lago redondo como el que hoy soñaban.

El muchacho regordete de pelos morenos dijo:

- ¡Vale!

Y salieron del pueblo, a tres o cuatro kilómetros se desvían por la pista de tierra que atraviesa la sierra por las cumbres más altas.

- Quizá pasemos por ese campamento de los chorros en las rocas. Pasaremos por la cumbre que tiene más de mil trescientos metros y luego por aquella vieja casa forestal que se hunde entre los fresnos del arroyo

Volvió a decir el muchacho regordete mientras ya ascienden por la complicada pista de tierra que recorre las partes más alta de las cumbres oscuras. Aparecen los bosques de pinos, pinos tronchados por la lluvia y el viento, aparecen pequeños arroyos de aguas turbias, algunas cascadas y varios cortijos de los muchos que por estas sierras se van hundiendo en la soledad de los campos.

- Yo sigo diciendo que detrás de ese cerro se encuentra el lago redondo.
Repite cada dos por tres el muchacho mayor esperando lo que en su mente sueña. Pero el lago redondo no aparece. Sí de nuevo les alcanza la nube negra que unas horas antes les había sorprendido por el valle. Como ahora ya van por la cumbre la nube en lugar de agua lo que descarga es nieve y granizos.
- Parece de fantasía.
Dijo el muchacho regordete.
- ¿Por qué dices eso?
Le pregunta el muchacho mayor.
- Es que en plena primavera no es normal que caiga tanta nieve ni haga tanto frío.
Digo que si no lo estuviera viendo no me lo creía.

Al bajar por una cañada se paran y los dos muchachos, entusiasmado por la blancura de la nieve y los cristales de los granizos, se ponen a correr como si pretendieran coger entre sus dedos alguna especie de fantasma de los bosques. Era como una manera infantil de gozar la blancura de la nieve que poco a poco se iba trabando en las ciento diez florecillas que por las praderas ya estaban abiertas.
- Pero tu lago soñado no aparece.
Le dice el muchacho regordete al muchacho mayor.
- ¿Que no? Ya verás como nos lo encontramos cuando menos lo esperemos.
- Pues no sé dónde. Y lo digo porque ya tenemos casi atravesadas todas las cumbres de esta larga sierra y el lago no se ve.

- Tú espera un poco y verás.

Y al dar una curva el camino, después de pasar la casa forestal que se esconde entre los fresnos, el muchacho regordete grita:
- ¡El lago!
Señala con su mano y efectivamente. Ahí mismo está el lago soñado. Entre pinos y olivos, rodeado de torrentera de tierra roja, pero teñido de azul limpio y sereno.
- ¡Parece mentira! Jamás lo hubiera creído.
Exclama el muchacho mayor.
Se paran y junto a sus aguas comienzan a anotar en el cuaderno de campos.
- Se lo tengo que contar a la niña en cuanto lleguemos. Le gustará saber cosas de este lago. Seguro que luego dirá que quiere venir a verlo.

Un regalo original

Pero en el pueblo blanco que mira al valle y tiene un río que corre agua color chocolate la niña aquel día no se levantó de la cama. Tenía fiebre y como la abuela se preocupó mucho la llevó al médico. Este le mandó pastillas, algún jarabe y reposo absoluto.
- Que en tres días no se levante ni salga a la calle.
Le dijo a la abuela y luego se la llevó a su casa. La metió en la cama. Le hizo una infusión de las hierbas secas que ella tenía recogidas por los campos de sus montañas y la arropó.
- ¿Me voy a morir, abuela?
Le preguntó ella un poco triste.
- No te vas a morir, hija mía. Te pondrás buena pronto. Los niños como tú, todos los niños del

mundo se ponen malos algunas veces en su vida y eso no es grave. Los niños tenéis mucha salud y por eso pronto os ponéis buenos y otra vez jugáis por las calles y reís con vuestros amigos.

Pero aquel día la niña no tenía ganas ni de reír ni de jugar. Se puso enferma de verdad y por eso, cuando las vecinas lo supieron, muchas vinieron a verla y estar un buen rato junto a ella. Vino también el pastor amigo de la abuela y éste, como la quería mucho, se le ocurrió una gran idea para animarla un poco. Antes de salir de su casa, de un armario de madera, cogió un objeto que apreciaba mucho, lo envolvió en un papel de regalo y cuando llegó a la casa de la niña, cuando ya estaba junto a su cama preocupándose por su salud, le dijo:

- Te traigo un regalo.

Y de una bolsa de plástico sacó el regalo. Se lo alargó a la niña que enseguida lo cogió llena de curiosidad y rompió el papel para ver lo que venía dentro. Al descubrirlo se quedó algo en silencio y luego, con más calma, se lo puso delante de sus ojos y leyó despacio: “El misterio de la Montaña”. Y a continuación preguntó:

- ¿Qué es este libro tan gordo?

- Es algo que guardo desde hace mucho tiempo y por eso le tengo mucho cariño. Hoy he pensado que a ti te va a gustar mucho conocer las cosas tan bonitas y curiosas que en sus páginas hay escritas.

- ¿Y qué cosas son esas?

- Quiero que leas el libro para que las descubras por ti misma.

El viejo pastor de las montañas, guardaba consigo este libro desde hacía mucho tiempo. De qué modo había llegado a sus manos, eso no lo sabía nadie nada más que él. Tampoco quería publicarlo mucho. Lo que sí sabían algunos es que el libro, primero habían sido páginas sueltas escritas a mano. Cuando pasó un tiempo, el mismo pastor se tomó mucho interés en que aquellas páginas no se perdieran ni se estropearan. Por eso, un día, se las dejó a una persona que conocía para que todos aquellos escritos se los pasaran a máquina. Tardó mucho tiempo, pero por fin un día, aquellas páginas escritas a mano, estuvieron puestas sobre el papel con letras de máquina. Luego cogió todos aquellos folios y se los dio a otra persona para que le hiciera un bonito libro. Unos días más tarde ya lo tenía. Y salió un libro gordo de verdad, encuadernado en tela verde y con unas letras negras en la portada donde se podía leer el título de aquella obra. Como el pastor le tenía mucho cariño a Aneluz, en cuanto se enteró que se había puesto enferma, lo primero que se le ocurrió fue coger este inédito libro, que tanto quería, y llevárselo para que ella lo leyera y así conociera algunas cosas hermosas que nunca se habían contado nada más que en este libro.

- ¿Pero me lo regalas?
Preguntó la niña.
- Te lo regalo. Para ti y para siempre.
Y al instante exclamó:
- ¡Abuela, mira lo que me regala tu amigo!
La abuela que estaba allí dijo que le parecía muy bien y que ahora que tenía tiempo, mientras se curaba la enfermedad que había cogido, que

leyera aquellas cosas que a ella le gustara más.
- ¿Pero son cuentos que conoce todo el mundo?
- “El Misterio de la Montaña” no es un cuanto y por supuesto hasta hoy nadie lo conoce excepto tres personas y media. Nunca se publicó y por eso es inédito.
- ¡Pues qué suerte tengo!
- Sí que tienes suerte.
Dijo el viejo pastor y luego se fue.

Aquella misma tarde la niña se puso a leer algunas cosas del original libro. Su primera página empezaba de la siguiente manera:
“¡Ay, Dios!
Se oye salir de entre el verde bosque y el rumor de la corriente. Estaba sentado donde los arroyos se juntan. En las rocas que bañan las aguas y arropan las adelfas y estaba triste. Meditaba en su alma el nuevo disgusto que había tenido con los que le rodeaban y se sentía solo. Lloraba en el silencio de la gris mañana, cuando por la senda del lado derecho, vio que se acercaba. Cruzó la corriente y al llegar a su lado se paró. Lo miró despacio y al momento le dijo:
- Vente conmigo.
Se levantó de la roca, se acercó al que llegaba y por la senda que entra a la umbría, los dos se fueron.

Vistos desde atrás, desde la roca donde había estado sentado y seguía arropada por las adelfas, eran hermosos. Dos figuras humanas que en la soledad del camino, el esplendor de los bosques y la luz hermosa de la mañana, se presentaban llenas de misterio. Como reyes y

dueños de un mundo desconocido por completo de todos los seres humanos que pueblan el Planeta Tierra. Como un cálido sueño que se fraguara en la real mansión y paz más honda del alma. Por eso él sintió el alivio. Y así fue que cuando todavía no habían andando veinte pasos, el que minutos antes lloraba perdido, preguntó:

- ¿Adónde me llevas?

Y la respuesta que obtuvo fue:

- Andaremos el camino y te enseñaré. Abre tus ojos, mira y deja que tu corazón se llena de la belleza que ante ti y para ti se desplegará.

La senda subía un poco. Siguiendo siempre una línea paralela con el arroyo y luego se tornó llana con la curva de nivel que recorría los mil cien metros de altura. Por la derecha subía la umbría tupida de bosque. Al frente se abría el collado por entre las dos rocas y por la izquierda, además del arroyo en lo hondo, subía la solana y se abría el otro collado. La solana estaba repleta de encinas y por las crestas, rebosaban los robles y las peñas. Y el barranco, el hermosísimo y largo barranco para donde se hundía la senda, gigante, nebuloso, lleno de misterio y como rebosando desde el alma. Era parte del alma, de la paz que da el gozo total y del paraíso que es redondo en sí.

- He vuelto a estos campos porque, allá en el mundo, me han dejado tan roto que ya ni tengo ilusión ni espero nada. Sólo quisiera que la hierba me diera su abrazo y me fundiera con su creador para siempre. Busco al que da la vida, ama, perdona y anima en la seguridad de la verdad limpia. Necesito sentir el apoyo sincero sin que

tenga que renunciar a nada de lo que soy y siento. He vuelto a estos campos buscando la libertad y la afirmación del sueño que llevo por dentro. Ya no podía vivir, tan rechazado, siempre tan juzgado y siempre tan condenado.
Comentó el solitario. A sus palabras el que había llegado dijo:
- Ten confianza. Te conozco desde lo hondo y desde el principio y fin.

Cuando habían andando doscientos metros la senda remontó un collado. Se torció luego para la derecha y tras la espesura de unas encinas, salió a un rellano. Era el recodo de los dos arroyos. El que baja del puntal de las jaras y el que entra por el barranco oscuro. Todavía llegando a las tierras llanas, el que daba confianza, dijo:
- ¿Conoces el rincón?
Y el del alma triste respondió:
- ¡No lo voy a conocer! Es donde tuvieron sus casas los últimos pastores de estas sierras. Donde lucharon, sudaron, amaron y no pudieron morir.
Y guardó silencio.

No habían andado cien metros más cuando ante ellos aparecieron las ruinas. Las cinco casas de piedra y tierra que los pastores, en aquellos lejanos tiempos, habían levantado a un lado de la llanura. Y ahora, justo donde mana el venero, se las encontraban machacadas. Sin techo, con las paredes rotas, sin puertas ni ventanas y por entre sus ruinas, creciendo las zarzas. El que estaba triste se encontró perdido. Por eso el que le acompañaba le volvió a preguntar:
- ¿Y tiene algo que opinar?

Se produjo un silencio hondo que sólo era manchado por el crujir de la hierba bajo los pies que avanzaban. El del alma triste quiso decir: "Quisiera hablar con las palabras que fueran capaces de expresar lo que el corazón siente. Cada pared de estas, gritan pérdida y hasta me refleja las caras de los que aquí vivieron. Los que fueron grandes entre los humildes y me dieron el mejor calor que recibí en esta tierra. Miro y los estoy viendo vivos en cada brizna de hierba que por aquí crece, pero no están ¿Qué hicieron ellos para que desaparecieran del rincón del modo que desaparecieron y por qué hasta sus casas borran de la faz del suelo?"

El que daba compañía dijo:
- Sé cómo te siente y lo que piensas y para tu consuelo te digo que ellos no están ignorados en el corazón del que de verdad los ama.
- ¿Y por qué me traes por aquí?
- Tenías que vivir y ver lo que estás viviendo. Es necesario.
Cruzan por entre las ruinas de las casas, rodean un poco las tapias y a cincuenta metros se encuentran con el camino. Una pista de tierra que por aquí y ahora están construyendo. Continúan andando y por donde el camino se estrecha en una cerrada rocosa, penetran recorriendo la pista forestal.

No han llegado todavía y ya se oye el rumor del agua. El gran río, el que nace en la profunda sierra y después de atravesarla se hunde en los montes y salta de cascada en cascada y de charco en charco, lo tienen a dos pasos. Pero la pista hoy

tiene su final justo al borde de este río. Construyen un puente con su túnel correspondiente y como todavía no está hecho, por donde corre el río, se abre el precipicio. Hondo y en forma de surco oscuro.

El del alma triste, empujado por el chorro de vida que por el rincón tiene desparramada, se aproxima. Quiere ver qué han hecho con las tierras que, en la rivera de las aguas, fueron huertos. El más fértil y frondoso de los huertos que nunca se dio bajo el sol. Al borde mismo de la corriente se alzaba el cortijo y junto a él, crecían las nogueras, los granados y las higueras. Y se aproxima tanto que al agacharse para observar mejor, resbala. Siente como su cuerpo se precipita al vacío y sin remedio ni control cae a para donde la cascada horada al gran charco azul.
- ¡Sálvame que me hundo!
Grita pidiendo auxilio. Y en este momento siente como si fuera la fuerza de una mano recia que lo agarra por las espaldas. Lo sujeta en el aire y tira de él para arriba. Lo rescata del vacío y con la suavidad del viento lo deja sobre la desnuda tierra de la pista forestal. Sentado y con los ojos clavados en la cara del que salva. Respira intentando recobrar la serenidad y acurrucado en el miedo y el polvo de la tierra, dice:
- ¡Me has salvado!
Y el que da compañía responde:
- Te he salvado y ahora quisieras saber por qué.

Durante unos segundos el silencio se espesa. El que ha sido salvado mira como absorto. Ante sus ojos, mente y alma, el verde de los

bosques, el azul del cielo, la sombra gris de las nubes y las figuras esbeltas de las casas, se le representan con un tono nuevo. Como si fueran vaporosos o de fino hielo con reflejos de plata tirando a terciopelo. Un tono hermoso y misterioso que nunca antes en su vida ha visto y menos por estos paisajes que llevan tan dentro. Hace un esfuerzo queriendo comprender, pero no lo consigue.

Frente a sus ojos y en la ladera que le mira desde el otro lado del río, en hilera, las ruinas de tres cortijos más. Desmoronados por entre las rocas y como gritando al horizonte que alargado le corona. Por esa misma ladera y en la dirección del sol de la tarde, la escena que vivió años atrás, cuando aún era libre y guardaba ovejas por estos montes. Y se la encuentra o la revive justo en el momento en que ella sucedía, a media altura entre el centro día y el amanecer.

Sus ovejas pastaban repartidas por la hierba verde del cerro, solana y hoyas de las cumbres. Al lado izquierdo se apretaba el gran bosque de las encinas y por el lado de la mañana, corría el río. El de las aguas cristalinas, olor a algas y música misteriosa. Él se encontraba en lo más alto. Justo en la Atalaya del Pastor. Y estando allí frente a la gran sierra y al cuidado de su rebaño descubrió que las ovejas se venían para el río. Siguiendo las sendillas bajaban por la ladera, se metían por entre los bujes, saltaban por las peñas y al llegar a la corriente, se tiraban a ella. Algunas se paraban en la orilla y bebían del agua fresca, pero otras, al

saltar desde la torrentera, salían rodando y se rompían la cabeza, las patas y las costillas. Muchas nadaban por las aguas y alcanzaban la otra orilla, pero un buen número, se hundían en la corriente, desaparecían durante un rato y cuando salían a flote estaban ahogadas. Y mientras esto sucedía el resto del rebaño no dejaba de chorrear por la ladera en busca de las aguas del río. Como si la sed se las comiera por dentro o como si un extraño fenómeno las atrajera hacia las aguas puras.

Estas imágenes y la anchura de los campos, pasaron por su mente y alma en los breves segundos que estuvo sentado sobre el polvo del camino. Respiraba intenso queriendo alcanzar la paz que había perdido. Pasados estos segundos, que fueron extensos como una eternidad, habló otra vez al que le había salvado y dijo:
- Te he llamado porque en el fondo tenía confianza en ti.
- Eso ya lo sé. Y ahora te voy a decir que te he salvado para que comprendas algunas cosas.
- ¿Qué debo comprender?
- ¿En qué pensabas cuando te ibas hundiendo en el vacío?
- Pues que ya era el fin. Que me hundía sin remedio en el abismo total y para siempre. Que ya nadie podía salvarme sino Dios.
- Y acudiste a Dios y te ha salvado.
- Así lo siento y lo creo. Una vez más Dios me ha salvado del hundimiento total. Lo que ya no tenía solución para mí y donde los humanos tampoco pueden hacer nada, ha sido reflotado y salvado otra vez por el Dios en el que creo. Pero ¿por qué

y para qué ha sucedido esto?

- En este tramo de tu existencia, ahora mismo, estás triste, hundido y perdido. Sientes como si tu vida entera, con tu cuerpo y los años que él ya tiene, se estuviera precipitando al vacío total sin remedio y sin que nadie te dé una mano. Eso es lo que tú sientes y crees y es lo mismo que le sucede a otros muchos seres humanos como tú. Pero has acudido a Dios y lo que para ti era imposible y el fin, Él lo ha traído al gozo y al camino de la luz. ¿Comprendes?

- Comprendo algo. Pero quisiera saber más.

El que ha llegado para salva, dar compañía y consuelo, tiende su mano al que sufre la confusión en la desolación del alma. Lo levanta del suelo y polvo del camino y le invita a seguir.

- ¿Hacia el Balcón del Pastor, es para donde me llevas?

- Sé que es tu rincón preferido entre todos los espacios que amas por estas sierras.

- ¿Y también sabes por qué es mi rincón preferido, mi rincón pequeño, mi refugio, mi nido?

- Tú estás ahí en la totalidad de lo que eres. Y él es para ti como una columna que da sostén a lo que apeteces y consuela. Tú estás ahí y hacia él tiendes.

- Es así, pero ese rincón...

Y el que ama el verde de la hierba, la bruma que revolotea por los barrancos, la caricia del viento cuando pasa y tiene el dolor quemándole en las carnes, pone freno a sus palabras. Pero al instante exclama:

- ¡Ay, Dios!

En un tono melodioso y traspasado de una tan fina melancolía que casi se palpa la herida y se siente hervir la sangre que chorrea desde la vida. El que da compañía, sabiendo lo que significa y contiene tal expresión, guarda silencio.

La vereda ahora, la que es tan vieja como las montañas que recorre y guarda en su polvo el eco de millones de pisadas hoy ausentes, se inclina con el terreno. La vaguada de un arroyo la va meciendo y según desciende, más se pierde en la espesura de los bujes. La umbría permanece en su sombra y en las hojas de la hierba, tiembla el rocío. Se sigue oyendo el rumor del río, pero ahora algo más lejos al tiempo que el chapoteo del arroyo comienza a ser cada vez más claro.

- Esta es la fuente del madroñal.

Dice el solitario justo cuando la senda roza las aguas limpias que brotan del venero. La fuente del madroñal mana por el agujero redondo que bajo una peña gris, se abre. Y el agua corre por entre el musgo, salta por las piedras y unos metros más abajo se entrega al arroyo grande.

- Y ahí está el roble viejo. El de la mitad del tronco podrido y las tres ramas verdes.

Vuelve a comentar el que ha sido salvado. Y a continuación añade:

- Cuando era niño, cogí panales repletos de miel del enjambre de abejas que en este tronco tenían su nido.

El que acompaña tampoco da respuesta a estas palabras.

La senda traza su curva para poder seguir

bajando y justo por aquí atraviesa el chorrillo que fluye de la fuente. Y al verlo, el solitario exclama:
- ¡Mira, se ha arrugado!
El que da compañía responde:
- La corriente que fluye del manantial se ha arrugado como, en muchas ocasiones, se arrugan las vidas de las personas. ¿Es eso lo que quieres decir?
Y al oír estas palabras recordó al padre.
- Eso es lo que el padre me decía por aquellos días en que todavía yo era juego puro. Que la vida, como les pasa a las corrientes de los arroyos, en ocasiones se frena, se atasca y se arruga. Deja de fluir como debiera.

Las hojas secas que caen del bosque, las ramas que se pudren, la juncia que pierde su lozanía, el barro y las piedras, han atascado el surco por donde corre el hililo que mana de la fuente y el agua se ha arrugado porque encuentra dificultad en su camino.
- ¿Y te acuerdas de aquel día?
Pregunta el que da ánimo.
- ¿Te refieres al día en que el padre paseaba por la tierra llana de la ladera cuando el sol salía?
- A ese mismo día y momento.
- Pues me acuerdo que yo bajaba por esta misma senda. Era otoño y la umbría permanecía arropada por la espesa sombra fría. La fuente manaba con la luz que mana hoy y el agua del arroyo cantaba la misma dulce música...”

Y la niña dejó de leer. La fiebre se la comía y como se encontraba sin fuerzas ya no quiso leer más. También porque algunas de las cosas

escritas en el libro que le había regalado el viejo pastor, ella no las entendía bien. Luego, aquella noche se quedó dormida y no despertó hasta el día siguiente. Para desayunar la abuela le hizo un zumo de naranja y una tostada de pan con aceite. Con estos cuidados y la fuerza de su salud en unos días ella recuperó otra vez su alegría y vitalidad. Así por las tardes, la niña volvió a salir a la puerta de su casa y ahí, con sus amigas, jugó otra vez los juegos que tanto les divertía a la pandilla.

El río llorón

Era el mes de abril y como este año casi se estaba cumpliendo lo de “Abril, aguas mil” una de aquellas tardes, el cielo se puso negro total. Se cubrió con espesas nubes negras, al poco tronó y media hora después empezó a llover a cántaros. Las cumbres que, desde las cristaleras en la ventana de la casa de Aneluz, se ven al fondo del valle, se cubrieron de negrura. Luego se vistieron con espesas cortinas de nieblas blancas, después salió el sol y sobre ellas brilló la hierba y hasta quedaron cubiertas por una fina capa de nieve blanca. Así el tiempo de borrascoso, una de aquellas tardes, el cielo se puso color ocre.

- Hoy lloverá tierra del desierto de África.

Decían los más viejos del pueblo y así fue: por la noche crujieron varios truenos, comenzó a llover y toda la noche estuvo sin parar. Aquella noche, sobre el pueblo blanco a la orilla del río color chocolate y sobre los montes de la Sierra de Segura, llovió barro. Cuando amaneció las ramas de los pinos, los peñascos, los juncos del río y la

hierba, aparecieron teñidos de ocre.
- ¡Qué cosa más rara!
Dijo Aneluz y algo después se fue con sus amigos hasta el río color chocolate.
- Vayamos a la curva de los chopos.
Decía, pero en la curva de los chopos el carril de tierra estaba embarrado. Los coches no podían pasar y andando, con mucho cuidado.
- Pues dejemos el coche aquí y bajemos hasta la corriente.
Seguía proponiendo la niña.

Así lo hicieron. Cuando ya están junto a la corriente del río color chocolate, el muchacho mayor, propone cruzarla e ir a una isla que queda en el centro.
- Es que desde ese punto vamos a gozar más de la gran riada que, desde las altas montañas, hoy trae este río color chocolate.
Decía.
- ¿Y si nos caemos?
Preguntó el muchacho regordete de pelos rubios.
- ¡Hay que ser valientes! Vamos allá.
Y sin más se ponen a atravesar la fuerte corriente del hoy, ancho río color chocolate. Justo en el momento en que Aneluz se dispone a salta, a sus espaldas y de entre los álamos, oye una voz.
- ¡Socorro! Por favor, que alguien me ayude.
- ¿quién será?
Pregunta enseguida Aneluz al tiempo que ya se mueve para los troncos de los álamos.
- Me ahogo, por favor ayúdame.
- ¿Dónde estás?
Pregunta Aneluz.
- Cerca de ti. Soy un pobre taray viejo atrapado por

la corriente. Me estoy ahogando con esta agua tan sucia.

Aneluz valiente se acerca al taray y ahora oye otra voz que allí mismo grita pidiendo ayuda.
- Por favor, niña, sálvanos.
- ¿Pero qué puedo hacer yo?
- Habla con el río y dile que afloje su corriente.
Y la niña:
- Río, gran río de mi sierra, ya lo oyes.
Y el río le contesta:
- Sí que lo estoy oyendo, pero yo no puedo hacer nada. La tormenta se ha deshecho sobre las altas cumbres de la sierra y las laderas han escurrido su agua. Ahora me han colmado tanto que no doy abastos de echar agua de los barrancos y los arroyos que me llegan desde todos los rincones.
Y la niña le contestó:
- Tu corriente es sólo tuya ¿Cómo no puedes detener su ímpetu? Si continúas inflándote vas a llevarte por delante no sólo estos tarayes amigos sino también la playa artificial de mi pueblo, vas a inundar las casas que hay en tu orilla y vas a exterminar todas las huertas de los campesinos.

Y dijo el río:
- Habla con los arroyos. Ellos son los que vierten todo este torrencial de agua sobre mí.
- Nosotros, las laderas, somos inocentes. Son las nubes las que no paran de soltar agua.
Y las nubes dijeron:
- Pues nosotras también somos inocentes. Es el viento que no para de empujar y como no podemos con tanto peso, tenemos que soltar carga. Ya estamos hinchaitas como un globo.

A lo que dijo el viento:
- Al viento no le echéis la culpa. Es el mar.

Y como el mar o la mar está muy lejos Aneluz se quedaba sin saber cuál era la opinión de este. Así que habla y dice:
- ¡Queridos juncos y tarayes de mi río color chocolate! Parece que para vuestro problema no hay una solución sencilla.
Y los juncos preguntaron:
- Entonces ¿tendremos que morir?
La niña les dijo:
- Es casi seguro.
- Pero al menos darnos un motivo noble para que sintamos que nuestra muerte no es absurda.
- Absurda no lo es. Con vuestras hojas y ramas mezcladas con el barro vais a formar abono para la tierra. Sobre vosotros crecerán los trigales que los campesinos siembran en las amplísimas tierras de Andalucía. ¿Qué os parece?
Y los juncos y tarayes, después de guardar silencio un rato mientras reflexionaban, dijeron:
- Vamos a morir para dar vida a muchas plantas y estas plantas a su vez darán vida a muchos niños. Nos gusta el motivo por el que morimos.

Y poco después la oscura corriente con tonos de chocolate recién echo, arrancó de raíz a los juncos, los tarayes y a otras mil pequeñas matas que crecen junto a los cauces de los ríos. Las aguas las arrastraron y mientras se alejaban empujadas por las olas que la corriente iba tejiendo, la niña las oyó quejarse doloridas. También se oyeron por el pueblo y en las casas que se levantan pegado a la corriente del río.

- Desde ahora te voy a llamar río llorón. Por todos los rincones de estas sierras mías se oyen los lamentos de las plantas que con tu corriente arrancas de la tierra.
Dijo Aneluz. Y el río le contestó:
- Pero ya ves que no soy culpable.

Pasado un rato los niños se vuelve para el pueblo blanco en la orilla del río llorón. Al llegar la primavera Aneluz una tarde vuelve al río.
- Mirad que limpia baja hoy el agua de la corriente.
Dijo a sus amigos. Y efectivamente: esta tarde el río color chocolate recién echo sigue bajando de las cumbres que coronan a la gran sierra, pero suave y trayendo aguas limpias casi como el cristal. Como el río la reconoció le dijo:
- Ahora llenaré la playa de tu pueblo para que este verano puedas bañarte y los turistas que a él venga, lo encuentre bonito. Y además, fíjate cuántas plantas y flores crecen en mi orilla.
Como la niña se ha dado cuanta de estas cosas y de otras le dice al río:
- ¿Y las que arrastraste y destruiste el invierno pasado?
- Ya sabes tú que es la ley de la vida. Las plantas más viejas tienen que morir para que nazcan nuevas plantas y den flores más bellas.

Durante un rato más la niña sigue observando la blancura de las aguas que hoy corrían por el río. Vio que se metían por entre las piedras, los juncos, los tarayes y los fresnos. Y al rato dijo:
- Creo en ti, río mío. Creo en la vida que llevas en tus aguas y creo en tu belleza. Aunque seas un río

llorón eres bueno. Te quiero.
Y el río, sintiéndose importante y con personalidad propia dentro de esta grandiosa Sierra de Segura, respondió:
- Gracias niña buena.

Cuando llegó la noche, antes de acostarse, poniéndose al lado de la abuela y todavía sentadas en la mesita de camilla, dijo:
- Bajando desde el collado, por el lado del sol de la tarde, es donde quedan las montañas. Tres o cuatro montañas muy altas cuyas figuras son puntiagudas y un par de ellas, achatadas por arriba. Sus laderas están cubiertas de un monte espeso y por entre esos bosques nacen y corren los arroyos que van llevando agua al gran río. ¿Sabes tú lo que les pasó la otra tarde a estas montañas?
- ¿Qué les pasó?
Pregunta la abuela.

- Pues la otra tarde, se cubrió el cielo de espesas nubes negras. Mucho más espesas y negras que las que hemos visto por aquí estos días. Llovió un poco y luego se abrió el cielo. Empezó a ponerse el sol y en ese momento una gran nube negra se paró sobre las crestas de las montañas. Según se iba poniendo el sol comenzó a llover sobre las siluetas de esas montañas y aquello, abuela, qué bonito. El sol de la tarde se tornó oro sangre y por el roto de una nube se escapaba en un abanico de rayos. Caían por detrás de las montañas y al quebrarse con los mares de gotas que la nube derramaba aquello parecía una fantasía. Como si al otro lado de esas

montañas hubieran encendido una gran lumbre y por eso, los montes, parecían arder desde atrás mientras que por delante, sus siluetas negras, quedaban perfectamente enmarcadas y destacadas sobre el misterioso horizonte.

Ya te digo, abuela, aquello era una fantasía, mientras se ponía el sol, la tarde se apagaba, la nube derramaba su agua y los tonos de la luz se teñían de oro. Daba gusto mirar el original conjunto de montañas, al fondo del collado y por donde brotan los veneros que dan agua al gran río. ¿Tú has visto alguna vez esta belleza?

- Ya te he dicho muchas veces que en estas sierras nuestras se encuentran todas las bellezas del mundo y todas aquellas que la mente humana sea capaz de imaginar.

- Pero aquellas montañas, al fondo de aquel collado...

La casa abandonada

Está en la curva de la carretera que sube desde el pueblo blanco a la orilla del río. Casi si mira en las aguas de este cauce y al frente, se la alza imponente el gran monte Yelmo. Es toda de piedra y sus paredes ya se encuentran desmoronadas, cubiertas por la hiedra, las zarzas pinchosas y por dentro, tiene muchos agujeros de ratones. Y además, la pintara de sus paredes y techos, ya han perdido el color. Como cuando al final de la primavera el sol del verano, deja sin color a las flores y a los tallos de hierba. El río color chocolate recién echo corre por la derecha si nos ponemos mirando al Yelmo. Las nubes que

desde estas cumbres las que quedan por más a la derecha, las Buitreras, derraman sus aguas sobre ella un año detrás de otro.

Aquella tarde, de un invierno ya algo pálido y espeso de niebla aunque era primavera, al pasar por allí la niña en compañía de sus amigos, el muchacho alto de pelos rubios, se asomó por el hueco de la pared caída.
- Aquí se esconde algún misterio. Vamos a meternos por ahí y exploramos a ver qué encontramos.
Los otros muchachos estuvieron de acuerdo. Salieron corriendo y se plantaron frente al derruido caserón.
- No hay nadie.
Exclama el muchacho regordete.
- Entremos dentro.
Sigue pidiendo el muchacho alto.

Aneluz, como siempre, se queda la última y mientras camina hacia las ruinas de la que en otros tiempos fue una bonita casa, la mira despacio como si quisiera preguntarle algo. Entre las piedras que ruedan por el suelo, en la entrada, se queda parada. Los dos muchachos ya regresan y al acercarse a ella anuncian:
- Ya está explorada. No hay nadie ni nada que sea interesante.
- ¿Qué hacemos ahora?
Pregunta el muchacho regordete.
- Nos quedamos y jugamos.
Dice el otro muchacho alto.
- ¿A qué vamos a jugar?
Y la niña empieza a dirigir el juego diciendo:

- Tú te sientas en esta piedra, tú allí en esta otra y yo aquí junto a vosotros, pero antes de dar comienzo al juego os voy a explicar.
- Sí, habla y dinos qué hacemos.
- Cada uno va a buscar despacio y va a escuchar atento hasta que ver qué encuentra u oye. Siempre en todas las casas viejas del mundo y más en las que hay por estas sierras nuestras, se esconden tesoros y otros secretos.
- Pero si aquí no hay nada ni nadie ¿qué quieres que oigamos?
Dice algo disgustado el muchacho regordete, que era el más inconformista de todos.
- Ahora mismo no se ve a nadie, pero en otros tiempos sí hubo gente. Estas piedras guardan sus secretos y sus huellas. ¿Quién de los tres los va a descubrir el primero?
- ¡Pues seré yo!
Se apresuró a anunciar el muchacho alto de pelos rubios.
- Nada de eso, el primero en descubrirlo seré yo.
Dice el otro muchacho, el regordete.

Enseguida los niños se ponen a buscar por entre las ruinas. Pasa media hora y vuelven a juntarse en la plazoleta de la entrada. Se sientan de nuevo en las piedras y comienzan a contar lo que cada uno ha visto.
- Por mi parte, nada tengo que anunciar. Lo único que he visto son piedras rodando por el suelo, trozos de maderas de las puertas y ventanas que se pudren y algunas ramas de higueras creciendo donde estuvo el horno de leña.
Aclara el muchacho regordete.
- Lo mismo digo yo. No he descubierto ni el más

pequeño misterio.
Siguió exponiendo el segundo muchacho. Y Aneluz dijo:
- Pues por mi parte sí he descubierto muchas cosas interesantes.
- ¿Qué has encontrado?
Se apresuran a preguntar los dos muchachos.
- Estas viejas paredes me han contando una gran historia.
- ¿De qué te han hablado?

- De las personas que vivieron aquí en otros tiempos. Era un matrimonio con tres hijos que cuando se hicieron mayores uno se fue a Valencia, el otro a Murcia y el tercero a Barcelona. Los padres se hicieron viejos y durante mucho tiempo los dos ancianos caminaron por estas sendas aguantando la lluvia, el frío, la soledad y los trabajos en la huertecica. Todas las tardes miraban al camino esperando ver volver a sus hijos, pero ninguno de ellos asomaban. Ninguno volvió aunque pasó mucho tiempo. Una mañana de primavera los dos ancianos murieron. Primero el padre y luego la madre. Después de este incidente la casa se quedó sola. Poco a poco la lluvia, el viento y las heladas la fueron desmoronando. Han pasado los años y ya nadie viene a vivir aquí. Cualquier día de estos una tormenta descargará por el valle y lo poco que queda de sus paredes desaparecerá para siempre.

Un poco pensativos se habían quedado los muchachos. Pasó un minuto y el primero en hablar fue el muchacho alto que dijo:
- Pues a mí no me gustaría que eso sucediera.

Una casa vieja junto a un camino siempre es bonita y transmite como una aroma de misterio.
- Lo mismo digo yo.
- Creo que podemos hacer una cosa.
Propone de nuevo la niña.
- ¿Qué se te ocurre ahora?
- Mi plan es el siguiente: podemos juntar dinero y luego, cuando llegue el verano, nos venimos a vivir a este caserón solitario. Compramos alimentos, materiales y así, mientras lo pasamos bien, disfrutamos del campo, del río y el aire puro, trabajamos y reconstruimos la casa.
- ¿Y eso para qué?
Pregunta el muchacho más bajo.
- Ahora no lo sé, pero para algo servirá. Puede ser que de este modo, el recuerdo de aquellas personas que de aquí tuvieron que irse y murieron de viejos, no se olvide tanto. Si la casa sigue en pie, aquella persona que por la carretera pasen y la vean, pensarán en los que hace mucho tiempo por aquí vivieron. ¿Qué os parece?
Y los amigos dijeron:
- ¡Vale!
Y dieron por aprobado el proyecto porque les parecía interesante.

Un poco después, regresan al pueblo blanco y venían más contentos que nunca. Han gozado del campo y además, se les ha ocurrido poner en marcha una aventura que les ilusiona mucho. Los amigos esta noche se quedan con ella en la casa y cuando están cenando, mirando a la abuela, la niña dice:
- El pastor estaba aquella tarde por el collado de la senda y al frente, quedaba la loma que baja desde

la cabecera del gran río. Estaba el pastor observando complacido como su rebaño bajaba por lo más alto de la loma de enfrente y también se daba cuenta que la tarde comenzaba a cerrarse. Dio voces a sus ovejas y les dijo: “Antes de llegar a la Morra veniros por la ladera de los majuelos, cruzar el arroyo por donde crecen los avellanos y subid hasta estas tierras llanas que es donde crece la hierba y os esperan los borregos”.

Y antes de llegar a la Morra, la cocota de un puntal rocoso, se dejaron caer por la ladera y en tropel se hundían para el barranco. Pero aquello fue un espectáculo. Según el rebaño descendía la ladera se convertía en polvo detrás de ellas y por eso la tierra se deslizaba como una avalancha de nieve. Y en esta tierra convertida en polvo las ovejas se iban hundiendo y al llegar al arroyo, muchas de ellas ya estaban enterradas. Algunas luchaban y salían a flote, cruzaban el arroyo, subían por la ladera opuesta y por la hierba de la pradera se iban en busca de los borregos. Pero otras, la mayoría, se quedaban hundidas para siempre en la tierra polvo de la solana.
- ¿Qué les pasa a mis ovejas?
Se decía el pobre pastor, atónito allí frente a ellas sin poder hacer nada para salvarlas.

La tarde se llenó como de una tensión misteriosa y hasta el color verde de la hierba se tornó pálida. Sin embargo, el arroyo seguía corriendo y su agua, hasta parecía más cristalina que nunca. ¿Por qué pasaba esto, abuela?
Y la abuela le pregunta:
- ¿Dónde ocurría tal cosa?

- Fue por donde el collado de la senda.

Amaneció un día extraño

El miércoles seis de abril, amaneció un día extraño. Hacía mucho frío, el aire se presentaba húmedo, por el cielo las nubes se abrían en grandes claros, el valle de los olivos, por donde baja el río color chocolate y se extienden los pueblos serranos, cubierto de nieblas frías y los campos chorreando humedad por todos los rincones. Como había llovido mucho en los días anteriores las sementeras estaban verdes y por entre las espigas ya abiertas de la cebada, el trigo y el centeno, salían las amapolas teñidas con su rojo sangre y brillantes. La humedad de la tierra, de la niebla y del aire se había condensado en las hojas de la hierba, en las matas de trigo y de avena y por eso chorreaban agua por todos sus poros. Era como un rocío primaveral que regalaba a la mañana y a la estación del año un encanto especial, pero tirando más a invierno que a primavera.

Cuando la niña se levantó para ir a su colegio la gente del pueblo ya caminaba por las calles, comprando en la pequeña plaza muy cerca de la vega del río, yendo por los caminos que conducen a los olivares y trabajando en las huertas que casi todo el mundo tiene junto a las aguas del río color chocolate. Se lavó ella su cara, la peinó la abuela y aquella mañana, con su brillante pelo azul, le hizo dos preciosas coletas. Después de estos cuidados la niña estaba tan guapa que daban ganas de comérsela. Pero ella ni lo sabía ni

tampoco su sueño le dejaba enterarse del hermoso y extraño día que el cielo le regalaba. Desayunó ella su zumo de naranja y tostada de pan con aceite de oliva que la abuela le había preparado, cogió su mochila color violeta con algunos dibujos de payasos, besó a la madre y a la abuela, se lió su bufanda y salió a la calle.
- Que en cuanto salgas del colegio te vengas para la casa. Y ya sabe, hija mía: pon siempre en las cosas el corazón entero. De este modo gozarás cuando lo estés viviendo y dejas sembrado lo mejor para el futuro. Todo aquello que se hace dándole riendas sueltas al corazón es de ámbito universal, conecta con lo demás seres humanos y eso es señal clara de que Dios está ahí.
Le dijo la abuela y la niña respondió afirmativamente.

Comenzó a descender por su calle, la estrecha y bonita calle de su pueblo y que baja casi en picado para el rincón de la iglesia. Y al poco el sol la besó en la cara. Desde el cerro de enfrente y por entre los olivos, por los rotos de las nubes se escapó un rayo de sol y besó a la niña con un brillo y resplandor especial. Por esto, la calle y Aneluz bajando por ella, se llenó de una extraña y misteriosa belleza. Como si fuera un juego que pertenecía más a la región del misterio y la fantasía que a las cosas sencillas de la tierra. Por la torre de la iglesia y por los tejados de las casas revoloteaban las nieblas y por entre ellas, surcaban, iban y venían los gorriones. A pesar de todo era primavera y tanto la naturaleza como los pájaros lo sabían. Pero arriba, sobre las cumbres del Yelmo y algunos de los olivos que por sus

laderas chorrean, la niebla relucía blanca como si se tratara de otra fantasía más que entraba por los ojos y alegraba al corazón dejando las manos y la cara helada como en los mejores días de invierno.

Al cruzar por delante de la iglesia la niña dijo:
- Me siento a tu lado y quiero que Tú estés junto a mí. Sabes lo que sueño y quiero y sabes que a mi modo te quiero. Gracias por este día y la gran belleza que pones antes mis ojos.
Y siguió bajando. Los rayos del sol la besaban en la cara y jugaban con sus coletas de pelo rubio como el oro. El frío le mordía en sus manitas de nata. ¡Qué guapa y qué dulce iba y estaba la niña esta mañana!

Al cruzar el puente que da paso a su río color chocolate ella se dio cuenta que estaban florecidos los cilindros, las lilas que a un lado y otro hay sembradas y por entre las ramas de las palmeras vio que revoloteaban y piaban más gorriones. Las golondrinas surcaban el aire frío de la mañana y a pesar de la niebla y el rocío sobre las hojas de la hierba, la primavera estaba allí. Latiendo con su misterio y llenando el aire de color y esencia. Antes de llegar a su escuela la niña se encontró con tres de sus amigas.
- Pues mi padre me ha dicho que si apruebo me va a comprar un caballo.
Dijo una de sus amigas. A lo que Aneluz contestó:
- Te llamaremos la niña del caballo y ya verás qué divertido será.
Otra de las amigas añade:
- Pues a mí me van a traer un gato de esos que parecen bolas de nieve.

Ahora la niña guardó silencio. Habla la tercera amiga y expresa que:
- Yo le he dicho a mi padre que lo que quiero es un perro. Lo voy a sacar todos los días a pasear y luego jugaré con él cuando esté viendo la tele.

Antes de llegar al colegio la calle atraviesa la hermosa rivera del río donde los álamos crecen esbeltos, ya vestidos con sus nuevas hojas y junto a las mismas aguas se apiñan las zarzas. Por aquí esta mañana cantaban los ruiseñores y con tanta belleza y perfección que ni la mejor orquesta del mundo podrá nunca igualar el concierto que mana del río.
- Y también me ha dicho mi padre que un día de estos va a comprarme un canario. ¿Os imagináis un canario metido en su jaula y cantando todo el día en la ventana de mi casa?
Ninguna de las compañeras contestan.

La escuela

El colegio de la niña, en su pueblo blanco de olivos y montañas, se encuentra a la derecha del río según éste ya se despide de la sierra. En el centro de un barrio de casas nuevas y muy pegado a la ladera que mira al sol de la tarde. En otros tiempos, las tierras que ahora ocupa el colegio, fueron eras donde se trillaba el trigo, la cebada y el centeno. También fueron huertas donde se sembraban tomates, pimientos, manzanos y granados. Más tarde fueron caminos que llevaban a los olivares de las laderas e incluso a otros pueblos. En otros tiempos, las tierras que ahora ocupa el colegio, fueron también acequias por

donde corría el agua y crecían berros. Fueron estas tierras también rincones misteriosos donde los niños del pueblo jugaban al pilla, pilla, al esconder y otros muchos juegos.

Ahora, es un colegio con su valla para que los niños no puedan salir del terreno y así parezca que están encerrados como los rebaños de corderos. Y los niños, como los corderos, retozan dentro, bebe, comen y van y vienen a sus pupitres sin salir para nada del colegio. A primera hora de la mañana, desde que sale el sol hasta que comienzan las clases, al colegio se le ve solo, algo triste y frío. Pero luego, según el reloj se va acercando a las nueve, los niños van llegando. Primero llega un niño con cara de sueño, con la mochila en las espaldas y su bocadillo en la mano. Espanta a los gorriones que saltan por la explanada buscando migajas de pan, toma el sol en un rincón y mira a ver si llega pronto otro niño. Y llega. Al poco asoma otro niño también con su mochila, la bufanda liada y con la misma cara de sueño. Detrás de este niño llegan dos niñas, amigas ellas, una tirando de su carrito de ruedas donde trae los libros y los cuadernos y la otra con su mochila negra y roja.

Enseguida asoma una madre que trae de su mano a un niño más pequeño y a continuación, llega un padre que más bien parece el abuelo que viene acompañando a la nieta para que no se pierda o le pase algo. Ahora llegan más niños, algún maestro de los más madrugones y ya un grupo de tres niñas más. Y así poco a poco van llegando los niños al colegio cada mañana hasta

que la explanada de asfalto negro se va llenando. Como las hormigas en un hormiguero. La puerta de este colegio, como tantos en el mundo entero, a primera hora de la mañana parece una fiesta donde los maestros se mezclan con los padres, abuelos y niños. Hasta que se abren las puertas y entonces, todos en fila, entran. Como las abejas en su colmena o también como los borregos en sus corrales. Al poco, la explanada del colegio se queda desierta y así estará hasta la hora del recreo.

Aneluz está entre todos estos niños. Como una más y que mirada así desde lejos, parece que ni siquiera tuviera nombre. Como un puro número en forma de persona humana, niña pequeña, con su traje azul vaquero y mochila color violeta. Una más en el montón de niños que vienen y entran al colegio para aprender cosas y que cuando sean grandes, se comporten como personas civilizadas y encuentren trabajos en sitios importantes para ganar bastante dinero. Ella es una más que viene, entra al colegio, saca los libros, presta atención a lo que dice el maestro, toma apuntes, pregunta cosas y de vez en cuando dice a las compañeras:
- Yo ya me sé la tabla del cinco.
Y la compañera le contesta:
- Pues yo voy a dibujar un payaso.
Cuando dice el maestro:
- Os voy a contar un cuento ¿queréis?
Y toda la clase responde a coro:
- ¡Sííííííí!
- Será de pájaros y cazadores ¿os gusta?
Y otra vez todos responden:
- Sí que nos gusta que sea de pájaros y

cazadores. ¿Cómo se llama la protagonista?
- Pues preparados y prestar atención que luego voy a preguntar y pondré nota. ¿Cómo se llaman esos pajaritos pequeños y de colores que en primavera revolotean por entre los olivares?

Tres niños de la clase levantan sus manos. El maestro los mira y a uno detrás de otro le va preguntando:
- ¿Tú?
Y el niño dice:
- Pues yo creo que son canarios que se han escapado de sus jaulas y se van por los olivos para buscarse la vida.
El resto de la clase exclama:
- ¡Si, canarios van a ser!
Y el maestro avanza:
- El siguiente.
Y el siguiente dice:
- Pueden que sean patos que se escapan del río y van por los campos buscando un pantano para bañarse y pescar peces para comer.
Al oír esto los demás niños de la clase se ríen y entonces para poner orden y enseñar algo, el maestro propone:
- Os lo digo para que lo aprendáis y luego cuando vosotros vayáis por los campos, los reconozcáis. Son unos pajaritos muy pequeños que se pasan el día saltando y cantando por las ramas de los olivos. Sus plumas son de colores, cantan parecido a los ruiseñores y se llaman jilgueros. También hay verderones, carboneros y chamarines. Pero los que yo digo son jilgueros. Y ahora que ya sabéis qué clase de pájaros saltan por las ramas de los olivos, vamos a lo que ocurrió aquel día.

Era un día de primavera y tan bonito como el que ahora tenemos, pero que no hacía tanto frío ni había nieve en la cumbre del Yelmo como todos hemos visto esta mañana. Aquel día estaban todos los campos llenos de amapolas, los jaramagos habían nacido por entre los olivares y estaban florecidos y también ya los olivos tenían su trama. Esa florecilla menuda que dan los olivos y de la que luego salen las aceitunas y de las aceitunas el aceite que todos conocemos. A las flores que dan los olivos también se llama cañamón. Cantaban los ruiseñores por las riveras del río y las zarzas de los arroyos y también, al amanecer, cantaban las perdices. Hay un refrán que dice que "en abril saca el pollo la perdiz" y como era el mes de abril, pues cantaban las perdices.

En el pueblo dos hombres se preparaban para salir al campo de caza. Mientras se preparaban ellos con sus escopetas y sus zurrones, en la casa vecina doraban una sartén de migas en la lumbre y por eso el aire olía a migas recién hechas. También olía a torreznos, que son trozos de tocino frito, a pimientos y a chorizo. Ya sabéis: todas esas cosas que se preparan y se comen con una buena sartén de migas. Estas que yo digo eran de harina de trigo y maíz que son las mejores migas del mundo porque además las estaban haciendo con aceite de oliva. Así que llegan ellos, se ponen alrededor de la sartén y en un abrir y cerrar de ojos dan cuanta de aquellas apetitosas migas. Cargan luego con sus escopetas, salen del pueblo y por el carril de tierra se van derechos a los olivares que es donde hay

muchos de esos primorosos pajarillos que antes decíamos.
- En cuanto veamos el primero disparo yo.
Decía el más joven de aquellos dos cazadores.
- Te dejaré que dispares tú y así veré qué puntería tienes.
Dijo el segundo cazador que era mucho más viejo y llevaba una escopeta con dos cañones.

Al dar una curva con el camino, parado entre la hierba y junto a un manantial de agua, vieron uno de los pajarillos. Los dos cazadores se pararon, hicieron varios movimientos con mucho sigilo para que los pajarillos no se espantaran y el cazador mayor dijo al joven:
- Apunta bien y dispara sin nervios.
El joven apuntó lo mejor que pudo, poniendo el cañón de la escopeta justo tapando al pajarillo que saltaba por entre la hierba y disparó. El estampido se oyó por todo el barranco y por eso, de todos aquellos árboles y otros más lejanos, levantó vuelo una gran bandada de pajarillos. Revolotearon asustados y luego se fueron posando en los olivos, los álamos y las zarzas. Cuando el humo del disparo y la emoción del momento se evaporó en el ambiente los cazadores se acercaron a la hierba donde habían visto al pajarillo picoteando. ¿Y sabéis lo que vieron?
Preguntó el profesor. A esta pregunta todos los niños de la clase responden:
- Vieron el pajarillo muerto por el suelo.
A lo que el maestro aclara:
- No fue esto lo que vieron.
Y los niños preguntan:
- ¿Pues qué vieron entonces, maestro?

Sigue hablando el maestro y dice:
- Donde, hasta antes de disparar el pajarillo picoteaba en la hierba, los cazadores se encontraron la tierra removida, la hierba rota a trozos pequeños y por entre ellos, un montón de plumas, muchas manchas de sangre, trozos pequeños de carne, el agua de la fuentecilla turbia y llena de barro y nada más.
- ¿Y el pajarillo dónde estaba?
Preguntan los niños intrigados.
- Del precioso pajarillo que alegra la vida cantando por las ramas de los olivos ya he dicho que sólo encontraron plumas, sangre y carne, en trozos menudos y mezclados con la tierra, la hierba y el agua de la fuente.
- ¿Qué había pasado, maestro?
Y el maestro dijo:
- Dejemos que nos lo digan los propios cazadores. Porque cuando se acercaron y vieron lo que vieron el mayor dijo:

- Ha sido mala suerte. Le hemos disparado desde tan cerca que los plomos del cartucho lo han hecho papilla.
El joven cazador preguntó:
- ¿Y cómo ha sido esto?
A lo que respondió el mayor:
- Porque a ti todavía te queda mucho que aprender. A los siguientes pajarillos que veamos les voy a disparar yo. Te voy a enseñar cómo se cazan y dispara a los pájaros que vuelan por estos olivos.
Y los cazadores siguieron su ruta por el camino de tierra que va recorriendo el olivar. Al remontar un

morrete, donde hay una linde y crecen los lentiscos y las carrascas, parados en unas ramas secas, vieron a tres de estos bonitos pajarillos que buscaban. El cazador mayor dijo al joven:

- Tú aquí quieto ahora y mira cómo hago yo las cosas.

El joven se quedó quieto mientras el mayor se puso la escopeta en el hombro. Su escopeta ya dijimos que era de dos cañones. Pues apuntó bien y como aquellos tres pajarillos, parados en las ramas, formaban como un triángulo, apuntó no al primero ni al segundo ni al tercero sino al centro del triángulo.

- Así la fuerza del tiro pasa por el centro de los tres y como los plomos se abren según se alejan de la escopeta, al llegar a donde están los pajarillos, los cogerá a los tres, pero no de lleno. Sólo les alcanzará un par de plomos a cada uno muriendo los tres a la vez pero sin hacerlos papilla como te ha pasado a ti.

Fue lo que dijo el cazador mayor al joven.

Apuntó a su objetivo y disparó dos veces seguidas. Lo mismo que la primara vez el estruendo se oyó por media sierra y el humo de la pólvora nubló el panorama por unos instantes. Esperaron ellos unos minutos y cuando se aclaró el aire se acercaron a las ramas donde estaban parados los pajarillos. ¿Y sabéis lo que vieron?

Preguntó otra vez el maestro. Y rápidamente tres niños respondieron:

- Vieron lo que la primara vez.

Otros dos niños aclararon:

- No, porque a estos pajarillos sí los habían matado bien.

Y una niña intervino para decir:
- Yo creo que no vieron nada porque los pajarillos se habían ido.

Habló el maestro y dijo:
- Cuando los dos cazadores se acercaron a donde estaban los pajarillos parados no vieron ni ramas ni plumas ni sangre ni nada.
- ¿Pues qué había pasado, maestro?
Preguntaron los niños intrigados. A lo que el maestro respondió:
- Lo que había pasado no lo supieron ellos en ese momento sino que como vosotros ahora, allí estaban mirando e intentando descubrir lo sucedido cuando de pronto, se les acercó un hombre.
- ¿Era el guarda de los olivares?
Preguntó otra de las niñas que estaba sentada al lado de Aneluz. Continúo el maestro diciendo que:
- Tenía aspecto de persona mayor. Con larga y blanca barba, pelo moreno y presencia llena de dignidad. Saludó a los dos cazadores y luego les dijo:
- ¿Qué buscáis?
A lo que ellos respondieron:
- Había aquí tres pajarillos. Les hemos disparado y ahora no los vemos ¿qué ha pasado?
A lo que el hombre de la figura hermosa dijo:
- Venid conmigo.

Se puso en movimiento siguiendo una veredilla que ahora se metía para el monte y los dos cazadores lo siguieron. Se miraban entre sí como diciendo: “¿Quién será éste y qué querrá enseñarnos?”. Y al mismo tiempo también se

decían: “No parece mala persona ni que tenga intención de denunciarnos”. Y así fue. Cuando el hombre de larga barba llegó a lo alto del cerrillo, buscó una roca, se subió a ella e invitó a los cazadores a que hicieran lo mismo. Cuando ya estaban en lo alto del peñasco y junto al hombre de la barba blanca los invitó a que se sentaran y miraran para la alta sierra y dirección levante. Los dos cazadores le hicieron caso y ¿qué creéis que vieron?
Pregunta otra vez el maestro interrumpiendo por un momento el hilo de su relato. A esta pregunta los niños dijeron:
- Vieron a los pájaros volando por el aire del valle hacia las cumbres.
Otro niño también muy listo aclaró:
- Nada de esos. Lo que vieron fue a la Guardia Civil que subía por el camino en busca de ellos para meterlos en la cárcel.
A lo que un niño más, añadió:
- Yo creo que sólo vieron lo que nosotros tantas veces cuando vamos por esos cerros tan poblados de olivos: olivares por todas partes y algún tractor arando la tierra por entre los árboles.

Aneluz, la niña pequeña del pueblo blanco junto al río que corre chocolate, estaba intrigada. Cuando oyó de la boca del maestro lo del hombre de la barba blanca y con apariencia de majestad, su menudo corazón se llenó de una especial emoción. Quiso ella hablar y decir lo que estaba sintiendo, pero sin saber por qué, se encontraba mejor callando y oyendo lo que unos y otros decían. Era como si tuviera necesidad de descubrir algo que en el fondo le interesaba mucho. Así que

el maestro tomó la hebra del relato y siguió diciendo:
- Lo que ante los ojos de aquellos dos cazadores se presentaba era como una fantasía. Como algo que por un momento los sacó de sí mismos dejándolos desconcertados.
- ¿Pero qué vieron, maestro?
Preguntó un niño ya algo nervioso. Dijo el maestro:
- Ya el sol se había alzado un poco sobre la raya del horizonte. Por encima del pueblo del castillo solitario, a lo largo de todo el horizonte, se estiraban las nubes y por entre ellas se escapaban muchos rayos de este sol. Por eso los bordes de estas nubes estaban como ardiendo. Como si alguien les hubiera pegado fuego y ardieran con llamas de oro y sangre y al derretirse, caían sobre los campos en forma de los rayos plateados que ya he dicho antes.
- ¿Y esto era todo?
Volvió a preguntar otro niño.

Siguió el maestro con su relato y dijo ahora:
- Esto era parte del todo porque aquellas nubes que se estiraban de un lado a otro a lo largo del gran horizonte, presentaban dibujos hermosísimos. Sólo algunas eran alargadas, otras un poco más redondas con núcleos negros y bordes con ribete de fuego y nieve y otras, las más bonitas y misteriosas, parecían ríos que se despeñaban de las altas sierras o lagos que se remansaban en las cumbres de los montes más lejanos. Justo por el lado de donde sale el sol cuando empieza a levantarse por la mañana, las nubes dibujaban como una gran montaña, con laderas repletas de bosques y olivares y en una llanura de esta

montaña, había unas figuras muy originales. Era como tres pequeños pajaritos de colores que revoloteaban de una rama a otra sin dejar de cantar y llenar con sus trinos la mágica mañana. Al verlos los dos cazadores se quedaron como pasmados y por eso preguntaron al hombre de la barba blanca:
- ¿Eso qué es?
Y el hombre de la nobleza dijo:
- Algo que teníais que ver para que sepáis que el mundo llega y se prolonga mucho más allá de los cuatro olivos que veis por estas tierras vuestras.
- Pero esto es tan bonito que sólo mirándolo uno se puede quedar aquí toda una vida entera sin cansarse.
- Así es y vosotros lo estáis viendo.
- ¿Hay algún modo de cortar por arriba, cortar por abajo y traerse a esta tierra ese cuadro que ante nuestros ojos tenemos y se alza por encima de los montes de nuestra sierra?
- Sí que lo hay.

Aclara ahora el maestro diciendo que:
- Aquello lo decían porque la imagen que con sus ojos estaban viendo les parecía tan bonita que ellos querían cogerla y traérsela a la tierra que por aquí todos pisamos para tenerla con ellos para siempre y que también la vieran otras personas.
- ¿Y se podía hacer esto, maestro?
Pregunta una niña. A lo que el maestro añade:
- Según el hombre de la barba blanca se podía hacer.
- ¿Se hizo?
- A eso quería llegar. Porque sucedió lo siguiente: estando, aquellos hombres de las escopetas,

mirando el espectáculo que les ofrecía el cielo en aquel avanzado amanecer, a ellos se les quitó las ganas de seguir cazando pajarillos. Ahora lo que más querían eran cortar aquel trozo de cielo, con sus nubes, sus rayos de sol, los colores de oro que tenían estas nubes y el azul del cielo que brillaba por detrás y traérselo a este pueblo nuestro o algún rincón del valle que sube para el Yelmo. Quería traérselo por aquí para tenerlo con ellos para siempre y que otras personas también lo pudieran gozar y estaban entusiasmados en ello cuando de pronto, estalló un trueno. De inmediato se puso a llover y con tanta fuerza que los dos hombres salieron corriendo en busca de una cueva que por allí mismo había y ellos conocían de siempre. Doblaron sus escopetas para que no se les mojaran mucho y cuando ya estuvieron refugiados en la cueva cayeron en la cuenta que el hombre de la barba blanca se había quedado sobre la roca.

Lo llamaron para que se viniera allí con ellos y así no se mojara, pero el hombre ni contestó ni apareció por ningún sitio.

- Tenemos que subir a por él no sea que se empape tanto que resbale por esas rocas y se despeñe. Si luego aparece por aquí muerto nos culparan a nosotros.

Dijo el más joven. A lo que añadió el mayor:

- Sí, tenemos que ir a por él, pero con esta lluvia ¿cómo vamos a salir de esta cueva tan calentica y confortable?

- Pues sigamos llamando hasta que nos oiga y se venga aquí con nosotros.

Y aquellos hombres siguieron dando voces:

“Forastero de las montañas, que estamos aquí esperándote. Vente con nosotros y te resguarda de esta lluvia torrencial porque si no te morirás de frío y empapado”. Pero el forastero de las montañas ni daba señales de vida ni contestaba ni se le veía por ningún lado.

Y al llegar a este punto del relato el maestro dice:

- ¿Quién de vosotros se atreve a describirme cómo era la cueva donde se refugiaron los dos cazadores?

Casi todos los niños de la clase levantaron las manos a la vez pidiendo turno para empezar a decir cómo era esa cueva. El maestro los fue ordenando y uno detrás de otro, los alumnos fueron diciendo:

- Yo creo que era una cueva alargada con muchas galerías.

El siguiente aclara:

- Era una cueva en forma de cenajo que es como una pared muy grande y curvada.

El del alado afirmó:

- También podría ser una cueva pequeñica donde sólo podían meterse ellos dos.

Otro niño más aclara:

- Como cuevas hay tantas en estas sierras de Segura, pues habría que ir allí y verla, pero yo digo que era algo así como la cueva del Agua en el pueblo de Poyotello. ¿Conocéis todos esa bonita cueva?

Muchos niños dijeron que sí y otros guardaron silencio. En estos momentos Aneluz estuvo a punto de hablar y decir que la cueva donde se habían refugiado los dos cazadores tenía forma de

chozo, pero sintió algo de corte y por eso no dijo nada.

Notando el maestro que a los niños se les había agotado la fantasía para imaginar formas de cuevas siguió diciendo:
- ¿Queréis saber cómo era aquella cueva?
Dijeron los niños que sí y a continuación aclaró el maestro:
- Pues aquella cueva era redondica, como un chozo en pequeño, con su puerta principal mirando al río y una entrada más pequeña que salía por la parte de atrás. Era una cueva muy bonita que casi todas las personas de este pueblo conocían y por eso la habían bautizado con el nombre de Cueva Buena. Mira al sol de la tarde, se abre en una ladera sobre la hierba verde de un collado y por el lado de arriba, por donde sale la puerta más chica, le coronaba un espigón rocoso. Y digo esto porque estando allí refugiados aquellos hombres, volvió a tronar otra vez. Un rayo cayó cerca y al chocar contra los peñascos que había por el lado de arriba de la cueva, la parte más alta de la sierra, las piedras se partieron en mil pedazos. Estallaron por los aires y en ese mismo momento media montaña se vino abajo.

Primero los peñones rodaron por la pendiente y como eran tantos y tan gordos rompían todo lo que encontraban a su paso. Un par de encinas, lentiscos, cornicabras, enebros y aulagas. Todo lo que crecían en aquella ladera quedó machacado y arrastrado por la avalancha de rocas que se desprendió de la montaña. Y como la cueva estaba en la misma ladera de la

montaña, mirando al sol de la tarde, pero sobre un collado de hierba verde y junto a una fuente con agua clara y muchos juncos, los peñascos que rodaban no rompieron nada de tan bonita cueva, pero sí taparon las dos entradas. La principal que ya dije mira al barranco del río y la otra más pequeña que es como una galería que servía para dar salida por la parte de atrás. Los dos hombres allí se quedaron atrapados. Asustados hasta los mismos tétanos porque mientras aquello se hundía y rodaba ellos creían que la cueva también se iba a desmoronar. Pero no: la cueva ni se hundió ni se desmoronó sino que quedó intacta, pero con sus dos puertas tapadas. Cuando por fin terminó el terremoto de las rocas rodando, los truenos rigiendo y los rayos estallando, los hombres respiraron.

- ¿Estás vivo?

Preguntó el más joven al mayor.

- ¿Estoy vivo, pero muerto de miedo?

- ¿Tienes algunas heridas?

- Creo que no, pero me tiemblan los pies, las manos y la cabeza me da vueltas.

- Tranquilo hombre que por esta parece que nos hemos salvado.

- ¿Crees tú que nos hemos salvado?

Y claro, esto lo decía porque el hombre de más edad ya se había percatado que se habían quedado encerrados en la cueva y que no tenían posibilidad ninguna de salir de allí. Había comprobado que en la puerta principal se había atravesado uno de los peñascos más grandes que rodó de la montaña. Por la otra puerta era media montaña con su bosque y todo lo que atascaba y

cerraba tanto la salida como la entrada. Pero por el lado de la puerta principal, como las rocas habían sido grandes, entre unas y otras había quedado una rendija por donde no se podía ni salir ni entrar, pero sí se colaba un chorrillo de luz. Con esta luz ellos veían algo dentro de la cueva y adivinaban por qué lado podrían encontrar la salida. Pero los peñascos eran tan grandes que aquello ni con la grúa más grande del mundo se podían mover.
- Ahora moriremos aquí dentro sin remedio.
Dijo el hombre más joven.
- Tranquilo hombre que ya vendrán a salvarnos.
Dijo el hombre mayor.
- ¿Y cómo van a venir a salvarnos? Nadie en el pueblo sabe dónde estamos ni qué hacíamos por estos campos.
- Eso es verdad, pero no te olvides que hasta hace un rato hemos estado con un hombre de barba blanca sentado en lo alto de este monte. Él sí sabe que estamos aquí.
- ¿Y quién era él y por qué creer tú que va a venir a salvarnos?
- Sólo te lo decía para que confirmarte que alguien sí sabe que estamos encerrados en esta cueva. Lo que pueda pasar luego ya no lo sé, pero hay que tener fe.

En estos momentos, en el colegio de Aneluz, suena el timbre anunciado que ha llegado la hora del recreo. Se ha pasado el tiempo y durante todo él en su clase han estado pendientes de la historia de los dos cazadores y ahora, cuando ocurren percances y hay que saber en qué queda el final, llega la hora del recreo. Por eso el maestro dice:
- Nos vamos a recreo, pero no preocuparos.

Mañana seguimos porque tengo que preguntaros algunas cosas para que las resolváis. Y también es necesario que conozcáis esta historia hasta su final. Así que al recreo

Y los niños se levantan, salen de la clase y por la explanada de asfalto negro se ponen a jugar olvidándose, enseguida, de la historia de los dos cazadores. Aneluz no se olvida tanto, pero también se pone a jugar con sus amigas mientras ya se come el bocadillo que la abuela le ha metido en la mochila.

El día ocho de abril

Este día fue sábado y amaneció lloviendo. Al oscurecer la tarde anterior se nubló el cielo y de madrugada se puso a llover. No fue la niña la que sintió la lluvia caer cuando ya estaba amaneciendo, porque ella siempre dormía como un lirón, sino la abuela. Por eso ella se levantó temprano. Se fue a su casa de más arriba, le echó de comer a las gallinas y luego se vino a la casa donde vivía con su hija y su nieta. Amaneció lloviendo y hasta hacía mucho frío. La abuela sabía que a su nieta, su niña del alma, uno de los alimentos que más le gustaban eran las migas de harina echa por ella. Por eso se metió en la cocina. Cogió harina, un poco de aceite de oliva, ajos, sal y agua y se puso a dorarle una buena sartén de migas. Cuando pasado un rato Aneluz se levantara ya tendría preparadas sus migas calenticas, con su un vaso de zumo de naranja y un puñado de nueces de las que en otoño habían cogido del nogal de huerto. Este era el desayuno que la abuela le preparaba a su nieta mientras en

la calle y el campo llovía, soplaba el viento y hacía frío.

Pasadas las ocho y media de la mañana la niña se despertó. Durante un rato se quedó en su cama liada en las sábanas blancas que olían a primavera y soñando en sus sueños. ¿Cuáles eran los sueños de la niña al despertarse este día? Sólo Dios lo sabía y algo, quizá, ella y nadie más. ¿Quién puede penetrar en el corazón, alma y mente de una criatura como Aneluz? Pero cuando ya llevaba un rato despierta en su cama llamó a la abuela. Vino ésta enseguida y al preguntarle la niña:

- ¿Qué día hace hoy?

Ella le dijo:

- Está lloviendo, las nieblas cubren gran parte de los olivares del valle que sube hasta el Yelmo, hace frío y el cielo está tan cerrado que parece un día de pleno invierno. Para los campos hoy hace un día estupendo. Será esta una primavera como no se ha visto nunca por estas sierras.

Y la niña le dijo:

- Abuela, corre las cortinas de la ventana para que vea lo que ocurre en el campo.

La habitación de la niña daba al río. Como su casa estaba construida sobre la ladera del cerro, por debajo de su ventana había algunas casas, la carretera que atraviesa el pueblo y lleva a los otros pueblos blancos de la honda sierra, unas cuantas calles sobre lo que en otros tiempos fueron vegas del río y luego el río. La ventana de la habitación de Aneluz daba al río aunque entre el río y su casa había unas cuantas calles más. Pero desde su habitación y desde su cama, se veía el río con toda

claridad, los álamos que crecen en sus riveras, los olivos que hay por las laderas de enfrente al otro lado del río, gran parte del valle que sube río arriba hacia las cumbres del Yelmo, todos los olivares que se aprietan por ese magnífico valle, varios pueblos blancos recostados sobre las laderas de la honda sierra, el pueblo del castillo solitario en lo más alto de un puntiagudo cerro, la cumbres del Yelmo y muchas más sierra. Hasta los bosques de pinos laricios que crecen por las lomas de la Cumbre y vuelcan luego para el río Madera y el río Segura.

Así que la abuela se acercó a la ventana, corrió las cortinas blancas con tonos de seda y al instante entró a la habitación un chorro de luz. Toda la estancia quedó llena de claridad y por eso la carita de la niña, en su cama casi de ángel y entre las sábanas limpia, relució con la belleza de lo tierno y delicado. Su carita algo redonda con los mofletes sonrosados, los labios humedecidos, el tono de sus ojos morenos y su pelo dorado como hebra de oro, parecían un sueño recién abierto. El más bello de cuantos espectáculos puedan ver y gozar ojos humanos bajo el sol. Ella no lo sabía porque no podía verse a sí misma, pero el cuadro era todavía mucho más hermoso de lo que yo he dicho. La abuela sí era capaz de captar o gozar esta imagen y por eso, durante unos minutos se quedó a su lado mirándola y sin decir palabra. Aneluz también guardó silencio durante un ratico mientras se iba adaptando a la luz que por la gran ventana entraba y recorría los paisajes olivares arriba hasta las cumbres y las nubes. Sólo preguntó:

- ¿Ha llovido mucho?
A lo que la abuela respondió:
- Creo que unos doce litros desde que empezó esta madrugada.
- ¿Y eso es bueno, abuela?
- Este agua viene en su mejor momento. Los olivos ya la estaban necesitando y como los olivos, las demás plantas del campo. Para las sementeras de trigo, cebada, centeno y otros cereales, la lluvia que está cayendo ha venido en su momento oportuno. Habrá buena cosecha este año y eso es bueno para las pobres personas que tienen sus esperanzas puestas en los frutos que les da la tierra.
- ¿Y lloverá más?
- El temporal parece que se presenta con buena cara. Lo que pasa es que el viento y las nubes vienen del lado del castillo solitario y eso es raro. Pocas veces llueve en estas sierras nuestras con el viento de ese lado. El mejor viento siempre es el que llega del poniente. Pero hoy está lloviendo con viento del levante y además mucho.

No preguntó la niña nada más. Dejó que la abuela se fuera a la cocina y continuara con su tarea de hacer unas ricas migas mientras ella seguía allí: liada en el calorcico de sus sábanas, acurrucada en el rincón amable de su habitación mágica y con las miradas escapándosele a través de los cristales de la ventana. A lo lejos, las cumbres del Yelmo y sus laderas, junto con las lomas que le rodean, aparecían por completo cubiertas por las nubes, las nieblas y las gotas de lluvia que no paraban d caer. Más cerca de ella y de su pueblo, el gran valle de los olivos por donde

viene bajando el río color chocolate, también las nubes cubrían las ondulaciones de las lomas pobladas de olivos, los cortijos blancos, los caminos de tierra hoy convertidos en barro y los pueblos. Ella miraba quieta en su cama mientras pensaba o soñaba, nadie sabe qué y le divertía mucho la blancura sedosa de las nieblas arropando a los campos y la transparencia diamantina de las gotas de lluvia cayendo sin parar. Vio ella como en algunos momentos la lluvia cesaba y entonces se abrían las nubes. Al otro lado aparecía el azul del cielo o los rayos del sol y al fondo se dibujaba la gran silueta del monte Yelmo. Los bosques de pinos, robles, sabinas y enebros que se tupen por las laderas del Yelmo, al levantarse las nubes y quedar lavados por la lluvia que había caído, se les notaban con un brillo especial. Como si de la noche a la mañana la primavera los hubiera transformado llenándolos de más juventud, más verdor, más frescura y luz.

Pero lo que más le llamaba la atención a la niña era el cerro que quedaba justo al frente de su ventana, al otro lado del río y más acá de los olivares. Era un cerro que caía con mucha suavidad para el río y por eso la tierra de la ladera era de buena calidad. Todos los años, desde que ella lo había visto por primera vez, el dueño de esta ladera siempre la sembraba de trigo. Lo que más le gustaba a ella, cuando llegaba la primavera, era precisamente observar con atención el tono verde fuerte que estos trigales reflejaban cuando ya estaban crecidos. Todos los años recordaba ella este precioso y original espectáculo y este año no había sido menos. Pero

hoy, esta mañana de lluvia, frío y niebla, los trigales de la ladera se despertaban con un encanto mucho más intenso y bello. Nunca antes los había visto tan bonitos. Brillaban con la lluvia que los estaba regando y como a ratos salía el sol, al quedar iluminados con esa luz tan clara, el verde del trigal parecía que se convertía en un mar a punto de desbordarse y chorrear por las otras laderas. Por entre este intenso verde ya resaltaban las amapolas con su rojo también intenso y ello hacía que el paisaje fuera mucho más misterioso y bonito. Contemplando este delicado cuadro campestre estaba la niña sin moverse en su cama y tanto le gustaba que ni siquiera advertía que la mañana iba corriendo. Pasaba el rato y el rato y desde su cama seguía jugando con las nubes cada vez que se abrían y dejaban al descubierto el cielo azul.

Se acercó otra vez la abuela y le dijo:

- Levántale porque tienes el desayuno preparado desde hace mucho rato.

- Pero abuela...

Algo zalamera la niña. La miró la abuela y le preguntó:

- ¿Qué quieres saber?

A lo que Aneluz añadió:

- Quería preguntarte por esa luz clara que tienen las nubes y ese verde intenso que hoy visten los campos.

- ¿Por qué quieres preguntarme eso?

- Es que hoy los veo más bonitos que nunca. ¿Todas las primaveras son así de hermosas?

Y la abuela respondió:

- Las primaveras por estos campos siempre han

sido muy hermosas, pero este año parece que tiene un toque especial. Nunca ha llovido en el mes de abril de la manera que lo está haciendo este año ni el tiempo se ha comportado del modo que este mes de abril se está comportando.

- ¿Y es bueno esto, abuela?

- Es muy bueno para los trigales de los campos, para los olivos y para la hierba de las praderas que es donde pastan los rebaños de ovejas. Los pastores de Santiago de las Espada y de Pontones, los que dan careo a sus rebaños por los Campos de Hernán Pelea, este año van a tener mucha hierba para que coman sus ganados.

- ¿En todos los pueblos de la tierra son las cosas como en este nuestro?

- En muchos pueblos de la tierra son las cosas como estás viendo ahora en este nuestro, pero en este pueblo nuestro, la primavera, los campos y los ríos, son mucho más hermosas que en ningún otro pueblo del mundo. Tú y yo hemos tenido mucha suerte naciendo en lugar tan bonito y eso es gracia sólo del cielo.

Después de estas palabras la niña se levantó. Se puso sus pantalones vaquero con tonos azules y también su jersey azul y junto con la abuela y la madre, se sentó a en la mesa donde ya estaban las migas esperando. Delante de ella la abuela le puso un buen plato de migas calenticas, acompañadas de algunos trozos del chorizo de la matanza el invierno pasado, unas uvas que todavía la abuela guardaba en la cámara, pimientos y granos de las granadas que también guardaba ella colgadas en la cámara de la casa. Mientras daban cuenta de tan apetitoso manjar,

como la cortina de la ventana estaba corrida, se veía lo que pasaba fuera. Y fuera lo que iba pasando era que las nubes se abrían cada vez más y el sol iluminaba los campos.

- ¿Se quedará raso hoy, abuela?

Y la abuela le dijo que sí.

- Seguro que se quedará raso hoy porque el aire viene del levante y eso hace que las nubes se vayan y no llueva más. Así que en cuanto termines de comer, vamos a irnos al huerto. Con el agua que ha caído esta noche los ajos, las fresas y otras plantas se habrán puesto muy bonitos y quiero verlos. Si no llueve más nos quedaremos por allí porque hay que hacer muchas labores en la tierra.

- Pero por la tarde puede haber tormentas.

- Cuando el tiempo evoluciona como lo está haciendo hoy casi siempre hay tormentas por las tardes, pero si viene alguna ya nos las arreglaremos.

Y en cuanto la niña se hubo comido su planto de miga con el zumo de naranjas y las otras viandas, abuela y nieta salieron a la calle. La abuela llevaba una barja de esparto donde dentro había puesto algunos trozos de lomo de orza, pan y unas manzanas para comer al medio día, si el tiempo seguía bueno y le permitía trabajar en las tierras de la huerta. La niña se echó sobre sus espaldas una mochila de tela especial que la madre le había preparado para estas faenas. Subieron las dos por la calle, llegaron al rellanete donde mana la fuente, saludó Aneluz a dos o tres niñas amigas suya que ya jugaban por la puerta de sus casas y cuando estas le dijeron:

- ¿Juegas con nosotras?

Ella les contestó:
- Tengo que irme con mi abuela al huerto.
- Pues luego esta tarde te esperamos.
- Si no llueve más y regresamos temprano esta tarde me vengo a jugar con vosotras. Pero ahora no puedo.

Torcieron para la izquierda, bajaron un poco y en unos metros ya estaban caminando por el trozo de carretera que lleva la huerta. En estos momentos las nubes casi se habían retirado del cielo y por eso lucía el sol con un brillo especial y el azul del cielo cubría a todo el valle, las cumbres altas y al pueblo de la niña.
- ¿Traerá hoy el río agua chocolate?
Pregunta la nieta.
- Seguro que sí porque las lluvias han sido fuertes.
- Es que a mí me gusta ver la corriente del río teñida de ese color. También es bonita cuando baja limpia y cuando salta en cascadas, pero cuando corre teñida de chocolate, el río es otra cosa.
La abuela guardó silencio. La tierra que iban pisando estaba casi chorreando y por los lados de la carretera, entre los olivos y la rivera del río, a la hierba se le veía espesas, alta, muy verde y con sus goticas de agua colgando de las ramas. Como los jaramagos estaban todos bien florecidos, sus diminutas flores amarillas formaban un tapiz tan alegre que daban ganas de comerse el paisaje por donde éstas brillaban. De pronto, la niña dijo:
- ¿Abuela y cuando pase el tiempo y tú ya no estés?
Como a la abuela le cogió de sorpresa tan original pregunta de seguida no supo qué decir.

Transcurrieron unos segundos y respondió:
- Cuándo pase el tiempo y yo ya no esté ¿qué?
- Quiero decir que yo me haré mayor. Puede que hasta me vaya de este pueblo nuestro. Mi madre se morirá como se mueren todas las madres del mundo. Tú también te morirás. Mis amigas se harán grandes y muchas de las personas que ahora conocemos, se habrá ido de este pueblo y las que no, pues eso, serán mayores, tendrán hijos, casa, trabajo. ¿Cuándo pase todo esto y tú ya no estés?

No sabiendo qué responder a tan curiosa pregunta la abuela guarda silencio. Siguen andando y como ya están asomando al barranco por donde se ve la huerta, dejan a la carretera y por el lado de la izquierda se apartan siguiendo un carril de tierra. Y ahora la abuela dice:
- Estamos en las manos de Dios, hija mía. Así que cuando pase el tiempo será lo que él quiera. Pero es verdad que tú te harás mayor, yo seré mucho más vieja y por eso cualquier día me moriré. Lo mismo le sucederá a tu madre y otras muchas personas, pero la lluvia seguirá cayendo, las flores que ahora mismo ves en la hierba y los árboles, también seguirán brotando, los días seguirán amaneciendo, el río correrá como corre hoy y los ruiseñores también llenarán con sus trinos las riveras de este río nuestro.
- Pero para mí será muy triste seguir por aquí viviendo sin ti y las demás personas que ahora conozco y quiero.
- La vida sobre esta tierra es así, pero mientras ese tiempo pasa y ocurren algunas de las cosas que hemos dicho ¿por qué vamos a

preocuparnos? Lo que Dios tenga mandando que pase pasará y contra eso y el tiempo nada podemos hacer los humanos.

Le dijo la abuela, pero en realidad quiso decirle que: “Hija mía, el tiempo de Dios no es el que nosotros conocemos y usamos cono nuestro”. A lo que la nieta le pregunta: “¿Cómo es el tiempo de Dios?” Y la abuela responde: “Está dentro de lo que nosotros llamamos eternidad y lleva otro ritmo porque se mueve y avanza de otra manera”. Pregunta la niña: “¿Me lo puedes explicar?” “Te lo explico con un pequeño cuento para que lo entiendas un poco”. Y entonces la abuela se pone y explica a la nieta: “Hay un cortijo junto al arroyo. En el cortijo tienen un corral con cerdos que se encargan de cuidar tres muchachos. Al llegar el día dan suelta a los cerdos y dos de los muchachos se van con la piara, pero un tercero, el más pequeño, aunque quiere y debe irse también, no puede. Se pone a buscar su látigo y su zurrón y no lo encuentra. Lo busca por el cortijo, por el corral, por los alrededores del cortijo, pero no lo encuentra. Como pasa el tiempo se siente agobiado y también como algo inútil ya que no puede irse con los hermanos y estar a su lado cuando estos lo necesiten. Sigue buscando su látigo y su zurrón y llega la noche, cuando los dos hermanos vuelven con los cerdos otra vez al corral y el hermano menor aún no ha encontrado lo que necesitaba para ser útil y realizar su tarea.

¿Qué ha pasado? Pues que el hermano pequeño está dentro del tiempo de Dios, en la eternidad, porque esta imagen la está viviendo en

sueños y aunque quiere ajustarse al ritmo y realidad de los otros dos hermanos no puede". Al oír esto la nieta le pregunta: "¿Y pasa algo porque el hermano pequeño no pueda ajustarse e irse con el ritmo de los otros dos hermanos?" "No pasa nada porque son dos tiempos distintos. Este muchacho estaba en esa dimensión que llamamos eternidad y desde allí quería meterse en la realidad presente que ahora vivimos y por eso le era imposible encajarse y hacer con el tiempo que nosotros conocemos. El tiempo de Dios, el de la eternidad, es otra cosa". Este cuento y esta verdad podía ahora ella exponérselo a la nieta, pero cae en la cuenta que con diez años ¿cómo va a comprender estas cosas?

Así que guarda silencio. Llegan a la rivera del río. El huerto de la huelga, herencia de cuando muriendo sus padres, queda al lado derecho del río si se sube por él en dirección contraria a como corren las aguas. Casi en la hondonada de un arroyuelo que por este lado le entra al río y baja desde el pico buitreras. Entre olivos, algunos álamos, zarzas del arroyo y la torrentera. Mientras van recorriendo el trozo de tierra llana que hay antes de llegar a las tierras del huerto, la niña se entretiene en coger todas las florecillas que encuentra al borde mismo del camino. Amapolas, margaritas, jaramagos, violetas y otras más. Como la primavera está en pleno apogeo y las lluvias han regado el campo tan generosamente casi todas las florecillas han abierto al mismo tiempo y por eso el campo es una pura alfombra multicolor. Y la niña, sin saberlo, mientras va cogiendo una y otra florecilla de entre la hierba y los troncos de los

olivos, parece que quisiera recoger a toda esta primavera entre sus manos para que así, tal como ahora mismo la está viendo, se queda para siempre frente a sus ojos y por estos campos. Sin saberlo ella esto es lo que le gustaría porque un sentimiento dentro de su alma así se lo hace saber y gustar.

Y van llegando a los primeros olivos de la huerta, rozando los membrillos que crecen en la acequia cuando de pronto la niña dice:

- ¡Mira abuela!

Detiene sus pasos la abuela y mira. Por encima de unas hojas ancha de malva y cargado de goticas de agua y polen de las flores, avanza un caracol. Al verlo la abuela aclara a la nieta:

- Ahora es cuando ellos salen a tomar el sol. Después de la lluvia, si sale el sol y se queda buen tiempo, los caracoles salen a comer hierba fresca y a pasearse por todas estas paratas.

Domingo nueve de abril

Este día también amaneció nublado. Cubierto de nubes por completo el cielo y lloviendo. Una lluvia menuda que apenas se notaba, pero que empapaba el suelo, mojaba la hierba y cerraba la mañana en un mundo mágico, por el gris de las nubes, la humedad del viento, las nieblas apiñadas por los valles y la primavera surgiendo de la tierra con toda su fuerza. Antes de amanecer ya se oían a las perdices de la vecina cantando en sus jaulas. Se oían a los gorriones con su característica escandalera por entre las palmeras, las acacias y los álamos del río. Como

tantos otros días los ruiseñores no dejaban de cantar y el pueblo, pues sumido en su ritmo casi imperceptible, pero latiendo con las personas que también latían con la tarea de todos los días.

El pueblo de la niña

En su pueblo blanco junto al río llorón hubo una boda. Aquella mañana, dos de mayo, la niña fue invitada a esta boda. Se casaba un primo suyo y a ella ¿por qué no la iban a invitar? Aquel día su madre la puso muy guapa. Pantalones vaqueros recién estrenaditos, jersey azul con cuadros blancos y su pelo fino limpio y extendido sobre las espaldas.

- ¿Adónde vas tan guapa?

Le pregunta la fuente de los caños blancos.

- Eso es ¿adónde vas tan guapa?

Le preguntas las vecinas.

- A una boda porque estoy invitada.

Respondía ella feliz y llena de gracia.

En la casa de la novia, una cortijo a las afueras del pueblo y muy pegado a las aguas del río llorón, todos se afanan en preparar a la que hoy se casaba y en recibir a los invitados. Por la explanada verde van aparcando los coches que llegan y como hace frío, en la lumbre se van calentando los más debiluchos.

- ¡Hola!

Saluda la niña a un niño así como ella que ha venido de la ciudad. Este ni la mira ni le contesta. Luego, ella se va por detrás de las casas y donde la hierba crece brillante, deja que le hagan una

foto. En las aguas del río, mientras los invitados espera a que el momento se acerca, ella se pone a jugar. Al poco, se le acerca el niño que ha venido de la ciudad. Y sin que nadie le pregunte habla y dice:

- Una novia nunca se viste en un cortijo ni va a la iglesia en un coche tan feo. En la ciudad donde yo vivo, las cosas son mucho más elegantes.

Aneluz lo mira, sigue con sus juegos en la corriente del río y ahora es ella la que no contesta. Después, los coches se ponen en marcha y enfila, rápidos descienden por la carretera. En un precioso coche azul, el primero, viaja el niño de la ciudad.

- ¡Vaya iglesia fea!

Exclama el muchacho al bajarse del coche en la pequeña plaza que hay a la entrada del templo.

- Además, a esta boda vienen cuatro gatos y medio. Nunca vi una cosa tan destartalada ni un pueblo tan feo.

Aneluz va en el centro del cortejo y aunque oye los comentarios del muchacho no dice nada. Cuando termina la ceremonia, la novia al frente y todos los invitados detrás, bajan por la calle, atraviesan el puente que divide al pueblo en dos mitades iguales y siguen carretera adelante.

- ¿Ves? Tampoco en una ciudad se hace esto. La novia no va andando sino en un hermoso coche con flores y cintas blancas. La cola del vestido siempre la recogen niños que también visten de blanco y el fotógrafo lleva un elegante traje azul. Ya te digo que todo aquí es de lo más raro y feo.

- Pero sin embargo, a mí me gusta. Esto es de lo más bonito que nunca vi.

Le dice la niña.
- ¿Sí? Pues ya verás ahora en qué sitio se va a celebrar el banquete. En el rincón más destartalado del pueblo y en una sala sin lámparas de cristal, sin grandes espejos ni papeles ni papeles de colores y sin orquesta ni nada. Tú deberías ver cómo se hace estas cosas en la ciudad.

Y así todo el día, el muchacho de la ciudad estuvo quejándose del pueblo, de la boda, de la gente y hasta de la comida que se puso en la fiesta de la boda. Cuando ya la noche cae sube al hermoso coche de sus padres y se aleja rumbo a la ciudad que, para él, resulta tan bonita. La niña ni lo despide porque ya está enfadada con él. Pero cuando ella regresa de la fiesta de la boda y sube por la calle camino de su casa porque ya el día se va acabando, va llorando.
- ¿Qué te pasa?
Le pregunta la vieja farola del puente sobre el río llorón.
- No quiero vivir más en este pueblo ni con las personas que hay aquí. Este pueblo es feo, pobre, inculto, pequeño y no sé cuántas cosas más.
Dijo Aneluz toda decidida a tomar una resolución.
- ¿Quién te ha dicho eso?
- Ha sido el niño de la ciudad.
Y la farola guardó silencio al tiempo que miró a la niña con una mirada un poco bizca. Para sí se dijo:”¡Qué enfado trae esta encima!”.

La niña siguió subiendo por la calle, triste y apenada. Al pasar junto al campanario de la iglesia lo mira pensativa y le pregunta:

- ¿Tú crees que ese niño tiene razón?
Y el campanario le dice:
- Claro que no tiene razón. Tú no te entristezcas por lo que te ha dicho ese niño. Tú pueblo, este blanco pueblo tuyo, es el más bello de la tierra. Ese muchacho habla así porque no sabe de la belleza de la nieve cuando cae en silencio sobre los bosques. No sabe de las noches oscuras llenas de lluvias derramándose sobre los tejados de las casas. No sabe del viento transparente ni de arroyuelos cristalinos atravesando y regando prados ni de primaveras ni de charcos claros en las curvas de los ríos junto al puente donde en verano te bañas.
Y Aneluz preguntó:
- ¿Entonces mi pueblo es bello?
- Tan bello, tan lleno de vida, de luz y perfume a flores frescas que nunca lo debes cambiar por la ciudad más grande y rica del mundo.
- ¿No nos engañas?
- No puedo engañarte. Los campanarios de las iglesias no podemos engañar a los niños y menos los campanarios humildes de los pueblos de tu sierra. Tú sencillez y la sencillez que en mí ves, es lo mejor que tenemos. Ese niño habla así porque el mundo donde vive, ciudad grande, con muchas torres, mucho asfalto en sus calles y muchos coches que no paran ni de día ni de noche, le ha engañado y le ha enseñado cosas incorrectas. No se siente poca cosa como nosotros y de ahí que sea orgulloso y desprecie a los otros.

Aneluz continua subiendo por la calle camino de su casa. Llega, saluda a su madre y como tiene frío se sienta en la mesa al calor del brasero

donde calientan las ascuas que se han formado en la lumbre. Emocionada le cuanta a la madre todo lo que a lo largo del día ha vivido. Igual que lo hacen todos los niños del mundo y también a sus abuelitos. Cuando pasó un rato le pregunta la madre:

- ¿Y aún sigues triste?

- No, mamá, ya no estoy triste. He descubierto que tener y vivir en un pueblo como el nuestro, rodeado de bosques, atravesado por un río que trae agua de las cumbres donde se derrite la nieve y todo ello en pleno corazón de la Sierra de Segura, es la suerte más grande del mundo. No estoy triste mamá porque ahora sé que ese niño de la ciudad está bastante equivocado.

Y la madre la besa. Mientras va cayendo la noche, esta le dice:

- Cuando tú ya seas un poco mayor irás descubriendo que tanto ese niño como otros muchos que ahora viven en la ciudad, querrá venirse a vivir a este pueblo. Tú recuerda lo que te digo y verás como será así.

- ¿Y por qué será eso, madre?

- Porque ellos descubrirán que lo más bello del mundo no es una ciudad grande con muchos coches y tiendas sino un pueblo pequeño, con las casas blancas como las tiene el nuestro y con un río que tenga aguas color chocolate de la tierra que arrastra al bajar de las montañas. ¿No sientes los grillos como canta?

Y la niña dijo:

- Sí que los siento.

- Pues eso es una música tan deliciosa que a muchos les gustaría oír por las noches cuando

están en la cama. Pero en la ciudad lo único que siente, ya te lo hemos dicho, es el ruido de los coches y cosas así parecidas.
Después de oír estas palabras de boca de su madre la niña se durmió enseguida.

El sueño de la niña

Un día la niña del pueblo blanco de la Sierra preguntó a sus amigos:
- ¿Cuándo iremos al pantano del Tranco?
Y ellos preguntaron a su vez:
- ¿Es que aún no lo conoces?
- Nunca nadie me llevó por esos rincones de la sierra. Dicen que son muy hermosos y que por sus tierras y laderas hay pueblos encantados, cortijos que parecen palacios y arroyos con cascadas de espuma de nieve. ¿Cuándo iremos al Pantano del Tranco?

Y pasaron los días, las semanas, los meses y aunque hicieron muchas excursiones por lo más profundo y bonito de la Sierra de Segura, nunca iban al pantano. Cuando por las tardes, en los días de sol, salía a jugar por el campo en compañía de su abuela, siempre ella construía pequeños pantanos en la arena. Luego preguntaba a su abuela:
- ¿Así como este es el gran Pantano del Tranco?
Y ella le contestaba diciéndole la verdad como todas las abuelas del mundo:
- Quizá sea algo más grande. Yo nunca lo vi.
Y la abuela seguía con su tarea de regar las tierras del huerto donde crecían los tomates, los

pimientos y las calabazas. Sin dejar este trabajo suyo que tanto le gustaba porque lo había hecho desde que era muy pequeña, oía que Aneluz murmuraba:
- Seguro que será más grande, más largo y estará rodeado de enormes cerros repletos de pinares y cataratas gigantescas ¿Verdad abuela?
La abuela le respondía que quizá y la niña seguía en su juego mientras ella continuaba con la tarea del verde huerto. Se entretenía con la corriente del arroyo, la arena y cuando pasaba un rato, otra vez se acercaba a la abuela y le preguntaba:
- ¿Es verdad que el gran pantano es muy largo?
- Sí que es muy largo. Cuando en invierno se llena, la cola mayor que la tiene por donde el río Guadalquivir le llega, tiene más de ocho kilómetros. Pero no me hagas mucho caso porque esto de lo digo de oídas.
- Lo que más me gustaría a mí es explorar ese castillo que se alza sobre el cerro. Me han dicho mis amigas que cuando construyeron este pantano el agua rodeó al cerro y el castillo se quedó en el centro. Como una isla solitaria donde quizá vivan hadas encantadas y sirenas que cantan por las noches cuando sale la luna.
Y la abuela le seguía diciendo:
- Me han hablado mucho de él, pero tampoco lo he visto. Sólo sé su nombre: se llama Bujaraiza y esto parece que es un nombre moro en honor de alguna princesa o algo así parecido. También sé que cuando cerraron el muro del pantano, las aguas cubrieron todas las casas de un pequeño pueblo que había en aquel valle. Algo después, construyeron ese otro pueblo de las casas blancas que hay al final de la cola mayor del pantano y que

le pusieron por nombre Coto Ríos. El coto del río será, porque allí había un coto y como por allí mismo pasa el río, pues será por esto.
- Abuela ¿por qué no me llevas tú un día y me enseñas todas las cosas que hay por este rincón de la gran Sierra de Segura?
- He oído decir que tus amigos vendrán y pronto te llevarán para que conozca el pantano. No tardará mucho.

Y Aneluz del pueblo blanco junto al río color chocolate seguía jugando con su pantano de arena y la corriente, hoy clara, del río que baja desde la cumbre más alta. Mientras así estaba entretenida la música del agua le cantaba su canción y el viento de la sierra, que siempre es el más suave del mundo, acariciaba su cara. Junto a su pequeño pantano de arena ponía muchas ramicas de romero.
- Estos son todos los bosques que rodean al gran pantano.
Le decía a su abuela. Por entre las ramas de romero ponía piñas y piedras bonitas escogidas en la grava de la curva del río llorón.
- Y estos son las manadas de ciervos y cabras monteses que viven en los bosques.
Las florecillas de los prados, como espliegos, peonías, lirios azules y amarillos, violetas y muchas más. Los verdes bosques que rodean al gran pantano están llenos de las flores más bonitas, de los arroyos más limpios de los pinos más verdes y perfumados de la tierra.

Y entonces su abuela se unía a ella diciendo:
- También debes poner ahí el parque cinegético

con todos sus animales, las llanuras que hay en la cola mayor donde los ciervos se reúnen para luchar y berral en las tardes de los primeros días del otoño y luego, los cerros de rocas blancas que se alzan entre el pueblo de Hornos y Coto Ríos.
Aneluz le decía que sí:
- Te haré caso porque tú nunca me engañas. En este pantano mío de juguete pondré todo lo que me estás diciendo. Pero tengo una dificultad.
- ¿De qué dificultad se trata?
- Los pueblos misteriosos con hadas y tesoros fantásticos que hay por las laderas y cumbres que rodean al pantano de verdad no los podré poner porque no sé como son.
Y la abuela, para animarla y hacerla algo más feliz de lo que ya era, se sentaba junto a ella y le decía:
- Te cantaré una canción para que te la aprendas y tú se la cantes al ese pantano azul que sueñas el día que vayas por allí. Escucha y apréndela que dice así:

Mi pantano grande
de la serranía,
señor del gran río
de mi Andalucía,
azul espejo limpio
como el alma mía
donde se miran los bosques
y la luz del día.
Mi pantano grande
de la serranía.

Y así, la risueña niña del pueblo blanco junto al río llorón, se quedaba sentada en la arena del

río contemplando el juego del agua yéndose cauce adelante hacia el valle de los olivos milenarios. Sobre el agua jugaba el sol y las ramas de los romeros de verdad iban y venían salpicadas de gotitas blancas. Ella dejaba volar su imaginación y soñaba en el día que por fin viera el gran pantano que recoge casi todas las aguas de los manantiales que brotan en su sierra. Tanto, tanto lo soñaba que cuando se ponía el sol, por entre los olivares allá a lo lejos, aun ella seguía con el juego del agua y soñando su sueño.

El nogal pelón de nueces secas

Se celebró la procesión de la virgen que es patrona del pueblo blanco, donde la niña salió vestida de mora y seguía avanzando la primavera. Los campos ya estaban verdes, los romeros florecidos y las nieves de las cumbres del Yelmo, ya se habían derretido una vez más. Y esta hacía ya cinco millones seiscientos desde que el monte Yelmo fue por primera vez. Pues eso, que las nieves se habían derretido y ahora bajaban por las laderas convertidos en pequeños arroyos que chorreaban por las peñas, caían hasta los barrancos más hondos y ya se hacían río. Era así como el río llorón crecía y menguaba todos los años cuando no había tormentas.

A las nueve de la mañana, aquel día, Aneluz se subió en el coche en compañía de sus amigos y se fueron a recorrer la sierra. Como si tuviera una misión muy importante que realizar en no se sabía qué lugar concreto dentro de los amplísimos paisajes de la Sierra de Segura.

- Hoy nos toca descubrir todo el barranco que hay por detrás del Charco del Aceite y las laderas del pico Almagreros.
Decía el muchacho mayor.
- Pero según me ha dicho la abuela esas sierras ya no son las de Segura.
- Tampoco importa mucho porque nosotros, porque lo que hoy vamos a realizar nosotros es sólo una exploración de paisajes y cascadas de agua. Lo mismo nos da que se encuentren estas sierras o en aquellas. ¿No os parece?
Y los demás dijeron que sí, que daba igual.
El muchacho mayor se había traído consigo un gran machete para en caso de necesidad, un rollo de cuerda y una soga larga por si acaso la necesitaban para algo. Pero él dijo:
- Estos instrumentos nos servirán para hacer una cabaña. Ya veréis qué artista soy yo construyendo cabañas.
Y Aneluz dijo:
- Claro, por si acaso nos perdemos por esas montañas y tenemos que hacer noche hasta que nos rescaten.

Sin embargo, antes de llegar a la curva del arroyo de aguas diamante donde, en la hierba verde y junto a la arena de la corriente, se pararían y plantarían en campamento, la niña se acuerda del nogal.
- Vamos a verlo.
- Pero si ahora todavía no tiene nueces.
Aclara el muchacho de pelos rubios.
- Yo sé que este nogal siempre guarda entre sus cosas alguna nuez para mí. Vamos a verlo.
- Yo no me creo tal cosa. En todo caso, si aun hay

alguna nuez, será para el que la encuentre. Eso de que este nogal guarda las nueces para ti no me lo creo.
- Pues yo sí me lo creo y para que te convenzas, vamos a probarlo.
- Sí, vamos a comprobarlo.

Y así fue como comenzó el juego de la búsqueda de nueces en el nogal pelón amigo de la niña, según decía ella. El muchacho alto se subió tronco arriba. El muchacho de pelos morenos, removió las hojas y el muchacho de pelos rubios, tira de las ramas que el muchacho alto dobla. Todo buscan, pero ninguno encuentra nada. De pronto Aneluz grita anunciando:
- ¡Me la encontré!
Todos la miran y tiempo que todos advierten:
- Esa nuez está podrida.
Y ella enfadada:
- ¿Por qué lo sabes?
- Porque tiene su cáscara negra y además, estaba entre las hojas que la humedad ha podrido por el suelo.
Pero la niña dijo:
- Yo sé que no está podrida. Es que este color que tiene la nuez es un truco que el nogal tiene para guardarme a mí las nueces que me gustan.

Y Aneluz con sus dedos blancos, parte la nuez. Antes el asombro de sus incrédulos amigos la nuez aparece por dentro sana, blanca y fresca.
- ¡Si no lo veo no lo creo!
Exclama el muchacho de pelos rubios.
- ¡Qué suerte tienes tú!
Expresa el muchacho de pelos morenos.

- Pero eso ha sido una casualidad.
Afirme el muchacho alto.
- Pensad lo que queráis, pero yo sé que no es casualidad.
Conforma la niña y sigue buscando. Enseguida se encuentra otra nuez más y luego otra y otra. Sus tres amigos también se encuentran varias, pero todas salen podridas. Pasado un rato junto al tronco del nogal se reúnen. Charla de cosas y por fin le preguntan a la niña:
- ¿Cuál es el misterio?
- No hay misterio ninguno.
- Entonces ¿por qué tú sí te has encontrado varias nueces buenas y ahora en este tiempo, con el nogal pelón y nosotros ninguna?
- Pues no hay misterio. Lo único que os puedo decir es que yo sé, porque me lo ha dicho la abuela muchas veces, que por la sierra hay muchos nogales. Los sembraron los hombres que vivían en los cortijos y aldeas, hace muchos años, porque estos árboles dan buenas sombras y mucho verdor a la tierra. Sus frutos sirven para alimentar a las ardillas y a los pájaros, ahora que no están ellos, porque cuando ellos estaban, los recogían para comérselos en las noches sentados junto al fuego de sus cortijos. Yo sé que estos frutos se caen y por entre las hojas secas quedan todo el invierno. Muchas veces me los he encontrado y en este nogal, siempre que viene, hallé varias.
- ¡Claro, así estabas tan segura!
Se queja el muchacho de pelos rubios.
- Pues desde ahora a este árbol lo vamos a llamar el nogal de la niña Aneluz.
Propone el muchacho alto.

- ¡Vale!
Aprueban los otros dos.

Poco después, siguen subiendo por el arroyo que se pierde en las profundidades más grandes de la gran sierra. Hacia la aldea del altísimo pico del Almagreros. Pero sólo unos trescientos metros más arriba buscan una llanura junto a la corriente de las aguas limpias se paran a comer. Hoy el cielo estaba azul limpio, sólo con algunas nubes grandes y blancas que parecían clavadas sobre las cumbres rocosas. El viento de estas sierras, que no se parece a ningún viento del planeta tierra, pasaba suave y del arroyo brotaba una música que sembraba de paz y armonía a todo el campo.

La cueva oscura

Fue el muchacho alto el que se alejó del grupo. Subió por detrás de las rocas y se perdió por entre el monte del barranco. Nadie se dio cuenta. La niña jugaba con la arena del arroyo. El muchacho mayor fabricaba un columpio en la rama de un fresno y el muchacho de pelos morenos, saltaba de un lado a otro por encima de la corriente del agua.

Cuando ya el sol brillaba casi en lo más alto del monte y por entre los pinos de las cumbres, la niña se dio cuenta que faltaba y enseguida advirtió:
- ¿Quién lo ha visto?
- Conmigo estuvo hace un rato, pero luego se alejó sin decirme nada.
Aclara el muchacho mayor.
- Yo lo vi la última vez junto a la roca blanca de la

corriente.
- El no conoce estos cerros. Se puede perder o puede perderse por algún barranco. Tenemos que buscarlo.
Sigue aclarando la niña.

Y así fueron las cosas. En dos minutos todos se ponen a buscarlo. Ella comienza a dar voces al tiempo que camina siguiendo el curso del arroyo en la dirección contraria a como corre la corriente. Al fondo se abre el profundo barranco de las montañas gigantes y las sombras espesas. Algo le dice en su corazón que la cueva, la misteriosa cueva que tanto necesita encontrar, puede esconderse por estas profundidades misteriosas, tenebrosas y al mismo tiempo, hermosísimas. Detrás de la niña van los otros compañeros.

Y durante mucho rato dan vueltas de un lado para otro. Exploran el suelo buscando encontrar huellas, se paran y miran inspeccionando las laderas, los barrancos y la espesura de las madroñeras por entre las grandes rocas, escuchan atentos esperando oír algún ruido o alguna voz pidiendo ayuda. Pero nada. Sólo se oye el chapoteo del agua saltando por las rocas, el paso del suave viento escapándose por entre las ramas de los pinos y el trino de algún pajarillo menor. El sol ya está en lo más alto y ahora el cielo se ha cubierto de nubes. No hace frío, pero sí las sombras de las nubes avanzan por las laderas de los cerros dejándolas manchadas de oscuridad. Por las cumbres, se empieza a juntar la niebla y en el centro de ella, se pierden como para siempre, las elevadísimas crestas.

Pasan dos horas y ya la niña y sus compañeros se encuentran cansados. Se paran junto a la corriente del arroyo, cerca de la ruidosa cascada que abierta y blanca, salta por entre las arrugados rocas. Se sientan por entre las piedras, se miran unos a otros y es la niña, la que rompe el silencio diciendo:

- Creo que es mejor que pesemos despacio a dónde puede haber ido. ¿Qué es lo que más le gusta a él cuando vamos juntos de excursión por estas sierras?

Y el muchacho mayor contesta diciendo:

- Le satisface subir montes. Siempre dice que cuando sea mayor, será el mejor montañero que se haya movido nunca por estas sierras. Por eso ahora se empeña en ir conociendo cada uno de los rincones de estos barrancos y bosques. Todos sabemos que cuando se encuentra con alguna planta o flor rara, se para y ahí se queda todo el rato mirándola.

Y la niña aclara:

- Pues por aquí, de todo esto que a él le gusta, hay abundancia. Así que la pista la tenemos algo confusa. Algo más a ver si damos con la clave.

Y ahora es el muchacho de pelos rubios el que habla para aclarar:

- Más de una vez él me ha dicho que tenía la intuición que por estos barrancos se encontraba la gran cueva oscura del hombre de la profunda sierra. Me dijo que, en cuanto pudiera, un día se iba a meter por la Cueva del Peinero y llegar luego hasta las cumbres del Blanquillo. Puede que hoy se haya ido por ahí.

- Eso es imposible.

Aclara la niña.
- ¿Por qué?
- Para llegar a la cueva que has nombrado y más a la cumbre que corona esos barrancos, tiene que atravesar más de la mitad de estas sierras.
- ¿Y qué? Él sabe que siguiendo toda esta carretera se llega a todos esos sitios. Nuestro compañero no es tonto. Puede haber ido a estos rincones porque además, también me dijo un día que tenía muchas ganas de ver ese campamento que todos los años montan los scouts pegado al arroyo que hay antes del mirador que cuelga.
- Puede ser eso, pero yo recuerdo ahora que aquí mismo, junto a estas cascadas que nos dan compañía, existe una cueva menor. ¿Qué os apostáis a que está metido en ella?
- ¡Es verdad! Seguro que está ahí.

Y sin más, los tres niños saltan por las rocas, cruzan la corriente, escalan un poco por entre los bujes y en cuatro minutos ya están en la puerta de la cueva. La primera en llegar es la niña rubia. Y nada más acercase se para sobre las rocas, se cruza de brazos y dice:
- ¡Hombre! Ya podrías habernos dicho algo. Tú aquí sentado tan tranquilo y nosotros buscándote como unos desesperados.
Y por respuesta, el muchacho perdido y hallado frente a la cavidad de una redonda cueva cerca de la cascada del arroyo, dice:
- Callaros, venid y sentaros frente a la cascada, vais a ver qué espectáculo de música y sonido.

Unos minutos más tarde, ya sentados en la hierba fina que rodea a las aguas del charco

redondo, el perdido habla al grupo diciendo:
- Que os digo la verdad: he visto la cueva y estoy seguro que era esa. El hombre del misterio y la sabiduría, estaba allí sentado en la puerta. Al verme me habló y con bondad me pidió que me acercara a él. Me preguntó luego por vosotros y cuando le dije que lo estabais buscando, me respondió que también él nos estaba esperando.
- ¿Pero dónde está la cueva y por dónde se llega a ella?
Pregunta la niña.
- Es por una vereda que sube trazando curvas por la ladera, pero que ahora no me acuerdo.
- Tampoco me acuerdo, pero os juro que la he visto con mis propios ojos.

La cascada blanca

Y los tres amigos enseguida se olvidan del mal rato que han pasado durante el tiempo que ha estado perdido. Miran para donde la cascada se despeña como si de pronto se hubieran puesto de acuerdo en aprender el juego que juega esta corriente. El agua, al caer salpica y las goticas mojan a las mil matas de helechos silvestres trabados en las rocas. Los cabellos de Venus y también mojan a las ramas de los rosales silvestres, al espliego y a los tomillos que aquí, en la misma orilla del arroyo, han nacido.

La cascada, primero asoma por un gran agujero abierto en la roca. El ancho caño sobre un peñasco casi redondeo y entonces, el transparente líquido, se abre como si fuera un paracaídas. Rodea a todo el peñasco y chorreando cae de

nuevo a otro charco tallado en la roca. Aquí se recoge como si fuera la cola de coleta de la melena rubia de la niña y todo violento se precipita a otro hoyo más. Es este mucho más hondo y redondo que el primero. Luego se extiende escurridiza y ya comienza su caminar suave por entre las piedras blancas y la arena.

- Pues yo creo que arriba, por detrás de aquellos cerros repletos de pinos verdes, se mece un gran lago azul. En el fondo de este lago hay tres manantiales que brotan robustos trayendo el agua desde el centro de la tierra. De este lago rebosa el líquido y por el arroyo se despeña hasta llegar a esta cascada.

Dice el muchacho de pelos rubios.

- Eso es fantasía tuya. En lo alto de la cumbre no hay ningún lago azul. El agua que ahora mismo estamos viendo caer por esta cascada viene del corazón de las tres cuevas oscuras y profundas que hay en la ladera de esos tres cerros cuajados de pinos que estamos viendo.

El muchacho alto tira una piedra que va a caer al centro de uno de los charcos del arroyo, al tiempo de dice:

- Tampoco tú sabes dónde nace el agua de esta cascada.

- ¿Y tú sí lo sabes?

- Pues claro que lo sé.

- ¿Dónde nace?

- Este arroyo que tiene cuerpo de río nace en lo más alto de los tres cerros distintos. En la misma cumbre, en el centro de una roca, brota un caño de agua en cada cerro. Sube recto hacia el cielo y luego viene a caer a mitad de las laderas donde se

forman los tres ríos que un poco más abajo se junta y se deslizan hasta esta cascada.

La niña que es la última en da su opinión, cuando oye al muchacho alto, exclama:
- ¡Ale, ale! Si ellos fueron exagerados, tú no me digas que no le ganas.
- Pues hablan tú, sabihonda ¿dónde nace entonces?
- Yo sé que allá arriba ni hay lago azul, ni cuevas oscuras ni caños gigantes.
- ¿Cómo lo sabes? ¿Lo has visto acaso?
- todos los días veo a las nubes arropando con sus sedas a las cumbres de esos cerros. Sobre ellos dejan sus gotas de agua y sus copos de nieve.
- ¿Y eso qué explica? Esas gotas y esos copos nunca se quedan allí quietos. Siempre se deslizan y se funden hasta forma un manantial o un río. Lo que hemos dicho nosotros puede existir.
- Bueno, puede que a lo mejor todos tengáis razón y con esto hemos llegado.
- ¿Qué se concluye con esto?
- Entre todos hemos descubierto que en la gran sierra de Segura, Cazorla y las Villas, el agua juega un juego que nadie conoce aun. Se me ocurre que hoy nosotros podríamos intentar descubrir más a fondo el juego de este agua. Podríamos subir hasta lo más alto de ese cerro y explorar todo lo que por allí haya y, además, se me ocurre que si invitamos a nuestro amigo, puede sacar foto de todo esto y luego se los mostramos a la gente. ¿Qué os parece?
- Pues fenómeno. Descubrir el juego del agua en las sierras nuestras, será más que apasionante.
Aprueba el muchacho de pelos rubios.

- Desde luego que sí. Vamos ahora mismo.
Confirma el muchacho de pelos morenos.

Y poco después, el grupo de la niña, dan comienzo a la más apasionante de cuantas excursiones se han realizado por estas benditas sierras.

El juego del agua

- No vayamos muy lejos.
Propone el muchacho alto.
- Entonces ¿cómo vamos a saber si hay o no lago azul detrás de los pinos que nos coronan?
- Lo que propongo es ir despacio siguiendo el surco del arroyo para descubrir el bonito juego pequeño que el agua también tiene por entre estas grises rocas.
- De acuerdo. Es buena idea la tuya. Pero debemos tener en cuenta que ya el día está avanzado. La noche nos puede sorprender por el centro de esas cumbres y eso puede complicarnos las cosas mucho.
Anunció el muchacho de pelos rubios temiendo que pudieran perderse por las grandes montañas y quedarse aquí para siempre.

Nadie le hace caso. Todos están tan entusiasmados en el paisaje, en la corriente, los pájaros y la soledad del campo, que no temen nada. Ni el perderse en los bosques ni el que la noche les sorprenda ni tampoco que puedan caerse desde las rocas o los árboles. Ha olvidado todos estos peligros y siguen al muchacho de los

pelos morenos que es el que los va guiando. A cada árbol nuevo en su camino, a cada roca que aparece y a cada recodo del río, grita:
- ¡Mirad qué bonito!
A lo que sus amigos, también entusiasmados, responden:
- Mira tú el agua del río de dónde brota.
Y el agua mana de una pequeña poceta entre los juncos y la arena.
- ¡Y qué limpia sale!
- ¡ Y fíjate allí, por donde cae!
Y el agua cae por entre dos rocas llenas de musgo verde y salta por encima de un tronco de pino seco.
- Y aquí, mirad.

Y aquí lo que hay es un remanso pequeño, sereno y limpio, estancado entre las isletas menores de arenas doradas que a su vez están decoradas por juncos y palos.
- ¿Oyes el pájaro que canta?
Y el pájaro es un ruiseñor que escondido lanza sus trinos acompañado por el rumor de la corriente.
- Y aquel pino ¿cuántos años tendrás?
- Por lo menos mil.
Quizá no sea tan viejo, pero desde luego, es un pino alto, verde, grueso, clavado casi en las puras rocas y doblado para el río. Sus ramas se reflejan en otros charcos más grandes y más limpios.
- Si parece un espejo.
- Más que un espejo, lo que parece es un sueño.
- Sí, parece un sueño en el centro de un país encantado y perdido muy lejos de la tierra.

- Eso es verdad, este río no es un río sino un

hada que se ha convertido en agua y juega por entre los bosques escondiéndose en los bosques y los pinos.
- Pues desde luego, yo nunca vi un hada tan bonita.
- Es que este hada no es como la de los cuentos ni como la de los otros países. Es el hada de la sierra de Segura y Cazorla.
- Y lo cerca que vive de nosotros. Hoy la podemos tocar con nuestras manos.
- Pues ¿sabéis lo que os digo?
- ¿Qué nos dices?
- Que a mí, esta hada convertida en río limpio y fresco, me gusta más que todas las otras que he conocido.
- Como que es más hermosa y tiene más dulzura que nadie.

Y así jugando con la corriente, saltando por las rocas para bordear las aguas del cauce, ayudándose unos a otros para no caerse, la niña y sus amigos avanzan por el arroyo hacia lo más alto de las cumbres. Los cuatro son felices y los cuatro hoy se sienten orgullosos de poseer una sierra tan bonita y adornada con tantos pinos, chorros de aguas cristalinas y mundos cuajados de silencios. En una curva, a la sombra de varios pinos y sobre el césped de la hierba, se sientan. Dejan sus cosas por allí y se tumban frente al sol y en silencio esperan que el tiempo pase. Cuando ha transcurrido media hora la niña habla para decir:
- Mañana se lo voy a contar a todas las personas que conozco en mi pueblo. Les pediré que un día vengan conmigo a estos lugares a descubrir lo que nosotros hoy hemos descubierto.

Y entonces, enseguida el muchacho mayor le contesta diciendo:
- Lo que pasa es que en cuanto la gente venga en masa por aquí, todos estos paisajes perderán la belleza que ahora tiene.
- En eso sí llevas razón.
Afirma la niña. Y los cuatro de nuevo guardan silencio para oír el susurro que va dejando el agua mientras se aleja arroyo abajo.

El arroyo de cristal

Los espesos pinos proyectan su sombra sobre el césped verde. Y el césped se extiende por toda la llanura justo en el mismo borde del arroyo. Los cuatro niños están tumbados boca arriba y con sus manos juegan en el agua de la corriente. Está fría, pero resulta agradable por sus cosquillas y por el juego.

La niña observa despacio el rayo de luz blanca que penetra por entre las ramas y recto cae sobre la corriente del arroyo que baja por la derecha. Es brillante y tan frágil que ni siquiera el viento la empaña. Nunca ella en su corta vida había visto una cosa tan bonita, tan pequeña y, además, tan juguetona y alegre. “Si estuviera aquí mi abuelica se iba a morir de gusto”, se dice para sí mientras en silencio observa el frágil arroyo blanco.

- ¡Eh niña!
Oye de pronto. Se sorprende un poco y vuelve su cabeza para el arroyo. Sin miedo ninguno pregunta:

- ¿Quién me ha llamado?
- Soy yo. Contéstame despacico para que nadie se dé cuenta. ¿Quieres venir a mi lado?
- ¿Quién eres y a dónde tengo que ir?
Pregunta muy bajico la niña del pueblo blanco.
- Soy el rayo blanco de sol que tú estás observando a través de las ramas de los pinos. Estoy aquí, brillando sobre al agua del arroyo que corre por tu derecha. Levántate y ven despacico, quiero contarte un secreto.

Y la niña, llena de curiosidad y feliz por la invitación que le hace el rayo de sol, anda despacico y enseguida llega al arroyo. Se para junto al agua y mira sin prisas.
- Aquí me tienes ¿qué secreto quieres contarme?
- Es de un tesoro que tengo allá entre los pinos y los manantiales de las altas cumbres.
- ¡Un tesoro!
- Es más bello y grande del mundo.
- ¿Quién lo escondió allí?
- Hace mucho tiempo, en estos bosques y barrancos, vivió una niña que era así como tú. Se llamaba Evarina. Le gustaba mucho correr por los campos y por eso, cuando un día murió, me encargó a mí que cuidara de un gran tesoro que había ido juntando desde pequeña.
- ¿Y está muy lejos ese tesoro?
- Tienes que seguir todo el arroyo arriba y al final lo encontrarás, pero si yo no te ayudo no podrás dar con él.
- ¡Claro! Porque yo tan pequeña ¿cómo voy a llegar tan arriba?
- Podrás, pero para lograrlo tendrás que superar algunas pruebas. Sólo una niña como tú y que

reúna tres virtudes podrás llegar a descubrir y poseer este bonito tesoro.
- ¿Cuales son las tres virtudes que se requieren?
- La primera es que te guste el campo, la segunda que sepas descifrar las canciones que cantan los arroyos y la tercera, que encuentres y te hagas amiga de un rayo de sol más blanco que yo y más bello, que anda perdido por entre estas montañas.
- Pero a mí me gusta el campo desde que nací porque eso fue lo primero que me enseñó mi abuela. Ya tengo unas de las tres virtudes.
- Eso es verdad, pero ¿y las otras dos?
- ¿Cómo podré aprender a descifrar la canción que cantan los arroyos?
- Es fácil, pero tendrás que lograrlo tú solica. Nadie te puede enseñar una ciencia tan fina. Necesitas sentarte mucho rato junto a la corriente de los arroyos y, en silencio, escuchar muy atenta todo lo que el agua va cantando al saltar por las rocas.
- Y el rayo de sol ¿cómo lo encontraré?
- Primero tienes que aprender a descifrar la canción de los arroyos. Después te será fácil el tercer paso.

Y en estos momentos una nube negra tapa al sol. El rayo blanco desaparece y aunque la niña lo espera, ya no aparece. Ella cree que se ha escondido entre las aguas del arroyo y por eso, durante un rato más, se queda quieta observando a la corriente. Le entra curiosidad por saber qué habrá en el tesoro que Evarina escondió allá en las cumbres y se decide a irse por el arroyo cuando en estos momentos la llaman otra vez.
- ¿Aneluz, dónde estás?

- Aquí cerca y por entre los juncos del arroyo.
Mira para el barranco del gran río Guadalquivir y al ver a sus amigos, se va corriendo hacia ellos. Se une a ellos y siguen jugando, pero a partir de este momento, en su pequeño corazoncico ya ha decidido hacer todo lo que esté en sus manos para lograr encontrar el tesoro. Pero recuerda que tiene que ser ella sola, sin ayuda de nadie más.

El árbol que llega a las nubes

Cuando la niña llegó al grupo de sus amigos se encuentra con una sorpresa: el mayor de todos y el que debía ser más responsable, ha realizado su travesura número diez. Y esta travesura sí ha sido de campeonato. Ha invitado al muchacho de los pelos rubio a jugar. Este le ha dicho que sí y el juego ha comenzando. El muchacho mayor corre detrás de él, lo alcanza, lo apresa cerca de la corriente del arroyo y sin pensarlo dos veces, lo ha tirado a las aguas con ropa y todo.
- ¡Socorro que me ahogo!
Grita el muchacho de los pelos rubios en el centro del charco y agarrándose a los juncos de la orilla. El muchacho mayor lo observa, pero no le presta ninguna ayuda.
- ¡Te vas a enterar!
Sentencia el muchacho de los pelos rubios y cuando por fin logra salir de las aguas, sin pensarlo mucho, la emprende contra el que la ha tirado a la corriente. Este, para librarse del ataque, corre, se agarra al tronco de un grano nogal que hay cerca y sube hasta lo más alto.
- Te cogeré y me las pagarás.
Sigue sentenciando el muchacho ahora remojado

mientras anda casi de la misma forma que los monos al tiempo que se sacude el agua que le empapa.

Pero de pronto, sin que nadie lo espere, el muchacho mayor sorprende a todo el grupo gritando:

- Tierra a la vista.
- Pero ¿qué dices?
- Sorprenderos conmigo si os digo que desde esta atalaya se divisa casi toda la Sierra de Segura. La mitad del río Guadalquivir y el gran Pantano del Tranco.
- ¿Eso es verdad?
- Tal como os lo estoy diciendo. Subid hasta lo alto de este árbol y veréis. Por mi lado derecho veo el río Guadalquivir, el Charco del Aceite, la amplia curva que describe hasta llegar a Mogón, el pequeño pantano que por ahí construyeron y por lo alto de la loma, los pueblos blancos de los olivos. Es fantástico el panorama sin tener que moverme casi nada.

El muchacho de los pelos morenos ni lo piensa. Asciende tronco arriba, el otro muchacho, detrás y la niña, que es la más pequeña, se queda la última y no es capaz de superar la cruz del árbol.

- ¡Ayudadme!

Grita extendiendo la mano y si, el muchacho de los pelos rubios y entre todos, logran llevarla hasta lo más alto de una rama gruesa.

- ¡Qué bonito!

Es lo primero que dice al observar el gran panorama que desde arriba se divisa.

- Si parece un sueño.
- Y es que es un sueño. Yo creo que nadie en el mundo sabe en qué lugar crece este árbol ni tampoco nadie sabe lo que desde aquí se descubre.
- ¡Mirad, por aquel lado se ve el lago azul!
Advierte el muchacho de los pelos rubios y es verdad. Desde la copa del árbol se divisa una gran masa de agua azul y limpia que se mece entre varios cerros de grandes rocas y pinos verdes. Pero lo que ellos llaman lago azul es sólo el Pantano de Aguascebas. La pequeña y transparente masa de agua entre los pinos más verdes de estas sierras y las rocas más brillantes nunca vista bajo el sol. Sobre tan limpia masa de agua caen varios rayos de sol que se han escapado por entre las nubes. La niña observa y en su corazón se pregunta si uno de estos rayos será el que ella anda buscando. No está segura, pero cree que sí, pero ¿cuál es la señal para saberlo? Piensa que se lo podría preguntar al mayor de los tres muchachos, pero ella no olvida que es un secreto.

- Sí, un secreto. Eso es lo que vamos a hacer, guardar el secreto.
Anuncia de pronto el muchacho mayor. La niña lo mira sorprendida y algo temerosa. ¿Cómo puede saber él que ella tiene un secreto? Por esto le pregunta enseguida:
- ¿Qué secreto?
- El de este árbol. Debemos guardar el secreto y no decir a nadie en qué lugar de la sierra se encuentra. ¿Qué os parece?
- Pues que es una idea estupenda. Así nadie sabrá

nunca ni de nuestras aventuras ni de nuestras excursiones por la Sierra de Segura y Cazorla y las Villas.
Responden todos aprobando la propuesta del muchacho mayor. Y allí, en la rama más gruesa y alta del árbol gigante que nadie conoce, se quedaron mucho rato contando sus cosas y jugando sus juegos.

La comida en el campo

Han pasado las horas y el sol, siguiendo su camino invisible, se ha colocado en lo más alto del cielo. La niña y sus amigos ya han subido tantos cerros, han escalado tantas rocas y árboles y han jugado tanto que a estas horas del día tienen, no sólo hambre, sino mucha hambre. De nuevo es el muchacho mayor el que se encarga de animar el grupo dando una gran voz y diciendo:
- ¡Atención compañeros! Ha llegado la hora de la comida. ¿Quién es mi amigo?
- Todos te queremos mucho y somos tus amigos.
Gritan casi a la par el resto del grupo.

Corren saltando las rocas y junto a la corriente, pegado al tronco de un grueso pino, sobre la hierba se sientan. El mayor abre las bolsas y conforme va sacando cosas, aclara:
- Esto es pan del pueblo de Beas de Segura, el mejor pan del mundo.
Y la niña lo mira y a punto está de decirle que el mejor pan del mundo lo hacen en el pueblo de su abuela, en Pontones de Santiago de la Espada que es también el pueblo más bonito del mundo porque allí nace el río Segura. Pero guarda silencio

y se dice que en cuanto se le presente la oportunidad, lo va a decir. Sigue el muchacho mayor:
- Esto es queso de la Sierra de las Cuarto Villas, estos son higos secos del pueblo de Quesada y por fin, esto es una cantimplora llena de agua de los manantiales que brotan en estas sierras. ¿Os gusta el banquete que os he preparado?
- El mejor de los banquetes que nunca disfrutó nadie.
Confirma la niña.
- Pues lo más rico aun estar por presentarse
- Tú hazme ya a mí un bocadillo porque si tardas dos minutos más me muero de hambre.
Exige el muchacho de los pelos rubios. Y acto seguido interviene la niña diciendo:
- Por cierto, donde mejor hacen el pan en todos los pueblos de esta sierra, yo sí lo sé.
El muchacho de pelo moreno la mira y dice:
- En el pueblo del pez de las orejas grandes.
- Frío, frío. Yo lo sé porque un día me lo dijo mi abuela y para que lo comprobéis, cuando queráis os llevo por allí y compramos pan.
- Pues dilo ya para que nos enteremos.
Y la niña:
- Ahora no lo voy a decir porque no vais a creerme, pero en cuanto regresemos a mi pueblo blanco y veamos a mi abuela, se lo vamos a preguntar. Ella os lo dirá y así quedareis satisfechos. Mi abuela no miente. Nunca me han mentido a mí.
- Pues cuando regresemos se lo vamos a preguntar.
Confirma el muchacho de los pelos morenos.

Y el mayor de todos, comienza a partir

grandes trozos de pan que va rellanando con los suculentos manjares que hace poco ha anunciado, pero antes, los va regando con un buen chorro del mejor aceite.
- ¿De dónde este aceite?
Pregunta el muchacho de los pelos morenos.
- ¿De dónde va a ser? Pues de nuestra tierra. Aceite ecológico del pueblo de Puente Génave y anda que no está rico. El chorizo y el lomo, también son de uno de los bonitos pueblos de estas sierras nuestras. Ya veréis que rico está todo. Esto no os lo había dicho porque quería que fuera sorpresa.
Y el muchacho mayor va dando a cada uno su correspondiente ración y esta, empieza a desaparecer como por arte de magia. El sol, silencioso cae sobre el charco del arroyo. El viento mueve con cuidado las copas de los pinos, los pajarillos saltan por entre las ramas del espeso bosque y alguno que otro se para cerca como si quiera enterarse de lo que allí está ocurriendo. Los niños, tan felices, han tomando posesión del rincón y se siente dueños no sólo del momento sino de cuanto por allí existe y respira.

Es a la niña a la que se le ocurre la idea y por eso rompe el silencio diciendo:
- Podríamos traernos una tienda de campaña y plantarla por aquí.
- Sí ¿y qué?
Pregunta el mayor de todos.
- Pues que aquí nos pudríamos quedar para siempre. Fíjate que este lugar no es propiedad de nadie. Ahora mismo aquí nadie nos manda ni a nadie tenemos que obedecer. Nos sentimos libres.

Estas piedras, ese árbol y el arroyo, son nuestros y ningún mayor está presente para que nos prohíba nada.
- Eso es verdad. Si nos venimos a vivir a este rincón seremos más libres que nunca y así podremos hacer todo aquello que nos apetezca.
Aclaran los otros dos muchachos. Y a continuación, el muchacho de los pelos rubios da respuesta a la proposición diciendo:
- Pero claro, cuando caiga una nevada que cubra todo esto ¿cómo nos vamos a defender? Cuándo el hambre nos ataca ¿de dónde vamos a sacar alimentos? Y cuando queramos oír música o ver la tele ¿qué hacemos?
La niña lo mira y enseguida habla diciendo:
- El frío lo podremos combatir con mantas que nos dejarán nuestros padres. El hambre lo solucionaremos buscando nueces, madroños y muchas otras frutas que por aquí hay y en cuanto a la tele y la música, de eso podremos pasar. Los cauces de estos arroyos y las nubes que aparecen y desaparecen por entre los pinos, son mucho más hermosas que las cosas que ponen en la tele.

El muchacho de los pelos rubios contesta a la niña diciendo:
- Pero es que hay más problemas.
- ¿Cuales son?
- Por ejemplo, los lobos. Cuando por la noche vengan ¿cómo nos defenderemos?
Y dice la niña:
- En estas sierras nuestras ya hace mucho tiempo que desaparecieron los lobos. Yo lo sé porque me lo ha contado mi abuela.
- Eso lo dices tú, pero no lo creo.

- Pues créelo porque mi abuela nunca me miente.
- ¿Que no hay lobos? Escuchad veréis como se siente aullar.

Y efectivamente, justo ahora por detrás de una gran roca que está entre el monte, se oye lo que parece el aullido de un feroz lobo.
- Es verdad ¡Mamita mía qué miedo!
Exclama el muchacho de los pelos rubios.
- Vamos a tirarle piedras veréis como sale.
Y los tres niños se preparan para atacar lo que motiva que enseguida el muchacho mayor, salgo con las manos en alto pidiendo paz.
- ¡Me rindo, era sólo una broma!

El orejudo nariz de Pinocho

La niña no se fía de él y aunque éste se aproxima al grupo con las manos en alzadas y pidiendo paz, lo recibe con dos piedras en la mano.
- ¿Para qué son?
Le pregunta el muchacho.
- Para defenderme de ti.
- Ya estás viendo que vengo en son de paz.
- Sí, pero a veces, es sólo la apariencia.

Y justo en estos momentos, el muchacho mayor la coge por detrás, la alza en sus brazos y grita fuerte diciendo:
- ¡Ya eres mía! Ahora te voy a tirar al río para lavarte y luego, fresquita y limpica, comerte toda enterica sentado a la sombra de ese pino.
- ¡Socorro, mamá, está loco y quiere comerme!
- Por mucho que grites nadie te salvará. Ha llegado

el momento de mi venganza. Además, estás gordica, tiernecica y lustrosa. Te comeré toda entera.
- Por favor que alguien me salve de las garras de este salvaje.
Sigue implorando la niña al tiempo que patalea y se agita entre los brazos del muchacho mayor.
- Ya ves que estoy fuerte y musculoso. No podrás librarte de mis garras.
Continuó amenazando el muchacho mayor mientras avanza para la corriente del arroyo dispuesto a meter en ella a su presa. Pero no puede llevar a buen fin su propósito. Justo cuando ya está a dos metros del agua resbala en la arena y casi pierde el equilibrio. Este mal paso es aprovechado por la niña que escapa y sale corriendo. Enseguida se refugia tras un peñasco y desde aquí ahora pide ayuda a sus amigos al tiempo que se burla del muchacho que deseaba comérsela.
- ¡Anda que no me has comido! No puedes comerme, nunca podrás comerme porque no me cogerás.

Su enemigo se levanta del suelo sacudiendo la arena y la mira. Lanza sus amenazas contra la niña diciendo:
- Pues ahora estoy más furioso que antes. Voy a correr detrás de ti otra vez. Te alcanzaré y por fin te lavaré en el charco de aguas limpias y luego haré una lumbre para asarte. Ahora me apetece comerte asada porque así estarás más sabrosa.
- Eso ni me lo creo, porque tú no serás capaz.
- ¿Que no?

Y de nuevo la emprende con la niña. Otra vez los gritos de socorro y llenos de miedo y desesperación, se oyen por los barrancos. Al intentar huir, la arena se hunde bajo sus pies y la niña cae al suelo quedando tendida a todo lo largo.

- La suerte me sonríe. Ya eres mía y con mucha más facilidad de lo que esperaba.

Con cara de persona mala se abalanza sobre el cuerpo de la criatura y abre la boca rugiendo como un león hambriento. Pero la niña en esta ocasión ya no se asusta. Tranquila pone sus manos en la boca del hambriento feroz y lo mira a los ojos al tiempo que le dice:

- Te voy a dejar que me comas, pero antes de morir tengo derecho a hablar.

- Eso sí. Tienes derecho a expresar tu última voluntad. ¿Qué quieres decir?

- Sólo una cosa que es importantísima para ti.

- Pues termina pronto porque estoy que me muero de hambre ¿qué es eso tan importante que debes decir?

- Se trata de tus orejas largurichas y tu gran nariz de Pinocho.

- ¿Orejas larguruchas? Yo nunca he tenido ese tipo de orejas. ¿No te habrás equivocado y estás soñando?

- No las has tenido, pero las tendrías. Si hoy tú me comes a mí te saldrán enseguida dos grandes orejas como las de un burro y al mismo tiempo, la nariz también te crecerá y además, te puedes convertir en una estatua de piedra que en este barranco quedará para siempre. Luego en la barriga te saldrá un letrero donde todo el mundo podrá leer lo siguiente: AQUI QUEDO CONVERTIDO EN PIEDRA NARIZ DE PINOCHO

POR HABERSE COMIDO A LA NIÑA DEL CUANTO.

Al oír estas palabras el muchacho mayor se echa para atrás y mirando asustado a la niña pregunta:
- ¿Lo que dices es verdad?
- Y tan verdad.
- Pues entonces retiro todo lo que quería hacer contigo. Ya no te como. Yo no quería comerte. Sólo era un juego. Me arrepiento. Dame tu mano y seamos amigos para siempre.
Y entonces la niña se levantó, mira al muchacho mayor, le da un beso y le pregunta:
- ¿Nunca más me querrás comer?
- Te lo prometo. Nunca más.
- Si es así, amigos para siempre.

Los amigos

Los otros dos muchachos que están sentados un poco más arriba, han visto la lucha del muchacho mayor para comerse a la niña pequeña.
- ¡Bravo!
Exclaman al tiempo que aplauden. Se levantan de su sitio, se acercan al mayor y a la niña y les dicen:
- Nosotros también queremos ser amigos.
- Sin dudarlo. Todo el mundo tiene cabida en el club de los amigos sinceros.

Los cuatros niños se abrazan. Comienzan a caminar por el carril de tierra que baja siguiendo al arroyo y mientras se aproximan al gran cauce del Guadalquivir, cantan la siguiente canción:

Somos los montañeros
de las sierras más bellas
amigos y compañeros
de vientos, nubes y estrellas.
Trazamos nuestros senderos
por donde van las praderas
y todos los arroyuelos
aguas nos dan en sus piedras.
Canciones nos dan los pájaros
perfume las verdes hierbas,
silencio los pinos viejos
y cobijo las negras cuevas.
Somos los montañeros
de las sierras más bellas.

Cruzan el puente del arroyo, recorren la distancia que hay desde donde han pasado el día hasta el gran Guadalquivir y cuando ya están cerca de éste, al pasar por debajo de la alameda, la niña hace la siguiente observación:

- ¿Os dais cuenta? Aun todavía no ha llegado la primavera. Los álamos están sin hojas, no hay tiendas de campaña sobre la hierba que ya crece pegado a los troncos ni tampoco coches aparcados entre las ramas de las adelfas.

- No tardarán en llegar los de un sitio y otro. Y sabemos que en cuanto aparezcan por aquí ya deja de haber paz y limpieza en los paisajes

- Pues lo que es a mí, no me gusta nada. ¿Por qué algunas personas serán tan poco cuidadosas y respetuosas con los campos nuestros?

- El otro día me dijo me abuela que estas sierras ya han sido declaradas reserva mundial de la biosfera. Yo me alegro por eso ya que pienso que este es un camino bueno para lograr que sigan

siempre igual de bonitas y limpias.

Llegan al gran Charco llamado del Aceite y no de la Pringue como le dicen algunos. Se ponen sobre una de las piedras que por aquí pusieron y le piden al muchacho mayor que le haga una foto para recuerdo.

- Sí, para que nunca se nos olvide este día porque hoy hemos hecho las paces como amigos, para siempre y junto a las aguas del río Guadalquivir.

- Es estupendo porque así será para nosotros el día del sueño junto al Charco del Aceite.

Y justo ahora la niña se vuelve para el amplio charco. Mete sus manos en el agua y lo saluda diciendo:

- ¡Hola amigo!

- ¡Hola niña!

Le contesta el charco.

- Estás hoy muy contenta y te veo guapa como nunca.

- Es que vengo de jugar con mis amigos por la sierra y me lo he pasado bien al tiempo que he aprendido mucho.

- ¡Qué suerte tienes!

- Pues yo te envidio a ti. Siempre aquí tan limpio, tan hermosa entre las rocas, tan repleto de aguas frescas y rodeado de tanto silencio. Sé que las estrellas por las noches vienen a lavarse en tus aguas, la luna se peina su coleta rubia sentada en aquella roca, los cervatillos te besan con sus labios de plata y hasta los jabalíes juegan contigo. ¡Qué suerte tienes tú!

Y el charco le contestó:

- Tienes razón, pero esta paz que estás viendo

durará poco. Los fríos del invierno ya se están yendo. Pronto vendrá la gran avalancha de turistas y me llenarán de sudor y otras porquerías. Tú no sabes lo que es eso. ¿Por qué no haces algo para que en verano no venga tanta gente?
- Yo soy pequeña y aunque habla e favor tuyo poco caso me va a hacer.
- Puedes intentarlos. Todos te conoces y te quieren.
- Por intentarlo no pierdo nada, pero no te hagas muchas ilusiones.
- Gracias hermosa niña. Dame un beso por si tardas mucho en volver.
- Sí, un beso y no olvides que aunque tarde en volver, te llevo conmigo y te quiero. Te voy a recordar siempre.

La niña besa el agua con sus rosados labios. Luego se une a sus amigos y algo más tarde se ponen en marcha rumbo a su pueblo. En cuanto llegan, comienza a contar a su madre lo feliz que hoy ha sido con sus amigos por las sierras que tanto ama. La madre y la abuela son felices viéndola a ella tan feliz, tan llena de paz y con tanto amor en su corazón para con los ríos y los bosques de estas preciosas tierras suyas. Y como la niña no se ha olvidado de la discusión del mejor pan de la sierra, en cuanto tiene la menos oportunidad, pregunta a su abuela:
- Hoy hemos estado discutiendo abuela. Mis amigos dicen que el pan más bueno de todos los pueblos de esta sierra nuestra lo hacen en el pueblo de las orejas grandes. Tú ya sabes cuál es, el que está junto a la carretera y por aquí todo el mundo lo conoce por Puente Génave. ¿Es verdad?

Y la abuela:
- No lo discuto porque puede ser verdad, pero donde mejor pan hacen en todos los pueblos de estas sierras es en mi Pontones querido. En mi Fuente Segura chiquita que es donde yo nacía. Otro pan mejor que ese yo no he conocido nunca.
Y el muchacho mayor:
- Pues yo tengo un amigo que siempre me está diciendo que en el pueblo de la roca, en la panadería Chispa, también hacen un pan riquísimo.

Y la abuela, después de mirarlos un rato, sigue hablando y les dice:
- Vosotros deberíais llevar a cabo un proyecto que yo estoy pensando.
- ¿De qué se trata, abuela?
Pregunta inquieta la nieta.
- Cuando tengáis tiempo y vuestras ilusiones y fuerzas os lo permita, deberíais proponeros ir por todos y cada uno de los pueblos de estas sierras. Vais a cada panadería y compráis pan recién amasado. Os lo comeis regado con aceite de los olivos que se creían por estas tierras nuestras y, si es posible, en forma de tostadas. De este modo comprobáis y descubrí con vuestros propios sentidos en qué sitio es donde hacen el mejor pan.
- Pues eso es una idea estupenda.
- A mí también me gusta porque mi madre me dijo un día que en el pueblo del castillo solitario, el que juega con las nubes y se pasa todo el día mirando al sol, hacen un pan que se chupa uno los dedos. Calentico por la mañana recién sacado del horno, creo que con sólo olerlo, ya se alimenta uno.
Aclara ahora el muchacho de los pelos morenos.

- Pues yo pienso que lo que dice la abuela es lo mejor que podemos hacer. Un día nos juntamos y planeamos irnos por todos y cada uno de los pueblos de esta sierra. Así descubrimos dónde está la verdad de lo que ahora se discute aquí y, además, nos vamos enterando de otras cosas.
Propone el muchacho mayor.
- ¡Vale!
- ¡Todo hablado!
- Trato hecho.
Y a partir de ahora y todavía un buen rato más, siguen ellos preguntando cosas y más cosas a la abuela para enterarse de los secretos y bellezas que sólo ella sabe y, en los pueblos de estas sierras, hay.

En su corazón, la abuela, tenía como una intuición que no sabía concretar y por eso no podía decir. Pero cuando aquella tarde le decía a los niños que se fueran por los pueblos a descubrir en cuál de ellos se hacía el mejor pan, ella estaba pensando en las palabras que tantas veces le había repetido la madre: "Los pueblos son todos iguales hasta que en uno de ellos, ocurre lo peculiar". ¿Y qué era lo que ella quería, no encontrar sino procurar que germinara y en qué pueblo de esta sierra? Ella lo intuía, pero no sabía de qué modo concretarlo y ni siquiera por dónde empezar y qué.

El campamento

Desde el lago redondo en la Sierra, sale un pequeño riachuelo. Se desliza por entre los olivos, las rocas y el romero y va a caer a una hondonada

de sombra de álamos y nogueras. Justo en este punto se encuentra el campamento. Como ellos lo saben bajan por el carril de tierra y enseguida llega a él. Aquí se encuentran con un guarda del bosque que pone pequeñas jaula de madera en las ramas bajas de los pinos.
- ¿Para qué son?
Pregunta la niña.
- Para que los pajarillos del bosque vengan y hagan sus nidos.
- Pero lo pájaros siempre han hecho sus nidos en la libertad que les prestan las ramas de los árboles.
- Lo que pasa es que cada día hay menos pájaros. Entre los que matan las personas y los que se envenenan con los insecticidas que esparcen por los campos y los nidos que se comen las culebras, las águilas y los lagartos, cada día hay menos pajarillos por estos bosques. Estas pequeñas jaulas de madera al menos protegen a los nidos y a las crías cuando aun son jóvenes.
- ¿Te podemos ayudar?
- ¡Sí mujer!

Y la niña enseguida se pone mano a la obra. Abren las puertas del coche que está parado junto al camino, cogen las jaulas y comienza a colgarlas en las ramas de los pinos. En poco rato, la ladera de la derecha, la de la izquierda, la hondonada por donde se despeña la corriente del arroyuelo y el valle del campamento, todos los pinos quedan llenas de pequeñas jaulas de madera. Unas son verdes, otras rojas y otras azules. El viento las mece y los pequeños pajaricos que por el bosque revolotean, lanzas sus dulces trinos observando el

vaivén de las jaulas en las ramas.
- Ahora, al principio, las extrañan un poco, pero en cuanto pasan unos días, ya se acostumbran a verlas y entonces se van animando a meterse dentro.
Explica el guarda a la niña.
- ¿Pues sabes lo que yo te digo?
- ¿Qué quieres decirme?
- Que esto de poner jaulas por los pinos de estas sierras es divertido. Es la primera vez que lo hago en mi vida, pero ya me está gustando.
- Yo opino que a los niños de las escuelas de estos pueblos nuestros, le debería habla y enseñar estas cosas. Todos los niños deberían saber que un pajarillo en libertad y volando por los bosques, es el más hermoso regalo que Dios puede darnos.
- Pues yo tengo una amiga que tiene en su casa jilgueros, canarios, ratas indias, mariposas y muchos más animales. ¿Qué dices tú de eso?
- Pues ni digo mucho ni digo poco.
- Es que eso no es natural ¿verdad?
- A los animales hay que cuidarlos y mimarlos en su propio campo. En el bosque en que ellos viven como lo hago yo. Esta es su casa, aquí han nacido y en ningún otro lugar podrán nunca ser más felices.

En estos momentos, por las zarzas del arroyo, resuenan los trinos de varios ruiseñores. Algo más abajo, grazna algún mirlo y por el plomizo cielo, planean dos parejas de águilas. El suave rumor del viento cortando las hojas de los pinos se funde con el murmullo de la corriente del arroyo. Todos estos sonidos llenan a la mañana de paz.

- Lo que yo estoy pensando es cómo serían estos bosques y estos barrancos hace cuatrocientos o más años. ¿Tú sabes algo de eso?
Vuelve a preguntar la niña.
- Hoy ya no tenemos tiempos porque según me has dicho, vas de excursión por estas sierras.
- Pero si tú quieres, puedo volver otro día.
- Otro día cuando queráis, podéis volver y te prometo que te contaré montones de cosas que sólo yo sé de estos montes, barrancos y cumbres.
- De acuerdo.
Dijo la niña.

Y poco después, reemprenden la marcha hacia el corazón profundo de su misteriosa y bella sierra de Segura. El tiempo aquel día estaba regalando frío y por el cielo, las nubes grises coronaban y miraban mudas.

Los montones de arena

En cuanto la niña vio a los amigos se llenó de alegría.
- Ya pensaba que no ibais a venir.
Dijo.
- ¿Por qué no íbamos a venir?
- Soy tal feliz cuando estáis conmigo, me lo paso tan bien y jugamos juegos tan divertidos, que cuando os vais, siempre pienso que no volveréis más.
- Pero hoy hemos vuelto. Ya estamos contigo y ahora mismo nos vamos a escalar las cumbres del monte Yelmo. ¿Quién se viene?
Pregunta el muchacho mayor. Todos a la vez levantan la mano y dicen:

- Yo.
La niña es la primera en subir corriendo las escaleras de la casa buscando la puerta de la calle.

Hoy ella está más fuerte. Ya se ha restablecido de su enfermedad y por eso tiene más ganas que nunca de salir y correr por los campos. Pero hoy ella, tiene un secreto guardado en su alma de princesa.
- ¿Qué es?
Le pregunta el muchacho de pelos morenos.
- No os lo puedo descubrir hasta que no estemos en la meta fijada.
Dice ella cuando ya van cruzando el segundo puente que el río color chocolate tiene.
- Pero esperar un momento.
Pide de pronto ella
- ¿Qué pasa ahora?
- ¿Veis esos montones de arena que el río tiene en la curva?
- Pues claro que los vemos. Todos los que pasan por esta carretera, sin querer, tiene que verlos. ¿Qué le pasa?
Pregunta el muchacho de pelos rubios.
- Que llevo tres noches soñando con ellos. Siempre que los veo en mis sueños me llaman a voces y me piden que venga. Estoy preocupada. Debe pasarles algo. Esperar que vuelvo enseguida.

Y la niña se aparta de sus amigos y corre por la torrentera. Salta al rellano y alcanza a los montones de arena.
- Aquí estoy. Me habéis llamados tres veces en

mis sueños. ¿Qué queréis?
Y los montones de arena le dicen:
- ¡Qué bien que hayas venido! No tenemos ayudas. ¿Quieres tú darnos tu mano?
- Claro que quiero. Aquí la tenéis. Pero ¿cuál es vuestro problema?
Y sus amigos, desde la carretera ven que la niña se siente en lo más alto de uno de los montones de arena. Deja que pase un rato. Se levanta. Coge algunas piedrecicas y camina para la orilla del agua. Coge más piedrecicas, las besa, las deja luego en el suelo, coge otro piedrecica que tiene forma de pez y pregunta: "¿cuántos años has vivido en este río?" La piedrecica le dice: "Contestaré a la pregunta, pero quiero que tus amigos se enteren también". "Eso está hecho, ahora mismo los llamo".

La niña alza su mano, grita fuerte y llama. Los amigos se acercan. Le pide que se sienten y cuando ya están preparados, dice:
- Aquí están mis amigos, podéis hablar.

El perro

Una de aquellas noches, ya bien entrado el mes de diciembre mientras están sentadas, abuela, madre y nieta, al calor del brasero que arde en la mesa de camilla, la abuela le dice:
- Un día crecerás y tus amigos también y entonces, tantos ratos felices vividos por los paisajes de estas sierras, dejarán de ser como son.
- Pero mientras sea niña, abuela ¿por qué no voy a jugar?
- Eso también es verdad.

Y a continuación Aneluz le preguntó:
- ¿Y aquello que un día me dijiste de tu amiga?
- Ocurrió en una Navidad hace muchos años y a mi mente siempre acuden esos recuerdos cuando estas fechas se acercan. A todas las personas mayores nos pasa esto. Cuando la Navidad se aproxima siempre nos llenamos como de nostalgia y echamos de menos los momentos y escenas felices vividas de niños o ya en la juventud. Aquello fue algo hermoso que nunca olvidaré. ¿Quieres que te lo cuente?
- Si, por favor.
Y la abuela le empezó a narrar el siguiente relato:

Ya era diciembre y hasta el frío anunciaba que la Navidad estaba cerca. Las nubes revoloteaban por el cielo, en los olivos las aceitunas ya estaban negras, por los caminos la tierra era barro y cantaban los zorzales al caer las tardes. En el pueblo blanco de la Loma larga, la niña salió de paseo. Al mirar para el lado derecho de la plaza vio a un perro que estaba acostado, por completo enroscado en sí y sobre el cemento de la acera. Había escogido un sitio donde daba el sol, pero a pesar de que el sol calentaba y no hacía mucho frío, el animal estaba tiritando.

Un rato antes, cuando se dirigía al ayuntamiento, en unas de las calles cercanas también había visto este mismo fenómeno en otro perro. Mas no le dijo nada a Sel. Era muy normal que a estas horas estos animales estuvieran acostados en las puertas de las casas o se movieran de acá para allá. Pero ahora, al ver este segundo, de alguna manera ella se fijó despacio.

Por un momento tuvo la sensación de que el frío de aquellos animales significaba algo. Sin embargo, ahora tampoco hizo ningún comentario aunque se quedó un poco intrigada sin saber exactamente por qué.

Siguió caminando por la calle y diez minutos después llegaba a la pequeña plaza de la iglesia. Ella, al mirar a las plantas del jardín de la entrada, fugazmente pasó por su memoria la imagen de cuando aquellos días, siendo todavía casi una enana, al salir de la iglesia se ponía a jugar con las flores que crecen por este rinconcillo. Cogía en sus manos los conejitos y los achuchaba, los volvía de un lugar para otro y al final los dejaba. Recordó también algunas de aquellas amigas, muchas de las cuales ya hacía tiempo no veía y en estos pensamientos estaba cuando sus ojos descubrieron algo que enseguida le inquietó. Junto a unas de aquellas plantas, pegada a una adelfa, tomando el sol, se acurrucaba el mismo perro que momentos antes había visto en la plaza mayor. También temblaba como si estuviera arrecido y escondía su cabeza entre los pies.

Al acercase vio como aquel animal movía su cabeza, abrió sus ojos y la miró durante unos segundos. La niña, al recibir en su corazón la luz de aquellos ojos, llenos de profundidad, triste y al mismo tiempo traspasados de dulzura, sintió como si algo por dentro le temblara. Allí estaba el misterio. Aquella mirada lánguida e implorando cariño, aquellos ojos limpios, cansados y serenos, llenos de belleza y al mismo tiempo traspasados de dolor y arrugado por el frío, contenían un

mensaje. Estaban implorando cariño y comprensión. Estaban pidiendo una caricia y un poquito de calor humano, pero ¿qué era todo aquello? ¿Qué encerraba aquel singular fenómeno?

Los ojos del animal sólo miraron a los de Grisel por espacio de breve segundos. Enseguida se cerraron y éste volvió a meter su hocico entre las patas y siguió tiritando. Grisel pasó de largo apartando también sus miradas de él y continuó su camino sin rumbo concreto. La tarde caía, por el cielo seguían moviéndose las espesas nubes negras y aunque todo en el pueblo blanco parecía dormir, de una forma especial en el ambiente se saboreaba la Navidad.

El árbol de la Navidad

- Una mañana, hacía unos tres años, al pasar por delante de la puerta de la escuela, Grisel preguntó:

- ¿No parece que hoy ocurre algo extraño en el rincón?

- Sí que lo parece.

Pero ninguna de las dos atinaban con lo que sucedía. Siguieron andando y al poco, de nuevo, fue Grisel la que dijo:

- ¡Mira, es el almendro!

El almendro era un precioso árbol que había nacido en el pequeño jardín de la escuela. Allí llevaba ya cuatro o cinco años y nadie sabía quién lo había plantado. Según decían los maestros, un día brotó y lo dejaron crecer. Por sus flores limpias

y rosadas al final del invierno, por su color verde y fresco en primavera, por su sombra espesa y agradable en pleno verano y por sus frutos redondicos y dulce ya entrado septiembre, Grisel le cogió mucho cariño. Bajo sus ramas un día pusieron un asiento y en las tardes de verano, en compañía de Pedrito y sus amigas, ella se sentaba a observar a las personas que pasaban a respirar el aire puro y a gozar de la tranquilidad y el silencio del apacible rincón. A ella le encantaba irse a su sombra y quedarse allí rato y rato.

Junto al almendro, los niños del colegio, un día plantaron un pino y éste brotó enseguida. Lo cuidaron con esmero regándolo todos los días y quitándole la hierba que nacía por su alrededor. Esto hizo que en tres años el pino alcanzara casi metro y medio de alto. Tanto el pino como el almendro eran dos árboles preciosos que llenaban de encanto la fachada de la escuela y el pequeño trozo de calle.

Pero una tarde, dos o tres días antes de la Navidad, al pasar Grisel por allí en compañía de la ancianita, de pronto notó que sucedía algo y luego descubrió qué era. Al exclamar: "¡Mira, es el almendro!" la ancianita rápidamente miró.

- ¡Está roto!

Siguió diciendo Grisel.

- ¡Es cierto! ¿Qué habrá pasado?

- Nos acercamos y lo vemos.

Y sin pensarlo más las dos se aproximaron hasta el lugar.

- ¡Han cortado el pino!

- Sí, eso es lo que han hecho.

Respondió la ancianita un poco apenada.

Y lo sucedido fue que aquella noche, al pasar por la carretera con su coche, unos jóvenes se pararon. Habían subido desde la ciudad con intención de cortar un árbol para ponerlo en sus casas como árbol de Navidad. Al pasar por allí y ver el pino no lo pensaron y fueron y lo cortaron. Como el almendro estaba junto al pino y les estorbaba, lo rompieron sin más. Ellas supieron esto porque se lo contó uno de los maestros cuando dos minutos más tarde salían de la escuela.

- Pero ya los han cogido y lo multarán por ello.

Les dijo al final.

- Después de haber roto el árbol ¿para qué sirve que los multen?

Dijo Grisel y luego, durante un rato, miró apenada al árbol tronchado y queriendo comprender. Mas no podía conseguirlo. La primavera pasada, todas las tardes su amiga y ella habían ido a regarlo. Con detalle y llenas de cariño. Observaban como sus tallos, verdes y llenos de vida, se estiraban.

- Este año va a crecer más que nunca. Me gusta cada día más. Cada día que lo miro encuentro en él más belleza.

Decía Grisel y era cierto: aquel árbol se iba convirtiendo en adulto y cada día resultaba más bonito. Tenía su copa redonda y su tronco era resto como un poste de teléfono. Ella cada día lo quería más y era porque lo había visto crecer desde pequeño.

Por eso aquella tarde, al contemplarlo roto, se puso triste y abrazó a la ancianita diciendo:

- No lo comprendo. No puedo comprenderlo. Es como si no tuvieran corazón. Algunas personas sólo piensan en sí y en ser felices sea como sea.
La ancianita la animó como pudo y luego siguieron su paseo. Pero aquella tarde, un poco después, Grisel triste por lo de árbol, de nuevo habló a la amiga diciendo:
- A veces, cuando estoy allá en la ciudad entre las personas conocidas, tengo la sensación de no ser como ellos. Pienso que soy menos lista, menos afortunada, menos inteligente y desposeída de las "experiencias del mundo y la vida". A veces tengo la sensación de no ser como ellos y esto, en ocasiones, me pone triste. Pero la verdad es que encuentro cosas entre ellos que no puedo comprender.
- Déjala ya, Grisel, no te preocupes más.
Le dijo su amiga la señora Nemen.

Pero para Grisel lo del árbol fue muy importante. Durante mucho tiempo no pudo olvidarlo y aun, varios años después, de vez en cuando lo recordaba. Aquello fue para ella como la muerte de un trocito de su alma. Como la muerte de una hermosa ilusión. Ahora esta mañana, al pasar por allí, la ancianita recordó lo del almendro. Recordó la tristeza de Grisel y también recordó como a pesar de todo, Grisel fue la primera, entre todos los niños de la escuela, en votar para que dejaran en paz y sin cargos, a los que habían roto el almendro.

Sueño cumplido

Mientras recordaba esta escena llegó a la

plaza mayor y descubrió el ayuntamiento frente a ella. Hoy por fin el ayuntamiento estaba en el edificio nuevo, en la misma plaza donde ponían la feria, los coches de tope y las norias. El reloj de este edificio marcaba las diez y media de la mañana.

Pero la ancianita, una vez aquí, no entró a buscar a Grisel, sino que en el banco que hay junto a la fuente de chorrillos delgados y desde donde se vía la puerta del edificio, se sentó a esperarlos. ¡Cuántas veces en otros tiempos también se había sentado en aquel banco! Lo había hecho mil veces cuando era todavía niña y jugaba con sus compañeras. Otras tantas cuando conoció al amigo que le mataron en la guerra y mil veces más en las tardes de feria en compañía de su pequeño hijo. También luego años más tarde en compañía de su entrañable amiga Grisel o simplemente sola frente al tiempo y sus recuerdos.

En más de una ocasión al hablar con Grisel en aquel banco a la sombra del viejo eucalipto, le decía:

- Es interesante que en tu vida cada día tengas algo nuevo. Nunca un día debe ser igual a otro. Al despertar cada mañana trae a tu vida una idea nueva, una ilusión distinta, un nuevo sentimiento de amor o cualquier otra cosa. Lo importante es renovarse cada día y hacer que hoy sea diferente al ayer. Te aseguro que si lo intentas jamás se te agotará el filón de cosas nuevas para incorporar cada día a tu existencia. Pero hazlo por Dios y elimina los días planos, monótonos y sin nuevas perspectivas. Conformarse y quedarse en la

monotonía es lo peor que les puede ocurrir a las personas.

Junto a esta pequeña fuente ella había hablado a Grisel muchas veces de estas verdades y otras parecidas. Escuchaba, sin prisa, la música de los pequeños chorros de agua, saludaba a los que a ella se acercaban o contemplaba los gorriones saltando por las ramas de los árboles o las nubes yéndose cielo adelante. Aquellas tardes todo era delicioso y aun lo seguía siendo aunque ahora hubiera ya tantas cosas muertas. Las misteriosas melodías de los chorrillos de la fuente esta mañana seguían siendo iguales de hermosas y originales. Sin embargo, esta música hoy, era nueva como era nuevo el cielo que cubría su alma. Y es que a pesar de todo su alma hoy estaba llena de gozo.

Todo cuanto le había pedido a la vida por fin ésta se lo había dado, pero mil veces en mayor cantidad de lo que hubo pedido. Claro que atrás, al fondo del escenario y en la oscuridad, quedaban los sufrimientos y las lágrimas. No había sido fácil encontrar cada día una ilusión nueva. Pero ahora el camino estaba andado. El momento quedaba cerca. Lo presentía. Ya por fin podía olvidar tranquilamente las largas noches sin sueño, con su soledad y su frío. Ahora por fin ella se daba cuenta que de no haber sido por aquella esperanza cada día diferente y con una nueva fuerza en su alma, todo, mirándolo desde un punto de vista humano, habría sido cruel, monótono y aplastante. Por más que se hubiese empeñado en encontrar una explicación razonable no la habría

encontrado nunca. Resultaba como si aquella explicación no existiera. Había llegado a comprender que la humanidad, con sus costumbres, sus leyes y sus vicios, tenía montada la vida sobe un gran absurdo y cuyo tinglado empañaba la verdad y anulaba a las personas.

Ella sólo había pedido amor, sinceridad y rectitud de corazón porque sabía bien que con sólo esto bastaba para la transformación del mundo. Pero a cambio de esto lo único que recibió fue aislamiento, frialdad e incomprensión. Y para no morir ante tan duro impacto tuvo que retirarse a lo más escondido de su corazón. Allí, dejada de todos, ella buscó la manera de traer cada día un poco de ilusión nueva a su alma para así remontarse por encima de la monotonía y lograr que su vida tuviera sentido. Ahora por fin lo había logrado. Lo que quedaba atrás estaba en manos de Dios. Él lo había visto todo. Aquello que había vivido y esperado a lo largo de tantas horas de soledad y aquello otro que había soñado tarde tras tarde mientras las nubes pasaban, las lluvias caían y los pájaros cantaban junto a su pequeña casa. Pero ahora estaba segura. Aunque la humanidad tenía muchas cosas equivocadas, existía un camino para la salvación. Ella lo había descubierto.

Por eso ahora esta mañana, de haber podido, habría abrazado, en un abrazo sincero y definitivo, todo cuanto guardaba en el recuerdo. Su idea era que uno ha de tener siempre una escala de valores. No todas las cosas valen por igual ni da igual hacer esto o aquello con amor o sin él. “Así es la historia de cada persona, se dijo,

única e irrepetible, porque cada persona es única e infinita. Aunque parezca sólo un cuerpo de carne y huesos que se mueve de acá para allá hasta que un día la muerte le para el corazón y se convierta en polvo, no es así. Cada persona es algo más que carne y huesos, muerte o polvo. Empieza en el infinito y se acaba en el infinito. Por eso tiene sentido la historia particular de cada ser humano aun por pequeña que parezca. Tiene tanta o más importancia que la historia de los planetas o el universo entero. Es perfecta y a parte de Dios no existe otra cosa que valga tanto".

Mas ella, al pensar esto, omitió deliberadamente algo. Es cierto que la historia de cada persona resulta tan importante como la suma general de todas las cosas que hacen las personas, pero, impreso en su alma, grabado a llamas de amor y fe, había un mensaje claro y especial que hablaba de su historia particular. "La historia de la ancianita de los ojos azules". Todo lo suyo era punto y aparte. No podía confundirse con lo de las otros porque en pocas cosas se asemejaba. Precisamente porque su existencia, ella la había llenado de amor nuevo y diferente cada día y minuto a minuto. Amor callado, humilde y escondido dentro donde se transformaba en fuerza de vida y esperanza. Amor chiquito que amaba la luz y descubría praderas tupidas de flores y perfume. Amor que la elevaba a lo mejor de todo: a lo eterno. A lo que sería plenamente. Ninguna de las otras cosas vividas ni habían sido ni era auténtica. Esta era la marca que distinguía su historia de las otras y de aquí brotaba la singular paz y seguridad que respiraba esta

mañana. Había logrado renovar cada día en su alma la ilusión y ahora se encontraba con sus manos llenas.

Desde siempre ella había defendido que mientras las personas no compartan entre sí penas, alegrías, ilusiones, proyectos y amores no pueden llegar a quererse. Y ella tenía las suficientes pruebas para pensar que entre las personas que poblaban las ciudades de la Tierra eran pocos los que, con auténtica pureza de intención, practicaban esta forma de vida. Algunos y solamente algunos se aproximaban, pero el recto eran tan extraños entre sí como extraños y fríos lo eran cada uno de los edificios, luces y redes de antenas para las televisores de sus grandes ciudades. Ella sabía que la mitad de aquellos contactos resultaban negocios interesados aunque camuflados en palabras y matices espirituales de verdades eternas.

De aquí que ella, a pesar de su estrechez, nunca había tenido envidia ni de ellos ni de sus cosas. ¿Envidia de ellos y sus cosas? A veces se decía: A Aunque me las ofrecierais insistentemente no las tomaría. Vuestras cosas no son grandes. No valen lo que os empeñáis en decirme que valen. Y con esto no quiero decir que no tenga su valor. Ellas en sí como vuestras ideas y las demás cosas que os han dado hechas en vuestras ciudades, tienen un valor. Dios las ha creado y puesto en nuestras manos como buenas y limpias, pero para usarlas como ayuda y puente hacia lo que está en la región del espíritu. Creo que entre vosotros hay muchos que no las usan así. Estos

son los que se quedan en ellas sin trascenderse. Los que las agarran para devorarlas esperando encontrar en ellas la perfecta felicidad. Los que las destrozan hambrientos con el deseo de convencerse a sí mismos de que ellas son la única verdad. Las toman como absolutas y no son sino relativas.

Por eso de estos no tengo envidia ni de sus cosas. ¿Por qué habría de tener envidia? Mas bien los compadezco. No por su ignorancia sino por lo mal que lo van a pasar en su conversión hacia lo verdadero. Y si no sufren este proceso, si no empiezan a despojarse de casi todo lo que hasta hoy han tomado y están tomando de la civilización y sus semejantes, será peor. El resultado final de esa vida será aún peor, porque siempre el final es lo que importa y en este caso aun más. El final lo es todo. No tengo envidia de lo que algunos son, tienen o poseen. Si a mí se me hubiese dado la oportunidad de vivir la vida en la forma y ventajas en que se les da a ellos, indudable que la habría vivido. Si hubiese tenido dinero, cultura, amigos y la libertad de pensamiento y acción que tienen algunos hoy, indudable que habría tomado de la vida lo que han tomado ellos. Lo habría probado y saboreado todo, pero no para quedarme en ello sino para remontarme ir hacia arriba.

La diferencia no está en tener cosas a nivel material. La diferencia está en la actitud interna que nace del espíritu y que hace que las cosas adquieran una nueva dimensión. Que la vida sea distinta cada día y que esté llena de sentido y luz.

Hay que saber entusiasmarse cada día aun con las mismas cosas. Así quedará llena cada hora, cada día, cada año y al final, la suma de todo, será la obra perfecta, hermosa y única entre todas las otras”.

El primer sueño de Aneluz

Cuando ya la abuela terminó de contar estos hechos a la niña, ésta se estaba durmiendo. La noche había avanzado mucho, el sueño se apoderó de ella y se la llevó en sus brazos. Mientras dormía, la dulce niña del pueblo blanco junto al río que corre chocolate, aquella noche tuvo un sueño y en él no vio como en la Biblia, un cielo nuevo y una ciudad nueva. El cielo que vio era el mismo y la ciudad, el pueblo de la roca que se reflejaba en la transparencia del charco. Los serranos ahora llaman por aquí charco al gran pantano que un día construyeron sobre las tierras de sus huertas. Pero los serranos siempre llamaron charco a los hermosos remansos de aguas limpias que de toda la vida se forman en los arroyos de estos montes. Su charco no era el pantano sino el de toda la vida, el que se retiene entre las rocas en las corrientes de los arroyos.

Junto al charco limpio el joven guardaba su libro, la muchacha se recostaba en la hierba, los mayores se afanaban en sus cosas de siempre y los niños jugaban por entre el resto de la corriente limpia del arroyo, frente al charco transparente donde el cielo de siempre y la ciudad de la roca se reflejaba. Todo esto, como una imagen símbolo, pero ella lo viste así:

Un río, el que atraviesa y siempre atravesó el valle, partiéndolo en dos y al norte la hermosa ladera que mira al sur y donde nace el río. La ladera poblada de inmensas encinas oscuras y por debajo de ellas todo el suelo tapizado por un gran césped verde: grandes praderas de hierba por donde pastan los rebaños de ovejas, vacas y bueyes y en las tierras de la llanura, preciosos trigales ondeados por el viento. Toda la ladera, por la llanura y la otra ladera norte, salpicadas de pequeño y blancos cortijos, alrededor de algunos más grandes y junto a los manantiales, los arroyuelos y los huertos. Un mundo lleno de vida que más parece eso: un sueño, una fantasía soñada donde la belleza es lo más importante y después el aire limpio lleno de aromas de rebaños y trigales que maduran.

Bajo la gran encina oscura de la ladera se afana el padre en tejer esparto, sentado sobre la hierba y con sus pies estirados por la torrentera que se derrama hacia el río. Está él ocupado en esta faena y lleno de gozo en su alma por el placer de cuanto le rodea. Un poco más abajo pasta el rebaño y con sólo verlo el gozo le corre por todo el ser. Los animales tienen tanta abundancia de hierba y el tiempo es tan plácido y bueno que no les faltan de nada. Los corderos retozan, cantan por entre las zarzas los ruiseñores y por el bosque de encina se les oyen a los mirlos.

Aquí mismo, a los pies del padre, el joven se recuesta y junto a él la muchacha juega. En sus manos el joven tiene el libro y con interés lee las cosas que en las páginas fueron escribiendo todos

aquellos que a lo largo de los siglos vivieron y se afanaron por estas tierras.

- Entonces, ¿todo lo que aquí hay escrito es importante?

Le pregunta al padre.

- Todo lo que ahí se ha escrito es nada más y nada menos que la historia de nuestros ante pasados, su lucha por la vida, por estas tierras, sus alegrías y sus penas. Lo que ahí está escrito es casi lo mismo que tú ahora puedes ver a lo largo y ancho de este gran valle, pero con profundidad hacia atrás y lejanía hacia delante, porque ahí se recoge no sólo el pasado sino el presente y el futuro de cuanto por aquí respira y existe.

La muchacha mira al joven y al padre y ya sólo con su mirada parece decir que todo aquello y el presente inmediato que ahora mismo viven ellos, es hermoso. Que le gusta y le llena no sólo de paz y gozo profundo sino de esperanzas y ganas de vivir la vida. ¿Quién no puede apetecer un paraíso como este donde por no faltar no falta ni el amor ni la abundancia de manantiales ni las tierras repletas de hierba y bosques?

Algo más abajo, por entre la sombra de las encinas que clavan sus raíces en la misma corriente del río, juegan los niños. Como en el rebaño los corderos, en la familia ellos son los que retozan mientras los mayores se afanan en las cosas serias. Y los niños andan por la corriente y al llegar donde ésta se remansa en un charco, se paran junto a él. Y es que el charco les fascina. Tan grande, todo azul y tan cristal y, además, allí recogido entre las sombras de las encinas y frente

a la ladera norte con el pueblo dorado en su centro, el charco les fascina. En el espejo de sus aguas se reflejan las montañas con sus bosques, las cumbres y las nubes blancas y en el mismo, centro destaca el pueblo.
- Es como una pura fantasía de juguete que hasta parece viento y ni se puede tocar porque se rompe.
Dice uno de ellos.
- Sí que es eso, pero, además, qué pequeño y bonito ahí clavado en su roca de siempre. No parece ni pueblo porque tampoco parece que fuera cosa de esta tierra.
- Y, sin embargo, es el pueblo de la roca, nuestro pueblo de siempre que hoy ha venido a bañarse a este charco limpio como si le gustara el rincón y quisiera jugar con nosotros.

Aquella mañana, cuando nadie en el valle lo esperaba y menos ellos, por lo alto de las tierras del collado asomaron los que venían de fuera. Comenzaron a bajar ladera adelante llenos de solemnidad y se acercaron al padre y a los jóvenes. Como quien tiene el poder y viene dispuestos a que se les respete. Por eso allí, junto al padre se paran y sin ni siquiera saludar, el que parece más importante dice:

- Yo soy el gran director y éste mi ayudante.
- ¿Director de qué, señor?
Le pregunta el padre lleno de humildad y con algo de sencillez.
- Soy el único gran director de todo. A partir de ahora van a cambiar mucho las cosas en estas sierras y en este valle.

- ¿Cómo qué cosas, señor?
Y el gran director se dirige al joven que sostiene el libro donde está escrito todas las verdades de los tiempos antiguos y de los tiempos actuales y le dice:
- Trae ese libro.
- Es que este libro lo conservo con cuidado y no se lo puedo dar a cualquiera. En él se escribieron historias bellas que hablan de estos lugares y de los que vivieron en otros tiempos. Si se pierde o se rompe, sería como si de pronto nos quedáramos sin raíces. Seguiremos viviendo, pero desconectados bruscamente del pasado y eso sería malo para nosotros.
Le dice el joven.
- Tú trae el libro que encima de sus hojas, encima de lo ya escrito, voy a escribirte a ti un plan que yo, el gran director, traigo para los nuevos tiempos.
- Pero señor, escribir sobre estos textos es una irresponsabilidad. Un desastre para nosotros.
- Quiero escribir ahí para que se sepa que lo antiguo, a partir de este momento, queda anulado, ya no sirve. A partir de ahora, lo nuevo es lo que vale y será lo importante.

Y como el joven no quiere darle el libro, el gran director se acerca, se lo arrebata de las manos y dándoselo al ayudante le dice:
- Toma y escribe sobre ese papel el nuevo plan para los nuevos tiempos.
- Pues que quede claro, señor gran director, que usted *me acaba de arrancar de las manos y con violencia, nuestro pasado, las raíces de nuestras vidas y nuestra propia identidad e historia.*
- Tonterías, porque eso es como si fuera una

profecía y aquí no se trata de profecías ni de sueños. Esto de tu libro arrancado con violencia de tus propias manos no va a quedar claro nunca porque en ningún sitio se recogerá. Lo único que desde ahora empieza a ser válido es mi nuevo proyecto. Adelante ayudante.

El ayudante toma un lápiz también muy grande para que parezca que es muy importante todo lo que va a escribir y mirando al gran director le dice:

- Usted dirá.

- Primero: se va a construir en este valle un gran pantano cuyas aguas inundarán todas las tierras fértiles con sus huertas, cortijos, caminos y aldeas. Todo quedará para siempre bajo las aguas. Se romperán casorios, se destruirán montes, se trazarán nuevos caminos, se echará de por aquí a todo el ganado y a un lado y otro, los bosques ya no serán lo que son

ahora porque los serranos, los habitantes de estas sierras, ya no podrán entrar en ellos ni con sus rebaños ni a cazar y puede que hasta ni para caminar en forma de paseos hermosos. Todo esto, a partir de ahora queda regulado por decreto ley y allí donde haya un manantial ya no seguirá llamándose manantial sino fuente porque primero construiremos caminos, luego asientos y pilares, más tarde todas estas sierras las declararemos parque natural y a partir de esos momentos lo anunciaremos en todo el mundo para que los turistas lo invadan.

Yo ordeno que a partir de ahora se construyan hoteles, campings, lagos artificiales y

que la gente que hasta hoy trabajaba en las tierras, en sus huertos y en sus ganados, se dediquen a los hoteles, que estudien en las escuelas taller de su pueblo y que luego monte campings. Para estas sierras, desde ahora y de una vez para siempre el sistema de vida tradicional de los serranos, se acabó. Muera todo esto y demos paso a lo moderno con su red de carreteras asfaltadas, luz eléctrica en los pueblos y televisión en abundancia. Que mueran también las ferias aquellas antiguas de ganado y demás costumbres rancias y que ahora ya los nuevos tiempos, traiga discotecas, fiestas con buenos músico modernos y grandes movidas donde corra la cerveza, el vino y demás cosas nuevas.

En fin, esto es a grandes rasgos el nuevo plan que luego poco a poco iremos corrigiendo, retocando o amoldando según vayan las cosas y nos interese a nosotros aunque en ello daremos participación a los serranos que lo quieran, por supuesto.

- Pero señor, según yo veo, esto que dice y su ayudante escribe, es una auténtica barbaridad que nos va a hacer mucho daño a todos nosotros de una forma irreversible.

- Ya sabemos que algunos no estaréis de acuerdo y que protestaréis, pero con el tiempo os cansaréis. Por ahora todo se hará tal como ya ha quedado escrito sobre las cosas antiguas de este libro antiguo vuestro.

- Señor, y eso del pantano ¿usted me lo puede explicar más despacio y con detalle?

- Espera un poco que lo vas a ver con tus propios ojos, muy detalladamente y despacio.

- Pero señor director...

Al amanecer del día siguiente Aneluz le cuenta a su abuela el sueño que ha tenido. Estaba como asustada y por eso hasta se le notaba que aquellas imágenes habían dejado una honda impresión en su tierna alma. Esta la escucha con atención y como quiso comprender lo que aquel sueño significaba, le dice:
- Pues ese sueño tuyo encierra una realidad.
- ¿Pero cómo puede ser verdad, Abuela?
- ¿Te acuerdas que un día te dije que tenía que hablar del pantano del Tranco?
- Sí que me acuerdo. ¿Por qué no me hablas ahora?
- Espera un momento.
Dijo ella al tiempo que entraba para su habitación. La niña permanecía en la habitación de la madre y como estaba recién despertada no tenía todavía mucha conciencia de la realidad. Además el sueño le había dejado con un extraño mareo.

Del viejo baúl que la abuela guardaba en su habitación, sacó unos cuadernos. Uno de ellos tenían sus pastas verdes y las hojas estaban muy amarillentas de tan viejo como era. Cerró luego el baúl, salió de su habitación, se sentó junto a la cama de la niña y le dijo:
- Aquí está encerrado ese sueño que acabas de contarme.
- No entiendo nada, abuela.
Le dijo la niña.
- Pues si quieres y como hoy tenemos tiempo te leo para que te enteres de algunas cosas que debes saber.

- Quiero lo que a ti te parezca mejor. ¿Por qué he soñado lo que te acabo de contar?
Y la abuela dejó algunos cuadernos sobre la cama, abrió el más delgado y se puso a leer a la niña.

El segundo sueño de Aneluz

Pero aquel día al poco rato de estar escuchando las cosas que la abuela le leía, la niña dejó de prestar atención. No es que se aburriera o no le gustara la historia que la abuela sacaba de las páginas de aquellos cuadernos. Le gustaban y mucho, pero ella, sin saber por qué se encontraba como cansada, abstraída en un pensamiento o sueño que le llevaba por los hermosos paisajes de las montañas que rodean a su pueblo.

Salió a la puerta de su casa y con sus amigas jugó un rato. Luego se fue a la fuente de los caños blancos y allí estuvo jugando otros juegos. Después se vino a su casa y junto a la abuela se quedó otro rato hasta que fue la hora de la comida. Cuando terminó se asomó por la ventana y a lo largo de mucho tiempo estuvo contemplando las riberas de este río, los álamos escoltando la corriente, las aguas saltando o remansadas en los charcos más próximos al pueblo y luego, con las nubes que se iban por el cielo, se alejó como si quisiera emprender con ellas un largo viaje no sabía a qué lugar del mundo o del inverso.

Cuando ya llegó la noche Aneluz se acostó y en unos minutos se quedó dormida. Su mente

comenzó a transportarla a un sueño algo incomprensible para ella, pero hermoso. Por la orilla del río, un río que no había visto nunca todavía, pero que tenía conciencia que se encontraba entre las montañas de las sierras que están cerca de su pueblo, se vio jugando. Por las finas y doradas arenas de un largo y transparente charco. Y estaba entusiasmada con sus amigos siguiendo los juegos de las olas que llegaban y se iban cuando sintió los pasos de alguien que se acercaba. Miró y ante sus ojos se presentaba A figura de un hombre que caminaba de espaldas. Como si fuera cansado y se retirara hacia los bosques de las laderas que quedaban al frente. Al verlo ella se sintió atraía hacia este hombre. No podía verle la cara, pero era como si en su corazón lo conociera desde hacía mucho tiempo.

Y como notaba que se iba sin pronunciar ni siquiera una palabra la niña lo llamó diciendo:
- ¡Espera!
El hombre no detuvo sus pasos. Siguió retirándose y dejando marcadas sobre la arena las huellas de sus pies. En sus pies no tenía ningún calzado. Ella al comprobar que se iba sin ni siquiera hablarle y por lo tanto sin poder ver su cara le volvió a decir:
- ¡Espera un momento! Quiero preguntarte algo. Soy Aneluz y deseo conocerte.

Tampoco se detuvo el hombre. Siguió avanzando de espaldas a ella y aunque la niña corrió un poco para alcanzarlo, antes de llegar a su altura, la misteriosa y a la vez bella figura del hombre de pies desnudos desapareció por entre un bosque de adelfas. Cuando Aneluz estuvo

cerca de este bosque se detuvo porque ya no veía a quien iba persiguiendo. Miró para el suelo y se dio cuenta que sobre la arena se habían quedado las huellas de los pies perfectamente marcadas y allí, en un llanete de arena más fina, descubrió que había unas letras escritas. Antes de acercarse y ver qué ponían aquellas letras quiso llamar a sus amigos que estaban entretenidos en sus juegos un poco más arriba.

No los llamó. Se acercó a las letras que estaban recién escritas sobre la arena y deprisa leyó: "A ti te necesito. Tengo algo muy importante que comunicarte. Hoy no puedo hablar contigo ni tú puedes conocerme. Ven mañana por este mismo lugar y te descubriré un secreto". Nadie firmaba este mensaje y a la niña sí que le hubiese gustado encontrar un nombre que lo respaldara. Pero no lo firmaba nadie. Fue ahora cuando ella sí llamó a sus amigos y estos al oírla vinieron corriendo. Justo dos segundos antes de que llegaran a donde ella estaba y vieran las letras que había escritas sobre la arena se despertó. De su mente se borró la imagen del río, la corriente, la ladera del bosque espeso repleto de madroñeras, la figura y las huellas del misterioso hombre, los amigos y el mensaje que sobre la arena había leído.

Se quedó ella sobre la cama donde dormía y sin ser consciente de lo que hacía se esforzó en recordar lo que había leído en aquel mensaje. Y lo que con mayor claridad recordaba era "Ven mañana por aquí..." Quiso llamar a la abuela y decirle que había tenido otro sueño. Quiso en ese

mismo momento preguntarle por el mensaje de aquellas letras y para qué tenía que volver al día siguiente a la orilla de un río que ni siquiera sabía dónde estaba. Pero lo que más deseaba preguntar a la abuela en estos mismos momentos era por el significado del mensaje escrito sobre la arena. ¿Qué secreto era el que tenían que revelarle a ella? ¿Quién era aquel hombre que no se había querido parar? ¿Por qué a pesar de todo parecía como si lo conociera desde siempre?

Y estando en estos pensamientos oyó la voz de la madre que la llamaba.

- Ya tienes el desayuno puesto en la mesa. Levántate y tómate la lecha que luego tienes que bajar a la plaza a comprar.

Desde su cama y habitación Aneluz le contestó diciendo que sí:

- Enseguida me levanto, mamá.

Dejó su cama y al asomarse por la venta que mira al río comprobó que no era un día de cielo azul. Se presentaba el día con el cielo cubierto de espesas nubes negras, hacía algo del viento y a ratos llovía. El suelo estaba mojado porque había estado lloviendo toda la noche y hasta ella llegaba el olor a tierra mojada. Las montañas al otro lado del río estaban cubiertas por las nieblas y de los olivos se alzaban como hebras de humo o delicados caminos blancos. Eran los hombres del campo que estaban metidos en faena. Eran los aceituneros. Por Navidad es cuando se recoge la aceituna en las tierras de Aneluz. Y entre los olivares, como por estas fechas siempre hace frío, hay escarchas, nieva o llueve, los aceituneros

hacen lumbres. Con las ramas que cortan a los olivos hacen lumbres para calentarse las manos y no quedarse helados del todo. Hoy hacía frío y por eso, entre los olivos los aceituneros habían encendido una lumbre y de ésta salía el humo en forma de hebras o caminos que se alzaban por el aire y se iban como a lejanas regiones del infinito por encima de las cumbres.

Durante unos segundos la niña estuvo contemplando el grandioso paisaje que desde su ventana se veía y sin que fuera consciente llenándose de vida. De esa vida y misterio que llega al alma humana desde la limpia belleza de la naturaleza y se cuela hasta lo más hondo. Luego se entretuvo mirando al acebo que bajo su ventana crecía. Un árbol de acebo grande que hacía mucho tiempo habían plantado justo debajo de su ventana y todos los años por estas fechas se llenaba de bolitas rojas. Eran las bayas del acebo que todos los años maduraban justo cuando iba llegando la Navidad. Y por estas fechas, todas las mañanas las ramas del acebo se llenaban de pajarillos. Gorriones, mirlos, algún pechirrubio y otros pajarillos que venían a este árbol en busca de las exquisitas vayas rojas. Para la niña, contemplar despacio este espectáculo era muy emocionante. A sus ojos el verde acebo con sus carga de bolitas rojas, siempre quieto y siempre como anunciando a la Navidad, era muy hermoso. Y más lo era aun cada vez que por entre sus ramas descubría a tantos pajarillos saltando, cantando o simplemente picoteando a los delicados racimos de bolitas rojas.

Las hojas del acebo estaban teñidas de un verde vivo y fuerte. Cuando llovía de ellas colgaban brillantes y hermosas goticas de agua limpia. También este era un espectáculo que a ella le agradaba mucho. Siempre lo gustaba en silencio y siempre sentía sensaciones dulces y misteriosas. Como si a través del viento, del espacio, de las nubes y de la lejanía de los horizontes estuviera a punto de llegar algo o alguien muy querido. Y especialmente era intensa esta sensación en la fechas de la Navidad. Un poco antes de que la Navidad llegara y cuando ya estaba encima. Para ella esta sensación tan fina y dulce era como la tierna belleza de una primavera sobre los campos. Entraba por sus ojos, la veía con absoluta claridad y la gustaba en lo más hondo de su ser, pero no sabía ni explicarla ni tampoco preguntar por ella.

Ya que pasó un buen rato la niña se vino a su cama, se puso su vestido, salió a la sala, se sentó, se tomó su leche y la tostada de pan con aceite y al poco ya bajaba por la calle camino de la plaza. Antes de llegar se encontró con sus amigas y se pusieron a jugar sin olvidar que tenía que hacer la compra. Pero como le pasa a todas las niñas del mundo en cuanto se puso a jugar con sus amigas, se olvidó del sueño que había tenido por la noche. Mas algo en su alma no la soltaba del todo.

Cuando Aneluz volvió de la compra le dijo a la madre que se iba con dos de sus amigas a jugar un rato a la fuente de los caños blancos.

- Pero no vengas muy tarde que me tienes que ayudar.

Le inquirió la madre.
Salió la niña fuera de su casa otra vez y al poco ya estaba con sus amigas junto a la fuente. Al ver el precioso chorro de agua saliendo por el caño de hierro oxidado Aneluz se acordó del río que por la noche había visto en su sueño. Por un momento dejó el juego y se quedó algo pensativa. Ni ella misma sabía qué pasaba. Las imágenes de lo que por la noche había soñado se le amontonaban en la mente y dejaba sobre su espíritu como una sensación de añoranza. No les dijo nada a sus amigas porque no sabía qué decirle. Ni ella misma tenía claro muchas cosas. Pero Aneluz al poco de estar jugando con sus amigas les dijo que se iba a su casa.
- ¿Qué te pasa?
Le preguntaron.
- Es que no tengo muchas ganas de jugar.

Y se fue calle abajo hasta su casa. Cuando llegó buscó a la abuela y cogiéndola de la mano se la llevó a la sala de la ventana que da al río y a las montañas de los olivos y la niebla.
- Abuela es que te quiero contar algo.
- ¿Qué quieres contarme, hija mía?
Las dos se sentaron en la mesa y entonces la niña le dijo:
- Esta noche he tenido otro sueño.
- ¿Y qué has visto en él?
- He visto a un hombre sin cara y me ha dejado un mensaje. Pero luego te hablo de eso. Lo que quería preguntarte es si tú sabes por qué rincón de estas sierras se encuentra el río que he visto en mi sueño.
- ¿Y cómo lo voy a saber yo?

- Porque tú conoces muy bien todos los ríos que corren por estas montañas. Seguro que más de una vez has estado por éste que yo digo.

Y entonces la abuela le propuso:
- ¿Dime cómo era ese río?
- Era ancho, lleno de mucha vegetación por las orillas, con grandes charcos de aguas transparentes, por las laderas hay muchos olivos y a ambos lados grandes montañas cubiertas de monte. Todas estas montañas tienen grandes barrancos que estaban llenos de niebla. ¿Dónde está este río abuela?
- ¿Y se puede saber para qué quieres saber tú dónde está ese río?
- Es que tengo que ir a él. Según me ha dicho el hombre que he visto en mi sueño tengo que volver a la orilla de la arena dorada para recibir la segunda parte del mensaje.

Al oír estas palabras la abuela guardó silencio durante unos segundos. Luego habló y dijo:
- Pues te aseguro que yo no sé en qué parte de estas sierras nuestras se encuentra el río que tú me dices.
- Me tienes que ayudar, abuela por favor porque sino ¿cómo cumpliré con lo que me tiene pedido este hombre?
- No lo sé, hija mía.
- Tendré que echarme a recorrer las sierras a ver si encuentro el río de la arena dorada y el charco cristal.
- Eso es una tontería. Tardarías toda una vida en recorrer todas las riberas de los ríos que

atraviesan estas sierras nuestras. Nunca podrías encontrar ese rincón.
- Pero entonces ¿cómo podré cumplir con lo que se me tiene pedido?
Y la abuela le volvió a preguntar:
- ¿Qué más cosas recuerdas de ese rincón donde has visto al hombre sin cara?
- Casi no recuerdo nada más. Sólo el color de la arena, las huellas que el hombre dejó según se iba, la corriente cristalina y el tono de voz al hablar. Era como si estuviera sufriendo y necesitara de ayuda. Recuerdo bien las letras escritas sobre la arena y lo que decían.
- Vuelvo a decirte que va a ser casi imposible saber dónde se encuentra el rincón que buscas. Yo no puedo ayudarte más.

Y entonces la niña ya no le preguntó más a su abuela. Dejó de hablar y se puso a ver la tele. Durante un buen rato se quedó allí sentada, frente a la gran ventana que mira al río y mientras veía las cosas que le iba regalando la tele se olvidó del sueño.

Tercer sueño de Aneluz

Unas horas después de oscurecer Aneluz se acostó. Ya no recordaba ella nada de lo que había soñado la noche pasada, pero le sucedía algo. Era como si de pronto se le hubiera quitado las ganas tanto de jugar como de ver la tele o de charlar con su madre o abuela. Se quedó dormida enseguida y como la noche anterior a su mente acudieron las imágenes del río, las altas cumbres, los barrancos llenos de niebla, el charco de las aguas cristalinas,

la arena dorada y sobre ellas, grabadas las huellas de los pies de una persona. Estaba allí con sus amigos y al llamarlos para que vinieran y le ayudaran a descifrar las siluetas de las montañas y las laderas para luego recordarlas y contárselo a su abuela, se presentó el hombre de la noche anterior. De nuevo lo volvió a ver de espaldas caminando río arriba y como si se fuera hacia lo más espeso de la vegetación.
- Hoy sí tienes que pararte porque tengo que preguntarte varias cosas.
Le dijo ella echando a correr tras él. Pero el hombre no se paró. En unos segundos se perdió entre la vegetación y en este momento dijo:
- No me sigas.

La niña se detuvo obedeciendo la orden que le daba el hombre y esperó. Enseguida la voz le dijo:
- Por ahora no puedes verme. Sólo quería que volvieras tal como te lo pedí.
- ¿Y para qué querías que volviera?
- Quiero que sepas que esto que estás viviendo en un sueño, pero que dentro de poco se va a convertir en vida real. Quería que volvieras porque tengo que transmitirte un mensaje.
- ¿Qué mensaje es?
- Dentro de un momento dejarás de verme y me iré para siempre.
- ¿A dónde te vas?
- Yo no me voy porque desde siempre y para siempre estoy y estaré en tierras de estas montañas.
- ¿Quién eres?
- Tendrás que averiguarlo por ti misma.

- ¿Y cómo lo voy averiguar?
- Precisamente para eso quería que volvieras.
- Pues aquí estoy. ¿Qué quieres que haga?
- En cuanto desaparezca de tu vista acércate a la orilla del río. Muy cerca de ti y a tu derecha hay una gran roca. Mira bien y verás que en ella se abre un agujero en forma de cueva. Queda algo oculto entre los tarayes. Busca en ese agujero y ahí encontrará algo.
- ¿Qué es?

Y a esta pregunta la voz del hombre ya no respondió. Aneluz le volvió a preguntar otra vez y otra y notando que no obtenía respuesta decidió adelantarse y meterse por entre la vegetación. Siguió las huellas que estaban marcadas sobre la arena y con cuidado se metió por entre las adelfas y los tarayes.
- ¿Dónde estás?
Preguntaba llena de interés. Pero la voz no respondía. Por entre la vegetación tampoco había nadie. Solo una cuantas rocas, mucha arena, el agua del río remansada allí mismo y como jugando y la luz del sol reflejándose luminosa.
- ¿Por qué te has ido? Ahora te necesito porque tengo que preguntarte un montón de cosas.
Seguía insistiendo, pero la voz no respondías. Recordó ella lo que le había dicho de la roca que se refleja en las aguas del charco y se puso a buscarla. No tardó en verla. Era una roca algo redonda, casi tapadas por la juncia y los juncos y muy cerca de las aguas. Se fue para ella y se puso a buscar el agujero. Lo vio enseguida. Era un agujero casi redondo, algo oscuro y no muy profundo. Miró y allí encontró una carpeta de

plástico negro.

Se acercó y la cogió. La abrió y vio que dentro había un pequeño cuaderno de color algo verde, pero muy desteñido. En la portada y con letras escritas a manos en tinta azul leyó: “Relación de los libros de El Último Edén”. Y en la misma portada, pero abajo y con letras más pequeñas leyó: “Abre estos cuadernos, lee la relación de los libros que en él está escrita y apréndetelos de memoria. Tendrás que recordarlos con toda exactitud cuando despiertes. No olvides que lo que ahora estás viviendo es un sueño. Pero los libros cuyos títulos aquí se escriben existen y debes encontrarlos. Están escondidos y repartidos en distintos puntos de estas sierras tuyas. Junto a cada título pongo el nombre del lugar donde están escondidos. Debes buscarlos y encontrarlos en el mismo orden en que están en esta relación. Sólo sí así sucede podrás llegar a saber el gran secreto que necesito comunicarte y también quién soy yo. Pero te repito: esto es un sueño.

Cuando despiertes no podrás tener contigo ni estos cuadernos ni la orilla de este río ni mi voz ni ninguna otra cosa. Sólo tendrás aquello que puedas recordar. Así que abre el cuaderno, siéntate sobre esta roca y frente a las aguas del charco ponte a leer los títulos de los libros que debes encontrar y los nombres de los sitios donde están escondidos. Que se te queden bien fijos en tu mente para que al despertar de este sueño lo recuerdes perfectamente. De lo contrario todo quedará perdido para siempre y tú nunca sabrás ni quien fui yo ni lo que hay escrito en cada uno de

estos libros. Nota final: cuando encuentre el primer libro tendrás que leerlo entero y bien despacio para saber qué es lo que tienes que hacer para ir hasta el siguiente, al otro y así hasta el final. Esto es como un juego, pero no te puedes permitir errar. Si te equivocas en algo no podrás llegar hasta donde yo estoy y por lo tanto no sabrás nunca ni quién soy ni cuál es el gran secreto que deseo comunicarte. Suerte Aneluz."

Cuando la niña terminó de leer este mensaje estaba como asustada. Tenía la sensación de que algo grande y lleno de misterio estaba allí presente y por eso temía. No sabía qué, pero temía. Mas también sentía una gran curiosidad. Se sentó sobre la roca, abrió el cuaderno y frente a las aguas se puso a leer. Una relación larga, perfectamente detallada, numerada y con indicaciones muy claras del lugar donde se encontraba escondido cada libro. Pero ella, ante la curiosidad que le suscitaba las palabras que firmaban los títulos de aquellos libros, leyó aprisa para enterarse cuanto antes de todo lo que allí estaba escrito. No era consciente de estar dentro de un sueño y por eso no podía saber si disponía de mucho tiempo o de poco. Si no se despertaba pronto tendría tiempo más que suficiente para aprenderse de memoria todo lo allí escrito, pero ¿y si se despertaba y todo aquello se desvanecía? Ella no podía saber nada de esto y por eso se dedicó a leer y leer con el deseo de saciar cuanto ante toda su curiosidad.

Despertar del tercer sueño

Cantó el gallo y la niña se despertó. Lo primero que le sorprendió fue la luz del sol que ya entraba en su habitación por la ventana que mira al río. Estaba todavía metida en su sueño y por eso recordó enseguida que no debía olvidar los títulos de los libros. Llamó a su abuela con un tono de voz acelerado.

- ¡Abuela, por favor, ven corriendo!

La abuela que estaba en la cocina preparando el desayuno al oírla se asustó algo. Dejó lo que tenía entre manos y se fue aprisa para la habitación.

- ¿Pero qué te pasa?

- Abuela, coge un bolígrafo y papel y siéntate aquí conmigo. Aprisa y no me preguntes más cosas.

La abuela le hizo caso. Buscó a todo correr un bolígrafo, una hoja de papel y se sentó en el borde de la cama de la niña.

- Aquí me tienes ¿Dime qué hago?

- Abuela, tengo que recordar los nombres y si no los escribo enseguida se me van a olvidar.

- ¿Pero qué nombres?

- Luego te explico. Ahora escribe lo que yo te vaya diciendo.

Y la niña se puso a recitar de memoria, poniendo todo su interés en no equivocarse ni siquiera en una coma. Todo tenía que quedar recogido y para siempre tal como lo había leído en el cuaderno sobre la roca frente al río y en sueño. Pero sorpresa: de pronto, su mente se quedó en blanco. No recordaba ni una palabra de las que había leído en sueño.

La abuela la miraba y ella se esforzaba pero nada venía a su memoria. Ni un solo nombre. Se

puso triste y le entró ganas de llorar.
- Tenía que poner también los nombres.
- ¿Qué nombres?
- Al lado de cada título de libro tenemos que poner los nombres de los sitios donde están escondidos en las sierras de este parque natural. No se me podía olvidar y nada recuerdo. Sé que eran por lo menos treinta y ocho. Uno de ellos creo que era un título muy bonito y muy importante.
Y sintió muchas ganas de llorar. La abuela la consoló del modo que pudo y luego le pidió que se levantara a desayunar.

La niña hizo un esfuerzo por recordar al tiempo que se incorporaba en la cama y miraba para la gran abertura de su ventana. En estos momentos estalló y fuerte trueno. El pueblo entero se tambaleó y la mañana se llenó de una densa oscuridad. La niña se acurrucó en el seno de la abuela al tiempo que preguntaba:
- ¿Qué pasa abuela?
La abuela le dijo que era una tormenta más de las muchas tormentas que siempre han descargado por los rincones del pueblo y las montañas que le rodean.
- No ha dejado de llover en toda la noche. Y no una lluvia cualquiera sino reciamente y con gotas gruesas.
- Pero abuela estamos en Navidad.
- Por las fechas de la Navidad es cuando entra el invierno, los días son más cortos, las noches más largas y por eso siempre llueve, hace frío y nieva sobre las montañas que nos rodean. Esta Navidad no es distinta a cualquier otra.
- ¿Y tanto ha llovido esta noche?

- Parecía un diluvio.

La niña se fue para la gran ventana y al asomarse a ella comprobó que la lluvia aun seguía cayendo. El cielo estaba cubierto con un mar de espesas nubes negras y por las cumbres de las montañas revoloteaban las nieblas. Hasta sus oídos llegaba el rumor de la corriente del río. Su gran río color chocolate que esta mañana bajaba repleto recogiendo las lluvias que caían sobre las laderas y cumbres de las montañas al final del valle. El viento soplaba fuerte y al romperse contra los álamos de la rivera del río aullaba como si estuviera herido de muerte. Esta mañana no cantaba ningún pajarillo. Por las ramas de su hermoso y verde acebos ni cantaban ni saltaban los pajarillos. Sólo las relucientes vayas rojas mostraban su belleza hoy más exquisita que otros días porque la lluvia las tenía lavadas. De cada hoja colgaban varias gotas de lluvia y lo mismo de cada vaya roja y rama o tallo del acebo. Esta mañana de Navidad, mientras la lluvia caía y la niña se iba despertando al día, el acebo mostraba su belleza más limpia y delicada. Era como si alguien lo estuviera preparando de una forma especial para la noche misma de la Navidad.

Se retiró Aneluz de la ventana y al mirar de nuevo a la abuela le dijo:
- Es un día bonito de verdad el de hoy, pero yo tengo que recordar el nombre de los libros y los he olvidado. Tengo que recordar los nombres de los sitios y también hacer un plan.
La abuela le preguntó:
- ¿Qué plan?

La niña dijo:
- Esta noche será Nochebuena y por eso mañana día veinticinco es Navidad, fiesta en todo las partes del mundo. Vendrán por aquí los primos y de ello mañana me voy alegrar más que nunca. Les voy a decir que se preparen para ir a la sierra. El primo mayor conoce muchos rincones y caminos de estas sierras nuestras y por eso creo que me ayudará mucho a encontrar el rincón del río que he visto en mi sueño y los lugares donde ese hombre dice tiene escondidos sus libros. ¿Qué crees tú abuela que ese hombre tendrá escrito en esos libros?
- Yo no lo sé, hija mía, pero pueden ser cosas muy curiosas. A lo mejor son buenas y sirven para hacerles bien a muchas personas.
- Pues mañana vamos a empezar la búsqueda de esos libros y la del hombre que he visto dos veces en mi sueño. ¿Por dónde exactamente está el "Collado de la Hierba" del que tantas veces hemos hablado?

Y la abuela le dijo que tampoco ella lo tenía muy claro, pero que el collado de la hierba, creía que se encontraba en una de las sierras más bonitas de este ahora Parque Natural.
- ¿Qué sierra es esa?
- La que llaman de las Villas.
- Y en esa sierra ¿en qué sitio está el collado?
- Por un lugar que le llaman Almagreros y las Culebras.
- ¿Y cómo se llama exactamente el punto donde se encuentra el collado?
- De siempre le han dicho a aquello "Cueva Buena", por una cueva muy hermosa que hay en

las rocas del puntal. En ese sitio mismo una familia de aquellos tiempos construyó una casa y en ella vivieron durante mucho tiempo. Hasta que murió de vieja la mujer.
Y Aneluz dijo:
- Abuela, el nombre ese de Cueva Buena me suena.
- ¿De qué te suena?
- No lo sé, pero creo que es uno de los nombres que debía recordar. Pero lo que no acabo de saber es si estaba entre los primeros, los segundos y de los últimos.

La abuela guardó silencio. Se fue para la cocina de la casa y se puso a preparar algo de comida. Mientras estaba en esta tarea le dijo a la nieta.
- Yo creo que lo que debes hacer es preguntar a las personas mayores del pueblo por los nombres y rincones de estas sierras. Hay muchas personas mayores que se conocen bien todas las montañas, valles y ríos de estas sierras. Quizá de esa información saques datos suficientes para aclarar las cosas.
Y la nieta le respondió:
- Eso me parece una buena idea. Como hoy es fiesta y ya no tengo escuela me voy a ir a casa de mis amigas y a todas las personas mayores que ve le voy a preguntar. Todas mis amigas tienen abuelas y abuelos y ellos siempre hablan de historias antiguas que ocurrieron en los cortijos y cuevas de estas montañas. Seguro que sacaré algo en claro.

Mientras llega la Navidad

Así que Aneluz, ya a media mañana salió de su casa. Se fue por las calles del pueblo que relucían de tanta lluvia como por ellas corría y se encontró con sus amigas. A unas y a otras les dijo que tenía que hace un trabajo muy importante.

- ¿Qué trabajo es?

Le preguntaban.

- Ya os lo diré más adelante. Pero ahora me tengo que aprender todos los nombres que pueda de los sitios por las sierras que nos rodean.

- Pues mi abuelo sabe un montón de nombre.

Le decía una de sus amigas.

- A mi padre le pasa igual. Siempre que me cuenta cosas de cuando ellos eran pequeños me dice tantos nombres que me confunde.

- También mi abuela sabe nombres de todos los arroyos, caminos, fuentes, cumbres y collados.

Cuando la niña llegó a la casa de la primera de sus amigas le preguntó a la abuela. Luego al abuelo y después a la madre. Unos y otros le contaban muchas y bonitas historias y decían un montón de nombres. Fue ahora cuando Aneluz cayó en la cuenta de que el primer libro que tenía que encontrar era uno que estaba incluido en la lista que leyó en su sueño. Recordó ahora el título. “Los nombres verdaderos”. Así que tomó nota de muchas de las palabras que le decían unos y otros y luego regresó a su casa. Cuando llegó le preguntó a la abuela:

- ¿Es que los sitios de estas sierras tienen dos clases de nombres?

- ¿Por qué me preguntas eso?

- Recuerdo que el título del libro es el de “Los

nombres verdaderos". Pienso que los nombres que tú sabes y los que saben las personas que me han hablado a lo mejor no son los verdaderos. ¿Qué opinas?
Y la abuela le dijo que eso no lo sabía ella.
- Pues más motivo tengo para encontrar el libro de los nombres. Cuando lo tenga en mis manos lo voy a leer con interés línea por línea para enterarme bien de los nombres que tienen los sitios de estas sierras. Quizá de ahí saque la clave para ir al siguiente libro. Puede que al leerlos recuerde los que leí en la relación de mi sueño. ¿Qué piensas tú?
- Que pudiera ser así.

A lo que Aneluz añadió:
- Claro que será así. Si quiero encontrar todos los libros que ese hombre tiene escondidos por estas sierras tendré que empezar a estudiar estas sierras detalle a detalle. Tendré que aprenderme sus nombres, los caminos viejos, los cortijos, arroyos, barrancos, cumbres y laderas. Creo que es el único modo de ir avanzando hasta llegar a descubrir todo lo que he visto en mis sueños. Y pienso ahora que además de los nombres, abuela, también voy a necesitar mapas donde vengan reflejados todos los sitios y hasta los rincones más ocultos.
- Eso también es verdad.
Dijo la abuela y luego preguntó:
- ¿Recuerdas si en la relación de libros hay alguno que sea de mapas?
Hizo un esfuerzo Aneluz y al rato dijo:
- Creo que hay varios que hablan de rutas. "Rutas históricas, Paseos, El Último Edén... puede que en

algunos de estos libros existan planos o mapas escritos por ese hombre. Si encuentro estos libros junto con el de los nombres, lo tendré mucho más fácil ¿verdad abuela?
- Creo que será así.
- Pues ya lo tengo todo pensado. Ya sé por dónde empezar y cómo hacerlo. En cuanto mañana vengan los primos nos pondremos mano a la obra.

Cayó la tarde del día veinticuatro de diciembre y a lo largo de toda ella no paró de llover. En las cumbres más altas al final del gran valle de su pueblo, la lluvia era nieve. Las nubes la arropaban y a ratos, desde el pueblo, se veía relucir. El día veinticuatro de este mes de diciembre fue un día hermoso aunque todo él nublado, sin parar de caer lluvia y con viento. Por la tarde en la casa de Aneluz sonó el teléfono varias veces. Eran los amigos de la madre, los de la abuela y los de ella que llamaban para desearle la típica “Feliz Navidad”. Ella se lo agradecía y le decía lo mismo.

Ya por la noche cantaron algunos villancicos y mientras estaban al calor de la lumbre que ardía en la chimenea la abuela dijo que en el mundo esta noche había muchas personas que no tenían ni casa ni amigos ni pan para comer. Ni siquiera tendrían un poco de turrón aunque en las ciudades grandes del gran planeta tierra y también en millones de pueblos como el de Aneluz sí hubiera muchas personas que esta noche se comerían una rica cena. Pero la abuela no se quiso poner muy triste para que la niña tampoco se entristeciera. Así que fueron preparando las cosas y cuando llegó la hora cenaron. Entremeses con trozos de jamó,

dátiles con nueces dentro, sopa de pollo, vino de la Rioja, sidra, champán y de segundo pavo al horno con manzanas asadas y trozos de piña. De postre un buen plato de turrón variado y frutas. Fue una cena de Navidad llena de calor humano y sin apenas holgorio.

Luego se pusieron a oír el discurso del rey que dijo lo de tantos años. Que la paz era posible, que había que seguir luchando contra el terrorismo y que era necesaria la armonía entre las personas y los pueblos. Vieron luego una película de caballos y praderas titulada "Belleza Salvaje" y cuando llegó la hora abuela y nieta salieron de la casa y se fueron para la iglesia a oír la misa del gallo. En su pueblo la misa del gallo fue mucho más temprano que en otras partes del mundo primero porque el párroco tenía que ir a otras aldeas a decir otras misas y segundo porque a muchas personas mayores les viene bien que la misa del gallo sea temprano. También a los jóvenes porque luego se van por el pueblo a pedir el aguinaldo y a cantar de casa en casa a lo largo de toda la noche.

En la misa del gallo del pueblo de Aneluz también se cantó. Se cantaron villancicos como Campana sobre campana, Adeste fidele, Duerme Niño y Noche de paz. Algunas de las personas mayores comulgaron y al final todos fueron a besarle los pies al Niño Jesús. El párroco les deseo a todos felices fiestas y se terminó la misa. Abuela y nieta salieron a la calle mezcladas entre las demás personas del pueblo, muchos de ellos conocidos y por eso se felicitaban y deseaban lo mejor. Seguía lloviendo aunque ahora menos y

por eso no hacía mucho frío. La noche era de una hermosura sin par a pesar de la gran oscuridad, la lluvia y la sensación de un hondo silencio en el Universo entero.

Mientras subían por la calle camino de la casa la abuela le repitió otra vez a la nieta lo que significaba la Navidad entre las personas que creían en Dios y lo que debería ser de verdad en el mundo entero.

- Pero a pesar de todo, hija mía, la Navidad es un día hermoso por los buenos sentimientos de amor y paz que se despierta en los corazones de todas las personas.

Y la aniña preguntó:

- Y esta Nochebuena ¿cómo lo estará viviendo ese hombre que vi en mis sueños?

La abuela no le contestó.

- Seguro que vivirá en una cueva, donde sólo tendrá una lumbre para calentarse, el ruido de la lluvia que esta noche cae junto con el rumor de la corriente de los arroyos y poco más ¿verdad abuela?

Y ahora sí dijo ella:

- Quizá haya cogido madroños de los bosques, nueces de las nogueras que todavía crecen junto a las ruinas de los mil cortijos que derribaron por estas sierras, bellotas de las encinas y hasta puede que alguna trucha de las corrientes del río que tú has visto en sueño.

- ¿Pero estará solo?

- Puede que esté solo, pero eso le sucede a millones de personas en el mundo.

- Una noche como esta no es para vivir solo. Hay que compartirla con aquellas personas que se

quieren. Yo creo que lo más bonito de una noche como ésta es precisamente la compañía de las personas queridas y buenas. ¿Qué piensas tú?
- Que es así.

Y llegaron a su casa. La madre les estaba esperando y sobre la mesa tenía puesto unas botellas de licores con más turrón, almendras en dulce y mantecados. Ellas cogieron un poquito de algunas cosas y se sentaron en la mesa al calor del brasero. En la calle seguía cayendo la lluvia y ahora se oía las explosiones de los cohetes que tiraban las pandillas que recorrían el pueblo cantando y pidiendo el aguinaldo.
- Es curioso, ¿verdad abuela?
Dijo de pronto Aneluz.
- ¿Qué es curioso?
Preguntó la abuela.
- El ruido de esos cohetes y el canto de las pandillas en el centro del gran silencio de una noche como ésta y mientras llueve tanto.
La abuela dijo que resultaba un poco curioso, pero que eso no había sido siempre así en el pueblo.
- En otros tiempos las cosas eran muy distintas a como son ahora. Los jóvenes celebraban estas fiestas cantando y bebiendo, pero con un respeto y amor que ahora no existe. Las cosas han cambiado mucho de cuando yo era niña.

Cuando se fueron a la cama serían como las doce y media o la una de la noche. En la calle, sobre los campos y las montañas seguía cayendo la lluvia y ahora con más fuerza que por la tarde y la noche anterior. Aneluz le dijo a la abuela:
- Deja mi ventana abierta.

- Hace mucho frío.
- Arrópame bien abuela y deja mi ventana abierta.
Y la abuela le preguntó:
- ¿Por qué quieres que haga eso?
- Esta noche me apetece oír el rumor de la lluvia que cae. Me acuerdo ahora de ese hombre que debe vivir solo en la montaña y como puede que él la única compañía que tenga esta noche sea el rumor de la lluvia que cae, quiero darle compañía desde esta cama mía gozando con él la música de esta lluvia.
- Pero es una noche muy fría si dejo la ventana abierta puedes enfermar.
- No pasará nada, abuela. Deja la ventana abierta porque quiero oír la lluvia caer sobre las hojas del acebo y en el asfalto de la calle.

La abuela ya no discutió más con la nieta. Dejó la ventana abierta hasta la mitad y antes de retirarse ella misma se asomó a oír la música de esta lluvia. Notó que ciertamente era un gozo delicioso. La lluvia caía reciamente y además del rumor que desgranaba al romperse sobre las hojas del acebo y los álamos del río, brillaba sobre el cemento y el asfalto de la calle al darle la luz de las farolas del pueblo. Se oía también la corriente del río y el viento rompiéndose sobre las hojas de los árboles. La abuela pensó que ciertamente era un gozo delicioso oír este gran concierto de lluvia, viento y río en una noche como esta. Dejó la ventana abierta hasta la mitad y luego besó a la nieta. Le dio las buenas noches y se fue a su habitación.

La nieta se quedó dormida enseguida.

Durante unos minutos estuvo escuchando el rumor de la lluvia rompiéndose sobre las hojas de las plantas del jardín y aunque le agradaba mucho el sueño la venció. Se quedó dormida mientras en los anchos paisajes de la grandiosa sierra la noche era profunda oscuridad, goteo incesante de lluvia y rumor de limpias corrientes saltando por las laderas y los valles. A lo lejos se oía el ulular de algún cárabo y también el misterioso canto del autillo. Una noche hermosísima y por eso profundamente misteriosa. Como si desde el hondo silencio y soledad la noche y los campos fueran puertas abiertas a universos jamás soñados ni presentidos por la mente de los humanos.

El sueño de la niña y de la abuela

Al poco de quedarse dormida la niña comenzó a soñar. En su sueño vio las casas blancas de un pequeño pueblo recogido sobre la cumbre de un cerro. Por la parte alta pasaba una carretera y por ella avanzaba un coche blanco. Lo conducía un hombre que no pudo conocer porque nunca antes en su vida lo había visto. Pero era un hombre no muy mayor, iba solo y mientras conducía lloraba. Por las mejillas de su cara caían pequeñas gotas cristalinas y la expresión de su cara y ojos era de profunda tristeza. Siguió a coche con su ojos desde sus sueños y lo vio como avanzaba por la carretera que sube por el barranco de los pinares. Al llegar a la cumbre donde la carretera tienen tres ramales más vio que el coche se vino por el ramal de la derecha. Avanzó por la misma raspa de la cumbre y llegó hasta la hondonada de un río. Ahí vio que había dos pueblos más y luego vio que el

coche se apartó para la derecha y se vino hacia el rincón de un valle pequeño donde se alzaban unas sencillas casitas pegadas a las rocas. En la puerta de una de estas humildes casa había una muchacha muy hermosa, con dos trenzas de pelo negro, ojos color de la aguas del río, cara como teñida de miel y cera y sonrisa dulce, muy dulce. Jugaba con las aguas del río y al mismo tiempo cuidaba de un rebaño de ovejas de su propiedad. El río corría por allí mismo y sus aguas eran de color diamante. Vio en su sueño que este río tenía su nacimiento solo unos metros más arriba en una gran fuente remansada.

El coche se paró sobre un collado frente a las casitas y el hombre salió. Notó que era de estatura baja, calvo, cara algo redonda y delgado. Se vino para el lado derecho y subió a lo más alto de un puntal desde donde se divisaban las cuatro casas que se alzaban junto al río. Bajo una noguera se paró y sin dejar de llorar se puso a escribir en un cuaderno. Y como si allí mismo estuviera ella presente pudo descubrí lo que en escribió en la primera página. Leyó lo siguiente:

“DICEN QUE LO VIERON

poema para ser interpretado

Cayendo la tarde del verano viejo, con el imborrable recuerdo de mi sueño en la mente y el fino dolor arañándome en el alma, no encuentro forma exacta de escribir lo que necesito. Cayendo la tarde en mi rincón pequeño, en mi soledad y con la sombra de la pronta marcha a otro lugar del

planeta, busco una idea que con claridad y sencillez pueda decir lo que necesito y quiero.

Por las cumbres blancas
de la hierba verde
y rocas de plata,
entre las praderas
que el sol mudo baña,
dicen que lo vieron
aquella mañana.

Iba mudo y solo
rozando las ramas
de los viejos enebros
y pisando las veredas
que dejan los ciervos,
gozando y bebiendo
el silencio de escarcha,
el viento que subía
desde la cascada
y la rota sinfonía
de la tierra amada...”

De pronto Aneluz dejó de soñar. Su sueño se quedó sin vida y dejó de ver el paisaje de aquel río de aguas diamantinas, las casitas pegadas a las rocas, el hombre bajo la noguera verde y todo aquel hermoso y misterioso rincón. Siguió la noche avanzando y la lluvia cayendo. Por las calles del pueblo se iban y venían algunos grupos de jóvenes que a pesar de la lluvia celebraban la Navidad a su manera y según las costumbres del pueblo y que habían aprendido de sus mayores. Pero los mayores y estos mismos jóvenes decían que ya ni la Navidad era como en los tiempos pasados.

En cuento se despertó al día siguiente Aneluz llamó a su abuela. Vino esta enseguida y en cuento estuvo al lado de la cama donde dormía la niña le dijo:

- ¿Qué quieres hija mía?

- Quiero contarte el sueño que he tenido.

- ¿En qué has soñado?

A su manera y como pudo la niña le contó lo que recordaba del sueño y cuando terminó la abuela le dijo:

- Pues yo he soñado también con un hombre que se parece al que tú me dices, pero no estaba en ese río color diamante sino en un pueblo de casas blancas sobre una loma y entre olivos.

- ¿Y qué hacía o qué te dijo?

- No puedo precisar exactamente en qué lugar concreto estaba pero sí parecía un colegio grande. También este hombre estaba triste y creo recordar que lloraba. Se acercó a él una muchacha casi con todas las características de la que tú me has contado y después de saludarlo le dijo:

- "Ahora me iré y aunque no me olvidaré de ti nunca quizá ya para siempre estemos separados.

A lo que él contestó:

- Pero si te vas, si ya mis ojos no te van a ver más, yo me moriré.

- Si me mantienes en tu corazón y yo en el mío, seguiremos unidos en la región del espíritu y seguirá siendo igual que si todos los días me vieran tus ojos.

- Yo sé bien que no será igual porque ya estoy sintiendo dolor, mas nada puedo ni debo hacer para retenerte porque tú eres joven y tienes

muchos sueños, una buena familia que te quiere y mucha vida por delante y los paisajes que te rodean y donde naciste, son la antesala del cielo. Sería injusto si intentara ni siquiera pedirte que te quedaras”.

Pero él quiso decir algo más. Porque lo que ciertamente necesitaba decir era la verdad. Tenía la convicción que al decirle las cosas, mucho no se rompiera del modo que se intuía y por eso, todo iba a mejorar. Para él iba a ser la dicha y para ella... tenía casi claro que no lo iba a ser. La muchacha se le adelantó y como si intentara que el dolor no fuera tanto, dijo:
- “Todavía estaré unos días por el pueblo antes de irme a mi aldea y casa junto al río. Así que vendré a verte cada mañana hasta que me vaya.
- Sé que me servirá de consuelo. Durante unos cuantos días más todavía podrán verte mis ojos. Aunque sea sólo un instante me sentiré aliviado”.

Mas este era un remedio escaso. Bien que lo sabía. Salvaría lo suficiente y hasta podría ser el espacio cómodo para, en el momento oportuno, poder hablar y contar al fin lo que creía era de verdad único e importante. Pero la muchacha ya se fue, quedando que volvería al día siguiente.

Él se quedó solo y ya empezó a sentir la tristeza por su pérdida. Aquella noche en su cama se puso a meditar y recordó. A su mente acudieron los tres últimos meses, los tres últimos días, los nueve últimos años que fue cuando empezó a tenerla cerca y luego se remontó a la tarde aquella cuando jugaba junto al río, que fue

cuando la conoció. En su total soledad y ya honda tristeza en el alma quiso repasar cada minuto desde aquella tarde para acá hasta esta última tarde. Diecisiete años justos habían entre un momento y otro. Desde su primera comunión hasta su graduación en la universidad. Veintiún años tenía ella. Él quiso recordar todo este tiempo, pero no se fue tan lejos. Se vino al año en que ella llegó al colegio y a partir de ahí, empezó a repasar desde el pasado para el presente.

Cayó en la cuenta y la vio cuando aquella primera tarde comienzo de curso. Al azar y sin que supiera lo que había pasado, se encontró con ella aquella cuando buscaba a quien le pudiera echar una mano en el trabajo. Era domingo y se presentaban los alumnos. Tenía que vender libros, muchos libros, bosques enteros de libros, lápices y cuadernos porque en el colegio grande ya habían empezado las clases. Este era el trabajo que él ahora tenía en el gran circo del mundo. Digno como cualquier otro, pero no sencillo. Hoy, la abundancia de trabajo era tanta que tenía necesidad de una ayuda. Llegó al despacho y ella estaba allí. Sentada en el sillón como esperando que alguien le dijera algo y fue el director el que le pidió que se fuera con lo acompañara y le ayudara.

Aquella tarde, la siguiente y las otras, vendió libros como la mejor. Con total entrega y siempre amable. La sonrisa en sus labios y la alegría rebosándole eran los mejores espejos de sus almas. Lo que más fascinó a él desde el primer momento. “De lo que hay en el corazón habla la boca” y rebosa por los demás sentidos, recordaba.

Así fue a lo largo de todo el curso, al otro y al otro hasta que pasaron los siete años. Ya llegaba ella al final de su carrera, con todo aprobado, expediente académico brillante como pocos otros alumnos en su colegio y hasta con si título en la mano. Así fue como las cosas ahora estaban llenas de vida. Con hondas raíces en la materia y el espíritu. En la región del corazón, en el de él y no en el de la muchacha, palpitaba toda una vida. Corría el tiempo y sabía que un día llegaría el final. Tendría que decirle adiós y para este momento se preparaba en su interior. También se preparaba para el otro momento, el suyo propio. Intuía que en cualquier día le podría llegar el nuevo destino. En cualquier momento le podría llegar la orden de un nuevo destino y aunque en su espíritu se iba preparando, la carne siempre ha sido flaca y por eso sentía dolor. Además de otras grandes realidades, todas limpias, pero hondamente gratificante que tendría que dejar por aquí, sucedería que también se alejaría de ella para siempre.

Y en el día de hoy, ya en víspera de despedirla para siempre, no de su corazón,
pero sí de su vista, su duda era tan grande como su tristeza. Sentía miedo decirle a ella que la quería, que la tenía muy hondo en su corazón y que ahora se moriría si no la volvía a ver más. Pero no quiso herirla, es lo que se decía para sí. A pesar de sus años, su inteligencia, sus buenas cualidades para los estudios y el trabajo el mayor encanto que ella tenía era su inocencia. Su dulce y madura inocencia que era lo que le hacía realmente atractiva. Porque, además, su vida

estaba hondamente transcendida por un exquisito amor al Dios de su religión. Al Dios que le daba la vida, la exquisita armonía que veía en sus padres y la pura belleza que le reflejaban los campos donde tenía su cuna primera y su casa actual. Su hermosa sencillez madura y responsable se fundamentaba en su gran cariño a los principios religiosos que desde pequeña le habían inculcado y, entre tantos, su familia.

Si él ahora le decía, como realidad que pudiera retenerla más fácilmente junto a sí, que la quería ¿cómo reaccionaría ella y hasta dónde no se alejarían, de una forma total, sus vidas? Pero él, en su dolor y soledad, se decía a sí mismo que escribir esta historia y contar en ella en directo la realidad que casi estaba condenado a callar para siempre, podría servir para algo. En primer lugar para mientras la escribía desahogaba su corazón y así podría limpiar de tristeza, un poco, su alma. Y en segundo lugar, también podría servir para que ella, un día, supiera la gran verdad y realidad que había nacido y se mantenía en el más denso silencio.

Esto pensaba y meditaba en su silencio, con el recuerdo de la marcha de ella y como única salida para aliviar su pena. Él que tenía en su corazón la misma energía y tanto amor como el más joven, se acercó a la reflexión final porque el tiempo así lo estructuraba. Sólo quedaban tres días y ya sería el final total. En su meditación descubría que ella sí tenía clara y hasta aceptada, su salida. ¿Pero la suya?

Los días corrían con la velocidad del rayo y ella se marchaba. También él se marchaba porque así lo tenía escrito y la distancia material entre los dos comenzaría a ser grande. En ambos corazones se había aceptado que en la región de lo espiritual eternamente iban a permanecer unidos. Mas el silencio cubría otra realidad que ella nunca había llegado a descubrir ni saber. Pero la realidad más tremenda estaba precisamente en descubrir la gran verdad. ¿De qué modo se podrían arreglar las cosas para que lo de él no fuera una gran tragedia y lo de ella no resultara negativo para su vida? Podría perderla para siempre además de hundirla en la miseria moral.

Y entonces él soñó: en su sueño vio como una de las últimas mañanas que estuvo por el rincón, llegó y al saludarlo le dijo:
- Tú no estés triste porque yo todavía no me voy. Aun me quedan dos semanas
- Pero también este tiempo llegará a su final.
Dijo él.
- A pesar de ello ya te he dicho que yo no te voy a olvidar nunca. No te diré adiós para siempre sino hasta mañana.
- ¿Tú te has dado cuenta que estoy enamorado de ti?
- Lo sé y también sé de la dulzura que en tu corazón has querido elaborar para mí?
- ¿Y de qué modo arreglarías tú esto?
- No hay que arreglar nada. Tu comportamiento conmigo ha sido de lo más correcto y limpio.
- Pero entonces...
Murmuró él y ya no fue capaz de seguir.

En su sueño, aquella noche y cuando ella no estaba presente, tomó la resolución. Dejaría que cuando llegara el día ella se fuera. Hasta este día no le haría saber lo que sentía por ella. Tampoco se lo diría después. Dejaría que los acontecimiento los separaran para siempre en esta tierra como también así las cosas habían dando lugar a que se conocieran. Los acontecimientos que para él eran Dios, la había traído antes sus ojos y ahora se la llevaba. En su corazón y como ofrenda espiritual a ella, la dejaba para siempre limpia y hermosa. Separados en la tierra por las cosas de la tierra, pero unidos eternamente en la región de la inmortalidad. Esto soñó él y le pareció bueno aunque en su corazón el dolor seguía siendo el mismo.

El lunes por la mañana se presentó a su examen de coche. Durante varias semanas había luchado con la misma energía de siempre porque quería aprobar. Necesitaba aprobar, pero en las primeras horas de la mañana, suspendió. En cuanto dejó el coche vino a donde él y se lo dijo. Se echó a llorar y en estos momentos de su corazón sacó la otra tragedia que en su vida ahora se amontonaba. La del fracaso entre sus compañeras de colegio.
- Con todas he terminado peleada y ahora ni me puede ver.
Como de esto era la primera noticia que tenía él, preguntó:
- ¿Pero qué ha pasado?
- Son las envidias porque otra cosa yo no les he hecho. Siempre me comporté lo que mejor que pude con ellas. Tengo mejores amigas y amigos

fuera del colegio que entre las compañeras del internado. Y esto me duele. Termina el curso y me voy a mi casa con la sensación de fracaso total. Y te digo esto porque hasta el director me retira el saludo.

Ella esperaba, quizá más que nadie, que cuando ahora terminara sus estudios la llamarían para trabajar. No fue así y en cambio sí llamaron para las actividades de verano y azafatas a otras compañeras suyas y de su tierra. Los hechos aun abrieron más heridas en su afligida alma. Y él se preguntaba qué cosa podría hacer para levantar esta situación sin añadir más dolor y sentimiento de fracaso a su vida. Y, además, estaban sus padres, sus hermanos, su familia con la cual mantenía una sincera amistad con mucha más sinceridad por parte de ellos hacia él que lo contrario. Pero las cosas estaban así y el día final, el de su marcha a las tierras de las montañas altas, se acercaba. Quedaron que iría a llevarla para que así resultara más llevadero alejarse del rincón por donde ella había estado tanto tiempo y tenía tantas vivencias. También porque recogía las cosas del piso donde había vivido en los últimos días y necesitaba cómo llevarlas. Y otra razón era porque él quería sentirla y verla un poco más antes de que ya se quedara allí para siempre".

Al llegar a este punto la abuela guardó silencio. La niña le preguntó:

- ¿Todo lo que me has contado has visto y oído en tu sueño?

- Todo eso hija mía y te aseguro que ahora no puedo olvidar a ese hombre. La muchacha casi me

es indiferente pero el hombre me resultó extraño. Es como si pretendiera decirme algo porque necesitara ayuda.
- ¿Abuela qué puede significar tu sueño y mi sueño?
- No lo sé hija mía pero ahora duerme un poco más y cuando ya tenga encendido el fuego de la chimenea te levantas. Te prepararé un desayuno especial porque hoy es Navidad.
- Tengo ganas de ir a la sierra y recorrer los caminos que unos y otros me habéis dicho. Tengo ganas de encontrarme y conocer a ese hombre solitario de las montañas, a la muchacha que tú y yo hemos visto en sueño, al hombre de figura delgada y calvo y también me gustaría conocer el rincón del río por donde corre agua color diamante. También necesito estudiar los nombres de los sitios de la sierra y conocer cada uno de sus rincones. Ojalá ya fuera mayor para poder recorrer todas las montañas de estas sierras nuestras y así enterarme ya y conocer todas las cosas que unos y otros me contáis.

La abuela no respondió a las palabras de la nieta. Se apartó de la cama y salió de la habitación dispuesta a preparar la chimenea para encender el fuego y ponerse con el desayuno. Desde su cama la niña escuchaba el rumor de la lluvia que aun seguía cayendo. Repasaba en su mente el sueño que había tenido y los sitios que había visto. El río con aguas color diamante no se parecía en nada al que también en sueños había visto unas noches antes. Este río diamantino se encontraba en un valle entre las cumbres de unas sierras muy altas y el otro río, el del charco de arenas doradas ella

creía que corría por un hondo valle repleto de olivares, espesos pinares y muchos cortijos blancos por las laderas. Recordaba la niña esto y a su mente acudieron los títulos de los libros que se aprendió de memoria. Y en estos momentos recordó que aun había un libro cuyo título no sabía. Ya se le había olvidado casi todo. Ni siquiera recordaba los que había escrito su abuela y mucho menos recordaba ni en contenido ni el lugar donde debía encontrar cada uno de los libros. Por un momento sintió un poco de miedo. Para sí se dijo: “¿Qué me pasará si no soy capaz de cumplir con el encargo que ese hombre me ha hecho?”

Sintió como algo de miedo pero enseguida notó que esto de los libros y lo que detrás de cada uno de ellos y de las personas que al parecer estaban alrededor de estos libros no era para infundir miedo. Interiormente algo le decía que se trataba como de una misión. Como si ella hubiera venido a este mundo sólo para realizar una misión muy concreta y por eso todo lo demás tenía mucho menos importancia. Cogió el papel donde la abuela había dejado escrito la relación de libros y se puso a leerlo. Al leer “Ensueño de Cristal”, se le vino a la mente la imagen de un río. Era como si recordara que junto a estas palabras en su sueño ella hubiera leído algo relacionado con un río, pero que no se parecía a ninguno de los dos que había soñado. Se concentró pero fue inútil. No recordaba ni el nombre ni el sitio por donde podría encontrarse este río. Siguió leyendo y al llegar al libro treinta y cuatro también quiso recordar algo como un collado y una cueva. Repasó otra vez la

lista y luego la dejó sobre las tablas que hacían de repisa en la cabecera de su cama. Se sintió apenada.

Quiso llamar a la abuela y hablarle pero también desistió. Se quedó en la cama oyendo el rumor de la lluvia caer y mientras el día le iba llenando su habitación de luz mudamente se preguntó: "¿Quién será el hombre de la cueva, el de las lágrimas bajo la noguera junto al río diamantino y el que escribió los libros que debo encontrar para que la humanidad conozca el contenido que en ellos hay escrito? ¿Qué mensaje encerrarán estos libros y por qué el que los escribió no los publicó y puso en manos de todos lo que en sus páginas hay? ¿Por qué los has dejado escondidos en las montañas de estas sierras como si como si hubiera sido un rechazado de este mundo? ¿Quién sería esta persona y qué mensaje ha dejado en sus libros?"

Se dijo que cuando ahora la abuela la llamara para desayunar le iba a preguntar por los nombres de los ríos que surcan estas sierras. Le iba a preguntar por los nombres de estos ríos porque al menos cuatro de ellos para ella ya significaban mucho. Se dijo que el río que pasa por el centro de su pueblo dividiéndolo en dos por ahora no era importante pero los otros tres ríos, el del charco con arenas doradas, el de las aguas diamantinas y el que se relacionaba con el título de "Sueño de Cristal" sí le era urgente saber de ellos. Y se preguntó: "¿Donde estará escondido el primer libro y cuál será el mensaje que en él podré leer cuando lo encuentre?"

Esta y otras muchas preguntas se hacía la niña todavía en su cama y como estaba arropada, calentica y con cansancio, sin pretenderlo se volvió a dormir. Fue un sueño sin quererlo pero profundo y sereno. Entró la abuela en su habitación y al ver que se había quedado dormida no la siguió llamando. Dejó que durmiera y al poco por la mente de la niña empezaron a pasar las cosas como en una película. Se sumió en sueño dulce que se desarrolló de la siguiente manera:

Llamaron a la puerta de su casa. Desde su cama sintió ella los golpes y a la abuela exclamar:

- ¡Pasa que está abierta!

Alguien entró y al instante preguntó:

- ¿Está Aneluz?

- Todavía no se ha levantado pero entra que enseguida la llamo.

Respondió la abuela.

- Es que le traigo una cosa que me ha dado mi abuelo para ella.

Desde su habitación dijo Aneluz:

- Entra que estoy aquí. ¿Qué me traes?

La amiga de Aneluz, la que vivía en la parte baja del pueblo muy cerca de las aguas del río que corre chocolate entró. En las manos traía un pequeño paquetito liado en un papel de regalo y amarrado con una cinta de colores. Tenía una etiqueta pegada donde se podía leer “Feliz Navidad y que te sea útil”.

En cuanto estuvo junto a la cama de Aneluz la amiga alargó su mano y le entregó el pequeño paquete que tría. Llena de interés la niña lo cogió

al tiempo que preguntaba:
- ¿Qué es?
- Descúbrelo tú misma.
Leyó la felicitación y casi temblando de emoción se puso a desliar el paquete. Rompió la cinta, el papel que lo envolvía y ante sus ojos apareció la portada de un pequeño libro con una fotografía muy hermosa recortada sobre un fondo azul. Leyó emocionada el siguiente título: “El Último Edén”. Emocionada exclamó:
- ¡Es el primer libro!
La amiga la miró sin comprender y antes de que le preguntara Aneluz llamó a la abuela con el gozo y la urgencia de quien tiene algo muy importante que comunicar.
- ¡Abuela ven corriendo que tengo en mis manos el primer libro de la lista!
- ¿Qué libro?
Preguntó la abuela.
- El primero que aparece en la lista y que se titula “El Último Edén”.

Antes de que la abuela viniera la niña abrió las primeras páginas con la intención de ponerse a leer todo el contenido en ese mismo momento. Pero desde la otra estancia la abuela la llamó.
- Tengo el desayuno preparado. Levántate y que tu amiga desayune contigo.
- Voy enseguida abuela, pero es que mi amiga me ha traído un libro muy interesante. ¿Lo puedo leer ahora mismo?
Acudió la abuela y en cuento vio el libro que la niña tenía en sus manos se lo pidió y le dijo:
- Desayuna y luego nos ponemos a leerlo todas juntas.

Aneluz se levantó, se fue para la sala donde la lumbre ardía en la chimenea y junto al fuego se puso a desayunar sus tostadas de pan con aceite y zumo de naranja. La amiga se puso a su lado cogiendo un trozo de tostada con aceite y ajo y en unos minutos las dos habían terminado su comida.

- Ya estamos listas abuela.
- ¡Qué prisa tienes hoy!
- Es que el libro que me ha traído mi amiga me interesa mucho. Quiero conocer su contenido cuanto antes.

Dijo Aneluz acercándose a la mesa que había en el centro de la estancia y donde un brasero regalaba un agradable calorcito. De nuevo cogió el librito en sus manos y lo abrió al tiempo que le decía a la abuela:

- Parece una colección de fotos de los rincones más hermosos y apartados que hay en estas sierras ¿verdad abuela?

Miró la abuela el libro que tenía su nieta en las manos y eso era lo que ella descubría. Era una pequeña colección de fotos de paisajes, animales, flores, ríos, nieves y fuentes recogidas en los más diversos rincones de las sierras a las que pertenecía Aneluz. En la primera página pudieron leer lo siguiente:

"El Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas es un paraje donde se encierran extraordinarias bellezas. Poco a poco lo he ido recorriendo paso a paso por cumbres, valles, ríos, pantanos y arroyos. Fascinado fui descubriendo el espectáculo de naturaleza, paz y silencio latiendo bajo el manto blanco de la nieve en invierno, el

tapiz multicolor de las flores en la primavera, la alfombra pálidas de las hojas secas en otoño y el grisáceo y a la vez celeste cielo limpio del verano. Subyugado por la fuerza limpia que brota de estos paisajes he sentido mi espíritu empujado a irlos recogiendo tanto en fotos como en páginas escritas y planos. El pequeño libro que te presento a continuación recopila algunos trozos de los paisajes encontrados y gozados por mí en estos paseos. Intencionadamente ni he querido ordenarlos ni he buscado darles matices científicos. Los he puesto así, con la misma frescura que yo me los he encontrado y desde un punto de vista sencillamente estético los he observado y paladeado."

A continuación aparecía una bonita foto y en su parte inferior el siguiente texto:
"Al fondo barranco del Río Guadalentín, en el centro el arroyo de Guazalamanco y en primer plano la caída de la gran cascada de este arroyo. Estamos en la ladera sur del Pico Cabañas y es diciembre".
- Según vayamos ojeando las fotos me vas diciendo en qué parte de la sierra se encuentran los parajes que en ella veamos ¿vale abuela?
Dijo la niña a lo que la abuela respondió:
- Sí que vale, pero puede que algunos sitios no los reconozca.
- Es que me interesa porque tengo el presentimiento que este librito es el primer paso para comenzar la búsqueda de lo que tú ya sabes. Puede que encuentre pistas importantes que me sirvan para llegar a cada uno de los libros que debo encontrar para que las personas los

conozcan.
- De acuerdo, hija mía. Sigue pasando hojas y veremos qué encontramos o descubrimos.
Aneluz siguió y pasó la segunda hoja luego la siguiente y la siguiente. A parecieron más fotos acompañados de hermosos textos que fueron leyendo con mucho interés.
La niña dijo:
- Quizá en algunos de estos textos encontremos claves ocultas que pueden ayudarme mucho en el futuro.
- Puede que sí.

Confirmó la abuela. Luego la niña añadió:
- Te digo esto abuela porque recuerdo que para llegar a descubrir el siguiente libro que tengo apuntado en la lista que soñé tengo que encontrar la pista en el que en cada momento tenga en mis manos. Y hoy tengo en mis manos el primer libro de esa misteriosa colección. ¿Cómo es posible que mi amiga supiera que necesitaba este libro?
- Puede que tu amiga no lo supiera.
- ¿Entonces lo sabía la abuela de mi amiga?
- A lo mejor ella tampoco lo sabía.
- ¿Entonces?
- Tampoco lo sé yo.
- Abuela, en cuento tenga un rato voy a ir a la casa de mi amiga para preguntarle a su abuela algunas cosas que me interesa.
- Si deja de llover luego te vas con tu amiga y te quedas en su casa todo el rato que quieras.

Mientras comentaba con su abuela estas cosas Aneluz abría el libro, pasaba páginas, observaba con interés cada foto y leía con más

interés lo que junto a cada foto había escrito. Sencillos y bonitos textos que acompañaban a cada una de las fotos.

Después del sueño

Ya bien avanzada la mañana la abuela despertó a su nieta. Ya tenía el desayuno puesto sobre la mesa frente al fuego de la chimenea que ardía y su amiga sí estaba allí pero sin regalo ni libro ninguno. La amiga le pidió que se fuera con ella a su casa. La abuela las dejó y salieron a la calle. Seguía lloviendo pero salieron a la calle y subieron un poco en dirección a la fuente del caño limpio. Antes de llegar al final de la calle, a la izquierda suya apareció una puerta. Se pararon frente a ella, la abrieron y entraron. Las gallinas del pequeño corral las saludaron alegres y animadas. Era la hora de su comida y por eso la niña les roció un puñado de trigo y cebada por el suelo. Seguía lloviendo y por eso nadie pasaba por la calle. La calle estaba desierta. Solo acompañada y bañada por el pequeño manto de agua que desde la fuente bajaba cubriendo el asfalto en forma de río cristalino.

Aneluz dijo a su amiga:

- Son bonitas las fotos del libro que me has traído ¿verdad?
- ¿De qué libro hablas?
- ¿De qué me has regalado tú?
- Yo no te he regalado ningún libro.
- Sí que me lo has traído y viene de parte de tu abuela ¿En qué foto de las que hay en ese libro crees tú que puede estar la clave que necesito saber?

- Si tú no lo sabes yo tampoco. Esto para mí es muy complicado. Seguro que has soñado todo ¿Has visto algo que te llame la atención?
- Nada pero como lo tengo todo claro en mi mente lo repasaré y daré con ella. Esta misma noche lo haré. Ahora me quiero ir contigo a tu casa. Quiero hablar con tu abuela. Ella puede contarme cosas que a lo mejor me ayudan. ¿Sabes tú donde consiguió el librito que me has regalado?
- Ya te he dicho que no sé nada del librito que dices.
- Se lo quiero preguntar. Tengo que preguntarle muchas cosas a tu abuela.

Las niñas regresaron del corral de sus gallinas. Entraron a la casa y al acercarse a la abuela ésta les dijo:
- Sigue lloviendo y mucho. Las personas que han salido al campo a coger aceitunas se han tenido que volver con las manos vacías. La lluvia arrecia y los campos se están empapando.
- ¿Puedo irme con mi amiga a su casa?
Preguntó la niña.
- Llueve mucho y por eso no es un buen día para que andes dando vueltas por las calles del pueblo.
- Pero es que necesito hablar con su abuela.
- Creo que será mejor otro día. A lo mejor hoy vienen los primos del pueblo de la loma de los olivos y por eso debes quedarte en casa.
Aneluz dijo que lo que ella viera mejor y como la amiga sí quería irse a su casa cogió el paraguas y después de despedirse de las dos salió a la calle. Bajó por ella y en la zona más llana del pueblo torció para la derecha. Al poco llegó a su casa y enseguida le contó a la abuela lo que había vivido

en la casa de su amiga Aneluz.

La lluvia siguió cayendo y hasta parecía que cada vez con más fuerza. Cuando ya el día se inclinaba hacia la tarde y para la noche la lluvia arreciaba y caía sin parar. Las montañas al sur del pueblo de Aneluz, las que se alzan por el lado norte y las que se elevan al final del valle y son las más altas de toda la sierra estaban cubiertas de niebla. De espesas nubes bajas que descargaban gotas de lluvia hora tras hora. Por las laderas que se elevan desde las mismas casas del pueblo también revoloteaba la niebla y por eso los olivares quedaban perdidos como en un mundo fantástico. Según iba llegando la noche se levantó un poco de viento y el frío aumentó. Los primos que Aneluz esperaba no llegaron y esto le dejó un poco triste. Le hubiera gustado verlos para jugar con ellos y contarles cosas, pero no sucedió así. En la chimenea de la casa seguía ardiendo los troncos de olivos y la abuela iba y venía de acá para allá sin parar.

La luz del día se apagó y la sombra de la noche comenzó a extenderse por los campos y las calles del pueblo. El frío aumentó y las gotas de lluvia comenzaron a helarse. Caían sin parar pero ya en forma de nieve. Desde el balcón de su casa Aneluz estuvo un buen rato viendo como los campos se llenaban de sombras y en más de una ocasión quiso hablar con la abuela para preguntarle por las sensaciones que por su alma pasaban pero como eran muchas y muy variadas no sabía de qué forma preguntar. Sentía pero no comprendía y por eso dejó que el tiempo pasara

mientras comprobaba que la noche se cerraba más y más.

Iba a irse a su habitación cuando alguien llamó en la puerta de su casa. Miró a la abuela y le preguntó:
- ¿Quién será a estas horas?
- No lo sé, pero abre y que pase.
Se fue la niña para la puerta y la abrió. Ante ella se presentaba la figura de un hombre que conocía. Al verla la saludó y preguntó por la abuela.
- Está en la sala. Pasa.
El hombre entró al tiempo que llamaba a la abuela por su nombre. Ésta le contestó desde dentro y le invitaba a que entrara. Cuando el hombre estuvo en la sala cogió una silla y se sentó frente a la chimenea donde ardían los troncos de olivos. Aneluz se fue a su habitación. En la sala se quedaron solos abuela y el recién llegado. Lo miró la abuela y como notaba algo raro en la cara le preguntó:
- ¿Cómo te encuentras?
- ¿Qué quieres que te diga? Me encuentro mal, muy mal. No se me va la pena del alma y ya no sé qué hacer.
- ¿Rezas?
- ¿A quién le rezo yo abuela?
- A Dios. Al Creador del universo y de nuestras vidas.
- Al Dios que tú conoces y yo también desde pequeño ni siquiera puedo ya rezarle. Aunque le rezo a mi modo, pero sin esperanzas de que me ayude en esta tan honda desgracia mía. En más de una ocasión hasta he llegado a pensar que Dios me tiene dejado de su mano. No quiere nada

conmigo.

Guardó silencio la abuela durante unos segundos y luego le preguntó:
- ¿Por qué dices eso?
- Estoy en un callejón sin salida. Sin amigos, sin dinero ni siquiera para comprar pan, sin comprensión por parte de nadie, sin gusto por la vida que cada día me regalan, sin gusto ni por el cielo azul ni el canto de los pajarillos ni la lluvia ni el bosque ni las personas que me rodean. Me paso las horas encerrado en ese cuartucho que tú conoces solo y sin ganas ni de mirarme. De este modo ¿para qué quiero yo seguir viviendo tres día, dos meses o cuatro años más? Todos los sueños que he soñado se me han roto y lo que aun sigo soñando sé que es imposible. Estoy amargado. Soy el más desgraciado de los seres humanos porque ni tengo libertad ni puedo realizar el sueño que me duele en el alma ni tengo amigos ni me gusta lo que cada día tengo que vivir. ¡Qué desgraciado soy abuela qué desgraciado!

El recién llegado, de cara redonda, bajo de estatura, cuerpo delgado y de edad mediana se echó a llorar como un niño chico.
- Sé que ni tú ni nadie puede hacer nada por mí, pero me siento obligado a vivir el dolor que cada día bebo y contra ello me rebelo enfadándome con Dios.
- ¿Qué culpa puede tener Dios?
- Yo sé que él tiene en su poder todos los hilos de nuestras vidas y por eso puede darnos la muerte o quitarnos la vida o hacer que llueve sobre los campos o caiga nieve como esta noche de

Navidad. Dios puede lo que ninguno de nosotros podemos y por eso sé que me está obligando a vivir una cárcel, un dolor y una soledad que no amo ni deseo de ninguna manera. Tanto y tanto le he pedido y le pido que me alivie esta amargura y tantos días han pasado y sigue en su silencio y alejado de mí que me entran ganas de rebelarme contra él por lo duro que es conmigo. No puedo más abuela y sin embargo sé que tengo que seguir porque no tengo ninguna alternativa. No tengo ninguna posibilidad por más que mi soledad y amargura sea como el mismo infierno de dolorosa.

- Pero reza y espera.

- Ya te he dicho que no puedo ni rezar ni esperar más. Todo en mi vida es como un auténtico infierno y por eso me siento tan miserable y desgraciado. Cada día estoy más convencido que el Dios de los libros que me han mostrado unos y otros no es el que salva ni el que da la vida. Y porque he creído en este Dios es por lo que tengo la tragedia que tengo clavada en mis carnes. El Dios verdadero no es, no puede ser el de los libros ni el que predican tantos y tantos. Ese Dios destruye y el Creador del Universo y de la especie humana no puede destruir sino lo contrario.

Volvió a guardar silencio la abuela sin saber ni qué hacer ni qué decir para consolarle. También ella sabía que la tragedia del hombre era muy grande. Quizá la más grande de las tragedias humanas porque era un hombre sin esperanza y condenado a vivir en un mundo en el cual no estaba aunque estuviera en carne y hueso. Ya muchas veces ellos habían hablado de esta tragedia pero se daba cuenta que no podía hacer

nada. No estaba en sus manos ayudar a un ser humano en crisis de fe y con la vida destrozada precisamente por haber creído y seguido los consejos de los que predican a Dios.

Siguió la noche avanzando y el hombre salió y se fue a su casa. A su rincón pequeño donde en libertad vivía pero era obligado a vivir allí. Por eso el bonito rincón era una auténtica cárcel para él. Siguió cayendo nieve y en su hermosa casa Aneluz dormía plácidamente. Nevó sin parar a lo largo de toda la noche. Al amanecer los campos estaban tan cubiertos de nieve que ni se veían los olivos ni los bosques ni los álamos por las riberas del río. Amaneció un día muy hermoso pero también lleno de un gran silencio.

Cuando la abuela la llamó la niña se levantó y en cuento vio la gran nevada que había caído se dijo que hoy tampoco vendrían sus amigos del pueblo de la loma. Se levantó, cogió el libro que le habían regalado y se fue a la sala con su madre y la abuela. Desayunó con ellas y luego hablaron un poco de algunas de las fotos del libro. La abuela y la madre la dejaron sentada frente a la lumbre y se pusieron a arreglar la casa. Desde su ventana frente al río se veía un hermoso panorama todo vestido de blanco. Sobre los tejados de las casas, por las calles, las plazas, las riberas del río y las laderas de olivares al otro lado la gruesa capa de nieve dormía silenciosa. Aneluz la miraba sin cansarse y estudiaba las páginas del libro. Así se le pasó la mañana, la tarde y parte de la noche.

Por la mañana temprano del día siguiente a la

nevada se fue a casa de su amiga y allí se quedó con ella todo el día preguntándole cosas. No vinieron sus amigos ni ese día ni el siguiente ni en todos los días que duraron las vacaciones del colegio. Los esperó pero no vinieron y eso hizo que cuando empezó el colegio perdiera toda esperanza de que vinieran. Se resignó pensando que por fin algún día vinieran y la invitaran como tantas otras veces a irse de excursión por los rincones de la sierra. Ella ahora ya tenía más o menos claro por qué lugar de la sierra se irían. Por lo que le había dicho la abuela de la amiga en algunos de los ríos de aguas cristalinas que surcan estas sierras podría encontrar muchas cosas interesantes.

Un día ya casi al final del mes de marzo le preguntó a la abuela de su amiga:

- ¿Por dónde se encuentra el río Borosa?

Y la abuela de su amiga se lo explicó sobre un mapa de la sierra. Luego le preguntó ésta a la niña:

- ¿Te gustaría conocer este río?

- Me gustaría mucho conocerlo y recorrer todas las tierras de su cuenca.

- ¿Por qué?

- El título de uno de los libros que tengo en la lista creo que hace referencia a las aguas de un río muy limpio. En el libro que me has regalado hay unas fotos muy bellas del río Borosa. ¿No podrá estar por ahí este libro?

- Yo no lo sé hija mía.

- En cuanto pueda quiero irme por ese río y recorrerlo desde arriba abajo.

Esto le dijo Aneluz a la abuela de la niña y

esperaba que sus amigos vinieran para planear una excursión por esa zona de la sierra.

Pasó el tiempo. Llegaron las vacaciones en el colegio y a los pocos días llegaron los calores del verano. Sus amigos vinieron y a lo largo del verano organizaron varias excursiones por los que ellos creían eran los rincones más bellos de la sierra. Se encontraron con turistas, con guardas forestales, con muchos coches por las carreteras y pistas forestales y también con algunos pastores. Se bañaron en los ríos, en el Charco del Aceite por debajo del Pantano del Tranco, en la Piscina de Hornos, en la Peña del Olivar, en Amurjo, en el río Madera y también en el Guadalquivir por donde los campings y los turistas. Conocieron el río Borosa y subieron un día hasta el nacimiento del río Aguasmulas. El verano se fue terminando y sin que ellos se dieran cuenta se presentó el mes de septiembre y luego el mes de octubre, el comienzo del colegio otra vez y así avanzó el tiempo tan aprisa que enseguida llegó la Navidad, los Reyes Magos y otras vez el colegio.

Aneluz crecía y se llenaba de sabiduría con las cosas que leía en los libros del colegio, con lo que aprendía de las personas mayores que le rodeaban y con las excursiones que continuamente organizaba con sus amigos por todos los rincones y caminos de las gran sierra hoy Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas.

Después de las vacaciones de Navidad la abuela le dijo una tarde:
- Ahora sí ha llegado el momento de que sepas

algunas cosas.
- ¿Qué cosas?
Preguntó ella.
- Te las voy a contar en forma de cuentos y luego un día hablamos más despacio.
- Como tú quieras abuela. Yo escucharé con atención todas las historias que tú me cuentes y luego te preguntaré. Como me has dicho luego un día nos sentamos y despacio me aclaras todas las dudas que vaya teniendo ¿te parece abuela?
- Me parece que es lo mejor.
- Pues de acuerdo abuela.
Dijo la niña y aquella misma noche le contó un bello y largo relato.

A lo largo de todo el mes de enero, febrero y parte del mes de marzo la habuela fue contando a la niña algunos relatos más. Con mucho interés ella escuchaba cada día los cuentos que la abuela le iba narrando y en muchas ocasiones la interrumpía para preguntarle cosas que no entendía. La abuela casi nunca le dio más explicaciones que las que ya iban en los propios relatos. Por eso Aneluz de vez en cuando decía a su abuela:
- Lo que me cuentas es bonito pero yo no lo entiendo bien.
- Pues yo no sé explicártelo mejor.
Le decía la abuela para luego añadir a continuación:
- De todos modos en la vida real a veces las cosas son como en estos relatos has ido descubriendo.
- ¿Pero ocurrieron de verdad las historias que me has contado ?

- Las fantasías de los cuentos a veces se funden con la realidad de la vida y al revés: la realidad de la vida en muchas ocasiones se funden con las fantasías de los cuentos.
- Un día que tengas tiempo más despacio me tienes que explicar eso abuela.
- Te lo explicaré porque es bueno para ti.

Siguió corriendo el tiempo y llegó el verano. En el mes de agosto un día se presentó en la casa de la niña un amigo de la abuela que venía de uno de los pueblos de la loma. Le acompañaban algunos amigos de la niña mucho más jóvenes y en cuanto estuvo en la casa le propuso a la niña irse unos días de vacaciones. Era verano y como todo el mundo tenían que irse unos días de vacaciones.
- ¿Da dónde me llevarás?
Preguntó la niña.
- Junto al río Guadalquivir.
- ¿A ese sitio del Charco de la Pringue?
- A ese sitio. ¿Te gusta?
- Creo que me lo pasaré bien. Podré bañarme y jugar con la corriente del agua. Podré aprendes algunos de los caminos que por allí hay y también podré subir a las cumbres de algunas montañas. ¿Nos guiarás tú?
- Hasta donde pueda y sepa seguro que sí.
- Ya sabes que necesito conocer todos los rincones y secretos de estas sierras. Estas vacaciones junto al río y por donde el Charco de la Pringue seguro que van a servir de mucho.
Y se pusieron a preparar las cosas. A media mañana ya rodaban por la carretera que surca el gran valle de olivos rumbo al rincón del río

Guadalquivir. La niña y sus amigos iban contentos, muy contentos. El amigo de la abuela de la niña iba mucho más contento. Le parecía que aquella realidad era un puro sueño. En su corazón era feliz, muy feliz. Desde el momento que planearon esta excursión se propuso escribirla a su manera para que ha aventura no se olvidaran nunca. Y lo que resultó de aquel proyecto es lo que sigue a continuación.

EL GRAN SUEÑO DE ANELUZ

Pasó el verano, llegó el otoño, corrió el invierno con sus lluvias y nieves, apareció de nuevo el verano y así fueron transcurriendo los meses. En el pueblo de la niña las personas trajinaban con las tareas en los olivares, en los molinos de aceite, en las huertas y en las casas. La niña recibió la visita de sus amigos muchas veces y muchas veces en grupo se fueron por los caminos que surcan las montañas y valles de su grandiosas sierra. Subieron a las cumbres del Yelmo en los días de nieve y frío, recorrieron todos los rincones por donde el río Madera. En otoño cogieron setas por entre los pinares, las asaron en las ascuas de las lumbres que encendía al resguardo del viento y luego jugaban y corrían siguiendo las corrientes de los arroyos y las fuentes. Volvieron al Charco del Aceite tanto en el invierno como en primavera y en verano. Recorrieron todos los escondidos rincones del Arroyo de María, las cumbres de las grandiosa Sierra de las Villas, los manantiales por donde van naciendo los ríos y arroyos que surcan esta bonita sierra y por entre la hierba y flores de sus praderas

jugaron al amanecer y al atardecer. Por el rincón de la Peña del Olivar también fueron muchas veces y en las aguas limpias del amplio remanso se bañaron mil veces. Por entre los pinares de las laderas que coronan a este rincón caminaron siguiendo las viejas sendas y al fresco de las fuentes comieron sus tortillas de patatas y jugaron sus juegos. Por el río Borosa subieron mil veces y en sus charcos se bañaron, en las lagunas por donde el Manantial de Aguas Negras jugaron a coger peces y patos y por las crestas del Picón del Haza dejaron sus momentos de gozo y luz.

Por las noches la abuela seguía contando cuentos y vivencias de sus años de niña y jovencita. La madre de Aneluz se afanaba en las tareas de la casa, en las del huerto por donde la curva del río, en el cuidado de la niña y de la abuela, en las de sus gallinas y otras cosas. Algún día la abuela enfermaba por culpa de los resfriados en el otoño y el invierno y luego de guardar cama un par de día volvía a su actividad de siempre. La abuela de Aneluz era como los robles de las sierras que le dieron cuna: sana, fuerte y con mucha vida en sus venas y alma.

Siguió transcurriendo el tiempo y Aneluz se hacía toda una hermosa jovencita. Su pelo rubio caía como en cascadas adornando el rosa de sus mejillas y la tez de su fina cara brillaba como las puras aguas de las fuentes de sus montañas. Se hacía toda una mujer y además de aprender las ciencias de los libros y las cosas que le iban mostrando los mayores siguió creciendo en inquietud por las cosas bellas y misteriosas que le

mostraban los bosque y ríos de sus montañas. No se borraba de su mente la imagen del hombre que tantas veces había visto en sueños y del cual la abuela también le había hablado tantas veces. Una lluviosa noche de otoño mientras dormía en la dulce cama de su casa tuvo un nuevo sueño. Volvió soñar con el hombre que tan ligado estaba a su vida desde antes incluso de nacer. Y en su sueño vio lo que sigue a continuación.

El bosque se abría antes sus ojos y cubría todas las laderas y valles que caían de las cumbres. Se vio caminando por una vieja senda que nunca antes había pisado y al fondo se oía el rumor de las aguas de un río. El campo estaba algo verde pero como era otoño las hojas de los robles y de los álamos junto a las riveras de los arroyos y ríos se mecían mostrando tonos naranjas y ocre. Toda la vegetación de la sierra mostraba el rostro del otoño y era un rostro muy bello. Hondamente bello y misterioso. A lo lejos y caminando por sendas que nunca ella había pisado vio la figura del hombre que conocía porque lo había visto muchas veces en sus sueños. Quiso aligerar el paso y llamarlo para encontrarse con él pero algo le impedía moverse lo aprisa que ella necesitaba y quería. Se paró en una curva de la senda que recorría y se puso a observarlo. Sus ojos empezaron verlo como si estuviera presente en la escena, sus oídos podían percibir todas las palabras y sonidos y su corazón y alma experimentaba las sensaciones con la frescura e intensidad de lo realmente vivo y palpitante. Como si lo estuviera viviendo de verdad en el tiempo y espacio. En sueño así es como se viven las cosas.

Sin fronteras de materia ni de tiempo, ni de frío ni de calor. Todo es y existe en la dimensión de las sensaciones y a veces con más fuerza y realidad que la misma vida.

1- Era otoño y el cielo estaba mojado

Iba solo y meditando y a ratos se paraba para mirar a las nieblas que por el arroyo subían. Como en un sueño, por el carril que del pueblo desciende y luego remonta por el arroyo, le pareció ver que se acercaba ella. De regreso de casa de sus amigas y montada en la bicicleta. Cruza el remanso pequeño que desde el lado del sol de la mañana dulce y limpio corre. Al encontrarse con él por donde el roble viejo se para y le dice:

- Voy para el molino viejo donde ahora vivo con mis amigos y amigas. Si quieres puedes acompañarme y así llenas un poco la vida de ese gozo que tanto sueñas.

Se sintió bien y al mirarla más se llenó de dicha.

- Me invitas con tanto amor que quiero irme contigo. ¡La tarde es tan bonita! ¡Es tan hermosa la sierra, con tantos rumor de arroyuelos y tanta luz bendita que nada puede completarla mejor que sentir tu compañía.

Y siguió avanzando por el carril que por el arroyo ahora subía en busca de las ruinas del viejo molino. Se puso a su lado y caminando despacio avanzó sin pronunciar más palabras. Le sobraba todo porque con solo sentir allí su presencia tenía el Universo entero. Dieron la curva con el carril de tierra que pegado a las aguas subía y al frente

apareció la ruinas del viejo molino. Al frente saltaba la cascada, más al frente la loma se extendía y al fondo del todo coronaba la montaña abrazada por las nieblas que quedamente se movían. Al ver el escenario preguntó:

- ¿Aquí vives ahora?

- Aquí vivo ahora. Te invito a que te quedes unos días. Es hermoso el rincón. Es grandiosa la cascada que por el arroyo salta limpia y la sierra ¿qué me dices de la sierra?

- ¿La sierra? ¡Qué bonita!

Y sintió en su corazón como un fuego dulce achicharrando que empapaba de honda dicha. Dentro de su corazón sintió y notó que tenía el Universo entero en forma de beso dando el amor y la vida. Era ella y el arroyo, el molino viejo, las nieblas que subían y la tarde de otoño que regalaba cielo y eternidad bendita. Se le vio bajar por la senda y no era mortal sino sueño que en amor se deshacía. ¡Qué hermosa ella y la sierra, qué bonita! ¿El sueño? Mucho más dulce que la más hermosa y dulce realidad.

2- Por la senda

que lleva a las higueras al amanecer se le ve caminando. Desde el lado de las ruinas del molino y en la dirección que corren las aguas del arroyo. Es otoño y la mañana es fresca. Con el cielo cubierto de nubes negras al lado norte y por las crestas de las cumbres las nieblas revolotean. Baja avanzando sin prisa y entre la espesura de los robles y las zarzas se pierde su figura. Al poco se le ve de nuevo por el clarillo de las encinas. Se

acerca a las higueras que aun crecen al borde del arroyo y frente a sus ramas se para.

Las higueras ya tienen sus higos maduros. Es otoño y aunque han llegado las primeras lluvias en las ramas de las higueras los higos están maduros. También ya han madurado las uvas de las parras que por entre las ramas de los robles y las zarzas del arroyo se enredan llenas de fuerza. Están maduras las manzanas de los tres manzanos que crecen pegado a las ruinas del molino, las ciruelas que cuelgan de las ramas de los cinco ciruelos clavados al borde de la acequia, los membrillos y las nueces de gran nogal. Es otoño y por eso los frutos de los viejos árboles que llenaron las tierras llanas junto al molino están maduros. Los higos en las ramas de las higueras están más maduros que otros frutos.

En la mañana hermosa del otoño recién llegado se le ve subirse a la higuera y coger los higos de sus ramas. Se le ve arrancarlos con sus manos y después de quitarle la piel se los come. Hay tantos y todos tan maduros y gordos que va cogiendo solo los mejores. Se llena los bolsillos y al poco se le ve retirarse de la higuera y del nogal. Por la senda que sube surcando la solana se le ve remontar. Lleva sus bolsillos llenos de higos y en su mente lleva el amor por la tierra y la belleza que el recién llegado otoño le regala. Corona al collado y al volcar para el lado del nacimiento se le ve pararse. Se sienta sobre la piedra blanca y frente al valle por donde al fondo nace el río diamantino se queda contemplando. Al fondo es donde nace el dulce río diamantino y a la izquierda y abajo es por

donde se hunde su corriente hasta fundirse con el arroyo del molino. El barranco es misterioso y repleto de vegetación. La senda sube desde lo hondo siguiendo el curso del río diamantino y otro ramal se va cañón abajo en busca del roble milenario. Junto a la senda y por encima de las juntas, a la mitad y frente a la cueva del agua, se alza el blanco humilde cortijo.

Por la puerta del cortijo juega ella. La amada de su corazón y la que es más dulce que el más dulce sueño. Juega entretenida con el chorrillo que brota en la fuente y parece como si esperara. La sierra entera está vestida con el mejor traje y como es otoño huela a tierra húmeda. Se le ve sentado en la piedra del collado y mientras avanza la mañana se le ve mirando para la profunda sierra por donde nace el río diamantino. No se ve pero en su corazón le arde el fuego del amor. Gusta la dulce belleza que le regala su amada jugando por la puerta del humilde cortijo y gusta el misterio de los paisajes por donde nace el río. El cielo sigue cubierto de nubes negras que amenazan lluvia. Las primeras lluvias del otoño que regarán los campos para que la hierba brote y los paisajes se vistan con el mejor traje para la gala más hermosa. La sierra, ¡qué bonita!

3- El vientecillo que el otoño

viene regalando ya es frío. Según va llegando la mañana el viento es más fresquito que en los meses pasados y conforme el día se abre el frío es menos. Han caído las primeras lluvias del otoño y por el eso ha refrescado. Según avanza el

día las nubes se espesan en el cielo y al caer las tardes casi todos los días llueve. Las tormentas del otoño ya han llegado. La tierra se ha regado y por eso huele a humedad y las hojas de los árboles se han lavado. Brillan con un verde puro y limpio y el azul del cielo parece más azul que en los meses que han pasado.

Desde el collado de la piedra se le ve moverse campo a través. Sigue remontando el cerrillo que le queda por la izquierda y al poco ante él aparece la carretera. La que desde el río diamantino atraviesa las llanuras, recorre la cumbre y luego desciende para el valle de embalse grande. Según avanzan va observando las obras que en los últimos tiempos han hecho en la carretera. La están arreglando para quitarle curvas y ensancharla y por eso, cuando el trazado de la carretera pasa por la ladera norte de la cumbre, ha roto media montaña. En la pura roca de la montaña han tajado una trinchera y por ahí van metiendo la carretera. Conoce el cerro y conoce la carretera y sabe bien que por ahí ha pasado y sigue pasando la persona que tanto ama. Por la carretera ha pasado y sigue pasando y por eso sabe a gloria aunque ahora no esté.

Se le ve caminar campo a través y corona el cerro que le viene quedando por el lado izquierdo. Comprueba que por donde estuvieron los bancales donde sembraba el trigo, las patatas y el maíz ahora han rozado el monte y crecen espesos los pinares. Casi no reconoce la tierra de tan cambiada como está. Remonta a lo más alto del cerrillo y frente al sol de la tarde que va

cayendo vuelve a pararse. Mira y observa despacio la ladera de la izquierda y la que cae para el lado del río diamantino. Las ovejas y las cabras pastaban por esta ladera y ahora solo hay en ella pinos y más pinos. Romeros, sabinas, enebros, más romeros, algunas carrascas y muchos pinos. El vientecillo que corre trae ya enganchado en él los primeros fríos del otoño y el olor a tierra mojada. Su corazón la sueña y como se siente solo y la quiere sobre la cumbre de la tierra que ama la añora. Todo habla y todo grita menos su amada que guarda silencio. Su corazón la sueña y el perfume que viene trayendo el otoño huele intensamente a ella. La sierra mana su silencio y se muestra hermosa. Limpiamente hermosa con el cielo tapizado de nubes otoñales, la tierra mojada, el viento fresco con olor a pasto recién mojado y el bosque brilla limpio. La sierra se muestra hermosa y vientecillo que el otoño viene regalando ya reparte los primeros besos de las nieves del invierno.

4- Según la tarde

llegaba a su fin el cielo se fue nublando. Espesas nubes negras que amenazaban lluvias. Y con las primeras sombras de la noche las lluvias llegaron. En gotas menudas que por entre la oscuridad de la noche y las nieblas que fueron cubriendo barrancos y laderas comenzaron a mojar la tierra, las hojas del bosque, las rocas de la laderas y el polvo de los caminos. Mudamente y sin violencia las gotas menudas caían y a demás de mojar el campo y las ramas de los árboles también empezaron a empaparlo.

Y según la tarde iba cayendo y dando paso a las primeras sombras de la noche desde su collado fue observando lo que la naturaleza en ese momento le iba regalando. Se dio cuenta que la noche se cerraba en una densa oscuridad y lluvia espesa y por eso empezó a moverse para el lado de la ladera. Para el lado que salta el río diamantino para escaparse de la honda sierra. Se movió para este lado y a prisa empezó a buscar un refugio para guarecerse y pasar la noche. Por el lado de la ladera, entre el arroyo que baja de la tiná de piedra y la ladera que caía para el río diamantino sabía él que estaba la cueva. Una pequeña covacha abierta bajo las placas de las rocas que caían desde la cumbre. Se vino para este lado y antes de llegar se encontró con la torrentera. El camino daba una curva para salvar la torrentera y por el surco de un arroyuelo caía una veredilla de animales para acortar terreno. Se dijo que si seguía el trazado del camino iba a tardar casi media hora en llegar a la cueva y como la noche se cerraba y la lluvia arreciaba pensó que podría descender por la sendilla del arroyuelo y así encontrar la cueva antes de la oscuridad total.

Se asoma a la torrentera y sin pensarlo dos veces se echa por ella y desciende a la velocidad del rayo. Apunto está de salir rodando por lo mucho que ya el terreno mojado resbalaba pero se agarra a las matas de romero y en unos minutos está otra vez en el camino cuando ya éste vuelve de la curva que traza para salvar la torrentera. Unos metros más abajo estaba la cueva. En ella se refugia cuando ya la oscuridad

de la noche es casi total y la lluvia cae con toda fuerza. Del barranco por donde se despeña el río diamantino sube las nieblas y por las cumbres que le corona crujen los truenos de la tormenta. Es una tormenta de otoño. Las primeras tormentas del otoño que dejan lluvias sobre la sierra. Por eso la sierra huele a tierra mojada y el viento corre frío. En el hueco de la cueva se acurruca y mientras la noche avanza y la lluvia cae su alma se embelesa herida por el rumor de las gotas cayendo y la densa oscuridad. Su pensamiento se concentra en ella y de nuevo siente su ausencia. Sabe que no la tiene lejos y que pertenece al espectáculo de la lluvia y las sombras de la noche, pero está solo. A pesar de ello siente que todo es muy hermoso. La lluvia, la oscuridad de la noche, su cuerpo mojado, el calor de la cueva, la soledad del campo, el canto del cárabo, todo es muy hermoso y sabe a Dios y a inmortalidad.

5- Estuvo lloviendo toda la noche

Sin viento ninguno pero sí con grandes relámpagos y muchos truenos. La tierra se empapó de agua y los arroyos que caen por la ladera en busca del río diamantino comenzaron a bajar cada vez más repletos. A lo largo de toda la noche, una extraña y hermosa noche de otoño en pleno corazón de la sierra, llovió sin parar y los arroyos corrieron. No se oía otro sonido que el de las gotas cayendo sobre las hojas del bosque, rompiéndose contra las rocas de la ladera y golpeando en los charcos formados en el terreno y los arroyos.

Al amanecer se abrieron las nubes y

cuando el sol empezó a salir iluminó de una forma especial los paisajes empapados de lluvia y repletos de nieblas. Desde la cueva donde se ha refugiado, sin levantarse siquiera puede ver el precioso fenómeno del mágico amanecer. Tumbado en el suelo de la cueva y un poco inclinado hacia el barranco por donde salta el río diamantino abre sus ojos y observa. Por entre el peñasco que tapa un poco la entrada de la cueva y las ramas del majuelo que se agarran a las grietas del peñasco. Por entre esta abertura se puede ver la profundidad del gran barranco, el surco por donde se despeña el río, la ladera al otro lado del río, la cumbre que corona algo más lejos y el reluciente bosque lavado por la lluvia.

No se levanta enseguida. Durante un largo rato está observando sin prisa la preciosa luz que le regala el nuevo día y los tonos con que se engalanan los paisajes. Y la luz, los primeros rayos del sol, son realmente mágicos. Llegan desde el lado de las nubes espesas que cubren el cielo y por encima de la cumbre al frente del río diamantino. Y llegan como si también los rayos del sol comenzaran a encenderse. Con ese tono rojo oro que tienen las llamas de una lumbre cuando empiezan a formarse. Luz tenue que suavemente ilumina y más parece la caricia de un hada que otra cosa. Por eso las ramas de los árboles y las nieblas revoloteando por entre estos árboles, las laderas y los peñascos de las laderas parecen arder en un fuego que es oro y al mismo tiempo humedad, nieblas, verdes de bosques y pasto mojado. Nunca en su vida ha gozado de un amanecer tan hermoso y limpio. Nunca en su vida

ha tenido la dicha de despertarse refugiado en una cueva en el corazón de la gran sierra y después de una noche de tormenta en los primeros días del otoño. Para sí se dice: “Con esta lluvia y el sol que el nuevo día le regala a la sierra los guíscanos no tardarán en salir. Este otoño seguro que será un buen año de guíscanos”. La recuerda y a su modo reza una oración por ella y le regala el hermoso espectáculo que la naturaleza le regala a él al llegar el nuevo día.

6- Cuando ya el sol calienta

alzado sobre la mitad del cielo entre el amanecer y el medio día sale de la cueva. Camina un trecho y bajaba en busca del huerto. En las tierras llanas a orillas del arroyo que algo más abajo se entrega al río diamantino se extiende el huerto. Un buen rozo de tierra fértil mezclada con estiércol de oveja y regada con el agua cristalina del arroyo. La explanada se muestra repleta de hermosas y frescas hortalizas, árboles frutales, zarzas en las acequias y espesas sombras de nogueras. En la tierra llana de la explanada del huerto las tomateras se estiran repletas de bueno tomates. Muchos ya están maduros. Al sol limpio de la mañana fresca de otoño los tomates maduros brillas vestidos de rojo sangre y jugo. Las tomateras este año están dando una buena cosecha.

Busca sin prisa y coge tres o cuatro de los más maduros y gordos. Con las primeras horas del día y después de la tormenta los tomates de huerto saben a gloria. Los abre con su navaja y a trozos

de los va comiendo. Saben a gloria y a esencia serrana porque han sido regados con el agua limpia de los manantiales de estas sierras y en la tierras mejores. El sol del verano y el del otoño que está llegando los ha madurado sanos y jugosos. De los almendros que por la ladera caen y casi arropan a las tomateras coge un puñado de almendras. Las parte en la piedra de la acequia y se las come. Ya están casi maduras. También están bien maduras las moras de las zarzas al borde de las acequias, las uvas de las parras y los higos. De todo coge un poco y va llenando su mochila.

Por el lado norte de la cumbre que corona pastan las ovejas. No son las ovejas de la que en su corazón acurruca pero como si lo fueran. Son las ovejas que en blancos rebaños pastan por las tierras de estas montañas y eso le basta. Sube por el lado de los olivos y busca la cumbre de la montaña. Quiere encontrarse con el pastor para saludarlo y quedarse con él un largo rato. Quiere hablar con el pastor de las cosas de la sierra, de la lluvia que han dejado las tormentas, de los otros pastores de la sierra, de ella y del buen otoño que este año se presenta. Las ovejas pastan por la ladera norte por donde los calares y los voladeros y más al lado norte se abre el collado de las encinas milenarias. Para ese lado va el rebaño y él quiere coronar a lo más alto de la cumbre para ver si encuentra el pastor y luego irse por el otro lado al encuentro del rebaño. Cuando caiga la tarde bajará por las tierras del collado en busca del segundo arroyo que se una al río diamantino por encima del huerto y la cueva. Son tierras que

conoce y por eso sabe que están preñadas de ella, de sus juegos, sus sueños y sus sonrisas. Son tierras muy hermosas y esta mañana de otoño limpio aun son más hermosas que otros días. Su alma es feliz y gusta la dulce pureza que le regalan los campos.

7- El lado sur de la montaña

está cubierto por un espeso bosque de gruesas encinas. Encinas milenarias que al duro sol del medio día y a las fuertes lluvias y vientos han ido modelando su tronco. En otros tiempos por aquí sí pensaron plantar pinos y arrancar estas encinas. Nadie supo ni nadie sabe hoy en día por qué milagro estas encinas no fueron arrancadas. Pero se salvaron de aquel expolio y la ladera sigue luciendo su precioso bosque de viejas encinas con el orgullo de lo que es propio y pertenece a la realidad de estas sierras.

Por entre la espesura de este gran bosque de encinas se mete y poco a poco va remontando en busca de la cumbre. No lleva senda. Camina campo a través y esto hace que a cada paso se tropiece con los troncos secos de las encinas que ya dejaron de vivir de una forma natural. Grueso y añejos troncos que han quedado tumbados por la ladera y enganchados entre los peñascos y las otras encinas. Algunos ya están medio podridos. Otros se empiezan a podrir ahora y muchos ya solo son trozos de ramas y astillas que van rodando por la ladera y se apilan allí donde el terreno es propicio. Salta por encima de estos troncos, sortea las matas de carrascas y

sabina y sigue subiendo. A estas horas de la mañana el paisaje que ante sus ojos se abre es muy hermoso. Por el cielo solo se van algunos retazos de nubes sueltas que han quedado de la tormenta. Por el terreno las sombras repletas de humedad y fresco preludian un magnífico día de otoño y por la ladera que remonta y la cumbre que le corona todo está como en suspense. Como si empezara a despertar y al verlo que sube la naturaleza entera lo observara expectante.

A estas horas de la mañana no hay más ruidos o sonidos que el trino de algún pajarillo que a su paso levanta vuelo, el rumor del agua del río saltando por lo hondo del barranco, los graznidos de algún cuervo que revolotea por la ladera de las ovejas y lo demás todo es honda paz. Parece como si el mismo día que se va desperezando lo hiciera de puntillas para no herir la quietud que la tormenta ha sembrado sobre los campos. A lo lejos y por el lado sur se adivinan las sierras por donde tiene su nacimiento el grandioso río diamantino. Por ese primer valle repleto de alamedas y manantiales la adivina a ella. Como en un sueño muy hermoso tejido por la propia naturaleza y la misteriosa luz que el nuevo día viene regalando.

8- Sobre la mitad de la ladera,

en el claro del bosque, brota la fuente. Bajo la roca blanca y por entre las raíces de la noguera, los juncos y las zarzas. Por entre la grita de la roca sale el caño de agua y enseguida se despeña por el pequeño arroyuelo que cae ladera abajo por entre el bosque hacia el río diamantino.

A un lado y otro del venero crecen las zarzas. Y las zarzas en esta fresca mañana que es preludio del otoño están repletas de moras ya maduras. Hermosos racimos de moras verdes algunas, otras, algo rojas y muchas ya bien maduras. Son tantas que con solo pararse y empezar a coger las manos se llenas en tres minutos. Las zarzas están bien regadas por el agua que mana bajo la roca y como la ladera mira casi de frente al sol de la mañana, del medio día y de la tarde las moras han madurado repletas de dulce sabor.

Por la sendilla que los animales han hecho para ir a beber a la fuente se acerca al manantial. Y según se aproxima hasta sus oídos llega el rumor de la cristalina corriente. Se para frente a los borbotones, se agacha y bebe. Lava sus manos y sobre la piedra que junto al venero hay se sienta. Quiere descansar un rato. La subida a la cumbre es dura y la cuesta larga. Quiere respirar el puro aire que sube desde el barranco y al mismo tiempo gozar de la hermosa visión que desde este lugar se ofrece hacia la gran sierra. Pone sus codos sobre las rodillas y con sus manos se coge la cara. Cierra los ojos y al momento en su mente se fraguan las imágenes.

La ve subiendo por la senda y frente a las robustas figuras de las montañas se para. Lo mira y le dice:

- ¡Fíjate cuántos colores tiene hoy la sierra!

Y al concentrarse en lo que le dice se da cuenta que las montañas, todas las laderas de las montañas a un lado y otro del río, brillan como ascuas encendidas. Y los colores de las ascuas

tienen todos los tonos. Son de color rojo sangre, de color oro viejo, de color verde bosque recién lavado por las lluvias, de color fuego, amarillo primavera y también plateado.

- Nunca vi tantos colores en las tierras de estas montañas. ¿Qué ha sucedido?

Le pregunta a ella.

- No lo sé pero lo mismo que tú estoy viendo un espectáculo tan bonito que ni siquiera parecen las mismas montañas de siempre. ¿Quieres coger un puñado de estos colores?

- Me gustaría cogerlos todos y llevármelos conmigo. Son tan bonitos que me fascina como el sueño más bello. Me gustaría saber quién los pone ante mis ojos.

Pero lo que más llenaba su alma y era gozo en su corazón era la presencia de ella. Estaba allí mismo: ante sus ojos, tocando los mil colores que brotaban de las montañas y pronunciando sus palabras. Ella era mucho más bella que toda la sierra junta y la sierra era bella precisamente porque ella estaba allí y el la amaba en lo más hondo de su corazón.

9- Desde la cumbre

que domina media sierra. Junto al tronco retorcido del roble milenario se para. Frente al sol de la mañana que aun viene a media altura entre el horizonte y el medio día. A la izquierda le queda la gran caldera por donde el rebaño de ovejas avanza hacia el collado, al frente el sol que viene alzándose por entre nubes y nieblas y a la derecha le queda la gran hondonada también repleta de nieblas, brillantes rallos de sol y la cristalina

corriente del río diamantino. Por este lado de la derecha la ladera se desmorona. Desde lo más elevado de la cumbre la ladera cae en picado y el cerro se desmorona en mil trozos blancos que ruedan hacia lo hondo del río. La ladera por este lado apenas tiene vegetación. Solo algunos robles milenarios, unas pocas carrascas, un puñado de alerces enganchados a las grietas de las rocas y majoletos.

Del lado del collado para donde avanza el rebaño de ovejas sopla el viento. Un viento fresco con olor a tierra mojada y con fuerza. Y el viento al quebrarse contra las rocas del filo de la cumbre se queja con un lamento agudo y lastimero. Como si estuviera enfadado por no se sabe qué razón y quisiera llevarse a la montaña por delante. La montaña también se queja. Al romperse el viento contra las rocas del filo de la cumbre y los robles milenarios la montaña cruje y para el lado de la derecha las piedras ruedan. En un tropel ensordecedor las astillas de rocas saltan y desde la misma cumbre ruedan ladera abajo hacia el barranco por donde corre el río. Y el viento sopla con más fuerza desde el lado norte que es por donde avanza el rebaño de ovejas y sigue estrellándose contra el filo de la cumbre que tiene antes sus ojos. Desde este mismo filo de la cumbre la montaña se deshace y en un bloque grande se desploma para la ladera de la derecha. De nuevo ruedan las piedras rotas en mil pedazos y media ladera cae para el surco del río diamantino.

Desde el tronco del roble milenario

observa detenido frente el misterioso sol que se alza entre nieblas y desde las profundidades de la sierra. Las nubes pasan por la cresta de la cumbre a la velocidad del rayo empujadas por el fuerte viento. Absorto contempla es espectáculo que le está regalando este tan extraño día que va llegando y aunque quiera hablar no encuentra las palabras. Nunca en su vida ha visto una montaña desmoronarse como ahora en estos momentos. Y comprueba que se desmorona de verdad. En grandes y asombrosas avalanchas de tierra, piedras y monte que caen estrepitosamente para el barranco del río. Los quejidos del viento, la gaseosa masa de nubes en forma de niebla, la luz del sol llegando tamizada por entre estas nieblas y la altura de la montaña asombran de tan hermosa y a la vez terrorífica. Su corazón no tiene miedo. Sólo tiene asombro y un hondo regusto a cielo y eternidad. Siente como si en el centro de este grandioso espectáculo estuviera el Dios en el que cree sin titubeos y también la presencia de la persona que ama. En estos momentos la recuerda y como sabe que no está lejos le manda un abrazo. Desde su corazón le regala el grandioso escenario con tan bonito y singular amanecer. En el fondo es hermosísimo todo lo que sus ojos están descubriendo desde la altura de esta cumbre. Quisiera dar voces y llamarla para que se presentara y viera. Quisiera compartir con ella este momento y espectáculo. Quisiera que gustara lo que él gusta en este instante. Está convencido que sería muy feliz por lo grandioso que es lo que está viendo con sus ojos y gustando con su espíritu.

10- La mañana se abre llena de luz y color

En el cielo no hay ni una nube. Quieto el viento, la naturaleza como sumida en un mágico sueño y el recién llegado otoño pasando como de puntillas. A lo largo de todo el mes de agosto y septiembre ha soñado el momento del comienzo de curso. Como tantos otros años atrás al comenzar el curso se encontrará con ella y volverá a compartir las sencillas cosas que cada día la vida le regala. Ha soñado el día primero de comienzo de curso con verdadera pasión.

Al atardecer del día veintinueve recibe un mensaje en su pequeño teléfono móvil. “Hola. Cuándo es tu cumpleaños? Sé que es en sep y kiero felicitarte, tb regalart algo. El 30 voy a la ciudad xa kedarme. A ver si kdmos. Tngo mucho que contar”. Con ilusión y dolor lee el mensaje. Decide no responder. Algo más tarde recibe una llamada. Al descubrir de quien viene tampoco la contesta. Ya entrada la noche vuelve a recibir otra llamada. No responde. Su alma está llena de un dolor extraño algo mezclado con odio, amor y desesperación. Lo que más ha amado en su vida sigue en la distancia y a la vez llenándole el corazón de un amargo dolor.

11- Ya corre el mes de octubre.

Las lluvias han caído, los campos se van cubriendo de fina hierba y el frío va tiñendo de naranja las hojas de los robles y los álamos del río. Las higueras se empiezan a quedar sin hojas y las nogueras muestran sus frutos maduros. Al amanecer todos los días se oyen los graznidos del

cernícalo y los de los cuervos. La sierra se presenta llena de belleza y asombro como tantos otros otoños. Este es un otoño más para él pero distinto y con un dolor único. Huela a musgo, a bellotas maduras, a setas y a tierra húmeda. Su pensamiento está fijo en ella. La adivina ahora ya por las calles de la ciudad camino de la universidad y con sus libros bajo el brazo. Piensa que podría ser hermoso ir a su encuentro y abrazarla. Sueña que podría ser muy hermoso y gratificante y por eso lo necesita.

Pero el mes de octubre avanza y al igual que el mes de agosto y septiembre sigue solo en el centro de la grandiosa sierra que tanto ama. Sin más compañía que el limpio viento que cada hora Dios le regala, la luz tenue del sol otoñal y la profunda quietud de las horas pasando. Como si la humanidad entera no existiera para él. Como si el mundo de los humanos, las ciudades con sus calles, los coches, las escuelas y todo cuando los humanos han logrado construir sobre el planeta tierra no existiera en absoluto. Como si lo único que existiera fuera el verde del bosque de la grandiosa sierra que ama, el rumor de los arroyuelos, el canto de los pájaros, la luz del sol, el fresco viento del otoño y la pura hierba creciendo en las praderas.

12- Ya corren los primeros días de noviembre

De los castaños que crecen en la umbría ha cogido un buen puñado de castañas. En las ascuas de la lumbre que arde en su refugio las asa y luego se las come. Están buenas. Saben a gloria aunque

sea triste comerlas en tanta soledad. La recuerda y en algunos momentos piensa que podría ir a verla y de paso llevarle una buena bolsa de castañas. Ha cogido tantas que lo mismo que otros años un día de estos podría ir a llevarle castañas. Sería muy hermoso.

Ya ha pasado más de un mes desde que comenzó el curso en la universidad donde estudia. No la ha llamado ni ella ha vuelto a llamar. Es doloroso, muy doloroso pero puede soportarlo aunque tenga que llorar un días detrás de otro. En algunos momentos sueña que le toca la lotería. Muchos millones y con ellos se compra una casa en uno de los rincones más bellos de esta sierra. Sueña que se compra un bonito coche y también sueña que le regala a ella muchas cosas. Para que sea feliz y porque la ama mucho. Sueña este sueño en algunos momentos y lo celebra porque al fin es libre. Por fin ha podido escapar de la cárcel que le regalaron los que conoció. Por fin se ha podido liberar de ellas y de sus extrañas reglas y forma de vida. Este sueña en algunos momentos y luego despierta. Nada es real excepto su dolor, su soledad, la ausencia de ella y su desgraciado signo.

13- Sobre las cumbres más altas

las nieves caen. Desde los barrancos suben las nieblas y las nubes cruzan veloces por entre los pinares. Ha llegado el frío. Desde su rincón entre las rocas y en lo más alto de la montaña sus ojos ven el espectáculo. Se le cuela hasta lo más hondo del alma y en ocasiones tiene

ganas de llorar. En otros momentos por sus venas corren como hilillo de un extraño gozo. Sabe y así lo capta que a pesar del frío por las nieves y las lluvias es muy hermosa la visión del invierno en estas sierras. Tan hermosa y profunda que sabe a inmortalidad y sueño eterno.

Por el lado de sol de la tarde las nieblas se espesan. Cumbre al pequeño valle por donde nace el río diamantino. Y por entre las nieblas, de las casas blancas en el verde valle del río diamantino, se escapa el humo. Sabe que en estas sierras es el momento de la matanza. Los habitantes de las blancas casas por el valle del río diamantino ya se afanan en las tareas de la matanza. Involucrada en estas tareas está ella junto a los suyos. La adivina y la sueña. Hasta él parece llegar el olor a matanza. El fresco vientecillo que sube desde los barrancos parece venir impregnado del olor que se escapa de las matanzas en las blancas casas del valle.

Por entre los pinares crecen los últimos níscalos de la temporada. Al caer la tarde los ha estado buscando y por la noche los asa en las ascuas de la lumbre que ha encendido. Solo con un poco de aceite de oliva y unos granos de sal. Tal como los pastores de estas sierras se lo han dado a comer tantas veces. Y los níscalos asados en las brasas de la lumbre que ha encendido en el refugio que le cobija saben a gloria. Están buenos de verdad porque son alimentos sanos y frescos. Mientras se los va comiendo los acompaña con un puñado de bellotas que también ha cogido de las encinas por donde brota la fuente. Son bellotas

dulces como castañas y ahora que ya se han secado un poco están buenas. Como verdaderos trozos de jamón. Los "guíscanos" también saben a jamón y a momentos hermosos vividos con los pastores de estas sierras. También con ella y los que a ella les quieren tanto. Los níscalos son como trozos de vida saboreados a conciencia porque ellos transmiten el más puro de los placeres. Los tiene grabados en lo más fino de su alma y en su soledad lo goza. Un sentimiento con regusto a tristeza y a felicidad sincera.

Cae la noche y mientras duerme pegado a las brasas de la lumbre la recuerda. La sueña y reza por ella y aunque tiene la sensación que la tiene cerca es como si ya la sintiera perdida para siempre. Incluso hasta dentro de la eternidad que a lo largo de su vida ha venido soñando. La tiene cerca y ni siquiera sabe si respira o sueña. A lo largo de la noche llueve sin parar. Sopla el viento y de las ramas de los pinos caen las gotas de lluvia. Es un espectáculo muy hermoso y por eso en todo momento la recuerda. Lo que más le gustaría y lo que más feliz le haría sería sentirla cerca o al menos oírla y verla. Pero sabe que este es el más imposible de todos los sueños. La lluvia cae sin parar y el viento sopla. Es como el mejor y más delicados de todos los conciertos en el planeta tierra. Se le cuela hasta lo más hondo del alma y mientras transcurre la noche a ratos duerme y a ratos se recrea en el rumor de la lluvia y el susurro del viento. Una vez más gusta y goza las limpias y misteriosas sensaciones que transmite la lluvia cayendo sobre el bosque en la oscuridad de la noche. Es un placer único y más

cuando se experimenta en la soledad que en estos momentos le envuelve. Le gustaría poder compartir con ella este mágico y extraordinario mundo. Es lo que más le gustaría de todo.

Al amanecer se asoma al barranco por el lado del sol de la tarde. A los lejos, por entre nieblas y pinares, se ven las aguas del gran pantano. El azul pantano que se remansa en el que fue el valle más bello y amplio de todas estas sierras. Sobre las laderas que rebosan por el lado sur se ve la pequeña aldea de casas blancas. La conoce bien y por eso se recrea contemplándola. Conoce cada rinconcito de esta aldea, cada casa, cada puerta de cada casa, las personas que en ella vivieron y viven aún y hasta los olores y el frío que por aquí la naturaleza regala. Al otro lado del pantano y sobre la ladera de enfrente se ven las blancas casas de otra aldea. Es más grande que la primera y por eso en ella viven más personas, hay más coches, antenas de televisión en los tejados y más caminos que llegan y salen en todas las direcciones. Desde la aldea primera y más pequeña en la umbría frente al pantano los ve salir. Los ve caminando por la vieja vereda que atraviesa los bosques y hasta los oye charlar. Tres se van por la trocha y desciende con prisa. Una muchacha se va sola por el camino principal que da más vuelta y un joven se queda atrás.
- Llegaré antes que vosotros.
Les dice a los que ya caminan por la trocha.
- No sé cómo lo conseguirás si te has quedado detrás de nosotros.
Le responden los que baja por la trocha.
- Ya lo veréis.

Y el joven se mueve para el lado de la tarde. Busca las rocas que sobre el cerro se clavan y por donde la subida es posible asciende. El que lo está viendo desde las cumbres de enfrente sabe que el joven pretende saltar desde las rocas y lanzarse al vacío. Sabe que abrirá sus brazos e intentará volar como si fuera un pájaro. Sabe que querrá cruzar los bosque de la ladera, las aguas del pantano que cubre al gran valle y aterrizar por donde las casas de la aldea en la solana. Sabe que esto es lo que desea y quiere y en estos momentos se le viene a la mente el recuerdo de los sueños que tantas veces tuvo. Como ese joven mil noches soñó que desde las cumbre más altas de estas sierras saltaba y al modo en que lo hacen las águilas volaba surcando los montes, valles y arroyos de estas sierras. Un hermoso y misterioso sueño que se le repitió millones de veces en los años que pisaba las veredas de estas sierras. Era cuando estaba lleno de energía y por eso creía que el cariño que sentía por estas sierras le liberaría y le llevaría a la libertad que veía en sus sueños. Transcurrido el tiempo nada fue como sus sueños se lo habían pintado. Ahora lo sabe bien y por eso, una vez más, llora a pesar de la hermosura que la naturaleza le regala en el nuevo amanecer. Sabe que el joven que ha subido a las rocas del monte no podrá volar según sus sueños le han dicho pero aun así la sensación mucho más placentera que si todo se hiciera real.

Los caminos que bajan desde la aldea de la umbría y los que suben por la solana de enfrente están cubiertos de nieve. Pisando esta nieve y

recorriendo estos caminos baja la muchacha que ha salido de la aldea. Se pierde por entre los pinares hacia las azules aguas del pantano que cubre al valle. Observa despacio y en todo momento cree que está soñando. Que no es real lo que sus ojos ven y menos aun lo que experimente en el alma. Las nieblas suben desde los barrancos y las nubes se abren dejando ver trozos de cielo azul y puro. El sol ilumina los paisajes y la quietud y soledad acentúa el hondo brillo que los paisajes emiten. Es como un sueño. Como el más sentido y delicado de los sueños.

14 La tierra está empapada

Ha llovido tanto a lo largo de todo el mes de noviembre
y en los primeros días de diciembre que la tierra está por completo empapada. Corren los arroyos llenos casi por completo y de las peñas en las laderas de las montañas chorrean hilos de agua por todos sitios. En la mañana ya mediado de diciembre se le ve metido en su meditación frente a los paisajes. Otra anoche más se la ha pasado sin parar de llover y cuando ahora el día derrama su luz por los campos verdes y empapados sus ojos se recrean en el limpio espectáculo. Desde la cumbre donde se refugia como en un intento de hacerse naturaleza y luz con las sierras que tanto ama deja que su alma goce del día nublado la tierra húmeda.

Por las veredas que atraviesan la sierra van los rebaños de ovejas. Rebaños que llegan desde las llanuras por encima del río diamantino y

desde el valle de las aldeas. Conoce estos rebaños y conoce los pastores que los van guiando. Son sus amigos desde aquellos días en que ella jugaba junto a las aguas de cristalino río. Sabe que es la época de la trashumancia. Los pastores descienden con sus rebaños desde las altas cumbres para llevarlos a las tierras bajas donde invernaran. Las nieves ya cubren casi por completo y por eso bajan a las tierras más calidad. Es la época de la trashumancia y por eso las viejas sendas de la sierra se llenan de balidos de ovejas y ladridos de perros. Desde su rincón frente al mundo y al calor de sus sueños goza el hermoso y gris día que le viene regalando el mes de diciembre sin dejar de recordarla. En su corazón late el mismo dolor, el mismo gozo y el mismo sueño de hace tres meses y de hace un año. Y aunque todo se presenta como un grandioso paraíso a sus ojos la vida para él casi no tiene sentido en esta tan interminable ausencia y espera.

15- Como en un abrir

y cerrar de ojos en su sueño Aneluz ve como pasa el tiempo. Corre todo el invierno con sus lluvias, sus días de frío y nieve, los arroyos repletos de aguas, los árboles desnudos de hojas y la naturaleza como parada para siempre. Sobre el cerro lo ve una y otra vez y hasta comprueba que por momentos estás triste, por momentos camina de acá para allá como si buscara algo y por momentos se sienta bajo las rocas y mira hacia la gran profundidad del valle.

Corre todo el mes de enero, febrero y marzo y cuando ya la primavera está a punto de explotar, puede por fin recorrer todos los caminos que van por estas sierras y llegar a su lado. Como si lo conociera de toda la vida y como si el gran sueño no fuera sueño sino realidad concreta se acerca a él y después de saludarlo le dice:

- Me parece como si te conociera desde toda la vida. Desde siempre. Te he visto solo recorriendo estos montes y mi corazón se ha llenado de miedo al mismo tiempo que de gozo y paz. ¿Quién eres?

La mira despacio y como si también la conociera de toda la vida le dice:

- Ahora mismo estoy aquí y hasta me puedes tocar. Sé que necesitas saber quién soy pero en dos palabras no puedo explicarlo. Ya ves que estoy viejo. He vivido mucho y por eso sería muy largo de contar. Para que supieras quien soy tendrías que saber todos los detalles desde mis años de niños, de joven y luego de mayor.

- Quizá me lo puedas contar y a ti te guste pero lo primero que me interesa es saber por qué estás aquí y de dónde has venido.

- Vengo de una ciudad grande junto a dos ríos también grandes, al lado del sol de la tarde, por donde se derraman las montañas y el valle se abre ancho. Me he escapado de una gran casa, misteriosa y triste donde me encerraron.

- ¿Quién te encerró?

- Yo mismo. Desde niño empecé a perseguir un sueño y en un momento concreto de mi vida unas personas me dijeron que siguiendo un camino especial llegaría a realizar mi sueño. Me lo creí y me fui por ese camino. Pasaron los años y mi alma se empezó a llenar de dolor y tristeza. Descubrí

que siguiendo ese camino que me habían dicho no solo no alcanzaba a realizar mi sueño sino que no lo alcanzaría nunca. Ni siquiera después de la muerte. Porque creo en otra vida. Ya te he dicho que pasado los años, con un gran dolor en mi alma y triste, llegué a la casa de la que ahora me he escapado para venirme a estas montañas.
- ¿Y por qué te has venido a estas montañas?
- Es en estas montañas donde encontré un día la única cosa bella que han visto mis ojos desde que vivo y la única bocanada de vida que he tenido a lo largo de mis muchos años.
- ¿Es el sueño que dices soñaste desde niño?
- Lo es.
- ¿Y cuál es tu sueño?
- Nunca tuve a nadie que me quisiera y lo necesité mucho. Siempre apetecí la libertad y nunca fui libre. Lo que más me gusta de todas las cosas que hay obre el Planeta tierra son los bosques, los ríos, los arroyos, los prados tapizados de hierba, las nubes cubriendo a las cumbres de las montañas, el silencio después de la lluvia sobre los campos y el canto de los pájaros. Esto es lo que más me gusta porque es la esencia del sueño que desde niño llevo dentro de mí. Y un día lo encontré en los paisajes que ahora mismo tengo antes mis ojos. Aquí encontré además un rincón único donde nace un río también único en un pequeño valle único en el Planeta Tierra y ahí mismo encontré a una criatura humana que se me metió en el alma y se apoderó de mi vida. Desde el día que la conocí ya no he podido vivir ni un solo minuto sin pensar en ella.

Me regaló muchos días llenos de paz,

amor limpísimo y pureza. La empecé a amar y cuando quise darme cuenta la amaba mucho más que a mi propia vida. Un día me alejaron de esta criatura y del rincón donde nació y vivo. Sentí la muerte correr por mis venas y desde entonces, aunque sigo vivo y ando de acá para allá, no soy yo ni tengo vida en este suelo. Hace mucho que no la veo y más tiempo hace que no sé nada de ella. No pudiendo aguantar más en la extraña casa que ya te dije antes fui encarcelado me he escapado y me he venido a estas montañas. Quiero vida. Quiero vivir abrazando y besando el sueño que me arde dentro del alma.

Guarda silencio. La niña sigue a su lado sintiendo en su interior una paz muy dulce. Como si lo conociera de toda la vida y en el fondo intuyera que necesita de ella para vivir y llegar al gozo que anhela. Le pregunta:
- ¿Puedo ayudarte para que llegues a ella?
- No lo sé.
- Quisiera poder hacerlo.
- Es lo que más deseo y necesito, pero en el fondo sé que es por completo imposible.
- Si pudieras verla y tuvieras la oportunidad de hablar ¿te sentiría liberado?
- Seguro que sí.
- ¿Tienes hijos?
- No estoy casado. Ya te he dicho que mi sueño me ha llevado a una realidad muy extraña sobre este suelo. A la más desafortunada de todas las realidades sobre este suelo.
- Siento pena de ti. Quisiera ayudarte. Tengo necesidad de ayudarte. Aunque no te conozco de nada ya te quiero. Debes saber que yo también

persigo a un sueño. Desde hace mucho sueño contigo y ni siquiera sé por qué aunque presiento que es algo hermoso. ¿Tú has escritos libros?
- Tengo muchos libros escritos.
- ¿Y qué cuentas en ellos?
- Lo que antes ya te he dicho.

Guardó silencio y la niña también. Cayó la tarde de aquel día y al llegar la noche se cubrió el cielo de nubes. Poco después comenzó a llover y a lo largo de toda la noche llovió sin parar. Él prendió fuego a unas ramas secas que había amontonado dentro de la pequeña cueva abierta en la roca de la montaña y junto a sus llamas estuvieron un buen rato. Nada dijo él y tampoco dijo nada la niña. Siguió cayendo la lluvia y con la densidad de la oscuridad de la noche y el rumor de las gotas cayendo sobre el bosque se quedó dormido sobre la tierra de la cueva. Junto a él se tumbó la niña y en poco rato también se durmió.

Cuando la niña despertó al día siguiente enseguida lo buscó. No estaba. La lumbre se había apagado, fuera de la cueva seguía lloviendo y por el cielo avanzaban las densas y negras nubes. Descubrió ella que amanecía un día un tanto extraño y misterioso repleto también de una muy extraña belleza. No hacía frío. La primavera estaba presente y por eso los campos reventaban de verde. La hierba cubría todas las laderas y valles de la sierra y en su ramitas y las flores que ya se habrían temblaban las brillantes gotas de la recién caída lluvia. La niña se siento un poco perdida. Quiso llamarlo pero no lo hizo. Se levantó y al mirar para el lado derecho en una repisa de las

rocas que formaban la covacha vio un papel. Lo cogió y enseguida descubrió que era para ella. Antes de irse le había dejado un mensaje escrito. Extendió el papel y leyó lo siguiente:

"Me he marchado y lo siento porque no quería dejarte sola. Me ha gustado mucho conocerte y el haber pasado un rato a tu lado. En realidad te quiero. Eres muy importante en el sueño que en el alma me arde. Sé que necesitabas saber más cosas de mí. Te lo hubiera contado todo y con mucho gusto. Tengo verdadera necesidad de contar a las personas la historia de mi vida y mis sentimientos. Me voy sin despedirme de ti y lo siento. Quizá algún día nos volvamos a ver. Te dejo este escrito para despedirme de ti y para decirte que mires en el hueco que hay al fondo de la cueva. Ahí te he dejado un regalo para. Es lo único que podía darte y lo mejor. En el fondo a nadie más en este mundo podía dar este regalo sino a ti. Tú eres la afortunada. Tengo certeza que sabrás lo que tienes que hacer. Un abrazo y te quiero. Nos encontraremos algún día".

En busca del tesoro soñado

Aneluz se despierta. Está en la habitación de su casa junto al río que corre agua color chocolate. No se levanta. Se queda en la cama tal como ha despertado y por unos instantes medita lo que acaba de soñar una vez más. No llama a la abuela. No habla con nadie. Medita lo que acaba de soñar y al poco se levanta. Desayuna y como es ya casi mediado de abril y además Semana Santa, a su casa llegan los primos y el amigo

desde el pueblo de la loma de los olivos. Los saluda y al momento les dice:
- Prepararos porque hoy vamos a emprender una larga excursión.
Les preguntan:
- Una excursión ¿a dónde?
Le responde:
- A un rincón de estas sierras donde no hemos ido nunca.
- ¿Lo conoces?
- No lo conozco pero sí sé dónde está.
- ¿Qué hay en ese lugar?
- Además de mucha belleza por los grandes bosques de pinos laricios que ahí crecen, hay un arroyo con una cristalina corriente, un río que le dicen el río diamantino y luego un gran monte. En lo alto de este monte hay una pequeña cueva en las rocas y dentro de esa cueva hay un tesoro escondido. En esta ocasión sí sé dónde se esconde el tesoro y por eso quiero cogerlo en mis manos cuanto antes.
- ¿Qué clase de tesoro es ese y por qué lo sabes?
- Hoy mismo vamos a ir a lugar y lo veréis con vuestros propios ojos.

Los primos y amigo de la niña le hacen caso. La madre y la abuela les preparan unos bocadillos y sobre las diez de la mañana se ponen en movimiento impulsados por lo que Aneluz les ha anunciado. Bajan por la calle, cruzan por delante de la puerta de la iglesia, tuercen a la derecha, suben por la carretera, cruzan los olivares, atraviesan el primer puente sobre el río que corre agua color chocolate, enristran por la recta hacia el pueblo blanco en el centro del valle y

en cuanto lo cruzan giran a la izquierda. Remontan la cuesta por donde la carretera traza una vez y otra curvas muy cerradas, rozan las casas del pueblo sobre las rocas frente a las aguas del pantano, siguen remontando por la empinada y larga ladera hacia la cumbre y al llegar al puerto de la Cumbre, donde las vertientes se dividen hacia el río Guadalquivir y el río Segura, giran un poco para la izquierda. Siguen bajando y al poco se vienen otra vez para la derecha. Los pinares se espesan y los barrancos se abren cada vez más pronunciados y hondo. Uno de los primos por tercera o cuarta vez pregunta:

- ¿A dónde nos llevas?

Aneluz responde:

- Sé a dónde os llevo. Tened un poco de paciencia y no tardaréis e verlo.

En un pequeño rellano junto a la carretera asfaltada dejan el coche. Preparan las mochilas con los bocadillos y algunas cosas más que les ha incluido la abuela y se ponen en marcha. Siguiendo un carril de tierra bajan hasta el arroyo. Por el arroyo que nace un poco más arriba por donde el Puerto de la Cumbre hoy corre un buen chorro de agua cristalina. Es primavera y ya casi mediado de abril pero las lluvias siguen cayendo sobre los bosques y montañas de las sierras que les pertenecen. Lleva ya dos o tres días sin parar de llover y hoy, aunque el cielo está casi despejado de nubes y azul brillante como un mar purísimo, hoy también puede llover. A lo largo de la noche pasada ha llovido mucho. Cuando ellos se disponen a cruzar el arroyo no llueve aunque sobre el horizonte sí aparecen algunas nubes

blancas y negras. Como grandes vellones de algodón que destacan hermosamente sobre el purísimo azul del cielo que les corona. Hoy puede llover porque en este mes de abril siempre hay tormentas sobre las sierras que les pertenecen. Puede llover y aunque ellos vienen un poco preparados por si esto ocurre las tormentas siempre son imprevisibles.

Frente a la corriente del cristalino arroyo se sitúan para cruzarlo. Buscan por donde pueda resultar más fácil y encuentra un tramo donde la corriente se ensancha algo. Hay unas piedras gordas y saltando de una a otra piensan que lograrán conseguirlo. El primero en intentarlo es el amigo de los primos y de la niña. Es el mayor y el que se cree con más experiencias en cosas de montañas y demás. La niña se ha puesto en medio de la cola que se enfrenta a las piedras para saltar al otro lado de la corriente. Lo va a intentar el amigo mayor cuando justo en este momento Aneluz mira hacia la cumbre al otro lado del arroyo. Por donde se eleva el monte que tienen que escalar para llegar a la cueva que buscan. Atravesando la colina y desde el lado norte para el poniente descubre un rebaño de ovejas. Hasta ella llega el sonido de sus cencerros y el balido de los animales. Mira Aneluz concentrada y enseguida descubre que detrás del rebaño va una mujer. Es una pastora y hasta llega a distinguir que es una muchacha. Alta, delgada y seguida de un par de perros careas.

- Mirad es la pastora que conozco. El otro día me hablaron de ella.

Exclama Aneluz un poco excitada.
- ¿Qué pastora es esa?
Pregunta el amigo de los primos y de ella.
- La que yo conozco y tengo necesidad de encontrarme con ella. Llamadla y decirle que nos espere. Es la pastora del valle por donde nace el río diamantino. No hace mucho me han hablado de ella.
- ¿Pero quién es esa pastora?
- Una muchacha muy guapa que tiene el pelo negro y ha estudiado para maestra en un colegio de la loma de los olivos. Decidle que nos espere. Quiero verla porque necesito preguntarle algunas cosas.
El amigo mayor da un par de voces pero con el ruido de la corriente del arroyo y la lejanía la pastora no las oye. Sigue detrás del rebaño de ovejas y en unos minutos rebaño y pastora se pierden al otro lado del monte.
- Tenemos que encontrarla. Vamos a cruzar rápido y rodeamos por este lado de la montaña haber si la vemos por ahí antes de que se aleje más.
Sigue indicando la niña.

El amigo mayor intenta saltar por las piedras para cruzar al otro lado de la corriente pero empieza a comprobar que no es tan fácil como parecía. La corriente es grande, se ensancha mucho y las piedras además de estar mojadas y por eso resbalan como las ovas, están bastante separadas. Empieza a darse cuenta que ni dando un buen salto podría alcanzar la piedra gorda que hay en el centro de la corriente. Y si la alcanzara con toda seguridad que al pisar en ella se

resbalaría e iría al agua sin remedio. Piensa en la niña y en los amigos más pequeños. A ellos les va a costar mucho más saltar por estas piedras para cruzar la corriente del arroyo. Se mueve de acá para allá mirando y evaluando todas las posibilidades y al final dice:
- No podremos cruzar la corriente de este arroyo saltando por estas piedras. Lo veo muy complicado.
Algo preocupada la niña pregunta:
- ¿Entonces qué hacemos?
Le responde el amigo:
- Vamos a buscar a ver si encontramos algún sitio por donde se estreche el arroyo.
- ¿Y si buscamos un buen tronco seco y lo ponemos sobre las aguas en forma de puente?
Pregunta uno de los primos.
- También podría salvarnos pero tiene que ser un tronco largo y gordo. Como no haya por aquí algún pino seco que se haya caído será difícil.

La niña y los primos miran para un lado y otro buscando lo que necesitan y cerca de ellos no ven nada.
- Vamos a extendernos un poco por estos alrededores y por entre el bosque a ver si lo encontramos.
- Venga vamos.
Anima el amigo mayor.
Desde la corriente del arroyo se mueven para un lado y otro buscando un viejo tronco de pino que les pueda servir. Comprueban que los pinos que por aquí crecen son de la especia laricios. Árboles de un gran porte, troncos muy gruesos y con hasta treinta y cuarenta metros de largo. Todos

los que van encontrando tienen sus raíces clavadas en la tierra y se elevan majestuosos. Pero de pronto, uno de los primos pequeños grita:
- He visto algo que puede servir.
Todos se vienen para el lado del que ha encontrado lo que necesitan y enseguida comprueban que entre unas rocas se amontonan las ramas y tronco de un viejo pino. Una de las ramas se ha partido y ha rodado para el arroyo. Se acercan con la esperanza de encontrarla útil y al cogerla para transportarla se parte.
- Está podrida. No nos servirá.
Exclama el amigo mayor.
- ¿Y el tronco del pino?
Pregunta Aneluz.
- Como ves es tan grande que ni veinte hombres pudrían con él.
- ¡Qué mala suerte!
- No hay que desanimarse. Sigamos buscando y ya veréis como vencemos.

Siguen moviéndose por entre la espesura del bosque. El amigo mayor se aproxima al arroyo algo más abajo del vado por donde quería cruzarlo. Descubre unos árboles clavados al borde mismo de las aguas. Uno de ellos es un viejo fresno. Tiene su tronco algo torcido inclinándose para la otra orilla del arroyo. Enseguida se le viene a la mente la posibilidad de trepar por el tronco de este fresno y desde las ramas saltar al otro lado de la corriente. Se acera y tantea lo que ha imaginado. Se agarra a una rama, pisa el tronco y sube un poco, salta a otra rama próxima y se asegura. Comprueba que es posible lo que pretende. Por eso se queda sentado en el centro

de la rama que queda suspendida en el mismo centro de la corriente del arroyo y da una voz llamando a los demás.
- Ya tengo la solución.
Los niños acuden a toda prisa. Mientras se acerca Aneluz dice:
- Estaba segura de encontrar una solución.
El amigo mayor les dice:
- Yo cruzo el primero y ya desde la otra orilla os ayudo.
- ¡Vale!
Confirma la niña.
El amigo mayor sigue avanzando por entre las ramas del viejo fresno usando el tronco como puente y en unos segundos salta y pisa tierra al otro lado de la corriente.
- Es lo más fácil que os podáis imaginar. Adelante el primero que yo estoy aquí para echaros una mano.
- Voy yo ahora.
Anuncia uno de los primos y se agarra a la primera rama del árbol. Sube por el tronco, aparta dos o tres ramas que le van estorbando y en cuanto supera la corriente salta para donde el amigo mayor le espera. Este le tiende la mano y lo coge todavía en el aire. Le ayuda a pisar tierra y sin problema alguno queda situado al otro lado de la corriente.
- ¡Qué fácil!
Exclama.
- Ahora me toca a mí.
Anuncia la niña.
- Sí, tú primera y el primo detrás por si tienes algún problema.

Aneluz se agarra a la primera rama que le ofrece el viejo fresno y pone sus pies sobre el tronco. Salta un poco y sube. El primo se pone detrás y avanza cogido a ella. La niña aparta dos o tres ramas, se agacha un poco y cuando ya ha superado casi todo el grueso de la corriente se dispone a saltar.

- Venga que nosotros te cogemos en este lado.

Le anima el amigo mayor.

- Pues allá voy.

Desde la rama Aneluz salta y justo en este momento el amigo y el primo la cogen en el aire, tiran de ella y como por arte de magia queda situada sobre la tierra al otro lado de la corriente.

- Lo conseguiste. Lo hemos conseguido. Ahora te toca a ti.

El primo que seguía a la niña animado por el éxito de los que ya están al otro lado de la corriente avanza, aparta las ramas y salta. Ni siquiera le han tenido que ayudar. Queda de pie sobre la tierra al borde de la corriente pero ya a otro lado del arroyo. Lo aplauden los que le están esperando y de inmediato se concentra en la continuación de la ruta.

- Seguro que la pastora ya se habrá alejado mucho. Por más prisa que nos demos no la podremos alcanzar.

Expone la niña.

- Eso no importa ahora. Vamos a seguir con la ruta que por aquí nos trae y si la encontramos bien y si no en otra ocasión será. ¿Por dónde está la cueva del tesoro que buscas?

- Vamos a bajar por la senda que discurre por el borde de este arroyo y al llegar al río ya os diré para donde tenemos que seguir.

- Pues adelante.
Anima el amigo mayor. Cargan con sus mochilas y se ponen en marcha.

La senda baja desde la misma cumbre y desciende por el borde del arroyo. Se distingue bien aunque está casi tapada de monte y arropada por el bosque de pinos, encinas y robles. El cauce del arroyo según desciende se hundo en el profundo barranco del río que cae desde el lado norte. Al llegar al río que desciende desde el norte, no el río diamantino sino el de los bosques de álamos y espesuras de zarzas que más en lo profundo de los barrancos entrega sus aguas al verdadero río diamantino, la senda se junta con una pista forestal de tierra. Es un camino forestal que recorre todo el río desde su nacimiento hasta donde se junta con el diamantino. Ellos no van a irse por este carril. Su vereda, el viejo camino que en tiempos remotos recorrían los serranos para ir y venir desde los cortijos al pueblo de la cumbre y a otros pueblos por el valle de los olivos, discurre pegado al cauce del arroyo salvando voladeros y laderas y acortando las distancias. Así eran y así son todas las veredas que en otros tiempos trazaron los serranos. Discurrían por los parajes más hermosos de estas grandiosas sierras pero siempre buscaban acortar las distancias todo lo que fuera posible. Ellos recorrían estos caminos siempre a pie, montados en algún burro, mulo o yegua y por eso tardaban horas, días y hasta semanas en ir de un punto a otro y hacer lo que tenía que hacer.

Por la vieja vereda que acompañando al

arroyo se hunde en el barranco avanzan los niños. Es media mañana. El cielo se ha llenado de nubes. Desde el lado del levante, que es por donde se abren los hondos barrancos hacia los que se despeñan los ríos, van levantándose muchas nubes. Grandes frentes de nubes negras con bordes blancos que avanzan hacia las sierras que recorren los niños y las que han dejado atrás y a los lados. A Aneluz parece no preocuparle que el cielo se esté cubriendo de nubes. Se siente llena de entusiasmo y es feliz. Como si estuviera realizando el más hermoso de todos sus sueños. Uno de los primos pequeños pregunta:

- ¿Y si llueve qué haremos?

El amigo mayor responde:

- La lluvia en la montaña es uno de los espectáculos más bellos.

Aneluz afirma:

- Estoy contigo. A mí me gusta la lluvia y más si es en medio de los bosques y prados.

- Déjate de tonterías.

Contesta uno de los primos pequeños.

- Pues yo creo que hoy nos puede caer una buena tormenta. Nos pondremos chorreando si no encontramos donde refugiarnos. Y lo pero será después. ¿Alguno habéis pensado en eso?

Pregunta el otro primo menor.

- No hay por qué preocuparse. Que las cosas sucedan como deban suceder que en su momento buscaremos la solución.

Afirma Aneluz. El amigo mayor, abriendo camino a frente del grupo y apoyando la ilusión que a la niña le trae por aquí, reafirma:

- Lo importante es lo importante y si la lluvia llega será una experiencia más. Ya veréis como luego

nos alegramos.

La senda se separa un poco del arroyo. Por entre los espesos pinares, los robles y las encinas al otro lado del arroyo y entre álamos y tierra se ven algunas casas. Son ruinas de cortijos abandonados. Los serranos que en otros tiempos vivieron en estos cortijos tuvieron que irse y los hijos buscaron trabajo en pueblos y ciudades muy lejos de estas sierras. Alguna vez alguno de ellos ha vuelto por aquí y hasta ha querido arreglar algunas de las casas en ruinas para venirse en la época de las vacaciones. Le han faltado los dineros y por eso los cortijos siguen en ruinas. Más debajo de estas ruinas, ya cerca del río de los álamos y las zarzas, las tierras son llanas. También en otros tiempos estas tierras fueron fértiles huertos. Los sembraban los serranos que vivían en los cortijos y de estas tierras todos años sacaban buenas cosechas de tomates, lechugas, habas, cebollas, ajos, patatas, pimientos, calabazas y más frutos. Ahora por las tierras solo crecen cardos, mejoranas, zamarrillas y zarzas. Los árboles frutales que sembraron aquellos serranos solo algunos siguen verdes. Muchos manzanos se han secado, también algunos perales, parras y membrillos. Pero por la llanura todavía crecen los viejos robles y los grandiosos pinos laricios.

Dando una última curva la senda desciende y se junta con la pista de tierra. Por ella avanzan los niños y unos cuatrocientos metros más adelante se apartan para el lado derecho. La senda se vuelve a separar del carril y buscando el

cauce de otro arroyo menor se pega a él y ahora sube. Enseguida un bosque de majuelos y bajo ellos brotando una fuente. Un rico manantial de agua cristalina que invita a beber. Los niños se paran. Sacan sus cantimploras y las llenan. Beben del purísimo y fresco líquido y se sientan sobre las rocas. De común acuerdo han decidido descansar un rato. Ya es algo más de media mañana y por eso también sacan sus bocadillos y comen. La abuela y la madre les han preparado varios bocadillos para cada uno. También le han puesto abundante fruta, chocolate y frutos secos.

Media hora más tarde siguen. Despacio y sin pronunciar palabra ahora avanzan siguiendo la senda que remonta a la cumbre. Sopla el viento. Las nubes se ven cada vez más espesas. Comienza a llover. El primo mayor comenta:
- Nos empaparemos, ya veréis.
Aneluz aclara:
- Eso no es malo. La abuela me lo ha dicho muchas veces. Y también me ha dicho que siempre debemos ser amigos de la lluvia, de los pájaros, de la hierba y de las flores de los campos. Porque las personas que son amantes de la lluvia nunca tendrán ni malos sentimientos ni podrá harán daño a los demás. Si llueve no será malo. Y, en estos momentos, menos aun. La abuela me lo ha dicho muchas veces y ella nunca me ha mentido. Siempre me ha contado la verdad.
- Pero ¿a dónde nos llevas?
- Espera un poco y no tardarás en verlo.
Guardan de nuevo silencio y siguen avanzando. Aumenta la lluvia. No hace frío. En el corazón de la niña una llama arde y, aunque le quema sin dolor,

tiembla de emoción y al mismo tiempo, teme.

Coronan el monte y, antes de llegar a lo más alto, la niña les dice a los compañeros:
- Ahora haced las cosas tal como yo os diga.
- ¿Pero qué es lo que quieres mostrarnos?
- Solo un momento más y lo veréis con vuestros propios ojos.
Salen de la espesura de unos pinos y coronan por completo. La niebla cubre pero deja ver algo. Al frente aparecen unas rocas gruesas y altas. Comenta Aneluz:
- Guardad silencio y mirad despacio.
Por entre la lluvia y la niebla, miran y, a solo unos metros, lo ven. Está sentado sobre una de las repisa de la roca, de espaldas a ellos, mira hacia el corazón de las nubes, por donde la blanca niebla se espesa y no se le ve la cara. Dice Aneluz:
- Ya sí lo hemos encontrado y ahora no es sueño. Vosotros quedaros aquí. Yo voy a acercarme, lo saludaré y le diré que me mire. Que soy la Aneluz que tanto él a esperado y tantas veces yo en mi sueño, una noche y otra, he visto.

Y la niña se separa del grupo. Avanza como de puntilla para no perturbar su meditación, y se pierde entre la niebla. Pero al poco aparece como rodeando la roca donde él está sentado. Se dice para sí, mientras se acerca buscándole la cara para verlo de frente: “Ahora sí tendrás que decirme quién eres y qué es lo que quieres de mí. Ya sí estoy preparada para hacerme cargo del mensaje que necesitas transmitirme. Ya si me siento con fuerza para irme por todos los caminos de estas sierras y descubrir los secretos que solo

tú conoces y por eso quieres transmitirme. Estoy preparada para el encuentro con el alma y la esencia de estas sierras, tu amor secreto y tu mayor tesoro. Estoy asustada pero confío en mí y espero de ti el tesoro que siempre has querido poner en mis manos. Ahora ya sí. La abuela nunca me ha engañado. Creo en ella y en el secreto que me reveló. Creo en ti, aunque no te conozca. La abuela siempre me ha contado la verdad. Estoy preparada y quiero".